



ANO IV

NÚM. XLIII

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

JULIO — 1892

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SITIO DE SEBASTOPOL

(CONTINUACIÓN).

XIV

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

El primogénito de los Koseltzoff encontró en la calle á un soldado de su regimiento y se hizo acompañar por él al quinto baluarte.

—Péguese Vuestra Nobleza bien al muro—le dijo el soldado.

—¿Por qué?

—Hay peligro, Vuestra Nobleza; *pasan* ya por encima—respondió el infante, escuchando el silbido del proyectil que hería con golpe seco en el lado opuesto del camino apisonado; pero Koseltzoff prosiguió por el centro sin hacer caso de la advertencia.

Eran aquellas las mismas calles, los mismos fogonazos más frecuentes, los mismos rumores y los mismos lamentos, y el encontrar heridos, y las baterías, trincheras y parapetos, tales como los hubo de ver en la primavera; pero ahora el aspecto era más triste, más sombrío, pudiera decirse que más guerrero; mayor número de casas aparecían agujereadas, y en las venta-

nas no había luces; sólo el hospital constituía una excepción. Ni una mujer en la calle, y el carácter de la vida habitual é indiferente, impreso antes sobre todas las cosas, había desaparecido, reemplazado por el de expectación inquieta, fatigosa y de esfuerzos redoblados é incessantes.

He aquí ya la última trinchera y á un soldado del regimiento de P., que reconoce al antiguo oficial de su compañía; he aquí al tercer batallón, cuya presencia se puede adivinar en la oscuridad por el murmullo contenido de las voces y el choque metálico de los fusiles apoyados contra el muro, y que la luz de las descargas ilumina á frecuentes intervalos.

—¿Dónde está el jefe del regimiento?—pregunta Koseltzoff.

—En el blindaje de los marinos, Vuestra Nobleza—responde el servicial soldado.—¿Quiere Vuestra Nobleza venir? Yo le conduciré...

Y pasando de una trinchera á otra, guía á Koseltzoff al foso, donde se halla sentado un marinero fumando su pipa; tras él se abre una puerta, á través de cuyas junturas brilla una luz.

—¿Se puede entrar?

—Yo anunciaré.

Y el marinero entra en la casamata, donde se oye el rumor de dos voces.

—Si Prusia continúa en su neutralidad, entonces — dice una de ellas—Austria...

—¿Qué importa lo que haga Austria, mientras los pueblos eslavos?...—responde la otra.—¡Ah! Sí, dile que entre—añadió la misma voz.

Koseltzoff, que no había puesto nunca los piés en aquel alojamiento, quedó sorprendido por su elegancia; un entarimado sustituía al piso natural; una mampara cubría la puerta; en el ángulo derecho, una gran *icona* (1) representando la Santa Virgen, con su dosel dorado, iluminada por una lamparilla de cristal color de rosa; dos lechos colocados junto á la pared, en uno de los cuales dormía vestido un marino; sobre el otro, al lado de una mesa cubierta con dos botellas de vino empezadas, sentábanse el nuevo jefe del regimiento y un ayudante de campo. Koseltzoff, que no era

nada tímido y que no creía estar en falta en modo alguno ni con el Estado ni con el jefe de su regimiento, experimentó, sin embargo, al hallarse en presencia de éste, su compañero poco antes, cierta aprensión singular. «Es extraño—se dijo al verle levantarse para oírle;—no hace aún siete semanas que manda el regimiento, y ya en su actitud, en su mirada, en su traje, respira la autoridad. No ha mucho tiempo que este mismo Batritcheff se divertía con nosotros, llevaba durante semanas enteras la misma camisa de *persia* oscura, y se comía solo, sin invitar nunca á nadie, sus *bitki* (1) y sus *vareniki* (2), y ahora se lee la expresión de orgullo lleno de sequedad, en sus ojos, que me dicen: «Aunque sea yo tu compañero, pues soy un coronel de la nueva escuela, puedes estar seguro de que sé perfectamente como darías la mitad de tu vida por hallarte en mi lugar.»

—¿Se ha cuidado V. bastante tiempo!...—díjole friamente el coronel mirándole.

—He estado enfermo, mi coronel, y mi herida no se cicatrizó aún del todo.

—Si es así, ¿por qué ha vuelto V.?—La corpulencia de Koseltzoff

(1) De *eikón* (griego), imagen, retablo.

(1) Carne picada (¿albóndigas?).

(2) Plato ruso de crema agria.

inspiraba desconfianza á su jefe.—
¿Puede V. hacer servicio?

—Seguramente; si puedo.

—Está bien. El alférez Taitkeff le entregará á V. la novena compañía, la que ha mandado V. ya; vaya V. á recibir la orden del día, y haga el favor, al salir, de enviarme al ayudante del regimiento.

Y el jefe, saludándole ligeramemente con una inclinación de cabeza, dióle á entender con ello que la audiencia había terminado.

Al salir de allí Koseltzoff murmuró entre dientes algunas palabras confusas, y se encogió de hombros repetidas veces; hubiérase podido creer que se sentía incómodo ó que estaba irritado, pero no precisamente contra su coronel, sino en particular contra sí mismo y contra todo cuanto le rodeaba.

XV

Antes de ir á reunirse á sus oficiales, fué á buscar su compañía. Los parapetos contruidos con cestones, las trincheras, los cañones ante que iba pasando, hasta los cascos y las granadas, contra los que tropezaba á lo mejor, y que el fuego de las descargas venía á iluminar sin tregua ni descanso, todo le era

familiar y habíase grabado profundamente en su memoria tres meses antes, durante los quince días que pasó en el baluarte; pero á pesar del lado lúgubre que ofrecían aquellos recuerdos, cierta seducción inherente al pasado se desprendía de todo, y con evidente alegría fué reconociendo los lugares y las cosas, como si aquellas dos semanas no le hubieran ofrecido sino impresiones agradables. Su compañía estaba situada en el camino cubierto que conducía al sexto baluarte.

Al entrar en el abrigo blindado abierto por un lado, encontró tanta gente, que á duras penas pudo abrirse paso entre ella. En uno de los extremos ardía una vela de sebo que un soldado, tendido en tierra, sostenía sobre un libro en el cual leía uno de sus compañeros deletreando; en torno suyo, en la media luz de una atmósfera pesada y espesa, destacábanse multitud de cabezas vueltas hacia el lector, al cual escuchaban ávidamente. Koseltzoff reconoció el *a b c* (1) en esta frase: O-ración des-pués del es-tu-dio. Te-doy gra-cias, Cre-a-dor mí-o.

—Despabilad la luz—gritó uno.
—¿Qué buen libro!—exclamó el lector que se disponía á proseguir; pero á la voz de Koseltzoff llamando

(1) La cartilla de enseñanza en las escuelas.

al sargento primero, enmudeció: los soldados salieron de su inmovilidad, tosiendo y sonándose, cosa que ocurre siempre tras un rato de forzoso silencio; el sargento, abrochándose el uniforme, se levantó de en medio de un grupo, y pasando por encima de sus compañeros, pisándoles los piés, que por falta de espacio no sabían dónde meter, se acercó al oficial.

— Buenas noches, muchacho. ¿Está siempre lo mismo nuestra compañía?

— ¡Salud á Vuestra Nobleza! Le felicitamos por estar de regreso— respondió el sargento alegremente y con sinceridad.— ¿Se curó ya Vuestra Nobleza? ¡Ah, bueno! Alabado sea Dios, pues hemos notado mucho su falta.

Conociábase que Koseltzoff era querido en la compañía; oyóse en seguida cómo se comunicaban unos á otros que el antiguo oficial de ella había vuelto; aquel que fué herido, Koseltzoff Mikhail Semenovitch. Algunos soldados, entre ellos el tambor, vinieron á saludarle.

— ¡Hola, Obanetchuk!— le dijo el oficial— ¿estás bueno y sano? ¡Hola, hijos míos!— añadió alzando la voz.

Los soldados respondieron á coro.

— ¡Salud á Vuestra Nobleza!

— ¿Cómo va, muchachos?

— Esto va mal, Vuestra Nobleza;

el francés va ganando; tira desde sus atrincheramientos, pero no se deja ver fuera de ellos.

— Y bien, ¿quién sabe? Tal vez tendré yo la suerte de verle salir de sus trincheras, hijos míos. No será la primera vez que vayamos juntos y que le batiremos.

— Estamos dispuestos á hacer cuanto se pueda, Vuestra Nobleza;— respondieron muchas voces á la vez.

— ¿Son, pues, muy valientes?

— Terriblemente atrevidos— dijo á media voz el tambor, pero de modo que pudiera ser oído, y dirigiéndose á otro soldado, como para justificar á su superior por haber empleado aquella expresión y persuadir á su compañero de que no tenía nada de exagerado ni de inverosímil.

Koseltzoff se separó de sus soldados para ir á reunirse con los oficiales en el cuartel.

XVI

La sala de banderas del cuartel estaba llena de gente, de multitud de oficiales de marina, de artillería y de infantería; los unos dormían, los otros charlaban sentados sobre cajas de municiones ó so-

bre el afuste de un cañón; el grupo más numeroso lo formaban algunos sentados sobre sus *burkas* extendidas en el suelo, y que bebían porter y jugaban á los naipes.

—¡Eh! Koseltzoff, ¿ya de vuelta? ¡Bravo! ¿Y tu herida? —dijeron varias voces salidas de diferentes lados.

También aquí era querido y se alegraban de su regreso.

Después de estrechar la mano á sus conocidos, Koseltzoff se reunió al grupo central de los jugadores. Uno de éstos, de exterior agradable, moreno, delgado, de larga nariz, seco y con gran bigote que le cubría las mejillas, llevaba la banca con sus dedos blancos y finos, en uno de los cuales se veía una sortija con solitario; parecía agitado, y al echar las cartas hacía lo con negligencia afectada; á su derecha, medio recostado y apoyándose en los codos, un mayor, de pelo gris, apuntaba y pagaba cada vez medio rublo con exagerada tranquilidad; á la izquierda, sentado sobre sus talones, un oficial de cara encendida y reluciente, bromeaba y sonreía con esfuerzo, y cuando mataban su carta agitábase una de sus manos en el bolsillo vacío del pantalón; jugaba fuerte pero sin dinero, lo que ponía de mal talante al oficial moreno de rostro agraciado. Yendo y viniendo por la estancia, con un

paquete de asignados en la mano, otro oficial, pálido, delgado y calvo, de enorme nariz y enorme boca, ponía dinero contante á cada *vabanca* y ganaba siempre.

Koseltzoff bebióse una copa de aguardiente y se sentó junto á los jugadores.

—Vamos, Mikhail Semenovitch; vamos, apunte V. —le dijo el banquero—apostaré á que ha traído un dineral.

—¿Dónde lo he de haber encontrado? Al revés; he gastado mis últimos rublos en la ciudad.

—¿De verdad? Habrá desplumado V. á alguien en Sympheropol; estoy seguro.

—¡Vaya una idea! —replicó Koseltzoff, á quien agradaba que en esto no se le diese crédito sobre su palabra; y desabrochándose el uniforme para ponerse con más comodidad, cogió algunos naipes usados.

—No tengo nada que arriesgar; pero ¡que el diablo me lleve!... ¿quién puede prever la suerte? Un mosquito en ocasiones hace prodigios. Bebamos, pues, para tener ánimos.

Y no tardó nada en beberse otra copa de aguardiente, y un trago de porter por añadidura, y en perder sus últimos tres rublos, mientras que ciento cincuenta eran inscritos en la cuenta del oficial de rostro empapado en sudor.

—Haga V. el favor de enviarme el dinero—dijo el que tenía la banca interrumpiendo la talla para mirar á éste.

—Permitame V. dilatar el envío hasta mañana—respondió el interpelado levantándose; su mano no cesaba de moverse con agitación en el vacío bolsillo.

—¡Hum!—murmuró el banquero, lanzando con despecho á derecha é izquierda las últimas cartas de la baraja.—No se puede jugar así—exclamó—otro talla; esto no es posible, Takar Ivanovitch; jugamos dinero contante, y no de boquilla.

—¿Dudará V. de mí? Sería verdaderamente extraño.

—¿De quién he de recibir ocho rublos?—preguntó en aquel momento el mayor, que acababa de ganar—he pagado más de veinte y cuando gano no cobro nada.

—¿Cómo quiere V. que le pague, cuando no hay dinero en la banca?

—Eso no me importa—replicó el mayor levantándose—yo juego con V. y no con el señor.

—Pero como he asegurado...—interrumpió el oficial sudoroso—como he asegurado que pagaré mañana, ¿por qué se atreve V. á insultarme?

—Digo lo que me da la gana; no se procede así—clamaba el mayor á voz en grito.

—¡Vamos, cálmese V. Fedor Fedorovitch!—intervinieron varios jugadores á la vez rodeándole.

Dejemos caer un velo sobre esta escena... Mañana, hoy mismo quizá, aquellos hombres irán alegremente y decididos á buscar la muerte, y morirán con tranquilidad y valor. El único consuelo en una vida cuyas condiciones hielan de espanto la imaginación más serena; de una vida que no tiene nada de humano y en la cual toda esperanza está vedada, es el olvido, el aniquilamiento de la conciencia, de la realidad. En el alma de todos los hombres ocúltase la sublime chispa que, en el momento dado, hará de ellos héroes; pero esa chispa se cansa de brillar de continuo. Sin embargo, cuando llegue el instante fatal, surgirá la llama que ha de iluminar las más grandes acciones.

XVII

Al día siguiente, el bombardeo prosiguió con la misma violencia. Hacia las once de la mañana, Volodia Koseltzoff reunióse á los oficiales de su batería. Ibase acostumbrando á aquellas caras nuevas; les interrogaba y les transmitía á su vez parte de sus impresiones. La conversación modesta, quizá un

poco pedante, de los artilleros, le agradaba, inspirándole respeto; y en cambio su exterior simpático, sus tímidas maneras y su ingenuidad, predisponían á aquellos señores en favor suyo. El oficial más antiguo de la batería, un capitán bajito, de pelo rojo, con tupé y peinado bien liso sobre las sienes, educado en las antiguas tradiciones de la artillería, galante con las damas y con pretensiones de sabio, explorábale sobre sus conocimientos en esta ciencia, sobre los adelantos más recientes; bromeaba afectuosamente sobre su juventud y su lindo rostro, y lo trataba como á un hijo, lo cual traía encantado á Volodia. El subteniente Dedenko, oficialito con acento de *pequeño ruso* (1), de cabellera alborotada y capote roto, le gustaba también, á pesar de sus gritos, sus frecuentes disputas y sus movimientos bruscos, pues bajo aquella ruda corteza advinaba Volodia un hombre digno y pundonoroso. Dedenko ofreció con insistencia sus servicios al joven y trató de probarle que los cañones de Sebastopol no habían sido emplazados según las reglas. Por el contrario, el teniente Tchernovitzky, de cejas notablemente arqueadas, vestido de levita aseada cuidadosamente, aunque ajada y con remiendos, y cade-

na de oro sobre chaleco de raso, no le inspiró, bien que fuese superior á los otros en distinción y finura, la menor simpatía; no cesaba de preguntar á Volodia detalles sobre el Emperador y el ministro de la Guerra; refería con ficticio entusiasmo las hazañas realizadas en Sebastopol; expresaba su pesar por el escaso número de verdaderos patriotas; hacía alarde de gran saber, de ingenio, de sentimientos muy nobles, pero á pesar de todo, y sin que supiera decirse el por qué, aquellos discursos sonaban en hueco al oído del joven, y aun pudo reparar que los demás oficiales evitaban generalmente la conversación de Tchernovitzky. El *junker* (1) Vlang, aquel á quien despertó la noche antes, sentado modestamente en un rincón, callaba, riéndose á veces de algún chiste, pronto siempre á recordar lo que olvidaban los otros; ofrecía por turno á éstos el frasco del aguardiente y liaba cigarrillos para todos. Seducido por las maneras sencillas y afables de Volodia, que no lo trataba como á un chiquillo, y por su exterior agradable, no se apartaban sus ojazos cariñosos del rostro del recién llegado; adivinaba y preveía todos sus deseos, impulsado por un sentimiento de admiración exaltada que los oficiales

(1) Natural de la Rusia Menor.

(1) Cadete ó soldado de distinción.

notaron enseguida y con motivo del cual no le escasearon las bromas.

Poco antes de comer, el segundo capitán, Kraut, relevado de su servicio en el baluarte, vino á unirse á la reducida sociedad. Rubio, guapo mozo, vivo, poseedor de bigotes rojos y patillas de igual color, hablaba el ruso perfectamente, pero con excesiva corrección y elegancia para un ruso de pura sangre. Tan irreprochable en el servicio como en la vida privada, la perfección era su defecto: excelente compañero; de seguridad á prueba en los asuntos de intereses, faltábale algo como hombre, precisamente sin duda porque lo poseía todo. Por un contraste notable con los alemanes idealistas de Alemania era, á ejemplo de los alemanes rusos, práctico en grado exorbitante.

—¡He aquí, he aquí á nuestro héroe!—exclamó el capitán en el momento en que entraba Kraut accionando y haciendo chocar sus espuelas.—¿Qué quiere V., Federico Cristianovitch, té ó aguardiente?

—Me he mandado hacer té—respondió;—pero no rehusaré el aguardiente, mientras lo hacen, para consolarme el espíritu.—Me alegro mucho de conocerle. Le ruego que nos quiera y sea un buen compañero para nosotros—dijo á Volodia, que se había levantado para saludarle.—Capitán de segunda Kraut...

el artificiero me ha dicho que llegó V. anoche.

—Permítame V. que le dé las gracias por su cama, que he utilizado esta noche.

—¿Y ha dormido V. siquiera cómodamente? Porque le falta una pata, y no es posible componerla mientras dure el sitio. Hay que tenerla calzada.

—Y bien, ¿ha salido V. bien hoy? —le preguntó Dedenko.

—¡Sí, gracias á Dios! Pero Skovortzoff ha caído. Hubo que arreglar una cureña; las gualderas quedaron hechas añicos...

Y se levantó de pronto para pasear por la estancia: veíase que experimentaba la sensación agradable del hombre que acaba de salir sano y salvo de un gran peligro.

—Y bien, Dimitri Gravilovitch—dijo, dando una palmada amistosa sobre la rodilla del capitán—¿cómo estamos, *batiuchka*? ¿Por dónde anda su propuesta? ¿No ha resollado aún?

—No; no hay nada.

—Y no habrá—intervino Dedenko—ya se lo he demostrado.

—¿Por qué no resultará nada?

—Porque la comunicación está mal puesta.

—¿Qué sempiterno discutidor! —dijo Kraut jovialmente.—¿Un verdadero ruso—menor testarudo! Bueno, pues ya verá V. cómo para

mortificarle lo ascenderán á V. á teniente.

—No, no harán nada.

—Vlang—añadió Kraut, dirigiéndose al *junker*—llene V. mi pipa y tráigamela, haga V. el favor.

La presencia de Kraut había animado á todos. Hablando con cada uno, daba detalles é interrogaba sobre lo que había ocurrido en su ausencia.

XVIII

—Con qué... ¿se ha instalado V. ya?—preguntó Kraut á Volodia.—Pero, V. perdone, ¿cómo se llama? El nombre y apellido. Así es costumbre entre nosotros, en artillería. ¿Tiene V. caballo de montar?

—No—respondió el alférez—y estoy en un compromiso; se lo he dicho al capitán. No tengo ni caballo ni dinero hasta que reciba los gastos de forraje y de marcha. Quisiera pedir al comandante de la batería que me prestase su caballo, pero temo que rehuse.

—¿Quiere V. pedírselo á Apolo Sergueitch?—dijo Kraut, emitiendo con los labios un sonido, que debía expresar la duda. Y se quedó mirando al capitán.

—¡Bueno, bueno!—repuso éste.

¡Si rehusa el mal no será mucho! A decir verdad, maldita la falta que hace aquí el caballo; yo me encargo de pedírselo hoy mismo.

—¡No lo conoce V.!—añadió por su parte Dedenko—rehusaría cualquiera otra cosa; pero no le negará eso al señor, ¿quiere V. apostar algo?

—¡Bah! V. siempre está dispuesto á contradecir..., V....

—Contradigo cuando hay por qué. El no es rumboso de suyo, pero prestará el caballo, porque no tiene ningún interés en rehusarlo.

—¿Cómo ningún interés? Cuando la avena le sale aquí á ocho rublos; es evidente su interés; siempre será un caballo menos que alimentar.

—¡Vladimir Semenovitch!—interrumpió Vlang, que venía con la pipa de Kraut—pídale V. el *Estornino*, es un caballo superior...

—¿Con el cual se cayó V. al foso, ¿eh! Vlang?—hizo observar el capitán segundo.

—Se equivoca V. al decir que la avena está á ocho rublos—sostenía entre tanto Dedenko, que había continuado la discusión.—Según las últimas noticias, está á diez cincuenta...; es evidente que no le resulta provecho en...

—¿Pero quiere V. que no le quede nada? Si V. estuviera en su lugar, no prestaría un caballo ni para ir á paseo. Cuando yo sea coman-

dante de batería, mis caballos, *batiuchka*, tendrán cuatro *garnetz* bien cumplidos de pienso, y no pensaré en adquirir rentas, puede V. estar seguro.

—El que viva lo verá—replicó Krant.—V. hará lo mismo cuando tenga una batería, y éste también—indicando con un ademán á Volodia.

—¿Por qué supone V., Federico Cristianovitch, que el señor querrá obtener también menudos provechos? Si tiene algún caudal, ¿á qué ha de proceder así?—preguntó á su vez Tchernovisky.

—No..., yo..., dispense V., capitán—dijo Volodia ruborizándose hasta las orejas—eso sería indigno á mis propios ojos.

—¡Oh, oh! ¡Qué *sopa en leche!* (1)—le dijo Kraut.

—Esa es otra cuestión, capitán; pero me parece que no puedo quedarme con dinero que no me pertenezca.

—Y yo le digo á V. otra cosa—prosiguió el capitán con tono más seguro.—Sepa V. que es muy ventajoso llevar bien las cuentas siendo comandante de batería. Sepa V. que éste no tiene que cuidarse de la alimentación de sus soldados; así ocurre siempre, entre nosotros, en

artillería. Si V. no logra unir bien los dos cabos, no le quedará un céntimo. Enumeremos á la ligera los gastos. En primer lugar el *herraje*—y el capitán dobló un dedo—después el botiquín—dobló el segundo—luego la oficina—ya son tres—mas los caballos de tiro, que cuestan seguramente quinientos rublos—son cuatro—la recomposición de los cuellos de los soldados y el carbón que se gasta en gran cantidad, y, por último, la mesa de los oficiales. Además, como jefe de batería, tiene V. que vivir de un modo conveniente; necesita una *caleche*, una pelli-za, etc.

—Y lo principal—dijo el capitán, que había guardado silencio hasta entonces—helo aquí, Vladimir Semenovitch. Aquí tiene V. á un hombre como yo, por ejemplo, que ha servido veinte años recibiendo primero doscientos, después trescientos rublos de paga... Pues bien, ¿cómo no ha de recompensar el gobierno sus años de servicio dándole un pedazo de pan para la vejez?

—Es indiscutible—replicó el segundo capitán;—así, no se dé V. prisa á juzgar; sirva V. algún tiempo, y ya verá...

Volodia, avergonzado de la observación que había soltado sin reflexionar, murmuró algunas palabras y oyó en silencio cómo la emprendió Dedenko para defender la

(1) Modismo cariñoso ruso, equivalente á !qué candidez, qué inocencia!

tesis contraria; la discusión fué interrumpida por la entrada del asistente del teniente coronel, anunciando que la comida está servida.

—Debe V. decirle á Apolo Sergueitch que nos dé vino hoy—dijo el teniente Tchernovistcky abrochándose;—¡al diablo su avaricia! Si lo matan no lo disfrutará nadie.

—Dígaselo V. mismo.

—¡Ah! no, V. es más antiguo; la jerarquía ante todo.

XIX

Una mesa cubierta con mantel bastante manchado aparecía dispuesta en el centro de la habitación donde Volodia fué recibido la noche antes por el jefe; este último le tendió la mano preguntándole nuevas de Petersburgo y de su viaje.

—Bueno, señores; hagan Vds. el favor de acercar el aguardiente; ¿los alféreces no beben?—añadió sonriendo.

El comandante de la batería no parecía hoy tan severo como la noche anterior; más bien tenía el aspecto de un huésped bondadoso y hospitalario; de un compañero entre sus oficiales; todos, á pesar de esto, desde el veterano capitán al alférez Dedenko, le demostraban un

respeto que se traducía en la atención tímida con que le hablaban, aproximándose por turno para beber su copa de aguardiente.

La comida componíase de *chtchi* servido en una gran sopera, donde flotaban trozos de carne empapados en grasa, hojas de laurel y mucha pimienta; de *zrasi* á la polonesa con mostaza, y de *kolduny* con manteca ligeramente rancia; no había servilletas; las cucharas eran de madera ó de estaño; vasos aparecían sólo dos, y sobre la mesa sólo una garrafa de agua con el cuello roto.

La conversación no cesaba; se habló primero de la batalla de Inkerman, en la cual hubo de tomar parte la batería; cada cual recordaba sus impresiones, sus juicios sobre las causas del fracaso, callándose en cuanto hablaba el jefe de la batería. Después se lamentaron de carecer de cañones de ciertos calibres; fueron discutidos los últimos perfeccionamientos, lo que dió ocasión á Volodia para demostrar su ciencia; y, dato curioso, la conversación no llegó á rozar siquiera levemente el asunto de la tremenda situación de Sebastopol, lo que parecía querer decir que todos y cada uno, por lo que á sí propio concernía, se preocupaban de ello demasiado para poder hablar. Volodia, muy admirado y aun apesadumbrándose de que ni se aludiese tan

solo á los deberes del servicio, decía que sin duda no había llegado uno á Sebastopol para dar detalles sobre los nuevos cañones y comer con el comandante de la batería. Una granada estalló, durante la comida, á dos pasos de la casa; el techo y las paredes fueron sacudidas como en un terremoto, y el humo de la pólvora extendióse por fuera sobre los vidrios de la ventana.

—No habrá visto V. esto en Petersburgo; pero aquí recibimos á menudo esas sorpresas. A ver, Vlang, haga V. el favor de mirar —añadió el comandante— dónde ha caído esa granada.

Vlang miró y anunció que en la plaza. Y ya no se habló más.

Poco antes de concluir de comer, uno de los soldados escribientes entró para dar á su jefe tres pliegos cerrados. «Este es muy urgente; lo acaba de traer un cosaco, á caballo, de parte del comandante general de artillería.» Los oficiales siguieron con ansiosa impaciencia los dedos ejercitados de su superior al romper el sello del sobre que traía escrito «Muy urgente», y de donde sacó un papel. ¿Qué podrá ser esto? —preguntóse cada cual.—¿Será la orden de salir de Sebastopol para descansar, ó la de sacar á las fortificaciones toda la batería?

—¡Siempre lo mismo!—exclamó

el comandante arrojando con cólera el pliego sobre la mesa.

—¿Qué es eso, Apolo Sergueitch? —preguntó el oficial más antiguo.

—Piden un oficial y sirvientes para una batería de morteros. No tengo más que cuatro oficiales y mis sirvientes no están completos—dijo entre dientes—y ahora me exigen... Sin embargo, es preciso que vaya alguno, señores—prosiguió al cabo de un instante—hay que estar á las siete. Envieme V. al sargento primero. Y bien, caballeros, ¿quién va á ir? decídanlo Vds. mismos.

—Pues, mire V... El señor no ha hecho aún ningun servicio—dijo Tchernovitzky señalando á Volodia.

El comandante de la batería guardó silencio.

—Sí, no deseo otra cosa—exclamó Volodia, sintiendo un sudor frío humedecerle el cuello y el espinazo.

—No; ¿por qué?—interrumpió el capitán.—Nadie debe rehuir el servicio, pero ofrecerse voluntario es inútil; puesto que Apolo Sergueitch nos deja libres, echaremos suertes como la otra vez.

Todos se conformaron. Kraut cortó con cuidado unos cuadraditos de papel, y enrollándolos, los echó en una gorra. El capitán soltó algunas bromas y aprovechó la ocasión para pedir vino al teniente coronel, á fin de adquirir valor, según

añadió. Dedenko tenía aspecto sombrío, Volodia sonreía, Tchernovizky pretendía que él iba á ser el designado por la suerte; en cuanto á Kraut, permanecía completamente tranquilo.

Ofrecieron á Volodia que sacase el primero; el joven cogió una de las papeletas, la más larga, pero la cambió en el acto por otra más pequeña y más fina; y desenvolviéndola, leyó la palabra *Ir*.

—Me toca á mí— dijo suspirando.

—Pues bien, ¡qué Dios le proteja!... Este será su bautismo de fuego—le dijo el comandante, contemplando con una sonrisa de bondad, el rostro conmovido del alférez—pero alístese V. pronto; para que vaya V. mejor, Vlang le acompañará en lugar del artificiero.

XX

Vlang, muy satisfecho de su misión, corrió á vestirse y volvió en el acto á ayudar á Volodia á hacer sus preparativos, aconsejándole que se llevara su cama, la pelliza, un número viejo de *Los Anales de la Patria*, una cafetera con una lámparilla de espíritu de vino y otros objetos inútiles. El capitán, á su vez, encargó á Volodia que leyese

en el *Manual para uso de los oficiales de artillería*, el pasaje referente al tiro de mortero, sacando, acto seguido, copia de él. Volodia se puso, desde luego, al trabajo, feliz y sorprendido al sentir que el terror á los peligros, el miedo, sobre todo, de pasar por un cobardón, no eran tan fuertes en él como el día antes, pues las impresiones del día y sus ocupaciones habían contribuido á disminuir su intensidad. Por otra parte, probado está que una situación no puede durar mucho tiempo en estado agudo sin debilitarse; en una palabra, su miedo se aguerría. A las siete de la tarde, cuando el sol descendía ya á ocultarse tras del cuartel Nicolás, el sargento primero vino á decirle que la gente estaba lista y esperando.

—Ya he dado la lista á Vlang; Vuestra Nobleza se la podrá pedir—dijo.

—¿Habrá que hacerles un discurso?—preguntóse Volodia al ir, acompañado del *junker*, en busca de los veinte artilleros que, ceñido el sable, le esperaban fuera. ¿O bastará decirles sencillamente: «buenos días muchachos», ó no decir nada. ¿Por qué no decirles buenos días, muchachos? Me parece que eso es lo que corresponde...—y con su voz llena y sonora gritó audazmente:—¡Buenos días, muchachos!

Los soldados respondieron alegremente á su saludo; su voz, joven y fresca, habiales acariciado agradablemente el oído. Púsose á su frente, y á pesar de que su corazón latía como si acabase de cruzar algunas *verstas* corriendo, su paso era ligero y sus labios sonreían. Al llegar cerca del mamelon de Malakoff, reparó, al subirlo, que Vlang, el cual no se separaba un paso de él y que le había parecido tan valiente abajo en el alojamiento, huía el cuerpo y bajaba la cabeza, como si las balas y las granadas que venían silbando hasta allí, sin interrupción, fuesen á caer directamente sobre él; algunos soldados hacían lo mismo, y la mayor parte de las fisonomías expresaban, si no miedo, por lo menos inquietud: esta circunstancia acabó de afirmar, reanimándolo, su valor.

—Heme aquí, pues; heme aquí, también yo, en el mamelon de Malakoff; me lo figuraba mil veces más terrible, y ando y avanzo sin hacer cortesías á los proyectiles. ¿Tengo, acaso, menos miedo que los otros? No soy, pues, un cobarde—decíase con júbilo, con el entusiasmo del amor propio satisfecho.

Este sentimiento fué, no obstante, amortiguado por el espectáculo que se presentó ante sus ojos; cuando llegaba ya con el crepúsculo á la batería de Korniloff, cuatro mari-

neros, cogiendo unos por los piés y otros por los brazos el cuerpo ensangrentado de un hombre descalzo y sin capote, se disponían á arrojarlo por encima del parapeto (al segundo día de bombardeo echábanse los muertos al foso, pues no había tiempo de retirarlos.) Volodia, presa de estupor, vió el cadáver chocar con la cresta del parapeto y caer resbalando desde allí al foso; felizmente para él, encontró en aquel mismo momento al comandante del baluarte, que le dió un conductor para guiarle á la batería y al alojamiento blindado de los sirvientes. No referiremos cuántas veces nuestro héroe se vió expuesto al peligro aquella noche; nada diremos de su decepción al ver que en vez de encontrar allí un tiro ajustado á todas las reglas de precisión, tal como se practicaba en Petersburgo, en la llanura de Volkovo, hallóse frente á dos morteros solamente, el uno con los rebordes partidos por una granada, y el otro sosteniéndose sobre los fragmentos de un afuste hecho pedazos; ni diremos cómo le fué imposible procurarse soldados para repararlo antes del día, como no encontró carga alguna del calibre indicado en el Manual; ni hablaremos de sus impresiones al ver rodar por tierra á dos de sus artilleros heridos ante él, ni, en fin, cómo se vió él mismo veinte veces

con la vida pendiente de un cabello. Por fortuna, el jefe de pieza, que para ayudarle le dieron, un marino de gran estatura, afecto á los dos morteros desde que principiara el sitio, le aseguró que podían servir aún, prometiéndole, mientras paseaba por el baluarte con una linterna en la mano con tanta tranquilidad como si estuviese en su huerto, que los pondría en estado de servicio antes del amanecer.

El reducto blindado en el cual su guía le introdujo, no era sino una gran cavidad estrecha y larga, perforada en el suelo pedregoso, de unas dos *sagenas* cúbicas de profundidad, protegida por vigas de encina de una *archina* de diámetro; allí se estableció con su gente. En cuanto Vlang divisó la puertecilla baja que le daba paso, lanzóse dentro con tal precipitación, que lo arrastró casi á caer al suelo, pavimentado con piedras, y escondiéndose en un rincón no quiso salir más; los soldados se instalaron en tierra junto á las paredes; algunos encendieron sus pipas, y Volodia armó su cama en un rincón, echóse en ella y encendió á su vez un cigarrillo. Sobre sus cabezas se sentía, debilitado por el blindaje, el estampido sin interrupción de las descargas; un cañón solo, emplazado muy cerca, hacía retemblar el abrigo cada vez que disparaba. En el interior todo permanecía en cal-

ma. Los soldados, intimidados aún por la presencia del oficial nuevo, sólo cambiaban entre sí alguna que otra palabra para pedirse fuego ó algo de sitio; una rata roía allá entre las piedras, y Vlang, que aún no se había repuesto de su emoción, lanzaba de vez en cuando profundos suspiros, contemplando en redor suyo. Volodia, en su cama, en aquel rincón apacible, atestado de gente, iluminado por una sola bujía, abandonábase á aquel sentimiento singular de satisfacción que había sentido á menudo en su niñez, cuando jugando al escondite se ocultaba en un armario ó bajo las faldas de su madre, conteniendo la respiración y atento el oído, con gran miedo á la oscuridad y disfrutando á la vez impresión inconsciente de bienestar. Lo mismo aquí, sin estar del todo á su gusto, sentíase casi predisuelto á la alegría.

XXI

Al cabo de diez minutos, los soldados fueron animándose, comenzando á charlar; cerca del lecho del oficial, en el círculo de luz, habíanse colocado los de mayor graduación; los dos artificieros, el uno viejo, de cabellera gris, con el pecho

adornado con muchas medallas y cruces, entre las que faltaba la de San Jorge; el otro, un joven que fumaba cigarrillos liados por él, y el tambor, que, como siempre, se puso allí en el fondo á las órdenes inmediatas del alférez. En las sombras de la entrada, tras del bombardero y los soldados condecorados que ocupaban el primer término, estaban los «humildes» (1), que fueron los primeros en romper el mutismo. Uno de ellos, que vino corriendo asustado de fuera con gran estrépito, sirvió de tema á su conversación.

—¡Eh, oye! ¿no has querido andar más por la calle?

—¿No se pasean por allí las muchachas, eh?—dijo una voz.

—Al revés, cantan unas canciones maravillosas, como no se oyen en el pueblo—respondió riendo y sofocado el recién venido.

—Vassin no es amigo de las bombas, no; no le gustan—exclamó otro de los del grupo aristocrático.

—Cuando es preciso, ya es otra cosa—replicó lentamente Vassin, á quien todos atendían cuando hablaba.—El 24, por ejemplo, caían que era una bendición. ¿Que hay de malo en evitarlas? ¿A qué hacernos matar sin objeto? ¿Nos lo agradecerían nuestros jefes?

—Estas palabras provocaron risa general.

—Y sin embargo, mirad á Menilkof, que se está siempre fuera—dijo otro.

—Es verdad; hazle que entre—añadió el veterano artificiero.—Si no se va á hacer matar en tonto.

—¿Quién es Menilkof?—preguntó Volodia.

—Mire Vuestra Nobleza, es un animal que no tiene miedo á nada: se está paseando ahí fuera. ¿Quiere verlo Vuestra Nobleza? parece un oso.

—Sabe hacer sortilegios—añadió Vassin con su voz reposada.

Menilkof, soldado de gran corpulencia, cosa rara, de pelo rojo, rente enorme extraordinariamente bombeada y ojos saltones azul claro, entró en aquel momento.

—¿Tienes miedo de las bombas?

—¿Por qué he de tener miedo?—contestó Menilkof rascándose el codo—no será una bomba la que me mate, bien lo sé.

—¿Te gusta, pues, estar aquí?

—Seguramente; es muy divertido.—Y se echó á reír.

—¿Entonces habrá que hacerte tomar parte en una salida! ¿Quieres? Se lo diré al general—añadió Volodia, que no conocía, sin embargo, á general alguno.

—¡Por qué no he de querer! ¡Sí que quiero!—Y Menilkof se ocultó tras de sus compañeros.

(1) Los bisoños, los quintos.

—Vamos á jugar, muchachos; ¿quién tiene cartas?—preguntó una voz impaciente; y organizóse el juego en el rincón más apartado; oíanse anunciar las jugadas, el ruido de los palmetazos sobre la nariz y las risas. Volodia, entre tanto, bebía té del que le preparó el tambor, ofreciendo de él á los artificieros, con quienes charlaba bromeando, deseoso de hacerse popular y muy complacido por el respeto que le demostraban. Los soldados, al reparar que el *barina* era buen chico, fueron animándose, y uno de ellos anunció que el sitio iba á concluir muy pronto, pues un marinero le había asegurado, como cosa cierta, que Constantino, el hermano del Czar, venía á libertarlos con la escuadra «Americana» (1), y que en breve habría un armisticio de dos semanas para descansar, y que por cada cañonazo que se disparase durante la tregua se tendrían que pagar setenta y cinco kopeks.

Vassin, en quien Volodia había reparado ya; aquel soldado bajito con ojos grandes y dulces, y patillas, refirió á su vez, en medio del silencio general, roto en seguida por mil risotadas, el placer que habían sentido primero al verle volver á su pueblo con licencia; pero que en el acto su padre le envió á trabajar al campo

cada día, mientras que el señor teniente de la guardia forestal mandaba á buscar á su mujer en *drochki*. Volodia se divertía con todos aquellos relatos; no sentía nada de miedo, y las fuertes emanaciones que impregnaban el ambiente de aquel escondrijo no le producían la menor repugnancia. Encontrábase, al revés, muy alegre y en la más agradable disposición de ánimo.

Muchos de los soldados roncaban ya; Vlang habíase tumbado también en tierra, y el artificiero veterano, tras de extender su capote en el suelo, persignábase devotamente mascullando las oraciones de la noche, cuando se le ocurrió á Volodia el capricho de salir para ver lo que acontecía fuera.

—Retirad las piernas—dijéronse al momento los soldados unos á otros al verlo levantarse—y cada cual encogió las suyas para dejarlo pasar.

Vlang, á quien creyérase dormido, se incorporó, sujetando á Volodia por un faldón del capote.

—Vamos, no salga V., ¿qué va V. á hacer?—le dijo con acento compungido y persuasivo:—¿no sabe V. lo que pasa? llueven los proyectiles allí; aquí se esta mejor.

Pero Volodia salió sin atenderle y fué á sentarse en el umbral mismo del alojamiento, junto á Menilkof.

La atmósfera estaba fresca y pura,

(1) Americana.

sobre todo comparándola con la que acababa de respirar; la noche clarísima y serena; entre el tronar del cañón oíase el ruido de las ruedas de las *telegas* que traían cestones y faginas, y las voces de los que trabajaban en el polvorín: sobre su cabeza brillaba el cielo estrellado, dibujándose en él los surcos luminosos de los proyectiles; á la izquierda veíase la reducida abertura, de una *archina* de alto, que conducía al interior de otro blindaje, dentro del que se podían ver los piés y las espaldas de los marineros que allí paraban y á los que se oía hablar; en frente alzábase el macizo que cubría el polvorín, ante el cual pasaban y repasaban cuerpos encorvados, y en la cúspide misma de la eminencia, expuesta á las balas y las granadas que no cesaban de silbar en aquel sitio, aparecía una figura negra, elevada, con las manos en los bolsillos, pisoteando la tierra fresca que traían en sacos; de tiempo en tiempo caía una bomba y estallaba á dos pasos de la cava; los soldados obreros agachábanse y se apartaban de allí, mientras que la oscura silueta proseguía tranquilamente igualando la tierra con los piés y sin moverse de su sitio.

—¿Quién es ese?—preguntó Volodia á Menilkof.

—No sé; voy á verlo.

—No vayas, es inútil.

Pero Menilkof se levantó sin oírle; acercóse al hombre negro y permaneció largo rato inmóvil junto á éste, con la misma indiferencia que él hacia el peligro.

—Es el vigilante del polvorín, Vuestra Nobleza—dijo al volver—ha horadado una bomba el espaldon y lo vuelven á cubrir de tierra.

Cuando parecía que las granadas iban á caer directamente sobre el alojamiento blindado, Volodia se resguardaba arrimándose al quicio de la entrada, volviendo á salir en seguida, y alzando la vista para mirar si venían otras; y á pesar de que Vlang, acostado siempre, le hubo de suplicar más de una vez que entrase, el joven pasó tres horas sentado en el umbral, encontrando placer en arriesgar su suerte á aquella prueba, así como en observar la marcha de los proyectiles. Al concluir la noche, conocía perfectamente el número y la dirección de los cañones que disparaban y en qué dirección hacían fuego.

XXII

Al día siguiente, 27 de Agosto, después de diez horas de sueño, salió Volodia fresco y descansado del blindaje. Siguióle Vlang, pero éste al primer silbido de una bala, dió un

salto hacia atrás, y abriéndose camino con la cabeza, se precipitó por la angosta abertura entre la risa general de los soldados, de los cuales, todos, á excepción de Vlang, del veterano artificiero y de otros dos ó tres que solían aparecer raras veces en el atrincheramiento, habían salido fuera para respirar el aire fresco de la mañana. A pesar de la violencia del bombardeo, no se les pudo impedir que permanecieran allí, unos cerca de la entrada, otros cubriéndose con el parapeto; en cuanto á Menilkof, desde que rayó el alba, iba y venía por la baterías observándolo todo con aire indiferente.

En el umbral mismo del alojamiento sentáronse tres soldados, dos viejos y un jóven; éste último, judío de crespo cabello, infante agregado á la batería, recogió una bala que rodó á sus piés, y aplastándola con un casco de bomba contra una piedra, la recortó en forma de cruz según el modelo de la de San Jorge, mientras los otros conversaban, siguiendo con interés su trabajo que le salía muy bien.

—Yo digo que si continuamos aquí algún tiempo más, cuando la paz se haga, nos darán el retiro.

—De seguro; no me faltaban más que cuatro años de servicio, y hace cinco meses que estoy aquí.

—Eso no se cuenta para el retiro

—dijo otro—en el momento en que una bala de cañón, tras de pasar silbando sobre el grupo, dió en tierra á una archina de Menilkoff, que venía hacia ellos por la trinchera.

—A poco mata á Menilkoff—dijo un soldado.

—No me matará—repuso éste.

—Toma, ten esta cruz por tu valor—dijo el bisoño judío, concluyendo la que hacía, y dándosela.

—No, hermano, aquí los meses valen por años; hay una orden acerca de eso—prosiguió aquel que antes hablaba.

—Sea lo que fuere, es seguro que al llegar la paz nos pasará una revista el emperador en Varsovia, y si no nos dan la absoluta, por lo menos será licencia ilimitada.

En este instante, una bala pequeña, saltando de rebote, y que parecía gemir al silbar, cruzó sobre sus cabezas y fué á caer sobre un pedrusco.

—¡Cuidado!—dijo uno.—Puede ser que de aquí á la noche tengas tu licencia absoluta.

Todos se echaron á reir. Y no habían pasado dos horas, no había venido la noche aún, cuando dos de ellos habían recibido, en efecto, la licencia absoluta, y cinco estaban heridos; pero los demás proseguían chanceando como antes.

Por la mañana fueron aprestados

los dos morteros, y Volodia recibió, á eso de las diez, orden del comandante del baluarte de reunir su gente y situarse con ella en la batería. Una vez metidos en faena, ya no les quedaron ni señales de aquel terror, que la tarde precedente se manifestaba de un modo tan franco. Sólo Vlang no conseguía dominar el suyo, agachándose y escondiéndose á cada momento. Vassin también había perdido la sangre fría; agitábase y *saludaba*. En cuanto á Volodia, excitado por satisfacción entusiasta, no pensó más en el peligro. El júbilo que sentía al cumplir bien su deber, en no ser un cobarde, en verse, por lo contrario, lleno de valor; el sentimiento del mando y la presencia de veinte hombres, que, bien lo sabía, le observaban con curiosidad, hicieron de él un verdadero héroe. Hasta, vanagloriándose de su bravura, subíase á la banqueta, con el capote desabrochado, para llamar bien la atención. El jefe del baluarte, al revistar su fuerza, no obstante haberse acostumbrado durante ocho meses á ver el valor bajo todas sus formas, no pudo evitarse el admirar á aquel guapo mancebo, que con el rostro y los ojos animados, suelto el capote y dejando pasar la camisa roja que aprisionaba su cuello blanco y fino, hacía las señales de reglamento, gritaba con voz de man-

do: «¡Primero! ¡Segundo!» y subía alegremente al parapeto para ver dónde caía su bomba. A las once y media, el fuego de cañón cesó por ambas partes, y á las doce en punto comenzó el asalto del mamelón de Malakoff, así como de los baluartes segundo, tercero y quinto.

XXIII

A la parte de acá de la bahía, entre Inkerman y las fortificaciones del Norte, á la mitad del día y sobre el mogote del telégrafo, veíase á dos marineros; junto á ellos, un oficial examinaba á Sebastopol con un antejo de larga vista, y otro, á caballo, al que acompañaba un cosaco, acababa de reunírsele al pié del gran mástil de señales.

El sol se hallaba en lo alto del horizonte, suspendido sobre el golfo, en cuyas aguas, cubiertas de grandes buques de guerra anclados, de veleros mercantes y botes en movimiento, jugueteaban alegremente sus rayos abrasadores y luminosos. Ligera brisa, agitando apenas las hojas de algunas encinas achaparradas, que crecían junto al telégrafo, hinchaba las velas de los barcos y hacía rizarse ligeramente las olas. En la costa opuesta del

golfo divisábase Sebastopol, siempre igual, con su iglesia sin concluir, su columna, su muelle, el *bulevard*, que se destaca verde sobre la montaña; el elegante edificio de la Biblioteca; las lagunas de azul de mar, con su bosque de mástiles; los pintorescos acueductos, y sobre todo esto las nubes del tono azulado formadas por el humo de la pólvora, iluminadas de tiempo en tiempo por el rojo resplandor de las descargas; siempre el mismo Sebastopol, hermoso, altivo, con su aspecto de fiesta, rodeado por una parte de montañas amarillas, coronadas de humo, y por la otra de mar, cuya superficie, azul oscura y brillante, centellea al sol. En el horizonte, allá donde el humo de un vapor traza una línea negra, va subiendo un nublado en fajas blancas y angostas, precursoras del viento; en toda la línea de fortificaciones, á lo largo de las montañas, sobre todo en la izquierda, surgen de súbito, rasgados por un relámpago, visible aun en pleno día, penachos de humo blanco y espeso, que adoptando formas variadas, se extiende, se eleva y se colora sobre el cielo de tonos sombríos; aquellas masas de humo brotan por todas partes; de las montañas, de las baterías enemigas, de la ciudad, y se remontan á los aires; el estampido de las detonaciones conmueve el

aire con su continuo fragor. Cerca de mediodía, las humaredas van haciéndose más escasas, y las vibraciones de las capas de aire menos frecuentes.

—¿Sabe V. que el segundo baluarte no contesta?—dice el oficial de húsares.—Está todo por tierra; ¡es espantoso!

—Sí, y de Malakoff sólo responden dos veces por cada tres—replika el que observa con el anteojo.—¡Ese silencio me da rabia! No cesan de tirar sobre la batería de Korniloff, y ésta no responde...

—Ya verá V., será lo que he dicho; á mediodía cesará el bombardeo. Siempre sucede así. Vamos á almorzar; nos están esperando. No hay nada más que ver aquí.

—Espérese, no me distraiga—repone á su vez con marcada agitación el que mira con el catalejo.

—¿Qué? ¿Qué hay?

—Movimiento en las trincheras. Columnas cerradas que se ponen en marcha.

—Ah, sí; ya lo veo bien—dice uno de los marineros;—avanzan en columnas; hay que hacer la señal.

—Pero mire V. ahora, mire. Salen de las trincheras.

Distingúanse, efectivamente, á la simple vista, descender numerosas manchas negras desde la montaña al barranco, y dirigirse desde las baterías francesas á nuestros

baluartes. En primer término, ante ellas veíanse unas rayas negras también, muy próximas á nuestras líneas. De los baluartes surgieron de repente, y de distintos puntos á la vez, los albos penachos de las descargas, y merced al viento oyóse el crujir de nutrida fusilería, parecido á la crepitación de lluvia torrencial al caer sobre cristales. Las líneas negras avanzaban envueltas en una cortina de humo, é iban acercándose; la fusilería aumentaba en violencia; la humareda surgía á intervalos, cada vez más cortos; extendíase rápidamente á lo largo de la línea en una sola nube de color violáceo claro, desarrollándose y desenvolviéndose sin interrupción, surcada aquí y allá por fogonazos ó atravesada por puntos negros. Todos los ruidos se confundían en el fragor de un prolongado trueno.

—Es el asalto—dijo el oficial, palideciendo de emoción y alargando el anteojo al marino.

Cosacos y oficiales pasaron á caballo por la cumbre, precediendo al comandante en jefe que iba en carruaje acompañado por su escolta; sus rostros expresaban penosa emoción de ansiedad.

—Es imposible que lo tomen—dijo el oficial de caballería.

—¡Dios del cielo! ¡La bandera!... ¡mirad! —exclamó el otro sofocado

de angustia, y se apartó del anteojo.

—¡El pabellón francés sobre el mamelón de Malakoff!...

—¡Imposible!...

XXIV

El mayor de los Koseltzoff, que había tenido tiempo durante la noche de ganar y de volver á perder todas sus ganancias, incluso además las monedas de oro cosidas en las vueltas de su uniforme, dormía por la mañana en el cuartel del quinto baluarte con el sueño pesado más profundo, cuando estalló el siniestro grito repetido con diferentes voces de ¡al arma! ¡al arma!

—Despierte V., Mikhail Semenovitch, el asalto—le gritó una voz al oído.

—¡Una broma de estudiante!—respondió abriendo los ojos sin creer en la noticia.

Pero cuando vió á un oficial pálido, agitado, que corría aturdido de un lado para otro, lo comprendió todo; y á la idea de que pudieran tomarle quizá por un cobarde, que procuraba no incorporarse á su compañía en el momento crítico, le dió tal volquetazo en el corazón, que se echó fuera y corrió de un tirón á reunirse á sus soldados. Los caño-

nes habían enmudecido, pero la fusilería arreciaba de firme, silbando las balas, no aisladamente, sino por enjambres, como pasan sobre muchas cabezas en otoño las bandadas de pájaros. Todo el espacio ocupado la víspera por su batallón estaba lleno de humo, de gritos é imprecaciones; en su camino encontró multitud de soldados y heridos, y treinta pasos más allá distinguió á su compañía adosada al parapeto.

—El reducto de Schwarz ha sido ocupado por ellos—le dijo un oficial joven.—Todo está perdido.

—¡Qué majadería!—le respondió con cólera, y sacando de la vaina su espada corta y sin punta, exclamó:—Adelante muchachos, ¡hurra!...

Su voz fuerte y sonora le reanimó á él mismo; corrió adelante á lo largo del camino cubierto; cincuenta soldados siguieron en pos gritando, al desembocar, en un espacio libre; una granizada de proyectiles los recibió; dos le dieron simultáneamente, pero no tuvo tiempo de comprender dónde le habían tocado y si le hirieran ó contusionaran, pues entre el humo, aparecían ante él los uniformes azules, pantalones grancé y oíanse gritos que no eran rusos. Un francés, sentado sobre el parapeto, agitaba su schakó, gritando. La convicción de que sería muerto agujoneaba el valor de Ko-

seltzoff; corrió más, siempre á vanguardia; algunos soldados lo rebasaron, otros aparecieron de pronto por otra parte y corrieron con él; la distancia entre ellos y los uniformes azules, que al huir se volvían á las trincheras, permanecía invariable, pero sus piés tropezaban con heridos y muertos; al llegar al foso exterior, todo se confundió ante sus ojos, y sintió violentísimo dolor en el pecho; media hora después hallábase sobre una camilla, junto al cuartel Nicolás. Sabía que estaba herido, pero sin sufrir molestia alguna; hubiera deseado, no obstante, beber algo frío y hallarse acostado con más comodidad.

Un médico, grueso y bajito, con patillas negras, acercóse á él y le desabrochó el capote. Koseltzoff contempló, por encima de su barba, la cara del doctor, que examinaba su herida sin causarle dolor alguno; aquél, tras de cubrirla con la camisa del herido, se enjugó los dedos con el faldón de la levita, y volviendo la cabeza, pasó, silencioso, á otro herido. Koseltzoff seguía maquinalmente con la vista lo que pasaba en torno suyo, y transportándose con la memoria al quinto baluarte, sintió dulce satisfacción al hacerse justicia; había cumplido bizarramente con su deber, siendo la primera vez desde que estaba en el servicio que lo hiciera sin tener nada que re-

procharse. El médico, que acababa de curar otro oficial, hizo una señal al capellán, de hermosa y luenga barba roja, que permanecía allí con su cruz.

—Pero, ¿es que voy á morir?— le preguntó Koseltzof, viéndole acercarse.

El *pope* nada respondió; recitó unas oraciones, y le presentó la cruz.

La muerte no asustaba á Koselkoff; aproximando con mano débil la cruz á sus labios, lloró.

—Los franceses... ¿han sido rechazados?...—preguntó al capellán con voz firme.

—La victoria es nuestra en toda la línea—respondió éste para consolar al moribundo, ocultándole la verdad, pues el pabellón francés ondeaba ya sobre el mamelón de Malakoff.

—¡Gracias sean dadas á Dios!—murmuró el herido, cuyas lágrimas corrían, sin que él lo sintiera, por sus mejillas. El recuerdo de su hermano atravesó durante un segundo por su cerebro.—¡Dios quiera concederle la misma dicha!—murmuró.

XXV

Pero no fué tal la suerte de Volodia. Escuchando estaba una historia que refería Vassin, cuando el

grito de alarma «que vienen los franceses», hizo que se le agolpara la sangre al corazón; sintió palidecer y helarse sus mejillas; quedó un segundo herido de estupor; después, mirando en torno suyo, vió á los soldados abrocharse los capotes y salir fuera, unos tras de otros, y oyó á uno de ellos, probablemente Menlikilff, decir chanceándose: «Vamos, hijos, ofrezcámosles el pan y la sal.»

Volodia y Vlang, que no se apartaban de él, salieron juntos, precipitándose á la batería. Tanto de una parte como de otra, la artillería había cesado de tirar. La despreciable y cínica pusilanimidad del *junker*, más que la sangre fría de los soldados, tuvo la virtud de reanimar el valor del alferéz.

—¿Me pareceré á él?—se dijo, lanzándose vivamente hacia el parapeto tras el cual estaban emplazados los morteros.

Desde allí vió distintamente á los franceses cruzar corriendo un espacio libre de todo obstáculo y venir derechos hacia él; sus bayonetas, brillando al sol, se agitaban en las trincheras más próximas. Un zuavo de corta estatura, de hombros cuadrados, corría, sable en mano, ante los demás, brincando los fosos. «*A metralla*»—gritó Volodia, saltando de la banqueta; pero á los soldados se les había ocurrido ya esto,

y el crujir metálico de la metralleta, lanzada primero por un mortero y después por el segundo, resonó sobre su cabeza «¡Primero! ¡Segundo!»—mandó, cruzando velozmente el espacio entre las dos piezas y olvidándose por completo del peligro. Los gritos y el montar de los fusiles del batallón encargado de defender nuestra batería oíase por una parte, cuando de súbito, por la izquierda elevóse un clamor desesperado, repetido por muchas voces. «¡Vienen por retaguardia!»—y Volodia, volviéndose, divisó unos veinte franceses. Uno de ellos, buen mozo, de barba roja, corrió hacia él, y deteniéndose á diez pasos de la batería le disparó un tiro y prosiguió su carrera. Volodia, petrificado no quería creer á sus ojos. ¡Ante él, sobre el parapeto, más uniformes azules y dos franceses que clavaban ya un cañón! Excepto Menilkoff, muerto de un balazo junto á él, y de Vlang, que con los ojos bajos y el rostro inflamado por el furor, blandía el espeque, no quedaba nadie.

—Sígame V., Vladimir Semenovitch; sígame — gritó Vlang con voz desesperada, defendiéndose con la palanca contra los franceses que venían por la gola.

El aspecto amenazador del *junker* y el golpe con que derribó á uno los detuvieron—Sígame V., Vladimir

Semenovitch. ¿Qué espera? ¡Huya V.!—y se precipitó á la trinchera, desde donde nuestra infantería disparaba sobre el enemigo. Volvió á salir, sin embargo, en seguida para ver qué había sido de su adorado alférez. Una masa informe, envuelta en un capote gris, yacía con el rostro hacia tierra en el lugar donde quedara Volodia, y todo el espacio aquél hallábase ocupado ya por los franceses que tiraban sobre los nuestros.

XXVI

PERTENECIENTE A LA BIBLIOTECA
ATENCION MANCERNES

Vlang logró encontrar su batería en la segunda línea de defensa; de los veinte soldados que la componían poco antes, ocho solamente habían quedado con vida.

Hacia las nueve de la noche, el *junker* con su gente atravesaba la bahía en un vapor con rumbo á la Severnaia. El buque iba cargado de heridos, de cañones y de caballos; el fuego había cesado en todo el campo del combate. Como la noche anterior, brillaban las estrellas en el cielo, pero el viento había arreciado y agitaba el mar. En el primero y segundo baluarte surgían numerosos fogonazos al ras del suelo que iluminaban el horizonte, precediendo á otras tantas explosiones

que sacudían la atmósfera, permitiendo ver lanzadas por el aire nubes de piedras y objetos negros de forma extraña; algo ardía cerca de los docks, y una llamarada rojiza reflejábese en el agua; el puente, cubierto por apretada muchedumbre, aparecía iluminado por los fuegos de la batería Nicolás; un haz de llamas parecía elevarse sobre el agua en la lejana punta de la batería Alejandro, iluminando la capa inferior de una nube de humo que se balanceaba encima de ella. Como la noche anterior, las luces de la escuadra enemiga brillaban á lo lejos en el mar, tranquilas é insolentes; los mástiles de nuestros buques, echados á pique y sumergiéndose poco á poco en las profundas aguas, dibujábanse sobre la roja luz del incendio. Sobre la cubierta del vapor nadie hablaba; de tiempo en tiempo, entre el cabrilleo de las ondas, hendidas por sus ruedas, y el ruido de la máquina, oíase resoplar á los caballos, cuyas herraduras golpeaban la tablazón, y al capitán lanzar algunas voces de mando, así como los lamentos dolorosos de los heridos. Vlang, que no había comido desde el día antes, sacó un cantero de pan del bolsillo y mordió en él; pero al acordarse de Volodia rompió á sollozar tan ruidosamente, que llamó la atención de los soldados.

—¡Mira! come pan y llora nuestro Vlang—dijo Vassin.

—¡Es extraño!—añadió otro.

—Mira allí; han quemado nuestros cuarteles—prosiguió suspirando.—¡Cuántos han muerto de los nuestros! ¡Y á pesar de todo, los franceses han entrado...!

—Y á duras penas hemos logrado escapar vivos; hay que dar gracias á Dios—agregó Vassin.

—¡Lo mismo da; es desesperante...!

—¿Por qué? ¿Crees que les irá bien ahí? Espérate; ya verás cómo lo recobramos. ¡Perderemos más gente, es posible; pero, tan verdad como que Dios es Santo, que si el emperador lo manda, se recobrará! ¿Crees que se les ha dejado de cualquier modo? ¡Vaya! no les quedan sino cuatro paredes; han sido volado los atrincheramientos. Han conseguido plantar su bandera sobre el Mamelón, es cierto; pero no se arriesgarán á entrar en la ciudad.—Espérate un poco, no quedaremos en deuda contigo. Danos tiempo tan sólo—exclamó, mirando hacia las posiciones de los franceses.

—Así será; de seguro—añadió otro convencidamente.

En toda la línea de los baluartes de Sebastopol, donde durante meses enteros alentó la vida ardiente y enérgica; donde durante meses sólo la muerte relevaba á los héroes que

agonizando unos tras otros inspiraban el terror, el odio y hasta la admiración del enemigo; sobre aquellos baluartes, repito, no se veía ya un alma; todo estaba muerto, feroz, espantoso, pero no en silencio, que todo iba desplomándose en aquel contorno con hórrido fracaso. Sobre la tierra, agrietada por reciente explosión, yacían esparcidas cureñas rotas y cadáveres rusos y franceses aplastados; enormes cañones de hierro fundido, que rodaron al foso á impulsos de terrible fuerza, medio enterrados en el suelo y mudos para siempre; bombas, balas, fragmentos de vigas, zanjas, armaduras de los blindajes y más cadáveres aún con capotes azules ó grises que parecían sacudidos por supremas convulsiones, y á los que iluminaba á intervalos el rojo resplandor de las explosiones que hacían retemblar el aire.

El enemigo veía bien claro que algo insólito ocurría en el formidable Sebastopol; y aquellas explosiones, aquel silencio de muerte en los baluartes hacíale temblar; bajo la impresión de la resistencia tranquila y firme de aquella postrera jornada, no se atrevía aún á creer en la desaparición de su invencible adversario, y esperaba con ansiedad, callado é inmóvil, el fin de aquella noche lúgubre.

El ejército de Sebastopol, seme-

jante á un mar cuya masa líquida, inquieta y azulada, se extiende y se desborda, avanzaba con lentitud en la noche sombría, ondulando en la oscuridad impenetrable por el puente de la bahía, dirigiéndose á la Severnaia; alejándose de aquellos lugares en los que habían sucumbido en tan crecido número los héroes que regaran con su sangre; de aquellos lugares defendidos durante once meses contra un enemigo dos veces superior en fuerza, y los cuales había recibido orden de abandonar aquel mismo día, sin combatir.

La primera impresión causada por aquella *orden del día*, oprimió pesadamente el corazón de los rusos; después, el temor de la persecución fué el sentimiento dominante en todos. Los soldados, hechos á batirse en los sitios que abandonaban, sintiéronse sin defensa en cuanto se alejaron de ellos; inquietos, agolpábanse en la entrada del puente, sacudido por ráfagas violentas. A través de la aglomeración de regimientos, de milicias, de carruajes, echándose unos sobre otros; la infantería, cuyos fusiles chocaban entre sí, y los oficiales de órdenes á duras penas podían abrirse camino; los vecinos y los sirvientes militares que acompañaban á los bagajes, pedían llorando que los dejaran pasar, mientras que la artillería, presurosa por alejarse, rodaba con

estrépito al descender á la bahía.

Aunque la atención se viera distraída por mil detalles, el sentimiento de la conservación y el deseo de huir lo más pronto posible de aquel lugar terrible, invadía el espíritu de cada cual, así del soldado mortalmente herido, echado entre otros quinientos infelices sobre las losas del muelle Pablo y pidiendo á Dios la muerte, como del miliciano rendido, que haciendo el postrer esfuerzo, penetra en la compacta multitud para dejar camino libre á un jefe; como del general que pide paso con voz imperiosa deteniendo á los soldados impacientes, ó del marinero perdido entre un batallón en marcha y casi ahogado por la muchedumbre en movimiento; y del oficial herido á quien trasportan cuatro soldados que, detenidos por el tropel, dejan en el suelo la camilla junto á la batería Nicolás; y

del veterano artillero que durante diez y seis años no se separó del cañón y que con ayuda de sus compañeros y por orden, para él incomprendible, de su jefe, apréstase á volcarlo de un golpe en la bahía, y en fin, de los marinos que acaban de echar á pique sus buques y que reman con vigor al alejarse en los botes y falúas. Al llegar al extremo del puente, cada soldado, con poquísimas excepciones, se descubría persignándose; pero además de este sentimiento experimentaba otro, más acerbo, más profundo: una sensación próxima al arrepentimiento, á la vergüenza, al odio, y con indescriptible amargura en el corazón, suspiraban todos penosamente, proferían entre dientes terrible amenaza contra el enemigo y lanzaban al llegar á la costa Norte, la última mirada sobre Sebastopol abandonado.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

EL REY APEPI

I

Una tarde, al salir del casino donde había comido, el marqués de Miraval encontró en casa una carta de su sobrina la señora de Penneville, quien le escribía desde Vichy:

«Mi querido tío: Las aguas me han sentado bien, y hasta hoy tenía motivos para estar satisfecha de mi curación; pero el buen efecto que esperaba temo que se eche á perder con la mala noticia que acabo de recibir ahora mismo y que me causa un indecible trastorno. Los médicos dicen que el primer deber de los que padecen hepatitis es no pasar penas por nada; yo no me las tomo, pero me las dan. Me vuelvo los sesos agua pensando en una tal señora Corneuil, así la llaman. No había oído nombrar nunca á esta mujer, y sin conocerla la aborrezco.

V. siempre ha sido muy curioso y muy relacionado. Mi querido tío, de seguro que está V. al cabo de la calle: dígame á escape quién es la señora Corneuil. Me interesa mucho; ya le diré por qué.»

El marqués de Miraval era un antiguo diplomático, que comenzó su carrera reinando Luis Felipe, y que bajo el Imperio había ocupado honrosamente varios puestos de segundo orden, con los cuales se satisfizo su ambición. Cuando le jubiló la revolución del 4 de Setiembre, tomó la cosa á lo filósofo. No padecía ninguna hepatitis crónica, como su sobrina; no le molestaban lo más mínimo el hígado ni la bilis. Tenía salud, un estómago de hierro, buenos piés, buena vista y doscientas mil libras de renta, lo cual nunca echa ninguna cosa á

perder. Como veía el lado bueno de todas ellas, felicitábase de haber llegado á los sesenta y cinco años de edad conservando todo el pelo, aunque blanco como la nieve; pero no le dió por teñírsele. Con claro ingenio y buen carácter, estimaba que la naturaleza todo lo hace á propósito, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, que después de todo es una buena maestra, y, en último término, una señora omnipotente, que es inútil contrariarla y ridículo disputar contra ella, que encima de eso todas las edades tienen sus placeres, y que después de haber vivido mal que bien no es desagradable emplear siquiera diez añitos en ver vivir á los otros, riéndose bajo cuerda de sus majaderías: «Yo no las hago ya, pero las comprendo todas.»

Si no agradecía á la vejez el que hubiese blanqueado su abundante cabellera de color de avellana, que algún tiempo atrás le envaneciera, en cambio el Marqués perdonaba con facilidad á las revoluciones el haber interrumpido antes de tiempo su carrera. Siempre hay veinticuatro horas para maldecir á nuestros jueces; después de haber aliviado su despecho con algunos epigramas bien asestados, el señor de Miraval se consoló muy pronto de un suceso que le condenaba á no ser ya nada dentro del Estado, pero

que en desquite le había devuelto la independencia.

La libertad había sido siempre para él el más preciado de los bienes; creía que el hombre feliz es aquel que se pertenece á sí mismo y gobierna su vida á su antojo. Por eso, después de haber estado casado durante dos años, resolvió permanecer viudo. En vano le apremiaban á que se volviera á casar; contestó como un pintor célebre: «¿Tan grato es al volver á casa encontrarse allí con una extraña?» Gustábasele más ir en busca de las extrañas á sus mismas casas, y con frecuencia había sido bien acogido por ellas. Pero nunca había tomado á las mujeres muy por lo serio; era un poco escéptico en lo que á esto concierne, y las había abandonado antes de que le abandonasen á él. A los cincuenta años echó el torno y á los sesenta desenganchó. El marqués de Miraval era un hombre prudente, otros dirán que un egoísta; distinción que no siempre es fácil de hacer.

Pero fuese egoísta ó prudente, el marqués de Miraval profesaba sincero afecto á su sobrina la condesa de Penneville, y apresuróse á contestar á su carta á correo vuelto; no hay que hacerles aguardar á los hepáticos. Su respuesta hallábase concebida en estos términos:

«Mi querida Matilde: Siento infi-

nito que te molesten en tu tratamiento, dándote enojos y cuidados; es la peor enfermedad, aunque no mortal. Pero, ¿de qué se trata y qué tiene que ver en ello la señora Corneuil? ¿Qué puede haber de común entre esta mujer, á quien no conoces, y la condesa de Penneville? Pido prontas aclaraciones. En espera de ellas y puesto que así lo quieres, voy á explicarte lo mejor que pueda quién es la señora Corneuil, á quien jamás he visto; pero conozco gentes que la conocen.

»¿Es posible, querida Matilde, que hasta hoy nunca hayas oído hablar de la señora Corneuil? Eso me disgusta pues prueba que eres una mujer sin letras, que no lee nada, ni siquiera la *Gaceta de los Tribunales*. No vayas por eso á figurarte que la señora Corneuil sea una encubridora de ladrones ó una envenenadora, ni que le hayan formado nunca ninguna causa criminal; sino que hace seis ó siete años se separó del señor Corneuil. Este asunto metió un poco de ruido; he aquí la historia, por lo que recuerdo de ella.

»El señor Corneuil era en otro tiempo cónsul general de Francia en Alejandría. Pasaba por un buen agente, á quien sólo se le vituperaba el tener el genio un poco brusco. Un pecado venial. En el país del *curbach* es preciso saber en ocasio-

nes atropellar hombres y cosas. Cuando un oriental no es de nuestro parecer y pide demasiado caro por cambiar de él, el único medio de convencerle es estrangularle; pero no, esto no tiene que ver con mi asunto. Una casualidad feliz para unos y desgraciada para otros, hizo que en los muelles de Alejandría desembarcase un tal señor Véretz, ínfimo agente de negocios que los hizo muy malos en París, y por librarse de sus acreedores llegaba á todo correr á la tierra de los Faraones para probar fortuna; según parece, un pelafustán, de una moralidad dudosa y de una reputación más que equívoca. El señor Véretz tenía una hija, de diez y ocho años, lindísima hasta arrebatarse. Las crónicas no dicen nada acerca de dónde y cómo la conoció el señor Corneuil; sólo nos advierten que este cabezudo tenía un corazón inflamable y no sabía negar ninguna cosa á su imaginación. Desde su primer encuentro con esta bella criatura, quedó perdidamente enamorado de ella. Preténdese que quiso tratar de satisfacer su gusto sin casarse; creía tratar con una de esas inocencias muy despabiladas, que con facilidad se dan á razones. Se engañó de medio á medio: habíase dirigido á un dragón de virtud. Todo lo ofreció, y fué rechazado con pérdidas é indignación. Si no hubiese dependido

más que del señor Véretz, pronto hubieran estado de acuerdo. Por suerte para la señorita Hortensia Véretz, tenía una madre muy hábil, lo cual es una gran bendición para una hija. Al cabo de algunas semanas de inútiles persecuciones, el señor Corneuil se resolvió á la postre á dar el paso decisivo. Ese cónsul general, poseedor de una fortuna, tomó el partido de casarse por sus lindos ojos con una mujer que no tenía un céntimo y cuyo padre era un hombre desconceptuado; y además se casó con ella sin contrato, bajo el régimen de comunidad de bienes. Esto produjo un escándalo; le echaron en cara su suegro, hubo una chillería contra él. Vióse reducido á dar su dimisión, y abandonó el Egipto para volverse á Périgueux, su ciudad natal, á lo que le animó su joven y bonita mujer, á quien le faltaba tiempo para alejarse por siempre de un padre comprometedor é ir á gozar en Francia de su nueva fortuna. Recuerdo haber sabido esta historia en el ministerio de Estado, donde fué la comidilla durante ocho días, y después hablaron de otras cosas. Pero el ex-cónsul no había llegado al límite de sus penas. Cuatro años más tarde la señora Corneuil entabló demanda de separación de cuerpo y bienes. Su madre la había acompañado á Périgueux. Cuando se tiene la

suerte de poseer una madre hábil, es preciso no separarse nunca de ella, y lo mejor es dirigirse siempre por sus consejos.

»¿Por qué se ha separado de su marido la señora Corneuil? Fué de oír acerca de ello á los abogados. Uno y otro estuvieron admirables, desplegaron todos los recursos de su facundia. Esas dos oraciones forenses, en que el epigrama alternaba con el apóstrofe y éste con la invectiva, fueron dos platos fuertes de que se atiborró la maledicencia pública. Se me han olvidado los detalles y no tengo á mano la *Gaceta de los Tribunales*; pero no importa, estoy seguro de lo que afirmo sobre el particular. El letrado Papin, abogado de la demandante, uno de los príncipes del foro, llegado de París para ese efecto, declaró que el señor Corneuil era un mal hombre, un gáznapiro de á folio, y que la señora Corneuil era de un natural exquisito, de un carácter angelical. Puso al cielo por testigo de que ese monstruo, después de haber amado á este ángel, se hastió de su felicidad, de la que era indigno; que había puesto en uso los procedimientos más irritantes, y que, no contento con tener queridas y hacer ostentación de ellas, habíase entregado á odiosos arrebatos, complicados con verdaderas vías de hecho, verdaderas sevicias. A esto repli-

có el letrado Viriou que, si su cliente había tenido la imprudencia de abandonarse ante testigos, á sensibles vivezas de carácter, no era un monstruo; y que si la demandante era una criatura angélica, en el untuoso corazón de ese ángel había mucho vinagre y sobre todo mucho cálculo. Se esforzó por demostrar al tribunal que el señor Corneuil no había cometido sino extravíos muy excusables, pero que su mujer le imputaba como un crimen el que se obstinase en vivir en Périgueux, donde ella se aburría; y que no habiendo logrado persuadirle de que trasladase el domicilio conyugal á París (única residencia digna de sus gracias y de su genio, en sentir de ella), había formado el proyecto de reconquistar la independencia, y para eso había puesto su empeño con arte maquiavélico en hacerle cometer faltas, que había hecho inguantable el hogar con lo adusto de su humor, con esos mil alfilerazos cuyo secreto poseen los ángeles y que sacan de quicio á hombres que no son mónstruos. ¿Era tan culpable él sin ventura por haber tratado de consolarse? Lo repito: los dos abogados hicieron prodigios. Lo difícil era saber quién mentía; en cuanto á mí, los hubiera despachado á ambos con cajas destempladas. Lo cierto es que el tribunal dió la razón al letrado Papin. Se dictó

sentencia de separación, y la mitad de los bienes se adjudicaron á la señora de Corneuil. Sin embargo, el letrado Viriou no había de todo punto mentido, puesto que seis meses después del fallo, la señora Corneuil partió para París en compañía de su madre.

»Preveo, querida Matilde, que me preguntarás qué habrá sido en París de la hermosa señora Corneuil; no lo que tú piensas. Tres caminatas me di esta mañana con el único fin de poderte informar; no me lo agradezcas; en extremo me gusta corretear. La señora Corneuil no ha logrado aún todas sus secretas ambiciones. No puede decir: «¡Al cabo llegué, ya estoy aquí!» Pero está en buen camino. La mariposa no se ha despojado por completo de su crisálida; tiene paciencia; algún día desplegará las alas y saldrá triunfante de su estuche. Sin embargo, la señora Corneuil recibe, da banquetes, tiene reuniones. Una mujer bonita, que tiene una madre hábil y un buen jefe de cocina, no tiene el temor de que la dejen consumirse en la soledad. En otro tiempo acudían á su casa muchos literatos, sobre todo de los que pertenecen á la nueva escuela, á esa que llaman el partido de los jóvenes. ¡Buen provecho les haga! Entre ellos los hay de talento y con porvenir; otros hay

de quienes asegúrase que sus novedades no son nuevas y que su juventud huele un poco á rancio; pero nada tengo que ver en eso. Esto no les impide tener buen diente, y en casa de la señora Corneuil se come muy bien. No se contentaba con dar pasto á la literatura, sino que la cultivaba ella misma; y empleaba á sus contertulios jóvenes en escribir articulejos encomiásticos para ella en los periodiquillos. Los estómagos agradecidos son excelentes trompetas de la fama; y, por encima de todo, es bastante rica para pagar su gloria.

»Diez y ocho meses después de instalarse en París publicó una novela, que por la mayor de las casualidades llegó á mis manos. Te confieso que no la he leído hasta el final: no se le puede exigir á un hombre todas las clases que hay de valor. Comenzaba la cosa por la descripción de una niebla. Al cabo de diez páginas (¡bendito sea el cielo!) despejábase la niebla y aparecía una mujer en una victoria. Recuerdo que aquel carruaje procedía de la casa Binder; y recuerdo también que aquella mujer, cuyo corazón era un abismo, calzaba guantes del seis y cuarto, tenía en la sién derecha tres pecas, ni más ni menos, «palpitantes alas de nariz, inimitables redondeces de brazos, y silencios anhelantes». No sé si te pasa

como á mí: la algarabía y las descripciones me dan miedo, y huyo. Soy tan duro de meollo que no veo aquella mujer, cuyo retrato ha causado tantas fatigas á su autor; el bueno de Homero, que no era ningún joven, se limitó á decirme que Aquiles era rubio, y le veo. En fin, ¿qué quieres? Tal es la moda del día. Llaman á eso estudiar... ¿cómo dicen?... estudiar los documentos humanos; y parece ser que nadie había parado mientes en ello hasta hoy, ni siquiera mi viejo amigo Fielding, á quien leo y releo todos los años. Documentad á vuestras anchas, hijos míos, é id á comer á casa de la señora Corneuil, que sólo recibe á las gentes que documentan. No me gustan mucho los pedantes en serio, pero tengo santo horror á la pedantería aplicada á las insignificancias; como ya no soy joven, soy de la opinión de Voltaire, á quien no le agradaba que se discutiese con pesadez lo que no vale la pena de advertirse de ligero.

»Pena me da decirlo: la novela de la señora Corneuil cayó de bruces, y eso que pretenden que le fué inspirada y corregida por otro. Trató de desquitarse con los versos y publicó un tomo de sonetos; por supuesto que en ellos no se mentaba para nada al señor Corneuil. Eran versos escritos á vuela pluma, pero por una pluma cortada por un án-

gel, y llenos de sentimientos exquisitos, suaves, refinados. Regla general: cuando las mujeres separadas hacen sonetos, estos sonetos son siempre sublimes. Por desgracia, lo sublime no se vende. Esto fué una pena cruel para la señora Corneuil, quien al punto rifó con las musas y despachó á su apuntador.

»Todos los grandes artistas, lo mismo Mozart que el señor Talleyrand, Rafael como el señor de Bismarck, han tenido varias maneras.

»La señora Corneuil juzgó oportuno cambiar la suya. Reformó el tren de su casa, la cocina, el mobiliario, el vestir. Su humor adquirió gravedad; le entró un repentino gusto por los tronos neutros, por las conversaciones severas, por la metafísica y por las cintas de color de hoja seca. Esta hermosa rubia notó que no valía todo su precio sino destacándose á medias tintas en un salón amueblado con gente seria. Se impuso la tarea de purificar el suyo; con mucha suavidad puso á la puerta á la mayoría de aquellos caballeres, por lo menos á los más bullangueros, los que frecuentaban los bastidores y solían contar anécdotas picantes. Estaba cansada de barullos; había descubierto que valía más la consideración personal y social, aunque se comprara con un poco de aburrimento. Se esforzó por atraer á su casa hombres respec-

bles, personajes, y sobre todo mujeres irreprochables. La cosa era difícil; pero con un poco de trabajo y mucha perseverancia, una ambiciosa que no teme aburrirse lo consigue todo. Ya no hacía sonetos ni novelas; se entregó de lleno á las obras de caridad.

»La caridad, mi querida Matilde, es á la vez y según los casos la más hermosa de las virtudes ó la más útil de las industrias. Tú tienes tus pobres, y sólo Dios pudiera decirnos cuánto los amas, cómo los cuidas, de qué manera los conservas; mas, de seguro, nunca sabrá tu mano izquierda lo que hace tu derecha. Ignoro si la señora Corneuil habrá visto á menudo pobres del uno ó del otro sexo; en cambio, va y viene, se agita, se entromete, perora, forma parte de seis comisiones y doce subcomisiones; es una postulante incomparable, una cajera muy perita, una tesorera muy ducha, una vicepresidenta cabal. Sí, querida, dícese que nadie preside como ella. He ahí unos famosos puestos, y el mejor medio de introducirse en sociedad. Añadiré que, si ya no hace versos, en cambio no ha renunciado á la prosa. Ha compuesto un elocuente tratado sobre el *Apostolado de la mujer*, que se vende á beneficio de un nuevo asilo, y que está en la quinta edición. Los sonetos eran sublimes; su tratado es archisubli-

me. Es una amalgama de ternuras á lo San Francisco de Sales y de sutilezas á lo Santa Teresa. Nunca se ha puesto una aspiración tan alta á nuestra pobre especie humana: ya no era aquello aire respirable, sino éter purísimo. Sería curioso saber qué han pensado acerca de eso el señor Corneuil y Périgueux.

»El barbilindo que me ha suministrado estos detalles hablaba en tono zumbón; se me ocurrió preguntarle... Pero me interrumpió, diciéndome: «No se sabe nada sobre ese particular; aquellos á quienes haya hecho felices han sido discretos. A mi parecer, es fría como el hielo; y si alguna vez ha cometido una falta, será porque le haya traído cuenta. Pesca á caña tendida: si pica el pez, peor para él; ella no tiene nada que ver en eso. Lo cierto es que tiene oídos de mojigata, y quiere que la traten como una divinidad, que la alimenten de ambrosía, sin escatimarle el incienso. Dudo que tenga en gran estima interior su virtud; pero atiende mucho á su reputación, por cuidarse de lo por venir. Aspira á ser una potencia, á ser algo en política; y como está persuadida de que el señor Corneuil no durará mucho, su sueño dorado es casarse algún día con una persona de ilustre apellido ó con un diputado; en este caso, ella será á su vez quien lo dirija.» El bar-

bilindo me decía todo esto con acritud. En el curso de la conversación supe que desde hace un año no ha comido ni puesto los piés en casa de la señora Corneuil. De esto he deducido que se meció en audaces esperanzas, que fué muy atrevido, y que el día de la limpieza del salón famoso no se encontró hacia el lado del mango de la escobilla. Montesquieu tenía la costumbre de decir: «El Padre Tournemine y yo nos hemos amoscado, y no debe creérsenos cuando hablemos uno de otro.» Yo no creo sino á medias los relatos de mi joven, y sospecho que haya cargado la mano á los colores. ¡Conque fíate de dar comidas á las gentes! ¡Buena engañifa para los anfitriones!

»Aquí tienes mis informes, querida Matilde; dime qué piensas hacer con ellos. Pero por encima de todo, tu viejo tío te abraza con ternura, sintiendo un poquillo que no sea de veras.

»*P. S.*—Vuelvo á abrir mi carta. Salía para echarla en el buzón al irme á comer, cuando por favor del cielo me encontré esquina á la calle de Choiseul al letrado Papin, cuya elocuencia hizo ganar en otro tiempo su causa á la amable mujer que has tomado entre ojos, no se sabe por qué. Habíale consultado en una ocasión acerca de un asunto que me recomendaron, quedamos muy bue-

nos amigos, y como sabía yo que había quedado en las mejores relaciones con su rubia cliente, me acerqué para pedirle noticias de ella. Querida, las historias del buen barbilindo hay que ponerlas en cuarentena; por lo menos no está al corriente. La señora Corneuil ha vuelto á cambiar de manera; empiezo á creer que cambia demasiado á menudo. Temo que no tenga ese espíritu tenaz y esa perseverancia necesarios para las grandes empresas; los impacientes que proceden con arranques bruscos, me hacen dudar de su porvenir. A las primeras palabras que le dije, el letrado Papin se puso finchado, se cargó de hombros con ese ademán propio de los abogados, como un hombre que lleva el universo encima de su robusta espalda y que se arquea para no dejárselo caer. Con el mismo tono con que apostrofa en estrados al fiscal, exclamó:—Señor Marqués, esa mujer es sencillamente un portento de virtudes cristianas. Hace diez y ocho meses supo que su marido estaba gravemente enfermo del pecho. ¿Y qué hizo? Olvidando sus agravios, sus legítimos resentimientos, ha corrido á buscarlo á Périgueux, y se ha reconciliado con él. Aconsejaron al señor Corneuil que partiese para Egipto, y ella todo lo abandonó por acompañarle y convertirse en la enfermera de un

hombre brutal, cuyas violencias habían puesto en peligro sus días. ¿Tuve razón, sí ó no, para afirmar en la audiencia que la señora Corneuil es un ángel?—¡Tate!—le dije—no se entusiasme V. Admiro tanto como V. ese hermoso rasgo, pero mi querido licenciado, ¿no pudiera suceder que después de haber obtenido la mitad de la fortuna gracias á V., se propusiera ese ángel conseguir el resto por vía de herencia? Hizo un ademán de indignación, y encorvó más la espalda, replicando:—¡Ah! señor Marqués, V. no ha creído nunca en las mujeres, es V. un terrible escéptico. Le miré y me miró, me reí y se rió; creo que debíamos de parecernos entonces á los arúspices de Cicerón.

»Lo mejor del caso, querida Matilde, es que ya no necesitas explicarme nada. Escúchame bien; he aquí exactamente lo que ha pasado. Tu hijo Horacio, ese egiptólogo de tan grandes esperanzas, que me dispensa el honor de ser sobrino mío, hace dos años que está en Egipto. Ha encontrado allí una hermosa rubia, y por primera vez ha hablado su corazón; no ha podido contenerse sin escribírtelo; sus cartas rebosan señora Corneuil por todas partes, y tu maternal solicitud se ha soliviantado. ¿No es así? ¡Caramba! Eres ingrata con la Providencia. Mil veces vituperaste á tu hijo

el que fuera un muchacho demasiado formalote, serio en demasía, ensimismado hasta el exceso en sus caros estudios; un feroz Hipólito de la erudición, despreciador del mundo, de los placeres, de las bellas y de los negocios; sin otro ensueño que el de componer algún día un librote que revele al atónito universo secretos de cuatro mil años de fecha. A ti te halagaba hacerle entrar en el Congreso, ó en el Consejo de Estado, ó en la diplomacia; te ha entristecido con sus negativas. Desde su más tierna infancia lloraba porque le llevasen al museo egipcio del Louvre. Con los ojos cerrados hubiera podido decir lo que contenían el armario K ó el escaparate Q de la sala de monumentos religiosos. Yo no tengo la culpa; yo no lo he formado.

»Este joven verdaderamente extraordinario nunca se enamoró más que de la diosa Isis, mujer y hermana de Osiris; es la única intriga comprometedora que tiene sobre sí. Nunca se ha interesado sino por los acontecimientos que pudieran ocurrir bajo el reinado de Sesostris el Grande; las discusiones más apasionadas de nuestros diputados y hasta las frases de plazuela que pueden decirse unos á otros le han parecido siempre insípidas comparadas con la historia íntima de los Faraones. A todos los esparcimien-

tos que siempre le has propuesto, prefería un papiro montado en lienzo ó en cartón, la mascarilla de una momia, el gavilán, símbolo de las almas, ó un lindo escarabajo dorado, emblema de la inmortalidad. Hablo de ello con conocimiento de causa: me distinguía con sus confianzas. La última vez que le vi (me acordaré por largo tiempo) le encontré encerrado con un texto jeroglífico, dispuesto en columnas retrógradas y adornado con figuras al contorno. Dió muestras de mal humor por verse perturbado en su voluptuosa cita á solas. En lo alto del manuscrito veíase un hombre de rostro amarillo, cabellos pintados de azul, ornada la frente con un capullo de loto y una gran mitra blanca. Puse el dedo en una de las columnas retrógradas, y dije á ese querido muchacho: «Gran descifrador, ¿qué puede significar ese embolismo?» Y me respondió sin enfadarse: «Mi querido tío, ese embolismo, que si V. no lo lleva á mal, es muy claro y de mayor importancia, significa que el intendente de los rebaños de Ammón, grámmata principal, Amen-Heb el verídico, y que le amó su mujer, la señora que constituye todas sus delicias, Amen-Apt la verídica, presentan sus homenajes á Osiris, habitante de la región occidental, señor de los tiempos, á Ptah-Sokari,

señor de la tumba, y al gran Tum, que ha hecho el cielo y creado los espíritus que salen de la tierra...» Escuchábale yo con tanto interés, que al día siguiente creyó dispensarme un favor enviándome escrita la historia completa de Amen-Heb. La leo una vez cada año, el día de San Horacio. ¿Habrá quien me acuse de descuidar mis deberes de tío segundo?

»No lo niegues, querida, este furor era tu desesperación. Pues ahora ¿de qué te quejas? Ahí tienes un chico casi en salvo. El cielo es quien le ha encaminado á la señora Corneuil; ella le enseñará muchas cosas que ignora y le hará olvidar otras muchas, haciéndole beber en sus hermosos ojos el olvido de Amenofis III, de la décima octava dinastía de Amen-Apt la verídica y del hombre de la gran mitra blanca. No le envidies sus tardíos placeres, sin contar con que se debe ser caritativo con una pobre enfermera. ¿Encontrarás culpable á esta santa mujer porque descansa de sus fatigas en la sociedad de un hombre joven y guapo, que la dice ternezas mientras la ayuda á preparar las tisanas. Todo va bien, querida Matilde. Puesto que se me presenta ocasión de confesártelo, te diré que me mortificaba un poco eso de pensar en que Horacio, mi futuro heredero, hubiera llegado á la edad

de veintiocho años sin que nadie le conociese una querida; su aventura me regocija mucho, y me dan tentaciones de mandarla poner en los periódicos. Pero tú misma convén en ello... Por más que digan las madres, nada les humilla tanto como tener un hijo á quien la sociedad acusa de ser demasiado formalote; es una afrenta que se les hace y que les cuesta trabajo digerir. ¡Dios bendiga á la señora Corneuil! La diosa Isis ha encontrado con quien hablar. Escribe acto continuo que he acertado, y que, después de reflexionarlo, estás tan contenta como yo.»

A los dos días, el marqués de Miraval recibió de su sobrina esta breve respuesta:

«Mi querido tío: La carta de V. y los informes que ha tenido la bondad de proporcionarme han redoblado mi inquietud. No dude V. ni un sólo instante de que el joven reñido con la señora Corneuil dijo la pura verdad; tenemos que habérmolas con una intrigante. ¿Por qué hemos de consentir que Horacio se haya dejado coger en sus redes? Desde que tuve la desgracia de perder mi marido, en todos los casos importantes ha sido V. mi consejero único y mi supremo recurso. Nunca tuve mayor necesidad que

hoy de su ayuda. Sé que es cruel arrancar á V. de su querido París, pero conozco sus buenos sentimientos respecto á mí, su solicitud por los intereses de nuestra familia, su amistad casi paternal con ese pobre y absurdo Horacio. Se lo suplico. venga V. en mi busca á Vichy; formaremos juntos nuestro plan. Le llamo á V. y le espero.»

La señora Penneville tenía razón al creer que á su tío le costase gran trabajo abandonar París; desde que ya no era diplomático no podía estar á gusto en ninguna otra parte. En los ardientes meses del estío, cuando todo el mundo se marcha de allí, él no se cuidaba de irse. Prefería á los más hermosos montes de abetos, los barnices del Japón y los olmos nuevos de menudas hojas que veía desde la terraza de su casino, donde pasaba la mayor parte de los días y hasta de las noches. Sin embargo, este egoísta ó este sabio siempre veló de todo corazón por los intereses de su sobrino, á quien destinaba su herencia; además, era curioso y no se lo ocultaba. Ordenó á su ayuda de cámara, suspirando, que preparase las maletas; y aquella misma noche salió para Vichy.

Prevenida de ello por un telegrama, la señora de Penneville le esperaba en la estación. En cuanto le

vió desde lejos, fué corriendo á su encuentro y le dijo:

—¡Figúrese V. que aquella mujer es viuda, y se le ha puesto en la cabeza casarse con ella!

—¡Ah, pobre madre!—exclamó el Marqués.—Ahora sí que convengo en ello: el caso es grave.

II

El marqués de Miraval no se había equivocado en sus conjeturas: las cosas habían ocurrido poco más ó menos como se las figuró. El conde Horacio de Penneville había conocido en el Cairo á una hermosa rubia, y por la primera vez de su vida quedó preso su corazón. Habíanse encontrado en el *New-Hotel*; desde los primeros días, la señora Corneuil hizo lo posible por atraerse las miradas y los pensamientos del joven. Habiendo parecido reanimarse el señor Corneuil hasta el punto de poderse pasar sin su enfermera, aprovecharon esa engañosa mejoría para visitar juntos el museo de Bulak, los subterráneos del Serapeum, las pirámides de Gizeh y de Sakkarah. Horacio había tomado por lo serio su papel de guía; se impuso la obligación y el gusto de explicar el Egipto á la se-

ñora Corneuil, y la señora Corneuil escuchó todas sus explicaciones con profundo recogimiento y una atención conmovida, con la cual mezclábase á intervalos amables transportes. Estaba como absorta y palpitante; en el fondo de sus ojos ardía una llama intensa; poseía como nadie el arte de escuchar con los ojos. No le costó ningún trabajo admitir que Moisés vivió reinando Rhamsés II; pareció encantada al saber que la segunda dinastía reinó trescientos dos años, que Menes natural de Thinis, y que la gran pirámide de escalones fué construida por Kekeú, el Cécous de Manethón, por quien fué establecido el culto del buey Apis, manifestación viva del dios Ptah, experimentaba un entusiasmo de neófito al hacerse iniciar en los sagrados misterios de la cronología egipcia; declaró que era la más hermosa de las ciencias y el más dulce de los pasatiempos; juró aprender á descifrar los jeroglíficos.

El hecho decisivo ocurrió en una visita á la tumba de Ti, á la rojiza claridad de las antorchas. Examinaban con una especie de éxtasis todos los cuadros grabados en las paredes de cada una de las cámaras funerarias. Hay uno que representa un cazador sentado en una basca, en medio de una laguna donde nadan hipopótamos y cocodrilos. Al

inclinarse ambos para mirar estos cocodrilos, la señora Corneuil, absorta en su contemplación, hizo un movimiento en falso y su mejilla rozó con la del joven; éste sintió un estremecimiento que hasta entonces nunca había sentido. Salió primero ella del sepulcro; al reunirse él, quedóse como deslumbrado. Descubrió de pronto que tenía un porte de reina, ojos garzos mezcla de pardo y amarillo, los cabellos más admirables del mundo, que era hermosa como un ensueño y que la amaba como un loco.

Algunas semanas después el señor Corneuil había entregado el alma á Dios, legando todos sus bienes á su mujer, quien le había cuidado con heroica paciencia, justo es decirlo. La vispera del día en que iba á embarcarse para llevar á Périgueux un féretro emplomado, Horacio la pidió por favor un instante de entrevista; y por la noche, en la terraza del *New-Hotel*, bajo el estrellado cielo de Egipto, con una brisa deliciosa donde flotaban las grandes sombras vagarosas de los Faraones, confesóla él su pasión é intentó arrancarle la promesa de que antes de un año sería suya para toda la vida. Entonces pudo conocer toda la delicadeza de aquel corazón selecto. Con los ojos bajos le echó en cara su amor, haciéndole presente que aún estaba el muerto sin en-

terror, y que la repugnaba unir las rosas con los cipreses y los pensamientos amorosos con los largos velos de crespón. Pero le permitía escribirla, y se comprometió ella misma á darle contestación dentro de seis meses; al abandonarle, tenía en sus labios una sonrisa infinitamente púdica, pero muy alentadora. El remontó el Nilo y llegó al Alto Egipto, contento con pasar sus meses de espera en la soledad de una Tebaida, donde los días tienen más de veinticuatro horas; todas son pocas cuando hay que descifrar jeroglíficos pensando en la señora Corneuil. Los cocodrilos debían representar un gran papel en esta historia. Estaba Horacio en Keri ó Crocodilópolis cuando recibió una carta perfumada y verdaderamente exquisita destinada á hacerle saber que la mujer adorada pasaría el estío con su madre á orillas del lago Lemán, en una fonda situada á algunos pasos de Lausanne, y que si el conde de Penneville se presentaba allí no tendría necesidad de llamar dos veces á la puerta para que se abriese. Partió como una flecha y se fué de un tirón hasta Lausanne. Desde allí escribió á la señora de Penneville una carta de doce carrillas, refiriéndola su feliz aventura con efusiones de ternezas y de alegría muy propias para desesperarla.

Tío y sobrina emplearon toda la velada en charlar, en deliberar, en discutir. Como suele suceder en casos tales, repetían hasta veinte veces las mismas cosas; eso no hace adelantarnada, pero alivia. El señor de Miraval, que rara vez la tomaba por lo trágico, empeñábase en consolar á la Condesa; ésta hallábase inconsolable.

—De buena fe —decía —¿puede V. esperar que considere á sangre fría la perspectiva de tener por nuera una criatura que no se sabe de dónde ha salido, hija de un hombre desconceptuado, una señorita de pan pringado que se casó con un hombre de poco fuste y se separó de él para ir á correrla en París; una mujer cuyo nombre se ha arrastrado por las columnas de la *Gaceta de los Tribunales*, una mujer que describe nieblas, que compone sonetos y que (estoy segura de ello) lo menos ha tenido diez aventuras?

—Yo no sé si la cuenta será exacta —respondió el Marqués— pero es lo cierto que mucho antes de nacer nosotros ya se dijo que los seres más peligrosos del universo son las serpientes de sonajas y las mujeres de sonetos. Pueden apostarse diez contra uno á que ésta es una intrigante, y que el asunto será muy desagradable.

—¡Horacio, desconsolador Hora-

cio—exclamó la Condesa—qué pena me das! Ese muchacho tiene el corazón más noble y generoso; por desgracia, nunca ha tenido sentido común. ¿Pero podía esperar me?...

—¡Ay! sí, era de esperar—interrumpió el Marqués.—Hay que desconfiar siempre de las formalidades precoces; á menudo concluyen por catástrofes. Cien veces te he dicho, querida Matilde, que tu hijo me tenía intranquilo, que nos preparaba alguna desagradable sorpresa. Todos nacemos con cierta suma de locura que gastar; ¡feliz quien la gasta poco á poco durante su juventud! Horacio la ha aguardado entera hasta los veintiocho años, capital é intereses, y he aquí el magnífico fruto de sus ahorros. Las pequeñas locuras multiplicadas preservan de las grandes; cuando no se hace más que una sola, casi siempre es colosal y con frecuencia irreparable. Yo he sabido servirme de mi juventud; hubiera creído faltar á mis deberes más sagrados si la hubiese dejado en barbecho. A los veintidós años ya no tenían gran cosa que enseñarme las mujeres; me sabía de memoria ese lindo animal.

—¡Qué poca atención, tío!—exclamó la Condesa, un poco escandalizada.

—Mil perdones. Sólo quería dar-

te á entender que, gracias á repetidas experiencias, terminé mi aprendizaje antes de la edad de casarse, y que si hubiera encontrado una señora Corneuil habría trabajado con ahinco por gustarla; ¡pero, un demonio hubiese yo pensado en casarme con ella!

La señora de Penneville presentó al Marqués una taza de té, azucarada por su blanca mano, y le dijo con voz cariñosa:

—Querido tío, sólo V. puede salvarnos.

—¿Por qué medio? —preguntó éste.

—¡Le profesa á V. Horacio tanto respeto, tales deferencias! Siempre ha ejercido V. gran dominio sobre él.

—¡Bah! Ya no vivimos bajo un régimen autoritario.

—Además, V. le ha permitido siempre considerarse como heredero suyo; me parece que esto le confiere á V. cierto derecho.

—¡Vaya! Los mozos que, como tu hijo, viajan por los espacios imaginarios renuncian, con facilidad á una herencia. ¿Qué son cien mil libras de renta en comparación con un lindo escarabajo, emblema de la inmortalidad?

—Tío, querido tío, estoy convencida de que si consintiese V. en ir á Lausanne...

El Marqués dió un salto, y dijo:

—¡Santo Dios! Lausanne está muy lejos.

Y exhaló un suspiro, pensando en la terraza de su casino.

—Resígnese V. á prestarme tal servicio, y le estaré eternamente agradecida. V. hará que mi querido hijo atienda á razones.

—Querida Matilde, algunas veces vuelvo á leer mis poetas latinos. Conozco uno que dijo que lo característico del amor es perder el juicio y que predicar con la razón á un enamorado equivale á decirle que sea loco con cordura, *ut cum ratione insaniat*.

—Horacio tiene corazón. Hágame V. ver que ese matrimonio me desesperaría por completo.

—Querida, ya lo sospecha él, puesto que á su vuelta de Egipto no se ha atrevido á venir á abrazarte, y está segura de que no vendrá antes de que le hayas dado tu consentimiento. Por mucho que se ame y respete á una madre, cuando un hombre está encandilado de veras... ¡Y lo que es él, vaya si lo está, justo cielo! Su carta da fe de ello: es una prosa que trasciende á fiebre y arde en un candil.

La señora de Penneville se acercó al Marqués, acarició suavemente sus cabellos blancos y echándole los brazos al cuello, le dijo:

—¡Es V. tan hábil! ¡Tiene V. un ingenio tal sutil! Aseguran que en

otro tiempo ha cumplido V. misiones infinitamente delicadas, saliendo airoso de ellas.

—¡Aduladora! Negociar con un gobierno es cosa mucho más fácil que tratar con un enamorado conducido del ronzal por una intrigante.

—Nunca me hará creer que hay nada imposible para V.

—Has jurado picar mi amor propio. Pues bien, sea; merece intentarse la empresa. Pero, á propósito, ¿has contestado ya á la formidable carta que acabas de leerme?

—No he querido hacer nada sin concertarme con V.

—Mejor que mejor; así no hay ningún compromiso; el asunto está intacto. Vamos, mañana te diré si me decido á partir para Lausanne.

La Condesa dió fervorosas gracias al marqués de Miraval. Aún se las dió más expresivas cuando al otro día le anunció que se había resuelto y la rogó que hiciese que le condujeran á la estación. Acompañóle ella para convencerse de que no mudaba de parecer, y le dijo en el camino:

—He ahí un viaje que todas las madres de familia glorificarán; pero si lo tiene V. á bien, cuando esté por allá, comuníqueme noticias tuyas con frecuencia.

—Bueno, te las comunicaré; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Y es, que no creas ni una palabra de lo que te escriba.

—¿Qué quiere V. decir?

—También exijo que me contes-tes como si me creyeras, y que en-víes mis cartas á Horacio recomen-dándole el secreto.

—Cada vez lo entiendo menos.

—¿Qué es eso de una mujer que no comprende? Las cartas ostensi-bles: tal es el fondo de la diploma-cia. Después de todo, no es neces-a-rio que me comprendas; lo esencial es que te conformes escrupulosa-mente con mis instrucciones. Adiós, querida; me voy adonde me man-dan el cielo y tus zalamerías. Si no salgo con bien de mi empeño, eso probará que nuestros amigos los republicanos han tenido razón para darme el retiro.

Dicho esto, abrazó á su sobrina y subió al vagón. Veinticuatro horas más tarde llegó á Lausanne, donde, después de haber tomado un cuar-to en el hotel Gibbon, su primer cuidado fué proporcionarse avíos completos de pescar. En seguida, fa-tigado por el viaje, durmió seis horas de un tirón. En cuanto se despertó comió, y en cuanto hubo comido, hizose llevar en coche á la fonda Vallaud, situada á veinte minutos de Lausanne, en las laderas de una de las más hermosas colinas del mundo. Aquella encantadora *villa*,

convertida de poco tiempo atrás en fonda, se componía de una casa co-mún, donde el conde de Penneville ocupaba una habitación, y de un lindo *chalet* aislado en que habita-ban la señora Corneuil y su madre. El *chalet* y la casa común estaban separados, ó si se quiere reunidos, por un gran parque muy umbrío, que Horacio atravesaba varias ve-ces al día diciendo: «¿Cuándo vivi-remos bajo el mismo techo?» Pero hay que saber aguardar á la dicha.

En aquel momento Horacio, plu-ma en ristre, trabajaba en su gran *Historia de los Hicsos*, ó de los *Pas-tores*, ó de los *Impuros*, es decir de esos terribles nómadas cananeos que dos mil años antes de la Era Cristia-na, molestados en sus campamentos por las invasiones elamitas de los re-yes Chodornakhunta y Chodorma-bog, invadieron á su vez toda la cuen-ca del Nilo, entraron en ella á sangre y fuego y ocuparon durante más de cinco siglos el Centro y el Norte del Egipto. Armado con su erudición, enriquecido con nuevos documen-tos trabajosamente recogidos por él, había emprendido la tarea de demos-trar con testimonios fidedignos que el Faraón de quien llegó á ser mi-nistro Josef era Apofis ó Apepí, rey de los hicsos, y se vanagloriaba de probarlo tan bien que en adelante sería imposible que ni los ingenios más prevenidos sostuvieran lo con-

trario. Algunos meses antes había remitido del Cairo á París los primeros capítulos de su historia, que se leyeron en su Instituto; su tesis escandalizó á algunos egiptólogos, otros encontraron en ella algo bueno, y uno de ellos escribió sobre este particular: «He aquí un principio que promete. *Macte animo, generose puer.*»

Vestido con una especie de albornoz de lana blanca, con el cuello descubierto y el cabello enmarañado, estaba puesto de codos en una mesa redonda, frente á una escribanía cuya tapa remataba en una esfinge, y su rostro expresaba contentamiento del corazón junto con una perfecta tranquilidad de conciencia. En medio de la mesa, desplegabas sus pétalos una magnífica rosa purpúrea, casi negra, que había puesto en un vaso con agua, y en la cual sumergía indiscretamente su hocico avinagrado, sin desarrugarse, una estatuilla de loza azul que representaba una diosa egipcia con cara de gata. Horacio contemplaba alternativamente á ratos ese hocico, que le era muy grato, y esa rosa cogida por la señora Corneuil para él no hacía una hora. Volviendo también á ratos los ojos hacia la ventana abierta de par en par, notaba cómo la luna llena rielaba en las temblorosas aguas del lago, formando un largo reguero de lente-

juelas de oro. Pero, por gracia especial en su estado, no dejaba de estar absorto por entero en su trabajo; no sufría ninguna distracción, pertenecía á los hicsos. La luna, la rosa, la señora Corneuil, la diosa con cabeza de gata, la esfinge remate de la escribanía, los *Impuros* y el rey Apepi: todo esto se enlazaba y confundía íntimamente en su pensamiento. Los bienaventurados del paraíso ven todo en Dios y pueden pensar en todo sin distraerse un solo momento de su idea, que es eterna. El conde Horacio estaba á la vez en Lausanne, próximo á una mujer cuya imagen no le abandonaba, y en Egipto, dos mil años antes de Jesucristo; y su ventura era completa, como su aplicación.

Acababa de escribir esta frase: «Considerad las esculturas de la época de los pastores, examinad con cuidado y sin prejuicios esas caras angulosas, de pómulos muy salientes, y si sois personas de buena fe, convendréis en que la raza de los hicsos no era puramente semítica, sino que estaba muy mezclada con elementos turanios.»

Satisfecho de su conclusión, interrumpió el trabajo por un segundo, dejó la pluma, y atrayendo hacia sí la rosa purpúrea la oprimió contra sus labios, pero oyó llamar á la puerta. Metió precipitadamente

la rosa en el vaso, y con tono de mal humor gritó:

—¡Adelante!

Abrióse la puerta y entró el marqués de Miraval. La fisonomía de Horacio se anubló; aquella inesperada aparición le dejó consternado, sintiendo como si de pronto le hubieran expulsado de su paraíso. ¡Ay! La vida más feliz no es sino un paraíso intermitente.

El marqués, inmóvil en el quicio de la puerta, saludó con gravedad á su sobrino diciéndole:

—¡Qué! ¿Te molesto? Nunca has sabido disimular tus impresiones.

—¡Ah, tío mío! ¿Cómo puede V. creer?... Confieso que no esperaba... Pero, dígame V., ¿por qué casualidad?...

—Estoy viajando por Suiza. ¿Podía pasar por Lausanne sin venir á verte?

—Convenga V., tío, en que no pasaba; convenga V. en que es mucho más que un transeunte, en que ha venido V. aquí de propio intento.

—Sí, de propio intento; tú lo has dicho, muchacho.

—¿De modo, que tengo el honor de tratar con un embajador?

—Sí, con un embajador muy aferrado á la etiqueta y que pide que le reciban con todo el ceremonial debido y según todas las reglas del derecho de gentes.

La turbación de Horacio se había calmado; armóse de filosofía y puso al mal tiempo buena cara. Acercó una silla al Marqués, y le dijo:

—Tomad asiento, señor embajador, en el mejor de mis sitios. Pero antes abracémonos, querido tío. Si no me equivoco, hace ya dos años muy cabales que no hemos tenido el gusto de vernos. ¿Qué podría ofrecerle que fuese grato para V.? Paréceme recordar que le gusta el champagne helado, que es la bebida favorita de V. ¡Oh! No vaya V. á imaginar que estamos aquí en un país de salvajes; hay todo lo que se apetezca; quedará V. complacido al instante.

Al decir estas palabras tiró del cordón de la campanilla, y se presentó un criado; le dió órdenes, que fueron al punto ejecutadas, aun cuando se acusa á los valdenses de ser un poco lentos.

Sin embargo, el señor de Miraval contemplaba á su sobrino con una satisfacción mezclada con un sordo despecho. Parecióle que ese bien formado buen mozo había embellecido más y más. Su barba corta era de una negrura magnífica; sus facciones, en otro tiempo un poco suaves, se habían acentuado y adquirido firmeza; sus ojos, de un gris azulado, habíanse rasgado; su tez estaba soleada, oscurecida, y el color aquel moreno, le sentaba divi-

namente. Su sonrisa, llena de dulzura y de misterio, era encantadora; parecía esa indefinible sonrisa que en los labios de sus estatuas pusieron los escultores egipcios, cuyo genio costó trabajo á Grecia superar. Esfinge hay en el museo del Louvre que hubiera reconocido á Horacio por el aire de familia y le hubiese tenido por pariente suyo. Es natural que se tome el tinte de los países donde se habita, y algunas veces también el aspecto de las cosas que se aman.

«¡Tonto de capirote—pensaba el Marqués muy incomodado—tienes la mejor planta y la cabeza más hermosa del mundo, y valiente cosa te aprovechas de ellas! ¡Ah, si hubiera yo tenido á tu edad los ojos y la sonrisa que tienes tú, vaya un partido que hubiese sacado! No, ninguna mujer habría podido resistirme... Pero tú ¿qué responderás á la Providencia cuando te pida cuenta de todos los dones que te ha otorgado? Le dirás: «Me he servido de ellos para casarme con la señora Corneuil...» ¡Caramba, tonto de marca mayor (te contestará), has comenzado neciamente por donde acaban los demás!»

Horacio estaba á mil leguas de adivinar las secretas reflexiones del señor de Miraval. Pasada la emoción desagradable de los primeros momentos, recobró su estado natu-

ral de ánimo, que era el de tener gusto en ver á su tío, á quien quería mucho. A decir verdad, como embajador le hacía poca gracia y estaba resuelto á no hacerle gran caso; pero cuando se está seguro de la firmeza de voluntad, no se temen las objeciones y sabía de antemano que tendría respuestas para todo. Así, pues, aguardaba á pié firme al enemigo; y como el enemigo bebía champagne y no se apresuraba á comenzar el ataque, salió al encuentro de él.

—Ante todo, querido tío, déme V. pronto noticias de mi madre.

—Quisiera dártelas buenas—respondió el Marqués.—Pero ya sabes que estamos intranquilos por su salud, y convendrás en que la carta que de ti ha recibido...

—¡La ha disgustado mi carta!

—¿Y lo preguntas siquiera?

—Amo á mi madre con ternura—replicó Horacio con viveza—pero siempre la he tenido como la más razonable de las mujeres. Aparentemente me habré explicado mal; mañana la volveré á escribir, tengo la seguridad de reconciliarla con mi ventura.

—Créeme, no la escribas más; no se cura el mal con el mal. Con seguridad, tu madre desea tu dicha; pero el extravagante proyecto que le has confiado... ¿Te hiere lo de extravagante? Retiro la palabra

extravagante... Quería decir que el proyecto un poco raro... Vamos, retiro también lo de raro. Así se estila en el Congreso, y no hay que ser más digno que un diputado. En una palabra, ese proyecto, ni extravagante ni raro, inspira á tu madre las más vivas zozobras, y no triunfarás de sus objeciones.

—¿Le ha encargado á V. que me las dé á conocer?

—¿Debo presentarte mis credenciales?

—Es inútil, tío. Hable V., dígame con franqueza lo que guste; ó más bien, si quiere V. acertarlo, no me diga nada, pues le advierto que derrocharía en balde su elocuencia y sé que no le gusta á V. perder inútilmente las palabras.

—Sin embargo, tendrás que resignarte á oirme. Me figuro que no pretenderás que he corrido cien leguas para nada. Tengo dispuesto mi discurso, tendrás que aguantarlo.

—Hasta mañana, si es preciso— contestó Horacio.—Le pertenece á V. mi noche.

—Gracias... Y ahora empecemos por el principio. Lo que acaba de ocurrir no sólo me ha afligido, sino humillado cruelmente. Me preciaba de conocer á los hombres, y estaba orgulloso de mi ciencia. Pues bien, para confusión mía debo confesar que, respecto á ti, me he equivocado de medio á medio. ¡Cómo! ¡Eres

tú, hijo mío, tú á quien tenía por el mancebo más sensato, más reflexivo, más tranquilo de la tierra; eres tú quien de pronto caes en la cuenta de difundir el espanto en el seno de tu familia con una decisión!...

—Extravagante y rara— interrumpió Horacio.

—Ya te dije que retiraba esas dos palabras. ¿Ese proyectado enlace no parece un capricho tenaz?

—¿Debo contestar á V. cargo por cargo, ó prefiere V. endilgarme todo su discurso de una sentada?

—No, eso sería muy fatigoso. Contéstame en seguida.

—Pues bien, querido tío; sepa V. que nunca se ha engañado en lo que á mí concierne, y que ese pretendido terco capricho, es precisamente el acto más sensato, más reflexivo que me ha inspirado mi ángel bueno, un acto en que he puesto á la vez todo mi corazón y todo mi juicio.

—¡Cómo es eso! Me prohibirás asombarme de que el heredero de un gran nombre y de una buena fortuna, un conde de Penneville, que podía elegir en su clase entre cincuenta señoritas verdaderamente dignas de él, rehusé todos los partidos que su madre le proponía y cambie bruscamente de parecer para casarse... ¿con quién?... con una señora... Horacio, haz el favor de decirme cómo se llama; no pue-

do retener nunca ese demonio de apellido.

—Se llama la señora Corneuil, para servir á V.—replicó Horacio un poco picado.—Siento infinito que le disguste á V. su apellido, pero no se tome la molestia de incrustarlo en su memoria. De aquí á dos meses, la llamará V. sencillamente la condesa Hortensia de Penneville.

—¡Caracoles! ¡Qué á escape vas! Todavía no está hecho.

—Tío, nos hemos dado palabra mutuamente. Tenga V. la cosa por hecha y le desafío á que la deshaga.

El señor de Miraval llenó y vació de nuevo la copa, y luego dijo:

—No te acalores, no te arrebatas. Por nada del mundo quisiera incomodarte; pero estoy tan asombrado, tan sorprendido... Dime, ¿qué es esa estatuilla de loza azul, con un gran nimbo, de fino talle y hocico de gata, que lleva en la mano derecha una cosa así como una guitarra?

—No es guitarra tío, sino un sistro, símbolo de la armonía del mundo. ¡Qué! ¿No reconoce V. en esa estatuilla la diosa Sekhet, la Bubastis de los autores griegos, á la cual denominaron la gran amante de Ptah, divinidad alternativamente bienhechora y vengadora, que según todas las apariencias, re-

presentaba la radiación solar en su doble funcionalismo?

—Mil perdones, creo irla recordando. ¿Y esa rosa que parece olisquear con mal talante?... ¡Ah! Esa rosa no necesito preguntar de dónde viene.

—¡Pues bien, sí! Me la ha dado esa mujer de cuyo nombre es imposible acordarse.

—Permíteme, sé muy bien ese nombre... La señora Corneuil... ¿No es Corneuil? ¡Pues bien! ¿No te parece, mi dulce amigo, que la diosa Sekhet ó Bubastis, que representa la radiación solar, echa unos ojos irritados, encendidos en indignación, á esa rosa purpúrea y que maldice á la rival que has tenido la insolencia de preferir á ella? Ten cuidado, las rosas se marchitan; las rosas y quienes las dan no viven más que un día; las diosas son inmortales y sus enojos lo son también.

—Tranquílicese V., tío — replicó Horacio sonriéndose.—La diosa Sekhet contempla esa flor con una mirada muy dulce. Si V. la interrogase, le diría: Las cincuenta herederas que ha propuesto V. al conde de Penneville, son todas, ó la mayoría unas majaderas criaturas de ingenio menguado y fútil, ocupadas únicamente en trapos y pequeñeces; por eso apruebo de veras el que haya desdeñado esas muñecas y

querido casarse con una mujer como hay pocas, una mujer que no sólo será para el sobrino de V. la más dulce de las compañeras, sino que se interesará apasionadamente por sus trabajos, le ayudará con sus consejos, será la confidente de todos sus pensamientos...

— Y merecerá algún día ser del Instituto como él — interrumpió el señor de Miraval. Será delicioso veros entrar allí de bracetete. Horacio, renuncio á recitarte el final de mi discurso. Permíteme nada más que te dirija una ó dos preguntas. Veamos, ¿dónde ha ocurrido este inconcebible accidente? ¿Dónde ese fiero Hipólito?... ¡Ah! Pero si lo sé: tu madre me ha contado que sucedió en Menfis, en el fondo de una cueva.

— Mi madre no ha sido discreta — respondió Horacio. — Pero, sea: fué en el fondo de una cueva. Nosotros llamamos á eso un hipogeo.

— Vaya por el hipogeo. Mis ideas se aclaran; ahora me acuerdo que fué en el sepulcro del rey Ti.

— Ti no era rey, tío — replicó con un tono de indulgente mansedumbre. Ti era uno de los grandes feudatarios, uno de los barones de cualquier soberano de la cuarta dinastía, la cual reinó doscientos ochenta y cuatro años; ó acaso de la quinta, que verosimilmente fué también menfita.

— ¡Dios me libre de sostener lo contrario! Bueno; ya os veo en aquella tumba. Iluminada por el amor, la señora Corneuil descifró de corrida una inscripción jeroglífica, y conmovido tú con tan magnífico milagro te echaste á sus piés.

— Esos milagros no se efectúan, tío. La señora Corneuil todavía no lee los jeroglíficos, pero día llegará en que los lea.

— ¿Y por eso la amas, desdichado?

— La amo — exclamó Horacio con fuego — porque es admirablemente hermosa, porque es hechicera, porque es adorable, porque tiene todas las gracias, y porque á su lado todas las mujeres me parecen feas, Sí, la amo, la he entregado para siempre mi corazón y mi vida; tanto peor para quien no me comprenda.

— ¡Diantre, eso es hablar y eso es amor! Pero, hijo mío, no te culpo de que ames á esa mujer; eres libre de hacerlo. Lo que me apena es que te quieras casar con ella. ¡Gran Dios! ¿Dónde iríamos á parar si estuviese uno obligado á casarse con todas las mujeres á quienes ama? Veamos, acá para entre nosotros solos, ¿acaso es una virtud tan feroz?

Horacio frunció el entrecejo y respondió con sequedad:

— ¡Basta, tío! Se lo suplico á V., ni una palabra más.

— A decir verdad—prosiguió el Marqués—yo no sé nada, no es cosa mía. Pero, según parece, tu madre ha tomado informes, y malas lenguas pretenden...

— ¡Basta, le digo á V.!—repitió Horacio levantando la voz.—Si cualquier otro que no sea V. me hablase en ese tono acerca de una mujer para quien mi estimación iguala á mi ternura, de una mujer digna de toda clase de respetos, me quitaría la vida ó yo á él la suya.

— Comprende bien que maldita la gana que tengo de batirme contigo, ¡oh! mi único heredero. ¡Demonches! ¿Qué sería de la herencia? Puesto que tú me lo dices, quedo convencido de que la señora Corneuil es una mujer absolutamente inmaculada; pero, ¿dónde diablos le habrán dado á tu madre sus informes? Asegura que es sencillamente una ambiciosa, ó sea una intrigante; y que su ensueño... Oye, ¿estás bien seguro de que esta mujer no pertenezca á la raza de las hábiles? ¿Estás bien seguro de que se interese con sinceridad y con pasión por las hazañas de los Faraones y por el dios Anubis, conductor de las almas? ¿Estás bien seguro de que los pequeños medios no produzcan algunas veces grandes efectos, y de que allá abajo, en

el sepulcro de Ti, que no era rey sino barón, no haya representado una pequeña comedia con la cual quedase engañado cierto egiptólogo á quien yo conozco? En cuanto á mí, pienso que aun cuando este buen mozo aquí presente tuviese la nariz torcida, los ojos empañados y la mirada bizca, la señora Corneuil seguiría amándole, por la excelente razón de que á la señora Corneuil se le ha puesto en el moño llamarse algún día condesa de Penneville.

— De veras me da V. lástima, tío; y soy muy bueno al contestarle. ¡Suponer miserables cálculos de interés y de vanidad á una mujer como ella, al alma más altiva, más noble, más pura! Reténgase V., debiera ruborizarse V. de equivocarse hasta ese punto. Me ha contado su vida entera, día por día, hora por hora. ¡Dios sabe que ella no tiene nada que ocultar! ¡Pobre y santa criatura, casada muy joven y contra su gusto, por la tiranía de su padre, con un hombre indigno de tocar con el dedo la fimbria de su vestidura! Y, sin embargo, todo se lo perdonó ella. ¡Si supiera V. con qué tierna solicitud le cuidó en sus últimos momentos!

— Pero me parece, amiguito, que bien recompensados han sido sus afanes, puesto que la ha dejado su fortuna.

— ¿Y á quién se la había de dejar? ¿No tenía mucho que reparar? No, jamás mujer alguna ha sufrido tanto ni fué más digna de ser feliz. Una sola cosa la ayudaba á conllevar la pesada carga de sus penas. Estaba íntimamente persuadida de llegar algún día á encontrar un hombre capaz de comprenderla, y cuya alma estuviese á la altura de la suya.—Sí (me decía la otra noche), creía en él, estaba segura de su existencia, y la primera vez que vi á V. me pareció reconocerle y me dije: «¿No será éste?...» Tío, ella y yo somos una misma persona, y será la gloria de mi vida. Me ama, se lo digo á V.; me ama, y V. no lo podrá impedir; por eso, lo mejor es que acabemos de hablar ya de esto, si á V. le parece bien.

El Marqués se pasó dos veces las manos por la blanca cabellera, y exclamó:

—Horacio, declaro que eres el más cándido de los ingenuos y el más simplote de los enamorados.

—Tío, afirmo que es V. el más terco é incurable de los escépticos.

—Horacio, pongo por testigos á la esfinge que está ahí y al hocico de la diosa Sekhet de que la poesía es la enfermedad de las gentes que no han vivido.

—Y yo, tío, tomo por testigos á la luna que está allí y á esta rosa

purpúrea que le mira burlándose de V., de que el escepticismo es el castigo de los que quizá han abusado de la vida.

—Y yo te juro por lo más sagrado, por el gran Sesostris mismo...

—Tío, ¡mal va V. por ahí! Bien sé que no hay que echarle á V. la culpa de eso; no ha estudiado V. ni pizca la historia de Egipto, porque no era de su incumbencia. Pero sepa V. que si hay en el mundo una reputación falsa y hasta usurpada es la del hombre á quien llama V. el gran Sesostris, y que se llamaba en realidad Ramsés II. Jure V., si quiere, por el rey Quéops, vencedor de los beduinos; jure por Menes que edificó Menfis; jure por Amenofis III, llamado Memsión, ó si le parece á V. mejor, por Suefru, penúltimo Rey de la tercera dinastía que sojuzgó á las tribus nómadas de la Arabia Pétrea. Pero sepa V. que su gran Sesostris era, en resumen, un hombre muy mediano, de un mérito muy escaso, que llevó la vanidad hasta hacer borrar de los monumentos el nombre de los soberanos predecesores de él para sustituirlo por el suyo, lo cual indujo en error á los espíritus ligeros, en particular á Diodoro Sículo ó de Sicilia, é introdujo en la historia las más deplorables patrañas. El Sesostris de V. no ha vivido nunca sino de una hazaña de

sus juveniles años. Sea por destreza, sea por suerte, logró salir de una emboscada, salvando la vida y las joyas. He ahí la magnífica proeza que hizo representar cien y cien veces en las paredes de todos los edificios construidos durante su reinado; eso fué su eterno Valmy, su sempiterno Jemmapes. Pregunto á V.: ¿qué conquistas hizo? Ejecutó levadas de negros porque necesitaba albañiles; hizo cacerías de hombres en el Sudán, y su único título de gloria consiste en haber tenido ciento setenta hijos, de los cuales sesenta y nueve varones.

—¡Demonio! Pues algo es eso... Pero, en fin, ¿qué consecuencias vas á deducir de ello?

— De ello deduzco — respondió Horacio, á quien el incidente había hecho perder de vista lo principal — deduzco que Sesóstris... No — repuso — deduzco que adoro á la señora Corneuil y que antes de tres meses será mi mujer.

El Marqués se levantó bruscamente, exclamando:

—¡Horacio, mi heredero y sobrino segundo, ven á mis brazos!

Y como le mirase Horacio inmóvil y con aire suspenso, continuó:

—¿Tengo que repetírtelo? Ven á mis brazos, estoy satisfecho de ti. De veras, tu pasión me rejuvenece. Me placen la juventud, el amor y la candidez. Creí que sólo sentías

por esa mujer un antojo, un capricho de cabeza; pero veo que tu corazón está interesado, y nada mejor se puede hacer que escuchar la voz del corazón. Perdóname mis necias preguntas y mis objeciones impertinentes. Lo que te he dicho ha sido por tranquilidad de mi conciencia. Tu madre me había enseñado la lección y la he repetido como un loro. Por eso no hay que enfadarse con las pobres madres; sus escrúpulos siempre son dignos de respeto. La tuya...

—¡Oh, ha tocado V. ahora el punto sensible y doloroso — interrumpió el joven. — Pero sabré traerla al buen camino; mañana la escribiré.

—Oye, no la escribas; tu prosa no tiene el don de agradarla. Pero tiene mucha confianza en mí. Mi palabra será de más peso para ella. Hijo mío, aquí me tienes pronto á pasarme al enemigo; si la amable mujer que vive á un paso de nosotros es en verdad como dices, yo seré tu abogado para con tu madre y la haremos que atienda á razones. ¿Quieres presentarme á la señora Corneuil? La tomaré el pulso, y te prometo...

—¿Es V. sincero, tío? — le preguntó Horacio, mirándole con aire de desconfianza y de reto. — ¿Puedo contar con su perfecta lealtad? ¿No tratará V.?...

—¡A fe de tío y de hidalgo!— interrumpió á su vez el Marqués.

—En ese caso abracémonos, y esta vez será la buena—respondió Horacio, agarrando la mano que le alargaban.

Tío y sobrino permanecieron todavía algún tiempo charlando como buenos amigos. Era cerca de media noche cuando el señor de Miraval se acordó de que su carruaje le aguardaba en el camino para conducirlo de nuevo á su hotel. Levantóse y dijo á Horacio:

—¿Con que estamos en que me presentarás mañana?

—Sí, tío, á las dos en punto.

—¿Es tu hora, la hora en que la ves?

—Es una de mis horas. Nunca trabajo entre el almuerzo y la comida.

—De modo que todo está pauta-do como el papel de música. Tienes razón; es preciso tener método en todas las cosas, hasta en el amor, y hacerlo todo con peso, número y medida. Conocí á un filósofo, quien decía que la medida es la más hermosa definición de Dios... Pero, á propósito; dormí la siesta después del almuerzo, y no tengo sueño. Préstame un libro que me sirva de compañía en la cama. ¿Sin duda, poseerás las obras de la señora Cornéil?

—¿Qué duda tiene?

—No me des su novela, ya la he leído.

—Es una obra maestra—dijo Horacio.

—Para mi gusto tiene demasiada niebla. Pero corre el rumor de que ha publicado sonetos.

—Son verdaderas joyas.

—Y un *Tratado sobre el apostolado de la mujer*.

—¡Oh, que admirable libro!

—Préstame el *Tratado* y los *Sonetos*. Los leeré esta noche para prepararme á la entrevista de mañana.

Horacio se puso á buscar en seguida los dos tomos, costándole sumo trabajo encontrarlos. A fuerza de andar de acá para allá, los descubrió á la postre debajo de un gran montón de libros en 4.º, que los aplastaban con su terrible peso. Al presentárselos, dijo á su tío:

—Cúdelos V. como á las niñas de sus ojos. Ella misma me los ha dado.

—Está tranquilo; comprendo el precio de este tesoro—le respondió el Marqués.

Y en el acto advirtió que el *Tratado* no tenía cortadas las hojas sino hasta la mitad, y el tomo de *Sonetos* estaba en absoluto sin abrir, lo cual engendró en su espíritu varias reflexiones que guardó cuidadosamente para él solo.

III

El mundo está lleno de incidentes misteriosos, y Hamlet tenía razón al decir que en el cielo y en la tierra pasan muchas cosas que no explica la filosofía de Horacio.

Se ha notado que en los tiempos de grandes guerras, en que pueblos procedentes de todos los rincones de un vasto imperio se encuentran de pronto reunidos para salir juntos á campaña, se ven desarrollarse entre ellos extraños contagios, pestes mortíferas; y un gran especulativo no ha temido atribuir su causa á la aproximación forzada de hombres de muy diferentes humores, lenguajes é ingenios, que no estando hechos para vivir en sociedad se han puesto en contacto por un funesto capricho del destino. También se ha visto que, cesando la tripulación del buque que una vez al año lleva á los pobres habitantes de las islas Shetland los productos alimenticios necesarios para su subsistencia acaba de desembarcar en sus costas, vense estos últimos atacados por una tos convulsiva y que no cesan de toser hasta que el buque se haya hecho otra vez á la vela. Refiérese igualmente que al

acercarse un barco extranjero á las islas Feroe se ven atacados los naturales por una fiebre catarral de que á muchos les cuesta trabajo restablecerse. En fin, se ha visto que á veces basta la llegada de un misionero á cualquiera isla del mar del Sur para engendrar allí epidemias perniciosas que diezman á los infelices salvajes.

Esto puede servir para explicar por qué en la noche del 13 de Agosto de 1878 la hermosa señora Corneuil tuvo un sueño muy agitado, y por qué al despertarse por la mañana entre su blanco pabellón de muselina, sintió como quebrantado todo su cuerpo. No era la peste, no era el cólera, no era una fiebre catarral ni una tos convulsiva; pero experimentaba una tensión en la cabeza, un malestar, una irritación nerviosa muy particular, y tuvo el presentimiento de que en la vecindad de ella había un riesgo ó un enemigo recién desembarcado. Sin embargo, no conocía al marqués de Miraval, nunca oyó hablar de él, no sabía que era más peligroso que todos los misioneros que hayan podido abordar en las islas del océano Pacífico.

Cuando su madre, que era siempre la primera en penetrar en su cuarto para prodigarla cuidados que ella sola sabía hacerle agradables, se acercó de puntillas á su lecho y

la dió los buenos días, la señora Corneuil mal predispuesta la hizo un recibimiento un poco seco, y la señora Véretz pudo advertir que su adorado ángel se había despertado de bastante mal humor. En verdad, aquella tierna madre estaba acostumbrada á los desplantes; tratábanla con altanería, como una emperatriz trata á su camarista en palacio. Estaba habituada á ello, y no le afectaba lo más mínimo. Su hija era su reina, su divinidad, su todo; habíase consagrado por entero á su felicidad, á su gloria; la rendía culto, verdadera adoración. Pertenece á la raza de las madres siervas y mártires; pero su servidumbre la agradaba, su martirio la parecía delicioso, y aquella mujer, pequeña, flaca, de mirar vivo, de andar serpentino, que tenía ojos verdes y cabellos rojos como Catón el Censor (á quien no se parecía en ninguna otra cosa), ponía siempre buena cara á las asperezas que sufría. Tenía con qué consolarse; por más que la tratasen con despego, con malas formas y echándola á paseo, concluía siempre por ser escuchada, en atención á que siempre trajo cuenta hacerlo así. Por su consejo fué el reñir y el reconciliarse en el momento propio con el señor Corneuil; gracias á su preciosa dirección fué posible dar reuniones en París y llegar á

ser allí algo. La señora Corneuil reinaba, pero en definitiva gobernaba la señora Véretz; y, preciso es decirlo, nunca se había propuesto sino el bien de su querido ídolo. Todos tenemos ideas confusas que apenas podemos desembrollar, y deseos recónditos que no nos atrevemos á confesarnos á nosotros mismos. La señora Véretz tenía el don de adivinar á su hija, de leer en todos los repliegues de su corazón; se encargaba de desembrollar sus pensamientos confusos y de revelarles sus deseos inconfesables tomándolos á su cargo. Este era el secreto de su influencia, que no dejaba de ser considerable. Cuando la imaginación de la señora Corneuil viajaba, aquella madre incomparable partía la primera como correo-gabinete; al llegar á la etapa, la hermosa viajera encontraba allí caballos de relevo dispuestos ya, y agradecía infinito á la señora Véretz el que la preparase agradables sorpresas. Por eso se hubiera librado muy bien de embarcarse en ninguna aventura sin que la precediese su correo, á quien debía la gratitud de no haberse quedado nunca á mitad de camino.

Luego de echar á su madre con cajas destempladas y de haber pasado media hora con su doncella, la señora Corneuil tomó una taza de té y después se sentó en su escrito-

rio. Empleaba las mañanas en escribir un libro rotulado *Papel de la mujer en la sociedad moderna*, que debía ser continuación del *Tratado sobre el apostolado de la mujer*. A decir verdad, era moler dos veces el mismo trigo. Su fin era demostrar que en una sociedad democrática, entregada al culto brutal del número, el único correctivo contra la grosería de las costumbres, de las ideas y de los intereses, era la soberanía de la mujer. «Los reyes se van (había escrito la víspera en un momento de inspiración); dejémosles partir. Pero no suframos que se lleven consigo el cetro, cuyos beneficios son indispensables á las mismas repúblicas. Sobre el trono que dejan vacío, sentemos á la mujer; con ella reinarán la virtud, el genio, las aspiraciones sublimes, las delicadezas del corazón, los sentimientos desinteresados, las nobles abnegaciones y los nobles menosprecios.» Quizá haya estropeado yo su fraseología, pero creo haber traducido su pensamiento con fidelidad. También creo que en el retrato que hacía de la mujer superior, propuesta á la adoración del género humano, había un asombroso parecido con la señora Corneuil, y que ésta no podía representarse á aquélla sin magníficos cabellos rubios, de un tono caliente, arrollados en torno de sus sienes como una diadema.

Cuando se ha dormido mal, no se está en vena de escribir. Aquel día no estaba en voz la señora Corneuil; la pluma pesaba en su linda mano de dedos afilados; le faltaban las ideas y la expresión. En vano ensortijaba alrededor de su índice un ricitito suelto de sus cabellos; en vano interrogaba con la vista á sus uñas sonrosadas; nada acudía. Empezaba á creer que entre ella y el papel había algo parecido á una desgracia. Sin embargo, bien sabe Dios cuánto se ponía en planta en tales casos para respetar sus nervios, para no causarla ninguna distracción; era la consigna. Durante las horas en que se sabía que estaba retirada en su santuario, reinaba en todas partes el más profundo silencio; la señora Véretz se encargaba de poner orden en ello. Todo el mundo hablaba en voz baja, marchaba de puntillas; y cuando Santiagote el recadero atravesaba el enlosado patio, tenía mucho cuidado de quitarse los zuecos para que no se le oyese; esta precaución era el fruto de una dolorosa experiencia. Santiagote cultivaba la trompeta en sus ratos de ocio. Una mañana que se permitió tocarla, sobrevino de improviso la señora Véretz y le atizó un sopapo, diciéndole: «Cállate, imbécil; ¿no sabes que está meditando ella?» Santiagote se frotó el carrillo y se dió

por enterado; todo el mundo hacía otro tanto. Así, pues, desde las ocho de la mañana hasta las doce, Santiagote decía en voz baja á la cocinera, y la cocinera al cochero, y el cochero á las aves del corral, quienes se lo contaban á las picazas, que se lo repetían á los mirlos y á los cuatrovientos:

—¡Hermanos, callemos, que ella medita!

En punto de mediodía abrióse suavemente la puerta del santísimo lugar, y lo mismo que la primera vez, se acercó la señora Véretz andando sobre las puntas de los piés, y dijo:

—Mi querida hermosa, ¿se permite pasar?

La señora Corneuil frunció sus cejas, y con gesto mohino metió las cuartillas en el más elegante cartapacio con papel secante, y todo ello en las profundidades de su escritorio de palo de rosa, cuidando de quitar la llave por miedo á los ladrones.

—Se han dado de mano para no dejarme un momento de reposo.

—He tenido que darme una caminata esta mañana—respondió la señora Véretz.—¿Es que quizá Santiagote se ha aprovechado de mi ausencia?...

—Santiagote ú otro, no lo sé; pero han hecho ruido, han movido muebles. ¿Tan necesaria era esa caminata?

—Indispensable. Ayer á la comida te quejaste de que el pescado no era fresco, que Julia no sabía comprar. De ahora en adelante iré yo misma á la compra.

—Y mientras tanto se armará aquí un verdadero sábado.

—¿Qué quieres? Entre dos males...

—No — interrumpió la señora Corneuil—no quiero que vaya V. en persona á comprar el pescado. ¿Por qué no enseña á Julia á que lo escoja? V. no sabe mandar, y de aquí resulta que todo lo tiene que hacer V. por sí misma.

—Ya aprenderé, ya me acostumbraré, queridita mía—respondió la señora Véretz, besándola con ternura en la frente.

—No añadió que le gustaba ir á la compra, lo cual era cierto. Entre las gentes de humildes comienzos, unos repudian su pasado y tratan de olvidarlo, otros tienen sumo placer en recordarlo.

—¿Qué es eso?—exclamó la señora Corneuil, quien advirtió en aquel momento que su madre traía en la mano un papel.

—Esto, querida mía, es una carta en la cual el señor de Penneville me encarga que te anuncie cómo su tío segundo, el marqués de Miraval, llegado ayer de París, le ha manifestado el deseo de serte presentado, y que hoy lo traerá consi-

go á las dos en punto. Ya sabes que todo lo hace á toque de campana.

—¿Quién le impedía venir á anunciarnoslo?

—Aparentemente ha temido molestarte, y quizá también molestar-se él mismo. En las existencias bien ordenadas, la primera regla es trabajar hasta mediodía.

La señora Corneuil hizo un gesto de impaciencia.

—¿Pero quién es ese tío segundo? Horacio nunca me ha hablado de él.

—No me cuesta trabajo creerlo. Jamás te habla sino de ti, de él... ó del Egipto.

—¿Y vaya si me gusta que me hable de esto!—replicó la señora Corneuil con altivez.—¿Es otro epigrama?

—¿Me juzgas capaz de hacer epigramas contra ese querido buen mozo?—exclamó con viveza la señora Véretz.—Le amo ya como á un hijo.

—La señora Corneuil se había quedado pensativa.

—Esta noche he tenido malos ensueños—dijo.—V. se burla de mis ensueños, porque le gusta burlarse de mí. ¡Vea V., sin embargo!... Al venir de París, de seguro que el marqués de Miraval ha pasado por Vichy. Ese Marqués es un peligro.

—¿Un peligro!—exclamó la señora Véretz.—¿Y qué peligro puedes temer?

—Ya verá V. como es la señora Penneville quien le envía aquí.

—¿Y te imaginas que Horacio?... ¡Ah, mi pobre loca! ¿No estás segura de su corazón?

—¿Está una segura jamás del corazón de un hombre?—respondió fingiendo una inquietud que estaba lejos de experimentar.

De un hombre, tal vez—dijo sonriendo la señora Véretz—pero el corazón de un egiptólogo es otra cosa, y no varía nunca. En materia de sentimientos, la egiptología es el de más fijeza.

—Le digo á V. que he tenido malos sueños, que ese Marqués es un peligro.

—Aquí tienes mi respuesta—replicó la madre, presentándole un espejo y obligándole á que se mirase en él.

—Me parece que esta mañana estoy horrorosa—dijo la señora Corneuil, que no lo pensaba así.

—Eres hermosa como un sol, mi querida Condesa; y desafío á todos los marqueses del mundo...

—No, yo no recibo á ese tío segundo—exclamó Hortensia apartando el espejo—V. le recibirá en mi nombre. ¿Pretende V. condenarme á aguantar impertinencias?

—¿Bueno es eso! Pones las cosas en lo peor, te exaltas, te sublevas, te disparas...

—Le repito á V. que estoy enferma.

—Adorada mía, nunca se debe estar enferma sino cuando conviene; y en el presente caso... Ten cuidado, no vaya á figurarse que le tienes miedo.

La señora Corneuil reflexionó sin duda que tenía razón su madre, puesto que dijo á ésta:

—Ya que se empeña V. en imponerme esta servidumbre, sea. Dé V. orden de me suban el almuerzo y envíeme mi doncella.

—Así me gusta—respondió la señora Véretz.—¡Ah, querida, no te impongo una servidumbre, sino que te preparo un triunfo!

Al decir estas palabras se retiró, no sin besarla otra vez.

A las dos en punto, la señora Véretz, instalada de punta en blanco en una mecedora frente á la balaustrada del *chalet*, esperaba al conde de Penneville y al marqués de Miraval; á las dos en punto aparecieron en el horizonte el Conde y el Marqués. La presentación se hizo en regla, y bien pronto entablóse la conversación. La señora Véretz era una mujer ducha en todos los casos difíciles; lo imprevisto no la desconcertaba; sabía poner cara de fiesta lo mismo á las visitas fastidiosas que á los acontecimientos desagradables. El señor de Miraval no la dió motivo para ejercer su virtud. Estuvo perfectamente cortés y gracioso; desplegó en aquella

ocurrencia su amabilidad, su chispa de mejores días; hizo el gasto como en otros tiempos lo hacía en pro de los poderosos de la tierra que le deban audiencia. ¿De qué serviría el haber sido diplomático, si no se poseyera el útil arte de hablar mucho sin decir nada? Tenía una palabra dócil á sus ideas, y cuando era preciso una elocuencia afluyente, el talento de hacer correr miel sobre aceite, como dice el proverbio ruso. Todo fué como una seda. Horacio, que había temido mucho esta entrevista y al principio estaba cortado y molesto, quedó tranquilo muy pronto y sintió desvanecerse su apuro. Era propio de su carácter el serenarse muy presto. No sólo había nacido optimista, sino que había profundizado lo suficiente la teología egipcia para ignorar que en el mundo de los hombres, como en el de las divinidades, la lucha entre los dos principios suele terminar por la victoria del bien, que Tifón acaba por dejarse desarmar, y que Horo, dios bienhechor, empuña las riendas del universo. El rostro del conde de Penneville expresaba una fe profunda en el definitivo triunfo de Horo, el dios bienhechor.

Habíase roto por completo el hielo cuando apareció la señora Corneuil. Como puede imaginarse, atendió con el cuidado que el caso

requería á su vestido y á su tocado; su medio luto era de lo más coquetón. No puede menos de confesarse: hay reinas que se asemejan mucho á burguesas, y hay burguesas que parecen reinas, salvo no tener corona ni rey. Aquel día, la señora Corneuil parecía no sólo reina, sino diosa desde los piés á la cabeza; hubiérase dicho que era Juno saliendo de su nube. Su entrada le resultó muy bien. Al verla venir, el Marqués no pudo reprimir un estremecimiento; y cuando se acercó á ella para saludarla con la cabeza baja, perdió el tino (lo cual rara vez le sucedía), se quedó confuso, comenzó varias frases sin poderlas acabar y afirmase que fué la vez primera de su vida en que le ocurrió lance tan singular. Era tan visible su turbación, que el bueno de Horacio, que no se fijaba nunca en nada, no dejó de advertirla.

El señor de Miraval hizo un esfuerzo sobre sí mismo; no tardó en recobrar su dominio y toda la facilidad de sus maneras. Después de algunos lugares comunes, se puso á contar con desenfado algunas anécdotas de su carrera de diplomático, que salpimentó con buen humor y sal ática.

Mientras narraba, conversaba consigo mismo y se decía: «No tiene qué decir, es muy hermosa: es una señora mujer, un bocado de car-

denal. ¡Qué ojos, qué cabellos y qué hombros! Apostaría á que lo que no se ve vale por lo menos tanto como lo que se ve. ¿Es posible que sea hija de su madre, y que esos cabellos rojos hayan producido estos cabellos rubios? Después de todo, se completan. Es una fragata acompañada por su falúa. No hay qué decir, su hermosura me irrita, me exaspera. Está formada para ser feliz haciendo la felicidad de muchos pobres diablos, y si yo tuviese cuarenta años menos, quisiera contarme en el número de ellos. ¡Dios mío! no pediría para mí solo todo el plato; me contentaría con lo que me quisiesen dar. Es preciso ser filósofo y saber compartir. ¡Ah! Las pretensiones lo han echado todo á perder; la ambición, el afán de aparentar, son la plaga asoladora del género humano; la mujer que se empeña en representar un papel mata su dicha y la de los demás... En conciencia, ¡es magnífica! ¿No tengo nada que rebajar de esto? Sí, hay en su mirada una inquietud que no me gusta. Los labios son un poco delgados; ¡bah! es un detalle. Gracias á Dios, no tiene manchadas de tinta las yemas de los dedos; pero son afilados en extremo, demasiado nerviosos y denotan manos prehensibles. Los párpados son largos con exceso; deben de servirle para ocultar muchas cosas. La voz es de

buen timbre, pero seca. Lo mismo da; ¡si tuviese yo cuarenta años menos!...»

El Marqués no cesaba de referir sus anécdotas. La señora Véretz era toda oídos y se sonreía con el mayor agrado del mundo.

En cuanto á la señora Corneuil, no se apartaba un punto de su gravedad, un poco desdeñosa. Llegó con una idea fija preconcebida; se le puso en la cabeza que iba á comparecer ante un juez predispuesto en contra, que venía expresamente para ajustarla las cuentas y hacerla sentar en el banquillo. Por eso armóse de una majestad olímpica, con esa insolencia de hermosura que sepulta bajo siete estados de tierra á los impertinentes, que fulmina á los orgullosos y metamorfosea en ciervos á los Acteones. Aun cuando el Marqués tuvo una finura exquisita y afectuosa; aunque solicitó humildemente su benevolencia y sus miradas, ella estaba firme, sin rendir las armas. En cuanto á Horacio, lo escuchaba todo con aire satisfecho; encontraba encantador á su tío y le entraban ganas de abrazarle; reparaba también que la señora Corneuil jamás había estado tan hermosa, que el sol tenía inusitados fulgores, que llovía luz sobre su felicidad, que el aire embalsamaba y todas las cosas de este mundo iban á las mil maravillas. Sin em-

bargo, un escrúpulo tenía le suspenso y á ratos hacía pasar una nube sobre sus cejas. Al releer por la mañana uno de los fragmentos de Manethon tropezó con un pasaje que parecía contrariar su tesis favorita, á la cual se agarraba como á su propia vida. A ratos le entraban dudas sobre si Josef, hijo de Jacob, fué á Egipto verdaderamente bajo el reinado del rey Apepi; luego se echaba en cara su duda, la cual acometiale un instante después. Esta contradicción le apenaba, porque tenía mucho respeto á Manethon. Pero al mirar á la señora Corneuil su alma recuperaba el reposo, y creía leer en sus hermosos ojos la prueba irrecusable de que el Faraón que no conoció á Josef era en efecto Sethos I, en cuyo caso el Faraón que le había conocido no pudo menos de ser Apepi. Ser tiernamente amado por una hermosa mujer, hace creerlo todo, todo llega á ser posible, todo se compagina, Maneton, Josef, el rey Apepi y las demás cosas.

¿Qué pasaba dentro del corazón del Marqués? ¿De qué victorioso hechizo era presa? El hecho es que no se parecía absolutamente nada á sí mismo. Había comenzado bien, y la señora Véretz escuchaba con gusto sus historietas. Poco á poco languideció su verbosidad. Aquel hombre tan dueño de sus ideas no con-

seguía encarrilarlas; aquel hombre tan dueño de su palabra buscaba dificultosamente las frases. Luchó algún tiempo contra la extraña fascinación que le privaba de sus facultades, pero fué en vano. Ya no tomó parte en la conversación sino con algunas frases deshilvanadas, faltas en absoluto de oportunidad; y bien pronto cayó en una profunda melancolía, en el más tétrico silencio.

—Tenía razón mi madre—dijo para sí la señora Corneuil—me le impongo, yo soy quien le da miedo.

Y aplaudiéndose por haber hecho callar las baterías del sitiador y apagado sus fuegos, una sonrisa de altivez satisfecha vagó por sus labios. Un instante después se levantó para dar una vuelta por el jardín, y Horacio se apresuró á seguirla.

El Marqués se quedó sólo con la señora Véretz. Siguió algún tiempo con la vista á la amartelada pareja, que se alejaba con paso lento y al fin desapareció tras de unas matas. Pareció entonces como que quedaba roto el encanto. El señor de Miraval recobró el habla y se puso á murmurar:

Amantes, felicísimos amantes...
Sed uno para el otro un mundo siempre hermoso, vario y nuevo en sus cambiantes.

Después, volviéndose hacia la señora Véretz, exclamó con tono lírico:—No, nada se ha inventado has-

ta hoy más hermoso que la juventud, más divino que el amor. Mi sobrino es un picarón afortunado; le felicito en voz alta y le envidio en voz baja.

La señora Véretz le recompensó por esa exclamación con una graciosa sonrisa, que significaba: «Buen viejo, te hemos juzgado mal. Por casualidad, ¿podrías servirnos de algo?»

—Cuanto más los veo juntos, señor Marqués, más me convenzo de que han sido hechos el uno para el otro. Jamás hubo caracteres más adecuados: tienen los mismos gustos y antipatías, idéntica elevación de alma, igual menoscabo de los sentimientos bajos y de los mezquinos cálculos, análoga indiferencia por los vulgares intereses. Viven uno y otro en el quinto cielo. ¡Ah, señor Marqués, se han encontrado por una disposición providencial.

—Muy providencial—dijo el Marqués.

Y agregó para su colete: «La verdadera providencia es la habilidad de las madres». Después añadió:

—¿De qué se trata, después de todo? De ser feliz. Mi sobrino ha hecho bien mil veces en no consultar más que á su corazón. Suyo será el quinto cielo como dice V., mi querida señora; y el resto le será dado de añadidura, porque la seño-

ra Corneuil... No hablemos de su belleza, que es incomparable; pero es imposible verla y oirla sin encontrar en ella una mujer verdaderamente superior, la más apta del mundo para aconsejar bien á un hombre, conducirlo y empujarle.

—En verdad que la juzga V. bien —respondió la señora Véretz.—Mi hija es una extraña criatura; tiene todos los entusiasmos, llevados hasta la exaltación, y sin embargo, es infinitamente razonable, muy práctica en las cosas de la vida, y á la vez que de hielo para sus propios intereses, de fuego para los de los demás.

—Una sola cosa me affige —dijo el Marqués.—El fabulista recomienda á los felices amantes que no viajen sino á las vegas próximas; y los nuestros irán á sepultar su ventura á Menfis ó á Tebas. Desposeer á París de la señora Corneuil es un crimen.

—¡Oh! Tranquilícese V., París volverá á verlos.

—No conoce V. á mi sobrino; tiene horror á esa ciudad pervertida y frívola. Ayer me hizo sus confidencias: piensa concluir sus días en Egipto, y me ha sostenido que la señora Corneuil estaba tan enamorada como él de la soledad y el silencio de las Tebaidas. Tiene un aspecto muy dulce, pero nadie tiene mayor firmeza de voluntad.

—¡Todo sea por Dios! —exclamó la señora Véretz, mirando al Marqués con un aire que quería decir: «Mi buen amigo, no hay voluntad que valga contra la nuestra, y ni París puede pasarse sin nosotras, ni nosotras sin París.»

—Han elegido el buen camino —prosiguió el señor de Miraval, exhalando un profundo suspiro.—Con frecuencia me he burlado de mi sobrino segundo, echándole en cara que no ha sabido gozar de la vida; ahora le toca la vez de burlarse de mí, puesto que me veo reducido á envidiar su dicha. Coger rosas es encantador, y yo he cogido muchas; pero llega una edad en que le pesa á uno amargamente no haber sabido crearse un hogar... Estará V. asombrada de mis confidencias, señora mía.

—Estoy por ellas mucho más halagada que sorprendida.

—Debo convenir en que el tedio me devora. Había jurado pasar el resto de mis días en el retiro, en el descanso. El hastío me hará salirme de mi huronera. Voy á lanzarme á la política activa. Me apremian para que me deje presentar candidato á la diputación á Cortes por el distrito donde está enclavado mi castillo señorial, y también me proponen para la senaduría. Voy á entregarme de nuevo al monstruo. Pase, si estuviera casado con

una mujer razonable, muy entendida en las cosas de la vida práctica, aunque un poco exaltada. No se logra nada en política sino por medio de las mujeres, y á mi edad no puede uno prometerse lograrlo por medio de las mujeres de otros. ¡Que no tenga yo una mía! Como dice el poeta: «¿He pasado del tiempo de amar?... ¡Ah, si mi corazón...!» No recuerdo lo que sigue, pero no importa. ¡Feliz Horacio! ¡Tres veces feliz! Vivir en Egipto con una mujer amada, ó zarandearse por París sin mujer amada en medio del baturrillo de la política: ¡qué diferencia!

La señora Véretz advertía que la diferencia era, en efecto, muy grande, pero en pro del zarandeo y del baturrillo. No pudo por menos de decirse á sí misma: «Si mi futuro yerno tuviese el carácter y los gustos de su tío segundo, sería perfecto y nada tendríamos que desear nosotras». Desde ese momento, el marqués de Miraval le pareció un hombre muy interesante. Trató de reconciliarle con su suerte; y como tenía el don de los negocios y amor á los detalles, le dirigió infinidad de preguntas acerca de su distrito electoral y las probabilidades de su elección. El Marqués, un poco cortado, respondió lo mejor que pudo. No le fué posible salir del paso sino desviando la conversación y hacien-

do á aquella curiosa una amplia descripción de su castillo, que sin duda ninguna merecía la pena, pero adonde no iba él nunca. Los minuciosos informes que suministró acerca de sus tierras y de sus rentas no eran de naturaleza á propósito para enfriar el interés que ella comenzaba á dedicarle.

Durante este tiempo, la señora Corneuil recorría una alameda del jardín con Horacio, quien no notaba que ella tenía los nervios muy excitados y algo tempestuosos. Había cierto número de cosas que el conde de Penneville no advertía jamás.

— ¡Dios mío, qué hermoso tiempo, qué hermoso cielo, qué hermoso sol!—decía él.—Y, sin embargo, no es el sol de allá abajo. ¿Cuándo lo volveremos á ver? ¡Oh! Allá, allá abajo, como dice Mignon. Esta noche me cantará V. esa canción; nadie la canta como V. Nunca me ha parecido más verde este parque; preciso es convenir en que la verdura es muy bonita, aunque me paso sin ella á las mil maravillas. He conocido un viajero que encontraba horrible la Grecia, porque faltan allí árboles. ¿Recuerda V. nuestra primera excursión á Gizeh, aquella gran planicie desnuda, con sus colinas ondulantes, de esa arena de color amarillo de ocre? «¡Me la comería!» dijo V. Nos encontra-

mos con una larga reata de camellos; aún me parece verlos. Apuntaban en el horizonte las pirámides, que nos parecían blancas del todo, y despedían chispas. ¡Cómo se remontaban hasta el cielo! Estaban vibrantes. El aire no vibra nunca por aquí. ¡Oh, qué buen almuerzo el que hicimos en aquella capilla, sentados sobre albornoces! V. llevaba puesto un tarbuch, que le sentaba hechiceramente. ¿Cuándo la volveré á ver con tarbuch? Pero la pava era un poco flaca, y además cometí aquel día una torpeza: dejé caer la alcarraza que contenía nuestra agua del Nilo. Nos desquitamos riéndonos y bebiendo puro el vino, después de lo cual descendimos á un subterráneo, y allí traduje á V. por primera vez jeroglíficos. Nunca olvidaré el arrobamiento de V., cuando la expliqué que un laúd significa felicidad, en atención á que el signo de la felicidad es la armonía del alma. En la escritura china, la felicidad está representada por una mano llena de arroz. Después de esto, ¿quién pondrá en duda la superioridad de alma y de genio de los egipcios sobre los habitantes del Celeste Imperio?

No obstante, acabó por advertir que la señora Corneuil no le contestaba; buscó la explicación de ello y la encontró.

—¿Qué impresión le ha produci-

do á V. el marqués de Miraval?— la preguntó con voz ansiosa.

Esta vez le respondió ella, diciendo:

—Es un hombre muy distinguido. Comienza admirablemente las historietas, pero las concluye mal... ¿Debo ser sincera?

—Sincera en absoluto.

—Me gusta poca cosa.

—¿Le ha dicho á V. algo ofensivo?—exclamó Horacio, presa de un remordimiento súbito y de temor á que su tío se hubiese aprovechado con perfidia de las distracciones que le causaban Manethon y el rey Apepi, para aventurar algún concepto mal intencionado.

—Es un hombre de talento—contestó ella—pero es preciso tener alma, y sospecho que no la tiene.

Al decir estas palabras fijó en el rostro del joven sus grandes ojos y párpados, donde se veía un alma, y acaso dos.

—Sea V. franco á su vez. V. no tiene el talento de mentir, y esto contribuye un poco á que le ame. Me había V. anunciado que escribiría á la señora de Penneville... El Marqués es su respuesta.

—Convengo en ello; pero aun cuando el universo entero se pusiera entre ambos, perdería el tiempo. Ya sabe V. si la amo, si la adoro.

—¿Es mío su corazón, mío de

veras?—preguntó ella, echándole una mirada hechicera.

—¡Por siempre jamás!—respondió él con voz ahogada.

Acercábanse á una olmedilla, cuya entrada era estrecha. La señora Corneuil pasó primero, y cuando se le reunió Horacio, volviéndose ella se quedó inmóvil ante él y le contempló con una sonrisa melancólica. Hasta entonces habíale contenido á distancia, sin otorgarle ni permitirle nada. Por una inspiración repentina, se despojó de su rígida virtud y adelantó dulcemente hacia él su frente y sus labios, que parecían reclamar un beso. Comprendió él, pero tuvo miedo de haber comprendido mal. Vacilaba; al fin se atrevió, y estrechándola entre sus brazos, apoyó sus labios en los de ella. Este beso le puso fuera de sí, le embriagó; estuvo á punto de sentirse mal. Hasta entonces una sola vez había experimentado una embriaguez de emoción comparable con esta: y fué un día que, haciendo unas excavaciones junto á Tebas, vió con sus propios ojos aparecer en el fondo de la trinchera un gran sarcófago de granito rosa. También aquel día le dió un desfallecimiento.

La señora Corneuil se sentó en un banco; dejóse caer él á sus piés, y poniendo sus codos sobre las rodillas adoradas y sus manos en las

de ella, estuvo algún tiempo comiéndosela con los ojos. Entre la olmedilla y el lago no había más distancia que la anchura de un camino; oían el oleaje que hablaba en voz baja con el arenal, balbuceando frases de amor, contando goces y misterios que ninguna lengua humana puede expresar.

Después de un largo silencio, dijo la señora Corneuil:

—Las grandes venturas están siempre inquietas y alarmadas, todas las asusta, tienen miedo de todo. Se lo suplico: librenos de ese diplomático. Nunca me han gustado los diplomáticos. Preocupaciones, intereses, cálculos, vanidades; no ven más que eso en el mundo.

—Los deseos de V. son sagrados para mí; y así tuviese que reñir para siempre con él, haré cuanto V. guste, aunque siempre he correspondido al afecto que él me profesa.

—Sí; envíadle con su familia, que nos acusará de acapararlo. ¡Que se vuelva á escape á contarla sus historietas!

—Permítame V., su familia soy yo; es solterón, ó mejor dicho, viudo desde hace treinta años, y sin hijo ni hija. Pero ¡qué me importa su herencia!

Al oír estas palabras la señora de Corneuil, salió de su éxtasis, y aguzando el oído como un perro

que olfatea una pista inesperada, dijo:

—¡Su herencia! ¿Es V. su heredero? Nunca me había dicho V. nada.

—Y, ¿con qué oportunidad habría de decírselo? El dinero, ¿qué es el dinero?... Mi tesoro es éste—añadió tratando de estampar un segundo beso, que ella le negó con acierto, pues de nada conviene abusar.

—Las cuestiones de dinero son ruines miserias... ¿Es muy rico el Marqués?

—Mi madre asegura que tiene doscientas mil libras de renta. Que haga de ellas lo que quiera. Puesto que ha tenido la desgracia de desagradar á V., le declararé lisa y llanamente que renuncio á la sucesión.

—Es preciso emplear buenas formas—respondió con viveza la señora Corneuil.—V. le profesa cariño; mucho me pesaría que riñera V. con un pariente á quien quiere.

—¡V., V. y nada más que V.! ¡Es tan poca cosa el resto!

Permaneció aún algunos instantes apoyado en sus rodillas; pero, con vivo pesar, obligóle ella á levantarse, diciéndole:

—El señor de Miraval concluirá por notar que estamos ausentes largo tiempo. Seamos corteses.

Dos minutos después volvía á presentarse en el pórtico, seguida por

Horacio, y se acercó al Marqués con una expresión de afabilidad que aún no le había manifestado; pero aun cuando cambió de rostro y de maneras, no dejó de producir efecto su hechizo, ó mejor dicho, todavía fué más sensible. El Sr. de Miraval, que había recobrado toda su presencia de espíritu al conversar familiarmente con la señora Véretz y hacerla toda clase de confidencias, turbóse de nuevo al ver á su hermosa enemiga. Respondió á sus agasajos con frases incoherentes, con expresiones sin piés ni cabeza, que parecían caer de la luna. Bien pronto, como encolerizado consigo mismo y contra su indigna debilidad, se levantó bruscamente, y dirigiéndose á la señora Véretz, dijo:

—No puede olvidarse largo tiempo á La Fontaine; acabo de recordar de pronto el final del verso que se me olvidó, y que dice así:

«He pasado del tiempo de amar...

¡Ah, si mi corazón

Se atreviera á volverse á inflamar!»

Despidióse en seguida de ella con un profundo saludo; después, adelantándose hacia la señora Corneuil, la miró á los ojos, y dijo con una especie de aspereza en la voz:

—Señora, vine, vi, quedé vencido.

Y al punto se alejó, como quien se pone en salvo con la fuga, pro-

hibiendo á su sobrino que le acompañase. No costará ningún trabajo el creer que después de su marcha se habló mucho de él. Todo el mundo estuvo conforme en decir que su conducta era extraña; pero la señora Véretz declaró que le parecía más encantador que singular. La señora Corneuil le encontraba más raro que hechicero. En cuanto á Horacio, explicó lo que había habido de un poco extravagante en su actitud por desequilibrios de salud ó por un capricho de humor, excusable por su edad. Por lo demás, confesó no haberle visto nunca así; que siempre le había conocido como un hombre alegre, avispado, seguro de su memoria, despierto y dándose todo á todos.

—Hay en eso un misterio que debe V. tratar de poner en claro—le dijo la señora Corneuil.

Y como, después de mirar el reloj, se dispusiera él á retirarse, le dijo:

—A propósito, gran perezoso, ¿cuando me va V. á leer ese famoso capítulo IV de su *Historia de los Hic-sos*? No vaya V. á olvidarse de que hemos convenido en leerlo una noche, y celebrar en honor suyo una cena suculenta á media noche. Encargaremos á París esa cena. ¿No será delicioso todo eso?

Ante la idea de esa fiestecita íntima en obsequio de Apepi, estreme-

cióse de alegría el corazón de Horacio, y brillaron sus pupilas.

—No quiero leerla nada que no sea digno de V. Concédame diez días más.

—¡Diez días, eso es un siglo! Pero, á lo menos, cumpla V. su palabra, ó me incomodo con V.

Al alejarse, añadió ella:

—Cuando vuelva V. á ver al señor de Miraval, sea V. desconfiado, sí, pero á la vez astuto.

—¡El astuto!—exclamó la señora Véretz, cuando se quedó á solas con su hija.—Mándale más bien que atraviere nadando el gran lago.

—¿Es otro epigrama?—dijo la señora Corneuil con mal humor.

—Puesto que le adoró tal como es—respondió su madre,—¿qué más puede pedírseme? En cuanto al señor de Miraval, no tienes razón para estar intranquila respecto á él. Tengo la idea de que lo hemos conquistado.

—No pienso así—replicó Hortensia.

—En todo caso, querida, es preciso tratarle con muchos miramientos, porque sé de buena tinta...

—Va V. á noticiarme que tiene doscientas mil libras de renta y que su heredero es Horacio—interrumpió con tono desdeñoso la señora Corneuil.—Esas miserables bagatelas son para V. negocios de Estado.

Y, un segundo después, añadió:
—Pida V. á Horacio que invite al Marqués á que venga un día de estos á almorzar con nosotros.

IV

Al día siguiente, á primera hora de la tarde, el conde de Penneville se encaminó al hotel Gibbon, con la esperanza de ver allí á su tío; no le encontró. Le dejó tarjeta con dos palabras, diciéndole cuánto sentía haber dado en balde el paseo, y anunciándole que la señora Véretz y su hija invitaban al marqués de Miraval á que fuera á almorzar el siguiente día con ellas. El Marqués le hizo llevar la respuesta aquella misma noche: condoliase de estar indispuerto, y rogaba á su sobrino que le excusase con aquellas señoras, cuya atención agradecía infinito. Inquieto Horacio por la salud de su tío, salió muy de mañana, contra su costumbre, para ir á adquirir noticias de él. También estaba vacío aquella vez el nido; y el Conde tuvo á la par el disgusto de haber perdido el tiempo y el gusto de deducir que el enfermo estaba bueno.

Instado por la señora Corneuil, le escribió para transmitirle una nueva invitación para almorzar. El

Marqués le contestó con un expreso que acababa de resolver marcharse al instante á París, y que sentía mucho no tener ni siquiera tiempo para despedirse de él.

Aquella resolución súbita y esa marcha inesperada conmovieron mucho en la fonda Vallaud. Se habló de ello durante una hora de reloj, y los siguientes días volvióse á hablar de lo mismo. El señor de Penneville fué el primero que volvió de su sorpresa, y dijo para sí: «Suceda lo que quiera, seré como una roca.»

Bien pronto se puso á pensar en otras cosas. La madre y la hija tuvieron menos filosofía. La señora Véretz experimentaba un asombro doloroso, una viva contrariedad al haberse equivocado hasta ese punto, pues hacía gala de no engañarse jamás. La señora Corneuil la decía con tono de triunfo:

—Felicito á V. por su perspicacia. Decía V. que habíamos conquistado por completo al señor de Miraval, y nos encontramos con que su benevolencia no alcanza ni siquiera á la más elemental urbanidad. Había venido como explorador, y se ha vuelto á escape á dar informes á la señora de Penneville. Antes de poco tendremos noticias suyas, que no serán agradables. Estoy segura de que no habrá sabido V. conducirse con él, y de que le ha-

brá dicho V. cosas comprometedoras.

—¿Tengo costumbre de decirlas, querida mía?—respondió la señora Véretz.—Confieso que me sorprende tal conducta. Es contraria á todas mis nociones del derecho de gentes. Antes de hacer la guerra, un hombre galante la declara. El monstruo ha ocultado bien su juego.

—Siempre ha tenido V. una confianza ciega.

—Y, sin embargo, malas lenguas pretenden que soy una madre hábil. No me apabulles, monina mía. Lo que me aflige es que no se encuentra en un dos por tres una herencia de doscientas mil libras de renta.

—No tiene V. en la mollera más que esa herencia. ¡Como si se tratara de eso! Lo que hay es una oscura trama, cuyos efectos veremos bien pronto. Ese pícaro viejo nos hará alguna de las suyas.

—Esperemos, esperemos—respondió la señora Véretz.—Para tomar las fortalezas se necesitan cañones de grueso calibre. Por más que digas, podemos dormir tranquilas á pierna suelta.

Tres días después la señora Véretz, que á escondidas de su hija había salido tempranito á la compra, se introdujo de hurtadillas en la habitación del conde de Penneville, entreabrió la puerta de su cuarto de

trabajo, y con la mano en el pestillo, le gritó:

—¿Quiere V. saber una cosa, lindo pájaro azul? Le han dado á V. el gran timo: el señor de Miraval no ha salido de Lausanne. Acabo de encontrarle, cruzando la plaza de San Francisco.

—¡Imposible!—respondió, dejando escapar la pluma.

—Será imposible, pero aún es más cierto que imposible—dijo marchándose.

Horacio se fué acto continuo al hotel Gibbon, y no estuvo más afortunado que las otras veces. Volvió por la noche, y al fin vió recompensada su perseverancia. Tuvo la satisfacción de encontrar al señor de Miraval, quien estaba haciendo la digestión y fumando un cigarro en la terraza del hotel.

—Diga V., tío, ¿esa marcha?...

—El espíritu está pronto, la carne es débil—exclamó el Marqués.

—Lausanne es una ciudad tan encantadora, que no he tenido valor para abandonarla.

—A lo menos, ¿hará V. el favor de explicarme?...

—Subamos á mi cuarto—interrumpió;—allí estaremos mejor para charlar.

Así que entraron, el Marqués dejóse caer sobre un sofá, murmurando:

—¡Uf! ¡Estoy rendido!

Luego hizo ademán de ofrecer un sillón á su sobrino, el cual le dijo:

—Expliquémonos de una vez. ¿Amigo ó enemigo?

—Distingamos. Amigo del querido muchacho que está aquí; pero enemigo resuelto, enemigo jurado, enemigo mortal de su casamiento.

—¿De modo que la señora Corneuil no ha tenido la suerte de agradar á V.?—replicó Horacio con tono de amarga ironía.

—Todo lo contrario—contestó el Marqués enardeciéndose de pronto. —Muy bien me hablaste de esta mujer. No hay más que una palabra adecuada: es adorable.

—Pues bueno, tío, siendo así...

—Adorable, te digo; pero no te conviene. En primer lugar, crees amarla, y no la amas.

—¿Sería V. tan bueno que me diese pruebas de eso?

—No, no la amas. La miras á través de vuestros comunes recuerdos de viaje, á través del gusto que has tenido en explicarla el sepulcro de Ti; la contemplas á través del Egipto, á través de los Faraones. Desde lo alto de las pirámides cuarenta siglos han contemplado vuestros desposorios, y por eso es para ti tan querido ese amor. ¡Amor que es un puro espejismo del desierto! Suprime el Egipto, suprime Ti y sopla lo demás: no queda nada.

—Si no tiene V. más que esa objeción...

—Tengo otra. No eres de la edad de ella.

—Tiene diez y siete meses, dos semanas y tres días más que yo. ¿Vale la pena de hablar de eso?

—Quiero creer que tu cuenta es exacta; conozco tu rigurosa exactitud en toda clase de cálculos. Pero esta mujer está en la madurez del espíritu, mientras que tú no eres ni serás toda la vida sino un niño. También de ti podría decirse como del obispo de Avranches: «¿Cuando acabará monseñor sus estudios?» Si llevaras la vida de los negocios, de la diplomacia, de la política, te diría: «Cásate con ese fénix, y estás seguro de tu porvenir.» Pero un estudiante perpetuo casarse con una señora Corneuil, eso es absurdo. Te alabas de comunicarla tus aficiones y tus furros, los cuales no la inspiran sino una indulgente conmiseración. Cuando hablas de Manethon, la aturdes; pero como tiene todos los talentos, no le falta el de dormir sin que se advierta.

—¿Y eso es todo, querido tío?

—Mi dulce amigo, te perdono todo lo demás.

—¿Y no espera V. que me tome la molestia de contestarle?

—Te dispenso de hacerlo; tengo formada mi opinión.

—¿Ha escrito V. á mi madre?

—Todavía no; ignoro qué escribirla. Mi confusión es extremada.

—Recuerde V. que me dió su palabra de tío y de hidalgo de no hacer nada sin conocimiento mío.

—Palabra de honor de que verás mis cartas. Vuelve dentro de dos días á la misma hora, porque no regreso hasta la de comer. Te enseñaré mi...

—Entendido — respondió Horacio — es la guerra, pero una guerra leal.

Despidióse de su tío sin darle la mano; tan al alma le llegaron los impertinentes dichos del señor de Miraval; pero en el camino no tardó en encontrarlos más jocosos que impertinentes. Acabó por repetirlos riéndose, y riéndose también se los refirió á la señora Corneuil, á quien hizo un fiel relato minuciosamente exacto de su visita al hotel Gibbon. Su sinceridad fué recompensada por una sonrisa hechicera y testimonios de ternura llenos de gustosas delicias. Lo mismo que en la olmedilla, vió una frente radiante inclinarse hacia él, en busca de sus labios. Es inexacto eso de decir que no hay nada como el primer beso; el segundo sumió á Horacio en una embriaguez tan dulce que le fué imposible trabajar sin distraerse en el resto del día. Estaba ocupado en saborear el recuerdo.

No había llegado aún al límite de

sus extrañezas. Al ir dos días después á la cita que le había dado su tío, supo que el señor de Miraval había partido la víspera; y entonces de verdad. No le pudieron decir á dónde; pagó la cuenta y se fué del hotel, sin más explicaciones. ¿Sospechaba el Marqués que las inconsecuencias y anomalías de su conducta perturbasen el corazón de una mujer adorable y hasta atentaran contra el sosiego de sus noches? La señora Corneuil quedó sumida en un mar de confusiones, que influyeron sobre su humor. A la señora Véretz le costó sumo trabajo defenderse, aunque á decir verdad no tenía nada que vituperarse.

—¡Bah! — les dijo Horacio — nos afectamos demasiado por ello. ¿Para qué atormentarnos ni devanarnos los sesos? No sospechemos tenebrosos misterios donde no los hay. Dos años hace que no había visto á mi tío. Por floreciente que parezca, tal vez le haya hecho sentir sus ataques la edad, acaso no esté ya del todo bien de la cabeza. En otros tiempos sabía á las mil maravillas lo que quería; hoy no lo sabe ya. Lo siento infinito, porque le quiero mucho; y si flaquean sus facultades mentales, le perdono de todo corazón cuantas enormidades haya podido decirme.

Pero no supo qué pensar cuando

al cabo de una semana, una mañanita que llovía á chaparrones, vió entrar en su cuarto de trabajo al señor de Miraval con el aire melancólico y tristón, nublada la frente y mustios los ojos.

—¿De dónde sale V., tío?—le preguntó á gritos.

—¿De dónde he de salir sino de mi hotel?—respondió el Marqués.

—Pero si se ha marchado V. de él hace ocho días.

—Hablo del hotel de Playa-Hermosa, á orillas del lago, en Ouchy, el puerto de Lausanne, donde me he instalado desde que me disgustó el hotel Gibbon.

—Sé muy bien—dijo Horacio—que el hotel de Playa-Hermosa está en Ouchy, y tampoco ignoro que Ouchy es el puerto de Lausanne. Pero lo que no sé, por ejemplo, es por qué ha cambiado V. de domicilio sin dignarse hacérmelo saber.

—Mil excusas, muchacho. ¡Estoy tan ocupado!

—¿En qué?

—Es un secreto mío.

—Lo siento tío, pero el secreto de V. no le hace feliz. ¿Qué se ha hecho de su brillante alegría? Me parece V. más triste que una mazmorra. ¿Acaso le atormenta á V. algún remordimiento?

—¿De dónde te sacas que tenga yo remordimientos? Esta maldita

lluvia es lo que me trastorna. ¿Llueve siempre en este país? ¿Tienes barómetro?

—Ahí hay uno, detrás de V., y á su disposición. Pero dígame V., se lo suplico, ¿cuenta V. sus secretos á mi madre? Aquel borrador de carta que me iba V. á enseñar, ¿lo lleva V. en el bolsillo?

El Marqués no respondió que sí ni que no. Iba y venía por el cuarto, echando pestes contra la lluvia que lo hacía todo imposible; y de vez en cuando volvíase al barómetro, dándole golpecitos con insistencia esperando decidirle á señalar buen tiempo seguro. Después, en medio de una jeremiada, cogió el sombrero y salióse tan bruscamente como entrara, á pesar de los esfuerzos que hizo su sobrino para detenerle á almorzar.

El día siguiente, que era un domingo, no llovió, á Dios gracias; pero en desquite hizo un gran ventarrón. El lago, azotado por el cierzo, no era dueño de sí; tenía actitudes y cóleras de océano. El Marqués volvió á la misma hora, con aire tan displicente y malhumorado como la víspera, echando pestes contra el cierzo tan enérgicamente como había protestado contra la lluvia. No pudo hablar de otra cosa, y golpeó de nuevo el barómetro, pero esta vez para hacerlo descender.

—El imbécil ha sufrido demasiado—murmuró.

—No habrá comprendido lo que V. le pedía—dijo Horacio.

—Señor guasón, no tengo ganas de chacota, y me largo.

En vano intentó Horacio hacer que se quedase; tomó la puerta y echó escaleras abajo; pero su sobrino le siguió, y cogiéndole del brazo se declaró resuelto á acompañarle hasta su hotel. Esperaba hacerle hablar en el camino de otra cosa que el cierzo. No bien hubieron andado cincuenta pasos, cuando vieron llegar un coche á todo escape, como para huir del huracán; en aquel carruaje iban la señora Véretz y su hija. Estas señoras volvían de oír misa en Lausanne, donde se puede oír desde que hay una iglesia católica en la Riponne.

En el momento de ir á cruzarse, la señora Véretz, que nunca llevaba los ojos en los talones, dió una orden al cochero, y el carruaje paró en seco. Horacio no tuvo tiempo de soltar el brazo de su tío, á quien obligó á que hiciese alto. Aparentemente el encanto obraba de nuevo, porque al acercarse á la portezuela, el Marqués encontróse con la mirada de la señora Corneuil y al punto perdió el aplomo. Se inclinó con torpeza, ruborizóse, y balbuceó algunas frases sin sentido ni aspecto de tenerlo. Luego, soltándose del

brazo de su sobrino, hizo un nuevo saludo, volvió la espalda y se fué á escape.

—Cada vez se vuelve más inexplicable—dijo la señora Véretz.—Comienzo á creer que tiene perturbada la conciencia.

—Es un conspirador que padece escrúpulos intermitentes—dijo la señora Corneuil.

—Ayer me confesó que tenía un secreto—dijo Horacio.

—Yo adivinaré su secreto—replicó la señora Véretz.

—Y yo, para tranquilidad de mi ánimo, escribiré esta noche á mi madre.

La misma noche, como sucede algunas veces, cesó bruscamente el cierzo; el resultado de ello fué que el siguiente día ya no se vió al Marqués. La señora Véretz fué á adquirir informes; quizá tuviese espías y pusiera alguna en campaña. Unas horas después tuvo la satisfacción de noticiar á su hija y al señor de Penneville que todas las mañanas, salvo en caso de lluvia ó viento fuerte, el señor de Miraval se metía en la barca que cruza el lago desde Ouchy á Evian, que pasaba el día en Saboya, y que entre dos luces regresaba á su hotel á comer. ¿Qué iba á hacer en Saboya? Perdiéronse en conjeturas. La más verosímil y en la que se fijaron fué que la señora de Penneville habría

dejado Vichy por Evian, que todos los días su emisario y secuaz iría á reunirse y conferenciar con ella, que antes de poco tiempo estallaría la bomba. La señora Véretz manifestó en serio, aunque bajo las apariencias de una broma, el deseo de que se le *pescase* al Marqués y de que al siguiente día el señor de Penneville se trasladase á Evian para asegurarse de lo que allí pasaba. A su hija y á Horacio no les hizo gracia la idea y rechazaron la proposición, el uno por dignidad y la otra por prudencia. Temerosa siempre desde aquella noche en que tuvo tan malos ensueños, decíase la señora Corneuil: «Ojos que no ven, corazón que no siente.» No temía que su amado pusiera el lago entre ella y él durante un día; sino que, en los azares de la expedición, cayese en manos de los filisteos y que se lo robaran.

Bien pronto salieron de cuidados. Horacio había escrito á su madre, y recibido la siguiente respuesta:

«Mi querido hijo: El señor de Miraval se había encargado de darte á conocer todo lo que pienso acerca del matrimonio que proyectas. ¿Qué hablas de conspiraciones? Tu tío me ha escrito. Para probarte hasta qué punto procede de buena fe en este asunto que me inspira tantos cuidados, tomo el partido de remitirte su

carta, suplicándote que no le digas nada de esto, pues de seguro que con dificultad me perdonaría mi indiscreción. Por esa carta verás cuán poco prevenido está contra la mujer á quien amas, y, por consiguiente, cuánto merecen que las medites en serio las objeciones que dirige á tu proyectado enlace. Tu madre, que sólo desea tu felicidad.»

La carta del Marqués estaba concebida en estos términos:

«Mi querida Matilde: He tardado en tomar la pluma, y te presento por ello mis excusas. El caso es muy distinto de lo que yo imaginaba, y exige mucha reflexión. Tengo pocas esperanzas de lograr desasir á Horacio de la que llamaba yo «su culebra del Nilo». Te había prometido ejercitar en estas circunstancias todos mis talentos diplomáticos. Hice mal en hacerme ilusiones. ¿Qué puede la diplomacia contra una mujer semejante? No ignoras que llegué aquí armado de prejuicios hasta los dientes; tampoco ignoras que soy ducho en conocer á los hombres y á las mujeres, que no me falta cierta presteza de ojeada. He visto y he sido vencido; no he podido por menos de decírselo así á la misma señora Corneuil. No te hablo de su portentosa belleza, de las gracias de su ingenio, de su ta-

lento literario (que es de primer orden), de lo noble de sus sentimientos. Una palabra bastará. Ya sabes cuál era mi horror al matrimonio; hice mi campaña, y he guardado desagradable recuerdo del servicio. Pues bien, por vez primera... te va á parecer un sueño, querida; y, sin embargo, es la pura verdad... Sí, sino existiese Horacio, si fuera libre el corazón de la señora Corneuil, y sino la asustasen mis sesenta y cinco años, daría sin vacilar el arriesgado paso y creería asegurar la ventura de los pocos años que aún me quedan por vivir. Te burlarás de mí; tienes razón mil veces. Por fortuna, existe Horacio; además, tranquilízate, no tendría ninguna probabilidad de ser bien quisto. Dejemos mi pequeña utopía y hablemos de tu hijo. —Siendo así (dirás), ¿que se case con ella!—No, querida Matilde, no creo que sería venturosa esa unión. Entre esos dos seres hay una discordancia absoluta de humores, de gustos, de caracteres; me es imposible admitir que hayan sido hechos el uno para el otro. Me he explicado con franqueza con Horacio; pero, ándale con razones á un enamorado. Los novios y los peces son las gentes más difíciles de persuadir en el mundo; tengo de ello triste experiencia. Sin embargo, repetiré mis tentativas; volveré á la carga en un momento propicio, y antes de poco

tendrás noticias mías. Pero, sea dicho sin echártelo en cara, me pesa amargamente haber venido á Lausanne. No sabes el flaco servicio que me has hecho enviándome aquí, los días tempestuosos y las agitadas noches que lleva tu tío, que te abraza.»

Cinco minutos después de haber leído esta carta, ó sea á las diez de la mañana, Horacio, con transgresión de todas las costumbres del país, corrió al *chalet*, donde le recibió la señora Véretz. Estaba fuera de sí, y la primera cosa que hizo fué soltar una gran carcajada.

—¡Silencio!—le dijo ella con viveza, pellizcándole en el brazo.—¿Se olvida V. de que nunca se ríe aquí por la mañana?

Horacio echó un apasionado beso en dirección al santuario, y dijo á la señora Véretz:

—Querida señora, vámonos corriendo al fondo del jardín, porque es en absoluto necesario que me ría.

En cuanto estuvieron instalados en la olmedilla, exclamó él:

—¡Oh, decididamente, es demasiado chistosa esta aventura!

—¿Qué aventura? ¿De qué se trata?

—¡Ah, mi tío; mi pobre tío!

Y se echó á reír, á más y mejor.

—Por favor, explíquese V.—le dijo la señora Véretz.

—¡Ah! Sí... «¡Corrido como un

zorro presa de una gallina!...» Yo sé La Fontaine tan bien como él.

—¿Quién es la gallina?

—Imagínese V. que está perdida, locamente enamorada de Hortensia.

La señora Véretz dió un salto.

—¡Me está V. contando un cuento lleno de patrañas!

—Pues oiga V.; escuche, si gusta.

Y en seguida leyó en alta voz la dos cartas, interrumpiéndose á ratos para dar rienda suelta á su hilaridad.

El primer impulso de la señora Véretz fué reirse también, el segundo escuchar con religiosa atención, el tercero arrebatarse á Horacio de las manos las cartas que acababa de leer y comprobar los párrafos más interesantes. Sólo debe darse crédito á los ojos.

—¡Oh, mi pobre tío— exclamó Horacio;—al cabo pareció su famoso secreto! Ha tenido que rehacer diez veces su epístola antes de enviarla; temía que mi madre se burlara de él. Y nótese el trabajo que se toma para bromear, y cómo se delata, á pesar suyo, lo serio de su pasión. ¡Ah! Sí; tiene «días tempestuosos y agitadas noches». Lo concibó. Fíjese V. en cómo se explica todo: las incoherencias de su conducta, sus rubores, su trastorno, sus extravagantes accesos de huronería, las groserías que les ha hecho á Vds., él tan cortés, tan esclavo del

bien parecer. Ha jurado no volver á poner aquí más los piés, como la mariposa jura no volver más á acercarse á la llama de la bujía. Todas las mañanas se dice á sí mismo: «Abandonemos á Lausanne, partamos.» Y le falta valor para marcharse. Y, sin embargo, no puede estarse quieto en un sitio; pasea sus amorosas preocupaciones por el lago. Nos preguntábamos qué iba á hacer á Saboya. ¡Caramba! Va á Meillerie, para contemplar allí la roca de Saint-Preux, para contar allí sus dolores á aquella gran sombra. Luego se dice á sí propio de nuevo: «¡Partamos!» Y no parte. Cada día comienza otra vez á describir su lejana y monótona órbita alrededor del *chalet*, donde permanece su corazón.

—Sí, así es—dijo la señora Véretz.—Preciso es creer que los planetas aman al sol, y, no obstante, les da miedo; por eso giran en círculo en torno de él.

—A decir verdad—respondió Horacio, formalizándose—no es así exactamente como explican la cosa los astrónomos.

—¡Dios los bendiga!—dijo la señora Véretz.

Y al decir estas palabras, se metió reposadamente en el bolsillo la carta del Marqués, la cual no pensaba Horacio en pedir.

—Es verdad, amo y respeto á mi

tío, siendo para mí cuestión de conciencia no burlarme de él. Pero, sobre este particular, me es imposible tenerle lástima. Se había encargado de una misión fea, y nótese que aún hace gala de ganar la partida; acaricia no sé qué vaga esperanza... ¡Qué impaciencia tengo por contar esta historia á Hortensia! ¡Lo que se va á divertir con ella!

—Si quiere V. creerme, mi querido Conde—replicó gravemente la señora Véretz—no la diga V. una palabra de ella, ni una sola palabra. Riámonos entre nosotros como dos colegiales, pero ya sabe V. que á Hortensia no le gusta reirse. Es una verdadera sensitiva, y lo que á nosotros nos divierte pudiera muy bien ofenderla ó apenarla.

—En ese caso, ¡Dios me libre!... Sin embargo, me aflige la prohibición de V. ¡Es tan curiosa esta historia!... Convenga V. conmigo en que con ella podría hacerse una linda comedia, que habría de titularse *El zorro, ó el diplomático cogido en la trampa*.

—El título sería quizá demasiado largo. ¡Bah! Cuando compongamos el cartel ya lo pensaremos.

En seguida la dejó; pero al entrar en su casa dijo para sus adentros: «Igual da; tarde ó temprano, encontraré momento propicio para hablar de esto con Hortensia.»

V

Eran cerca de las diez de la noche. Madre é hija estaban solas en su salón. La señora Véretz bordaba al tambor. La señora Corneuil soñaba, sumergida en una butaca; como no meditaba, era lícito hablar.

—¿Conque mañana es el gran día?—dijo su madre levantando la vista de la labor.

—¿Qué quiere V. decir?

—El señor de Penneville ha dado á luz no sé si de todo tiempo ó abortando. Lo cierto es que mañana tendremos que tragarnos la criatura. Me ha certificado que su manuscrito se componía de setenta y tres cuartillas, ni más ni menos; ya sabes que sus cuartillas tienen tela. Tenemos para un par de horas de reloj. Ese demonio de hombre tiene una voz tan clara y retumbante, que se oye sin escuchar; que quieras que no, se mete por los oídos. Eres feliz, querida; el señor de Miraval lo ha dicho: tienes el talento de dormirte sin aparentarlo.

—Ahí tiene V. una chanza de mediano gusto—replicó la señora Corneuil con altivez.

—No te lo imputo como un cri-

men; hay que defenderse como se pueda contra el rey Apepí; cada cual se las amaña á su modo para no recibir el chaparrón... Pero, en fin, ese querido muchacho podrá tener sus faltillas, más eso no obsta para que tenga un corazón excelente y todo lo demás; eso tampoco le impide ser adorado.

—Pues bien, sí, le adoro—replicó la señora Corneuil con voz agria—ó por lo menos, quiero infinito al señor de Penneville, y suplico á V. que no lo dude.

La señora Véretz se puso á bordar otra vez, y al cabo de algunos instantes de silencio, exclamó:

—¡Dios santo, qué lástima!

—¿Qué es eso?

—¡Qué lástima que el tío no sea el sobrino, ó que el sobrino no sea el tío!

—¿De qué tío habla V.?

—Del marqués de Miraval.

—¿De ese conspirador? ¿De ese tremendo viejo?

—No le has mirado bien; no es feo del todo. La mirada es hechicera, la voz joven, la mano con hoyuelos y coquetona, una verdadera mano de diplomático ó de prelado. ¿De veras te desagrada mucho?

—Infinito.

—Eres injusta, muy injusta; tiene méritos de varias clases. En primer lugar, es marqués; el otro no

es más que conde, y hay un conde en cada esquina por esas calles. Luego, no tiene sesenta mil libras de renta; tiene más del triple.

—Doscientas mil—dijo la señora Corneuil.—¿Por qué se para V. ahí?

—Otra ventaja: si le diera la gana de volverse á casar, no tendría necesidad de que su madre aprobara el enlace. Por más que hagamos, nunca seremos bien quistas para la señora de Penneville. Ya verás cómo se indispone con su hijo; y esto será una mala nota para ti. La sociedad en tales casos toma siempre partido por las madres. Y luego, el señor de Miraval no es un anticuario; es un hombre de sociedad y, lo que es más, un gran ambicioso. Ha formado el proyecto de volver á la vida política; dentro de pocos meses será diputado ó senador, á elegir.

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—El mismo. Y añadía que su único pesar es no estar casado, porque necesitará dar reuniones, y sin mujer no hay salón. El otro no tiene gusto sino por las criptas y no suspira más que por su caro Menfis, á donde te llevará.

—Sabe V. muy bien—respondió con viveza—que Horacio hará lo que á mí me pete.

—No te fíes. El señor de Miraval lo define diciendo que es un terco mosquita muerta. ¡Dios mío! ¿Qué

iremos á hacer en Egipto, nosotras que consideramos la vida como una misión, como un apostolado?... ¡Buen modo de ejercer nuestra misión en el fondo de un hipogeo!

—¿Qué mala hierba ha pisado V. esta noche?—dijo la señora Corneuil, moviendo su cabeza de musa aburrida y frunciendo sus labios de Juno, de una Juno que todavía no ha encontrado su Júpiter.

La señora Véretz tiraba de aguja y tarareaba en voz baja una cancioncilla. La señora Corneuil fué quien reanudó la conversación.

—No, no sé qué bicho le ha picado á V. Parece que se ha propuesto disgustarme de mi ventura. ¿Quién ha querido esa boda, ó por lo menos, quién la ha aconsejado?

—El amor hace las veces de todo, hija mía. Puesto que le amas, no echas de menos ninguna cosa.

—¡Dios mío! Bien sabe V. que aún no he hallado el hombre con quien sueño. Pero, amo á Horacio; quiero decir que me ha gustado, que me gusta... En fin, pero no me explica V. por qué esta noche...

—Bueno—pensó la señora Véretz—ya no estamos en el período de la adoración. Y dijo en voz alta:

—Querida mía, el señor de Penneville es un magnífico partido, no lo niego; y yo misma te lo reco-

mendé, porque aún no tenía ningún otro mejor que proponerte.

—¿Al paso que esta noche?...

—¡Ah! Esta noche sé de otro.

La señora Véretz se levantó de su sillón, y después de rebuscar en el bolsillo, se acercó á su hija y exclamó:

—Lee esas dos cartas; no te las doy, sino que te las presto; porque el señor de Penneville ha notado que me las guardé y tengo que devolvérselas mañana por la mañana.

La señora Corneuil pasó desdeñosamente la vista por la primera de esas cartas; pero en cuanto comenzó á leer la segunda, cambió de actitud, sacudió su languidez, su pálida tez se coloreó y por el fondo de sus ojos pasó un no sé qué, el cual no se tomaron sus largos párpados el trabajo de ocultar.

Sin embargo, cuando llegó al término de la lectura, se levantó, sacó un sobre de un cajón, metió en él ambas cartas, rogó á su madre que pusiese las señas en él, llamó á Santiagote y le dijo:

—¡Que al instante lleven este pliego al señor conde de Penneville!

Después de lo cual volvió á arrellenarse en su butaca.

—¿Te quemaban los dedos esos garabatos?—la dijo sonriéndose la señora Véretz.

—Podía V. haberse pasado sin hacerme leer esas pataratas.

—¿Pataratas, querida? ¿Qué diría el Marqués si te oyera? Está terriblemente encandilado ese pobre hombre. El se tiene la culpa. ¿Quién le mandaba acercarse á dos hermosos ojos habituados á hacer milagros?

—¡Ni una palabra más!—replicó la hija.—Ya sabe V. que no puedo sufrir cierto género de chistes.

La señora Véretz volvió á su labor. La señora Corneuil se levantó y se puso á pasear algunos instantes por el cuarto, con paso inquieto y febril. Luego se sentó al piano y suspiró con voz conmovida y apasionada aquella canción de Mignon que tanto le gustaba á Horacio. Detúvose á mitad de la última estrofa, y volviéndose hacia su madre, exclamó:

—No, no la comprendo á V. ¿Puede V. proponerme en serio que renuncie á un hombre dotado de toda suerte de buenas cualidades, á un hombre digno de mi estimación, de buena presencia?...

—La otra mañana que se reía tanto — interrumpió la señora de Véretz — tenía el aspecto de un magnífico carnero que ha aprendido el idioma cofto.

—...A un hombre á quien he dado mi palabra. V. que tanto teme las murmuraciones: entonces sí que habría comentarios.

—No hay más que ser precavidas. Nosotras no le despediremos; él nos dejará.

¿Y á quién iba yo á sacrificarle? ¡A un septuagenario!

—Dispensa, el Marqués sólo tiene sesenta y cinco años y no los representa. Es un hombre de buen pasado y de amable porvenir. Le predigo los más brillantes éxitos en la tribuna, de esos que hacen pensar en una cartera de ministro. ¡Es tan pobre en hombres Francia! Y luego, querida mía adorada, piensa bien que sólo los viejos saben amar. ¡Agradecen tanto que se les otorgue la merced de aguantarlos! Añadiré que el señor de Miraval tiene exquisito gusto, aprecia nuestra literatura. Ahí está escrito: la encuentra «de primer orden.»

En seguida, la señora Véretz abandonó de nuevo su bordado, se acercó á su hija, y estrechándola en sus brazos, dijo:

—¿Te enfadas? Bueno, no hablemos más de ello. No es igual la partida entre el señor de Penneville y su tío. El uno te gusta...

—Nunca da V. con la palabra exacta... No me disgusta.

—Y el otro te disgusta.

—Me disgustaba.

—¡Bien! Ya están nivelados, bajo el mismo pié, con idéntica muestra.

Se abren las apuestas.

—Tiene V. razón, acabaré por enfadarme de veras—replicó la señora Corneuil, encendiendo una vela para retirarse á su dormitorio.

Al ir á salir, acercóse á una ventana y contempló un momento la bóveda estrellada, como para buscar allí una inspiración. Después, con tono resuelto y solemne, dijo á su madre:

—Esté V. segura de que sólo consultaré á mi corazón. Si se engaña V. acerca de mis sentimientos, me reservo el derecho de desautorizarla.

La señora Véretz la abrazó de nuevo, exclamando:

—Eres un verdadero rey de Prusia. Hablas de tu corazón, de tu conciencia, permites hacer reservándote el desautorizar. Vamos, seré tu Bismarck.

—Y tras estas palabras, acompañó á su angel adorado hasta la puerta del santísimo.

Desde las primeras horas de la mañana del día siguiente cayó una lluvia menuda, un verdadero calabobos; sin embargo, el Marqués no fué de visita á casa de su sobrino, lo cual afligió mucho á la señora Véretz; quizá se prometiese ésta detenerlo, apoderarse de él al paso. A primera hora de la tarde mejoróse el tiempo, y propuso á su hija salir con ella en coche descubierto. Horacio no las acompañó; quería

revisar otra vez su manuscrito, para no tener por la noche ningún tropiezo al leerlo, estimando que nunca estaría la novia demasiado emperejilada.

Al regresar aquellas señoras de su paseo á lo largo de la hermosa explanada de Montbenon, desde donde se disfruta una admirable vista del lago y de los Alpes, la señora Véretz, cuyos ojos de hurón lo veían todo, advirtió por la portezuela la presencia del Marqués melancólicamente sentado en un banco solitario. Se bajó con presteza del carruaje y rogó á su hija que regresara sola á casa. Algunos minutos después, y como quien no quiere la cosa, pasó casi junto al Marqués y exhaló un grito apagado de alegre sorpresa. El señor de Miraval percatóse de que entre los Alpes y él había un moño del rojo más espléndido; le gustaban más los cabellos rubios, pero tomó galantemente su partido.

—¡Bendita sea Su Majestad el Azar!—exclamó la señora Véretz.—Señor Marqués, es V. mi prisionero; ríndase á discreción.

Ofreciéndole el brazo, diciendo:

—Querida señora, me gusta mucho mi carcelero.

—Le dispense á V. de ser galante. Sólo le pido que me hable con el corazón en la mano, si es cosa que se le puede pedir á un di-

plomático. Veamos; ¿quiere V. ser sincero?

—Lo seré tanto como Amen-Heb, de sobrenombre el Verídico, intendente de los rebaños de Ammón y grámmata principal.

—Ante todo, convenga V. en que me asiste derecho á interrogarle. ¿No ha sido muy singular la conducta de V. para con nosotras? Desde el día en que nos fué presentado por el señor de Penneville, ha puesto V. empeño en evitar nuestra presencia, en huir de nosotras.

—¡Oh! Crea V., señora...

—En verdad, ¿qué hemos podido hacerle á V? De seguro ha descubierto V. que soy una necia.

—Señora, desde el primer minuto en que tuve el honor de ver á V., formé el concepto de que es una mujer de mucho ingenio, y no me vuelvo atrás.

—En ese caso, ¿es mi hija quien ha tenido la desgracia de desagradarle?

—¡Su hija de Vd.!—exclamó el Marqués.—¡Merecería ser maldito por Dios y por los hombres!... Si es adorable la hija de V.

«Es la misma palabra de la carta—pensó la señora Véretz;—hay razón para atenerse á ella.» Después continuó:

—Señor Marqués, ¿cuál es, pues, ese misterio?

—¡Ah! Señora—la dijo mirando-

la á hurtadillas—V. es una mujer muy aguda y vive con gentes que descifran jeroglíficos.—Temo que me haya adivinado V.

—Se forma V. una idea exagerada de mi clarividencia; no he adivinado nada absolutamente. Veamos; ¿será verdad que tiene V. un secreto, como lo pretende el señor de Penneville?

—¿Habrá penetrado por casualidad mi sobrino ese secreto? Me asusta V. ¿Es la última persona del mundo á quien me atrevería á hacer mis confesiones!

«No me cuesta trabajo comprenderlo—pensó ella.—Vamos, tenemos agarrada la liebre por las orejas.»

Oprimió suavemente el brazo del Marqués, y le dijo:

—Decididamente, no le entiendo á V., y tengo la manía de comprender. ¿No quiere V. revelarme ese terrible secreto?

—Nunca, señora, jamás. Aún respeto mis cabellos blancos; me dan miedo. ¿Quiere V. que los cubra de un indeleble ridículo?

—Es V. el único en advertir que son blancos—dijo ella, lanzándole una mirada de las más alentadoras.

—Y además, me haría V. traición con Horacio. Es la primera vez que un tío ha temblado delante de su sobrino.

«Hay que renunciar á ello—pen-

só con despecho la señora Véretz;— le molestan sus cabellos blancos y su sobrino. No hablará antes de que el otro haya abandonado el puesto.» Después de una pausa, continuó en voz alta:

— Señor Marqués, si hubiese sido V. menos avaro de sus visitas, nos hubiera otorgado á la vez un honor y un placer, pues me interesaba mucho ver á V. para hablarle de una inquietud que me corroe. Yo también tengo mi secreto, y desearía confiárselo á V. Sí, desde hace algunos días tengo muy perturbado mi espíritu. El señor de Penneville, que tiene la mala costumbre de decirlo todo...

— Es muy mala, en efecto, señora; con frecuencia se la he reprendido.

— Sin corregirle— prosiguió ella — puesto que nos ha referido una conversación que tuvo con V., sin callarnos ninguno de los escrúpulos que se le ocurrieron á V. con respecto á ese matrimonio.

— Reconozco en eso muy bien al infeliz — dijo el Marqués.

— Esto me ha dado mucho que pensar, y estoy obligada á rendir pleitohomenaje al gran juicio de V. Merezco llevar la pena, porque me engañé cruelmente. Entre esos jóvenes no hay aquella armonía de caracteres y gustos, primera condición para la felicidad.

— ¡ Con cuánto placer oigo á V. ! La armonía de gustos: ahí está el quid; pero, no basta. En las miras de la Providencia y en las mías, el matrimonio debe ser una sociedad de admiración mutua. Pues bien, ha llegado á mi conocimiento... Sí, querida señora, conozco una mujer del mérito más extraordinario. Ha publicado admirables sonetos, que le envidiaría Petrarca si aún fuese de este mundo, y un tratado acerca de los deberes y virtudes de la mujer, que podría firmarlo Fenelón, si Bossuet no le disputase ese honor... ¿ Me escucha V. ?... Ha regalado esos dos preciosos volúmenes á un hombre que pretende amarla; el infeliz no ha podido leerlos de cabo á rabo. ¿ Qué digo? Yo he visto esos dos tomos; uno de ellos está cortado hasta la mitad; el otro aún está virgen, absolutamente virgen... Lo mejor del caso es que el pobre mancebo se imagina que los ha leído, y está pronto á jurar que los admira... Pero, no vaya V. á contar mi historieta á la señora Corneuil.

— Cuando la señora Corneuil publique un libro acerca de los deberes de las madres, lo cual no puede dejar de suceder un día ú otro, esté V. seguro de que contará la indiscreción en el número de sus virtudes. ¡ Ay! Sí, las madres están algunas veces obligadas á ser indis-

cretas, y la anécdota que me ha narrado V. es bien adecuada para ilustrar á mí hija acerca de sus propios sentimientos y los que afectan tener hacia ella. Además, debo confesar á V.: que ella misma...

— Hable V., señora, hable V. Decía deber confesarme que ella misma...

— ¡Oh! Mi hija es un alma profunda que oculta sus sentimientos. Pero, desde hace algún tiempo, la veo pensativa, ensimismada, casi triste, y me pregunto si también ella habrá hecho sus reflexiones.

El Marqués soltó el brazo de la señora Véretz, para enjugarse la frente con el pañuelo. En este mundo hay sudores de alegría.

«¡Ah! Chocheas, pobre hombre —se decía interiormente la señora Véretz—y ya no piensas en tus cabellos blancos... Veamos si al fin hablas ya.»

El Marqués no habló. Dijérase que su gozo le había hecho olvidar dónde y con quién estaba. Sin embargo, acabó por acordarse. Apoderóse de la mano de la señora Véretz y se la llevó á los labios casi amorosamente, tanto que llegó á creer ella en un error. Luego, al cabo de unos instantes de meditación, dijo:

— Señora, lo más difícil que hay en el mundo es que uno caiga de su burro.

Echóse ella á reir y le respondió:

— Ya le había prevenido á V. que tenía que pedirle un consejo.

— Querida señora, en toda persona que se mete á escribir hay una pasión más fuerte y de vida más dura que el amor: es el amor propio. Y, para matar al enamorado, basta algunas veces arañar al autor con la punta de un alfiler.

— Somos á propósito para hablar juntos; nos comprendemos á media palabra. Señor Marqués, se lo ruego, si el alfiler produce ese efecto milagroso, ¿me dirá V. su secreto?

— No, señora... pero, se lo escribiré.

— Entendido — respondió ella alargándole ambas manos, las cuales estrechó él con una gratitud convulsiva.

Después de esto, la señora Véretz tomó el camino de la fonda Vallaud, diciendo para sí: «Este hombre es el yerno ideal, el de mis ensueños.»

VI

Veinte minutos bien cabales llevaba ya leyendo. Le escuchaban, ó parecían escucharle. El lindo salón del *chalet* estaba en la planta baja; y, por ser tibia la noche, habían

dejado abierta la ventana. Si hubiese habido transeuntes, el ruido de sus pasos hubiera podido molestarle; pero, gracias á Dios, no pasaba nadie. Santiagote y su trompeta se habían retirado á su desván y dormían apaciblemente la una en brazos del otro. Las aves del parque habían convenido en callarse, para poder oírle mejor sin perder una palabra; verdad es que era la estación en que no cantan. En el seno de las mansiones etéreas lanzaban sobre él una mirada amiga las estrellas, esos habitantes del eterno silencio. Leía con dignidad, con fuego y convicción, pero con modestia. De rato en rato se detenía para decir:

— ¿Les parece á Vds. que leo demasiado aprisa? En mi infancia me reprendían porque me atropellaba. ¿Les cuesta á Vds. trabajo seguirme? ¿Quieren Vds. que vuelva á empezar el párrafo? Van Vds. á pedirme pruebas; espérense, más adelante las doy. Si tienen Vds. que dirigirme alguna observación, no dejen de hacerlo, pues lo agradeceré mucho.

Pero no pensaban dirigirle ninguna observación, y nadie le rogó que volviese á empezar párrafo alguno.

Hemos dicho que tenía la preciosa facultad de combinar sus sensaciones, lo cual le permitía propor-

cionarse varios placeres á la vez, sin que todos ellos formasen más que uno solo. Por las entreabiertas vidrieras penetraba en el salón un exquisito aroma de ligustro florido. Respiraba con voluptuosidad ese aroma; y aunque muy atento á su lectura, contemplaba á intervalos las estrellas y pensaba en dos hermosos ojos pardos, con mezcla de amarillo, más dulces de ver que todos los astros del cielo. No veía esos ojos tan dulces; la señora Corneuil estaba sentada á parte en un blando diván, y no llegaba hasta ella la importuna claridad de la lámpara. Medio acostada y muda, era toda oídos; la oscuridad es favorable al recogimiento. Sin embargo, no juraría yo que no sufriese algunas distracciones; quizá pensara á ratos en dos tomos cuyas hojas no habían sido cortadas. La señora Véretz estaba sentada bordando frente al lector, á quien hacía leves señales aprobatorias con la cabeza. Su sonrisa y la viveza de sus ojos verdes expresaban bastante bien el interés que sentía por los hicsos, á menos que la tal sonrisa no quisiera decir simplemente: «Alabado sea Dios, querido caballero; el hábito hace aguantarlo todo.»

Leía volviendo las hojas con pena, porque sentíase tan dichoso, que deseaba no dar fin á su felicidad ni á

su lectura. Antes de que empezase, una mano delicada, que hubiera querido conservar siempre entre las suyas, había puesto delante de él un gran vaso de agua azucarada. Mojó en él sus labios, tosió para aclararse la voz, y luego siguió en estos términos:

«Hemos demostrado que la historia de Josef, hijo de Jacob, tal como está relatada en los capítulos XXXIX y siguientes del *Génesis*, presenta un manifiesto carácter de autenticidad. Dan fe de ello los nombres propios, tan importantes en tales materias. Como todo el mundo sabe, el oficial de Faraón, jefe de sus guardias ó de sus eunucos, que había comprado á los ismaelitas á Josef y con la mujer de la cual tuvo éste aquella deplorable aventura de donde sólo consiguió salir dejándose la capa, se llamaba Putifar; y Putifar no es otra cosa más que Pet-Fra, que significa «consagrado á Ra» ó al dios solar. Josef recibió del Faraón el título de Zfanatpaneach, que debe traducirse por Zpeut-Puch; ahora bien, Zpeut-Puch quiere decir «creador de la vida», lo cual prueba muy bien la gratitud que los egipcios profesaban á Josef por haber provisto á la subsistencia de ellos durante el hambre. Diéronle en matrimonio la hija de un sacerdote de On ó Annu...»

Aquí, volvióse hacia la señora Véretz para decirla:

—¿Necesito explicar á V. que On ó Annu es la ciudad del sol, ó He-liópolis?

—¿Me haría V. tal afrenta?—le respondió.—Y continuó él:

«Diéronle, pues, en matrimonio la hija de un sacerdote de On ó Annu, la cual se llamaba Asnath, palabra que se explica por As-Neith, y da testimonio de que estaba consagrada á la madre del sol. Después de esto, ya no nos falta más que probar una cosa, á saber: que el Faraón, bajo cuyo reinado llegó Josef á Egipto, era, en efecto, el rey de los hicsos, Apepí.»

—Ya llegamos á lo bueno—exclamó alegremente la señora Véretz.—Siempre me ha gustado ese Apepí, sin conocerle.

—¡Oh! No pretendo mejorarlo, y no me atreveré á afirmar precisamente que fuese digno de ser amado; pero era un hombre de mérito, y verá V. que hasta cierto punto es acreedor al afecto que se digna profesarle. Tampoco diré á V. que fuese hermoso, pero su rostro tenía carácter. Me preguntará V. que cómo lo se. Señora, en el museo del Louvre, armario A de la sala histórica, hay una figurilla un poco borrosa, de basalto verde, en la cual habíase creído reconocer el más puro estilo saíta. Por desgra-

cia, han desaparecido las cartelas. Señora, tengo las más sólidas razones para pensar que aquella preciosa estatuilla no es saíta en manera alguna, sino el retrato de un rey pastor, y que este rey pastor era Apepi. Así verá V....

Llevó de nuevo el vaso á los labios y tragó un segundo buchecito con método, como lo hacía todo; después continuó su lectura:

«Para este efecto, nos vemos obligados á tomar las cosas desde más atrás. Hacia el año de 1830 antes de la Era Cristiana, fué cuando los soberanos de la dinastía tebana comenzaron á levantarse contra los hicsos. Después de una larga y penosa lucha, en que conocieron todas las vicisitudes de la fortuna, rechazaron á los pastores al bajo Egipto. Más de un siglo después, el rey Raskenan sentábase en el trono de Tebas, y de él se hace mención en un papiro del Museo Británico, cuya importancia no puede ocultársele á nadie.—Sucedió (está escrito en este papiro) que la tierra de Egipto llegó á ser propiedad de los malvados, y no había entonces allí un rey dotado de vida, de salud y de fuerza. Mas he aquí que aparece el rey Raskenan, dotado de fuerza, de salud y de vida, y reinaba sobre el país del Mediodía. Los malvados estaban en la fortaleza del sol, y todo el país es-

taba sujeto á pechos y tributos. El rey de los malvados se llamaba Apepi, y eligió por señor suyo (el papiro es quien sigue hablando) al dios Sutech, es decir, al dios Set, que no es más que el dios Tifón, genio del mal.»

—Es verdad—interrumpió la señora Véretz—que Sutech, Set, Tifón... Cuando se fija una, se ve que se asemejan mucho.

—Por favor, querida señora, llegamos al punto capital—dijo y siguió:

«Levantó para él un templo de sólidos muros, y no sirvió á ningún otro de los dioses que había en Egipto. He aquí lo que nos enseña el papiro, y este importante documento nos demuestra: 1.º, que los reyes pastores habían establecido su residencia en el Delta; 2.º, que tenían bajo su dominio todo el bajo Egipto; 3.º, que Apepi...»

En este momento advirtió que desde largo tiempo no había oído aquella voz adorada y que cantaba tan bien la canción de Mignon; y volviéndose hacia el lado del diván, dijo:

—También se le llama Apófis; pero Apepi es el verdadero nombre. ¿Cuál de los dos prefiere V., Hortensia?

Hortensia no contestó; quizá le embargase la palabra la emoción del relato.

—¿Aopfis ó Apepí?—la dijo á gritos la señora Véretz.—Elige con valor. El señor de Penneville lo deja á discreción tuya.

¡Ay! tampoco respondió.

Estremecióse Horacio y sintió correr por su cuerpo un largo escalofrío, que era una advertencia de la suerte que le esperaba. Se levantó, cogió la lámpara y fué precipitadamente hacia el diván. Era demasiada verdad, no podía dudar de ello: la señora Corneuil dormía. Poco faltó para caérsele de las manos aquella lámpara, que iluminaba su desastre. La puso en un velador.

—¡Santo Dios, qué sueño!—exclamó la señora Véretz.—¿No será V. acaso un poco magnetizador?

Hizo un movimiento como para ir á despertar á su hija; pero se lo impidió él, diciéndola con amarga fisga:

—¡Oh! Se lo suplico, respete V. su descanso.

Sería erróneo imaginar que sólo sufriese en su amor propio de autor y de lector. Habíase hecho luz en él; acababa de comprender súbitamente que desde varios meses atrás se había engañado ó dejado engañar. Inmóvil y rígido, contemplaba con ojos duros, fijos y penetrantes el rostro de la bella durmiente, cuya postura era coquetona, porque sabía dormir. Nada más encantador

que el desorden de sus hermosos cabellos, un rizo de los cuales pendía á lo largo de su mejilla. Sus labios esbozaban una semisonrisa; es probable que tuviera un grato ensueño, y que se hubiese refugiado en un mundo donde no había ningún Apepí.

Horacio no dejaba de mirarla, y poco á poco iban cayendo no sé qué escamas de sus ojos. Por hechicera que fuese, de minuto en minuto veía desvanecerse sus gracias, y estuvo á punto de encontrarla fea. En verdad que no la reconocía. El milagro hecho en Saqqarah, al salir del sepulcro de Ti, acababa de deshacerse; ya no había nada común entre aquella mujer dormida y el Egipto. Al abandonar el Cairo habíase llevado consigo en sus rubios cabellos, en su sonrisa y en su mirada algo de aquel sol que hace madurar los dátiles, que regocija el corazón de las flores de loto, que divierte con espejismos á las amarillas arenas del desierto y para el cual no tiene secretos la historia de los Faraones. La aureola con que coronó su frente acababa de extinguirse en un instante; y también él se hizo cargo de que sus párpados eran largos en demasía, sus labios delgados en extremo; que sus brazos, muellemente redondeados, terminaban por manos prehensiles como una garra; que alrededor de

su boca y en sus sienes había pequeñas arrugas; y que esos repliegues nacientes, en los cuales nunca había hecho alto, delataban el sordo trabajo de pasioncillas; esas inquietudes de la vanidad que hacen viejas antes de tiempo á las mujeres. ¿De dónde le provenía su repentina clarividencia? Estaba encolerizado, y por más que se diga, las grandes iras son luminosas.

—Preciso es perdonarla—dijo la señora Véretz.—La he espiado con el rabillo del ojo: ha luchado valerosamente; por desgracia, sus nervios no son tan fuertes como los míos. V. la había sometido ya á rudas pruebas, de las cuales salió con honor. ¿Pero qué? ¿Puede resistirse á la larga el más terrible de los aburrimientos, el aburrimiento faraónico? Tenga V. cuidado, mi querido Conde. ¡Le profesa á V. tanta estimación, tanta amistad! Algunas veces basta un ligero error para fatigar el corazón de una mujer.

Y mostrándole con el dedo alternativamente los cerrados ojos de su hija y las setenta y tres cuartillas, exclamó:

—Mi querido Conde, hay que elegir entre esto y aquello.

Escuchábala él mirándola con mal talante, y sus rojos cabellos le causaron horror.

—En verdad, señora, me parece que empiezo á conocer á Vds.

Al decir estas palabras, se volvió á la mesa, recogió las cuartillas, las metió en la carpeta, puso ésta bajo el brazo, hizo un profundo saludo, y levantó el campo.

Al dar él la vuelta al *chalet* para tomar la calle principal del parque, dijo riéndose la señora Véretz:

—Ya te puedes despertar, querida mía. Ya estamos libres por siempre jamás amén del rey Apepi, que vivía cuarenta siglos antes de Jesucristo.

Sobre el poyo de la ventana apareció una cabeza, y desde afuera gritó una voz:

—Señora, pongamos diez y seis, porque siempre se debe ser exacto.

El conde de Penneville entró en su casa con la muerte en el alma. Lo que más amargamente echaba de menos, era un ensueño, mejor que una mujer. Durante largos meses fué deliciosa compañera de su vida una quimera; no le abandonaba, se interesaba por todo lo que hacía él, con él comía y bebía; hablábale ella, y él la contestaba, comprendiéndose á medias palabras; tenía una voz que le derretía el corazón, unos cabellos rubios que rozaron una vez su mejilla y unos labios á quien dos veces habían besado los suyos. Pensando en ello le acometió una ira, que le distrajo de su dolor; el pobre y sencillote muchacho hubiera dado cualquiera cosa

porque le devolviesen sus dos besos. Sin embargo, aún conservaba cierta vaga esperanza.

«No, no puede ser—pensaba—esto no sucede de esa suerte. Es imposible que me haya dejado partir así para siempre. Me volverá á llamar; de seguro que está ocupada en escribirme. Antes de media noche vendrá Santiagote, trayéndome una carta que todo lo aclare.

No llegó Santiagote, y bien pronto dieron las doce de la noche en un reloj vecino. Aquella voz lamentable parecía un fúnebre doblar de campanas; aquel reloj lloraba por alguien que acababa de morir; y Horacio reconoció que su compañera querida, que su quimera, no estaba ya en este mundo. De ahora en adelante quedaba solo, solo del todo; y su soledad le espantó. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Al levantar la cabeza advirtió que no estaba solo, que sobre la mesa estaba mirándole una estatuilla de un pié de altura, llamada Sekhet la benéfica, y que alargaba hacia él su lindo hocico de gata, cuyo fruncimiento estaba impregnado de una misericordiosa benevolencia. Se acercó á ella y la tomó en sus manos.

—¡Ah, estás aquí!—la dijo.—
¿Cómo te había olvidado? No estoy

solo, puesto que me quedas tú. Alguien dijo aquí mismo que las rosas se marchitan y las diosas permanecen. Te amo, me amas, y siempre nos amaremos.

Al hablar así, acariciaba su finote, sus caderas redondas, y acabó por besarla con devoción en la frente. Le pareció que aquella buena y pequeña Sekhet se condolía de sus penas, que estaba conmovida y enternecida del todo, que tenía un buen corazoncito como una hermana de la caridad ó sencillamente como una honrada criatura humana; también le pareció que tenía lágrimas en los ojos á pesar de ser diosa, y que le devolvía el beso sin embargo de ser de loza azul. En fin, le pareció que le decía:

—Has vuelto á mí; ya no te cederé á nadie.

—¡Santo Dios, lo había cedido tan poco!

Sintióse confortado; había purificado su corazón y sus labios. Se plantó delante del espejo y contempló su imagen. Adquirió la certidumbre de que el conde Horacio tenía los ojos encarnados, y de que no obstante el conde Horacio era un hombre. Fué á buscar dos grandes maletas vacías que había dejado en un cuchitril; una tras otras las trajo á su cuarto; y diez minutos más tarde estaba ocupado en llenarlas.

Al día siguiente, después de mediodía, el marqués de Miraval, que por extraña excepción no había cruzado el lago, sin embargo de hacer aquel día un tiempo de señorita, recibió á la vez dos cartas; una se la llevó el cartero, otra se la entregó Santiagote, vestido de nuevo de piés á cabeza.

La primera, escrita con mano firme y tranquila, estaba concebida en estos términos:

«Mi querido tío: Queda libre el puesto; puede V. ocuparlo. Si quiere V. algún encargo para Vichy, le ruego me lo dirija á Ginebra; allí dormiré esta noche, y saldré mañana en el tren expreso de las tres, ó mejor dicho, de las tres y veinticinco minutos. Acepte la expresión de los votos que hago por su felicidad, y la seguridad de mi cariño inalterable.»

La segunda, garabateada á toda prisa, decía así:

«Señor Marqués: Había V. dicho la triste verdad. No amaba, ó amaba muy poco, puesto que no ha podido perdonar á la mujer á quien pretendía amar, el haberse dormido durante la lectura de una memoria acerca del rey Apepi. Puede V. adivinar lo que ha pensado de eso mi hija: ha mirado de arriba á

abajo al personaje, y una mujer no ama ya al hombre á quien analiza. Sé que al instante se pone en camino; por tanto, no tiene V. que temer mis indiscreciones. De ahora en adelante nada le impide á V. escribirme su secreto; y, más bien, mejor fuera que viniese V. á decirnoslo esta noche, comiendo con nosotras.»

Santiagote llevó esta contestación á la señora Véretz:

«Mi querida señora: Al fin he de confesar á V. ese terrible secreto. Tengo una pasión deplorable, que oculto con gran cuidado, por respeto á mis cabellos blancos; los amigos míos que la conocen se han burlado de ella con crueldad. Se lo confieso á V. con rubor: adoro la pesca con caña. Cuando la señora de Penneville me envió á Lausanne para tratar de un asunto de familia, me consolé de este trastorno diciéndome: Lausanne está junto á un lago; pescaré. Al llegar, mi primer cuidado fué proporcionarme cañas y todos los avíos necesarios. No me atrevía á pescar en la vecindad de Vds., por temor á ser sorprendido y á que mi sobrino se burlase de mí. Me informé y me aseguraron que en Saboya, cerca de Evian, había un lindo paraje lleno de pesca. En la orilla hay una posada, alquilé un

cuarto, donde instalé mis artes, y todas las mañanas cruzaba el lago para ir á satisfacer mi pasión. Puesto que prometí á V. ser tan verídico como Amen-Heb, grámmata principal, vea V. hasta dónde me arrastra este furor. Abandoné Lausanne por Ouchy con el único designio de acercarme á los peces. De tal modo olvidé el asunto que me había traído, que sólo fuí dos veces á ver á mi sobrino, un día de viento y otro de lluvia, porque en esos días no se puede pescar. En fin, rehusé dos invitaciones para almorzar, de las más atractivas, porque de ir, me hubiese privado durante dos días completos del placer de la pesca. Lo más triste es que, á pesar de mi esmero, atención y perseverancia, nada pescaba, excepto algunos miserables gobiós. Decía para mí: «Basta, partamos.» Y nunca me iba. Al desembarcar en Lausanne aún creía en los peces, hoy no creo ya en ellos; y así se van nuestras ilusiones con nuestros años, sembrando de ellas nuestro camino. Sin embargo, no sé por qué milagro logré pescar anteayer una anguila de bonito tamaño, la cual tuvo á bien picar en mi anzuelo; logrado esto, me marchó. Queda en salvo el honor de mis blancos cabellos.

»Querida señora, dignese V. presentar á su adorable hija y aceptar

V. misma los cumplimientos más rendidos y respetuosos del marqués de Miraval.»

Renunciamos á describir la expresión que adquirió la fisonomía de la señora Véretz al tener conocimiento de esta respuesta; la corteidad verdaderamente cruel que experimentó para comunicársela á su hija, y la escena verdaderamente espantosa que la dió este ángel adorado. La señora Corneuil es menos de compadecer que su madre, puesto que al menos en su desastre tiene el recurso de dar alivio á su corazón con las censuras más vehementes, las recriminaciones más violentas, y con apóstrofes como éste: «¿No eres tú la causa de todo?» Cuéntase que en este siglo ha habido una reina muy inteligente, muy ilustrada, llena de buenos sentimientos, que ejercía grande y legítima influencia en los asuntos de Estado. El rey su esposo gustaba de recibir sus consejos y le iba bien con ellos. Por desgracia hubo de equivocarse un día; la suerte de una vida entera decídese con frecuencia en un minuto. Desde ese momento ya no fué consultada; las gentes á quienes recomendaba no eran bien quistas; su augusto esposo decía: «Toda esa gente es sospechosa para mí; son amigos de mi mujer.» Por haberse equivocado

una vez, la señora Véretz ha perdido toda su influencia, todo su crédito. Su hija la recordará eternamente que un día le hizo soltar la presa por correr tras de una sombra de cabellos blancos.

Cuando el conde Horacio de Penneville se presentó en la estación de Ginebra, impaciente por embarcarse en el tren que parte no á las tres sino á las tres y veinticinco minutos de la tarde, fué

grande su asombro al ver en uno de los rincones del vagón, en que la casualidad le hizo subir, á su tío segundo el marqués de Miraval, quien, á la vez que le ayudaba á colocar cómodamente debajo de los asientos y en la red sus innumerables paquetitos, le dijo:

—He reflexionado, hijo mío. Hay que desconfiar de las mujeres que tan pronto aman al rey Apepi, como dejan de amarle.

VICTOR CHERBULIEZ.

A VIRGILIO

(DE CARDUCCI.)

Como luna serena en el estío,
A los sedientos campos da frescura;
Luce á los blancos rayos y murmura,
Bien hallado en sus márgenes, el río;
Oculto al ruisenior bosque umbrío
Y llena el horizonte su voz pura;
Mudo al pié el viajador muerta hermosura
Recuerda en amoroso desvarío;

Madre infeliz convierte la llorosa
Mirada, de una tumba al firmamento,
Y calma el vago albor su hondo quebranto;

Ríe el collado, allá la mar reposa,
Suenan en los altos árboles el viento;
Tal para mí la magia de tu canto.

M. A. CARO.

MADAME JOSSU

Tampoco yo—dijo el fotógrafo—quisiera volver atrás y empezar de nuevo los días ya vividos, porque ha habido en mi vida un minuto demasiado largo. No obstante, exagero; no fué un minuto entero, pero hubo unos veinte segundos próximamente, cuyo recuerdo, después de tanto tiempo, hace latir mi corazón y estremecerse mis rodillas, y que encerraron para mí angustias demasiado deliciosas y horribles.»

Mientras que así hablaba, estaba yo contemplando á aquel buen Cabadés, retozón y ágil, flexible como un tigre joven, rojo, tostado, quemado, flaco hasta lo ideal, y que si se hubiera podido estar un momento quieto, se hubiera parecido exactamente á un rey indio, con sus ojos tan ardientes, su azulada cabellera y su barba negra, cuyos sedosos pelos se destacaban uno á

uno sobre la piel mate y caliente, y dejaban ver abierta sobre dientes de lobo la boca parecida á una flor de escarlata.

Su traje aumentaba todavía la ilusión, porque envuelto como un paraguas en su funda, Cabadés andaba con un traje oriental muy ceñido, cuya tela, de fondo rojo, estaba adornada con una profusión de claveles y de palmas: un cinturón muy ancho de seda, de un encarnado rosa, le rodeaba herméticamente, y componían el resto un pantalón sumamente ajustado, color de agua marina y zapatillas parecidas, con estrafalarios bordados de plata y oro. Hablaba unas veces de pié, otras dando un salto tan rápido como el de Mis Ænea, la mosca de oro, encontrándose de repente echado sobre el diván color rosa, y hasta en el aire, no cesando un instante de hacer y de encender cigarrillos,

que parecía liar con un solo dedo. Y mientras le escuchábamos, los negros diamantes de sus ojos lanzaba un resplandor siniestro sobre la amarilla esclerótica.

—He nacido—dijo—en el rincón más pelado de la Provenza, sobre una especie de roca donde las cigarras sienten demasiado calor, y en cuya comparación la Canteperdrix de Paul Arène podría pasar por una pradera inglesa. Tuve, pues, que pensar muy pronto en hacer la conquista de París, adonde llegué haré unos diez años con unos cientos de francos que había ganado en el camino pintando extravagantes retratos.

En cuanto me encontré aquí, los descomunales anuncios pintados en las fachadas me revelaron mi vocación; vi que la ciudad pertenecía á los fotógrafos, y desde entonces me decidí por esa profesión. Me faltaba el capital, pero le encontré, porque apenas puse el pié en Mabilly, cuando cierta Eva Dorel me llamó *el persa*, apelativo que quedó ratificado por un consentimiento unánime, y que yo me apresuré á hacer verosímil añadiendo al adorno de mi persona diamantes tan enormes como quiméricos. Un persa legítimo no los hubiera podido hallar más falsos, pero las muchachas los contemplaban con los ojos de la fe. En fin, que yo era algo,

una escentricidad conocida y clasificada en París, una personalidad exótica, y en ello debía yo encontrar el medio de acuñar moneda y meter el brazo hasta el codo en un río de oro.

Mientras tanto almorzaba nitos y comía un huevo frito en la repostería.

Pero comprendí que cada minuto se llevaba una de mis esperanzas, y que había que ponerse á la obra inmediatamente. Intentar tomar prestados los miles de francos necesarios para alquilar una modesta habitación, y para comprar herramientas para el trabajo hubiese sido tan descabellado como buscar un tallo de hierba en los rails del camino de hierro; así que no pudiendo escoger, me resolví á hacer edificar un palacio, el mismo en que estamos, y puesto que yo era persa, á construirle de gusto persa. Ya tenía yo en mi mente estos techos de cristales tallados en facetas como los diamantes, cuya fama ha hecho mi fortuna, y combinaba mis disparatados planos arquitectónicos de *Las Mil y una noches*. No me faltaba más que realizarlos; ¡casi nada! Empecé por encargarse bastantes carteles pintados, impresos, litografiados, rojos, verdes, de mil colores, con y sin ilustraciones, para que la importancia de mis giros me asegurase algunos días de crédito, y des-

de aquel momento, ya existía la *fotografía persa*, puesto que su nombre ilustraba, cubría, salpicaba, ensangrentaba, teñía de verde y de azul todas las paredes de París, permitiendo á duras penas que se abriesen las ventanas entre sus gigantescas letras. Toda publicidad produce algo; la mía me proporcionó un socio que vino á ofrecérseme en pleno Mabilie. No disponía más que de veinte mil francos, que yo acepté, porque con ellos había para comprar al fiado, dar propinas y pagar coches de alquiler.

En ese bulevard del Temple, entonces radicalmente restaurado y donde yo quería dar la batalla á mis colegas de los barrios elegantes, estaban de venta inmensos terrenos. Compré éste en condiciones que hubieran hecho estremecerse á la sombra de Shylock. Los plazos de los pagos, muy próximos entre sí, tenían que caer sobre mi caja, espesos como granizo; pero pensé en mis futuras entradas, que con buen cálculo no hacía bajar de mil francos diarios, y me puse en manos de arquitectos, contratistas y decoradores, ¡metiendo mi cabeza entera en la boca del monstruo! Para no molestaros con detalles técnicos, en cuanto el primer piso de mi palacio estuvo á flor de tierra, me sirvió de garantía para tomar á préstamo del *Crédit foncier* cantidad suficiente para cons-

truir el segundo, é inmediatamente puse mi empresa por acciones. Gracias á un bombo formidable de la prensa y á jarros de vino en que se hubiera ahogado Gargantua, una parte de mis lindos papeles color de rosa encontró colocación, y hasta hubo algunas entregas de dinero, ¡pero figuraos qué infierno! Dos veces seguidas ocurrió que un lote considerable de acciones había sido suscrito por Bancos sospechosos que entretanto quebraron. Para recogerlas tuve que sacar dinero... no sé de qué mina, porque á estas horas todavía no lo he averiguado; ¡de mi alma sin duda! Al mismo tiempo, luchar con los albañiles, ebanistas, cerrajeros, espolear á toda aquella gente, procurando que no me robaran más de un cuatrocientos por ciento; ver á todo París; estar en todas partes á un tiempo; hacerse amigo íntimo de todos los franceses, uno tras otro; reconstituir y fundar de nuevo por dos ó tres veces mi sociedad financiera; asistir á todas las comidas, á todos los almuerzos, á todas las soirées y á todos los estrenos teatrales; tener mil cuerpos, sacar mil segundos á un minuto y mil minutos á una hora, tales eran mis menores cuidados; mientras mis mozos seguían sin cesar pegando carteles y mis pintores pintándolos, porque no quería que quedase una pulgada de pa-

red en que no pudieran leer los transeuntes: *Cabadés, fotografía persa. Apertura, el 10 de Julio.*

Por fin llegó aquel 10 de Julio anunciado en la cuarta plana de todos los periódicos, y desde las nueve de la mañana mi palacio se vió sitiado, asaltado, inundado por la muchedumbre. No fué aquello un tumulto, fué una revolución. Todos los burgueses del universo se encontraban allí, llenando los talleres y los salones, hormigueando en las escaleras, agarrándose á las barandillas de oro, apiñándose sobre los divanes de seda, oprimiéndose alrededor de los aparatos, plantándose ante el objetivo, pagando, marchándose, arreglándose el traje, dictando sus encargos, sucediéndose con más apresuramiento que las hojas de los bosques y que las olas del mar. Mis tres oficiales y yo, y mis innumerables ayudantes, hacíamos docenas de retratos á la vez, juntos, por todos lados, en las terrazas, en los rincones oscuros, en los pasillos; estábamos como Messalina, desriñonados, pero no hartos, porque siempre continuaba oyendo el ruido del bendito oro al caer en las cajas, y pensaba en todos los pagarés que recogería aquella misma noche: ¡yo me multiplicaba, yo era legión y ejército embriagado de furor, de bravura, de fatiga y de colodión! ¡Pues y mis

modelos! Yo los recibía, los colocaba ante la máquina, les arreglaba el traje, les impulsaba á los más excesivos encargos, á la miniatura, á la ampliación, los despedía dejándoles estupefactos y entusiasmados, y la tomaba con otros y con otros, sin parar. El shah de Persia vino en medio de esta barahunda, y yo le fotografié con su comitiva, sir darle tiempo á que me preguntara si yo era persa ó no, únicamente (¡yo me muero por las condecoraciones!) me nombró comendador del León y del Sol y se marchó contentísimo, mientras que yo dominaba á una nueva oleada de burgueses, cuyas cabezas se renovaban y huían en el viento del vértigo, arrastradas como sombras vanas.

¡Día ajetreado! Ya lo sabéis, en materia de mujeres yo nunca he sido juicioso, y había tenido que ocultar en un nido construido expresamente y engalanado con blanca sedería á mi celosa amiga, una española rubia, llamada Encarnación, muchacha adorable y adorada, pero que por todo y por nada se arrojaba sobre mí con un puñal tan á menudo como yo fumaba cigarrillos, es decir, siempre. Generalmente se salía de sí cuando pasaba cinco minutos sin verme y hacía ocho horas que yo estaba trabajando, sin haber podido siquiera informarme si había tenido que comer y

que beber. Tenía la seguridad de que ya había roto multitud de chucherías y hecho trizas las telas. Además, como para limpiar el bolsillo á mis parroquianos había yo organizado una inmensa exposición de retratos de mujeres, de actrices, de celebridades adquiridas en casa de mis colegas, ocupaba en ella á las numerosas mujeres que después habían de ocuparse en retocar, barnizar, pegar, encartular y clasificar las pruebas fotográficas, y que, os lo confesaré, eran todas, hasta cierto punto, mis queridas, porque, os lo repito, en este terreno tengo el diablo en el cuerpo. En medio de mis modelos, de mis recepciones, de mi maravillosa barahunda, de la multitud siempre amontonada, siempre fugitiva y renovada como el agua de un río, las veía pasar afanosas, inquietas, haciendo crujir sus flexibles talles y lanzándome una tras otra esa mirada que quiere decir: «¿No es verdad que sólo á mí me quieres?» Yo las veía como á todo lo demás, empleados, multitud, aparatos, muebles extraños y brillantes, en una alucinación sin freno; pero de repente todo se fué al traste, porque me encontré frente á una mujer tan hermosa, que todo lo demás me pareció que no había existido nunca.

Cuerpo rico, esbelto; flexible,

largo y gracioso cuello, rostro de un óvalo puro y encantador, cabello oscuro con reflejos de oro, ojos rasgados de azul oscuro, con negras cejas y largas pestañas de igual color, nariz correcta, bien dibujada, con anchas ventanas imperceptiblemente remangadas, para lucir lo clásico; boca de labios arqueados y carnosos, no encarnados, sino de un rosa encendido; barba redonda, dura, enérgica, diminuta oreja de Nereida, y además un aspecto de honradez, de resolución, de bondad, de franqueza, tal era Mad. Eulalia Jossu, cuyo nombre no podía ignorar, porque el imbécil del marido, á quien me disponía á retratar, lo repetía al fin de cada frase. Aquel ridículo escribano, cuyo atavío no se prestaba á la caricatura, antes al contrario, vestía con excesiva pulcritud como todos los provincianos legítimos, repetía por otra parte todas las necesidades de los personajes de Henri Monnier, que nunca deben reproducirse por respeto al papel blanco. Un ejemplo bastará. Siempre que Mad. Eulalia Jossu hablaba, alegre, naturalmente y con voz argentina, el escribano decía: «¿Dispénsela V., caballero; es un poco limitada de alcances!» — y añadía frunciendo desdenosamente los labios: — «¿Era hija de un simple jardinero y yo la he elevado hasta mí!»

Aquel monstruo hubiera necesitado en la cabeza oscuros bosques llenos de brisas y de ruiseñores; pero era evidente que su divina mujer no se había vengado jamás; al menos así lo pensé, al admirar su franca mirada y su piel infantil, aterciopelada, que jamás había sufrido la afrenta de los polvos de arroz. Había acabado yo de colocar al escribano frente á la máquina y metido la cabeza bajo la negra tela para dar al modelo la suprema ojeada, cuando percibí en mi oído la dulce, la exacta, la acariciadora voz argentina.

—Yo también quiero mirar—decía Mad. Jossu.

Y sin aguardar mi respuesta, metió su linda cabeza junto á la mía debajo de la tela, y yo sentí el dulce contacto de su cutis. Toda la sangre se me agolpó al corazón; un inmoderado deseo se apoderó de mí, furioso por besar, á cualquier costa, á aquella amable criatura, y al mismo tiempo, como un hombre que se ahoga, durante los breves instantes que duró mi suplicio com-

prendí todo lo que iba á pasar. «Evidentemente — me decía — ella va á dar un grito; ruido, escándalo; todos acudirán; los provincianos lanzan clamores salvajes; mis amiguitas las retocadoras, plegadoras, encartonadoras aullan y se retuercen los brazos; Encarnación viene con su navaja; á mi empresa se la lleva la trampa; derrúmbase mi construcción financiera; dentro de una hora ya están aquí todos mis acreedores, me venden lo mío, me expropian, mi vida acaba, y sólo me resta levantarme la tapa de los sesos!»

—¡Tanto peor! Me la saltaré—añadí yo á manera de peroración;— y como el apetito era muy violento, coloqué mis labios sobre la boca de mi vecina, y aguardé su grito, el grito horrible que iba á desencadenar todos los desastres. Pero parece que el escribano había colmado aquella vez la medida. La boquita de piñón se aproximó á mi oído, y despacito, despacito, me dijo en voz baja:

—¡Mañana, á las tres!

TEODORO DE BANVILLE.

EL PRUSIANO DE BELISARIO

Os voy á contar una cosa que oí referir esta semana en una taberna del distrito de Montmartre. Para narrarla como se debe, necesitaría poseer el vocabulario de arrabal propio del maestro Belisario, llevar su amplio mandil de carpintero y echarme al colete dos ó tres buenos tragos de ese grato vinillo blanco de Montmartre, capaz de dar acento parisiense hasta á un marsellés. Entonces estaría yo seguro de transmitir á vuestras venas el escalofrío que sentí al escuchar á Belisario su relato de esta lúgubre y verídica historia, sentado á una mesa entre compañeros.

«...Era el día siguiente al de la amnistía (Belisario quiso decir armisticio). Mi mujer nos había enviado á los dos, yo y el niño, á que nos diésemos una vuelta hacia la parte de Villanueva la Garenne, *por mor* de una barraca pequeña que teníamos allá abajo orillita del

agua, y de la cual no teníamos noticia desde el sitio. A mí me hacía la santísima eso de llevar el chico. Sabía yo que íbamos á encontrarnos con los prusianos, y como aún no les había visto la geta, tenía mi escama no fuese á meterme yo mismo en alguna historia. Pero á la parienta se le metió la idea en la mollera. «Anda pues, anda pues, que con eso se ventilará el chico.»

El hecho es que bien lo necesitaba el pobre chiquillo, al cabo de sus cinco meses de sitio y de criar moho.

Pues bien, cátanos ya de viaje á campo traviesa. ¡Y que no iba contento el mocosuelo al ver que aún había árboles y pájaros, y empeñándose en zancajear por los sembrados! Yo no iba de tan buena gana; había demasiados cascos puntiagudos en los caminos. Desde el canal hasta la isla no se encontraba otra cosa. ¡Y qué sinvergüen-

zas!... Era menester conservar mucho aplomo para no armarles una escandalera... Pero donde me irrité de verdad fué al entrar en Villanueva, cuando ví nuestros pobres jardines derrotados, las casas abiertas y saqueadas, y todos esos bandidos instalados en nuestros hogares, llamándose de una ventanâ á otra y poniendo á secar sus medias de lana sobre nuestras persianas y nuestros cañizos. Por fortuna iba el niño junto á mí, y cada vez que sentía demasiada comezón en las manos, pensaba para mis adentros al mirarle: «¡Aplomo, Belisario!... Mucho ojo, no vayamos á dar que sentir al pequeñejo.» Sólo él me impedía hacer burradas. Entonces comprendí el antojo de la costilla porque me lo llevase conmigo.

La barraca está al extremo de todo, la última á mano derecha, en el muelle. La encontré vacía de arriba á abajo, como las demás. Ni siquiera un mueble, ni un vidrio. Nada más que algunas gavillas de paja y la última pata del sillón grande ardiendo en la chimenea. Olía á prusianos por todas partes, pero no se les veía por ninguna. Sin embargo, me pareció que alguna cosa rebullía en el sótano. Tenía yo allí mi poco de *banco*, donde me entretenía los domingos en hacer *trampas* de cazar. Dije al niño que me aguardase y bajé á ver.

Tan pronto como abrí la puerta, un zanguangote de soldado de Guillermo va y se levanta de encima de las virutas y se viene hacia mí, saltándosele los ojos de la cara y con una sarta de juramentos que no entiendo. Aquel animal debía tener un despertar muy malo, porque á la primera palabra que intenté decirle se puso á tirar del sable...

De sopetón, me dió un vuelco la sangre. Toda la bilis que estaba haciendo desde una hora se me subió á la cabeza. Voy y agarro el barrilete del oficio y le casco las liendres... Compañeros, ya sabéis si Belisario suele tener duros los puños; pues bien, aquel día de marras, rayos de Dios tuve al extremo del brazo... Al primer *mandao* que le largo, va mi prusiano y se tambalea y se me cae al suelo todo lo largo que era. Creí que sólo estaba aturdido. ¡Que siquieres! Hecho la barba, hijos, pero vaya una barba. ¡Qué, ni jabonado con la potasa!

Yo que nunca había muerto á nadie en mi vida, ni siquiera una alondra, me olió á cuerno quemado el ver cadáver aquel corpachón delante de mí. Vaya, un guapo rubio, de verdad, con su primera barba rizada como virutas de fresno. Al mirarlo me daban temblores de piernas. Entre tanto, el granujilla se aburría allá arriba y le oí gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Papá, papá!

Pasaban prusianos por el camino; se veían por la reja del sótano sus chafarotes y sus patazas. De pronto me vino esta idea: «Si entran, el niño está perdido... nos matan á todos». Acabóse, no temblé más. A escape metí el prusiano debajo del banco. Le eché encima todo cuanto pude encontrar, tablas, virutas, serrín, y me subí en busca del pequeño.

— Andando...

— ¿Qué pasa, papá? ¿Qué pálido estás!...

— Anda, vamos.

Os aseguro que aun cuando los cosacos me empujasen y me mirasen con ojos torvos, lo que es yo no reclamaria. Parecíame sin cesar que corrían y gritaban tras de nosotros. Una vez oí á un caballo que se nos venía encima al galope; creí que iba á caerme de espanto. Sin embargo, después de los puentes comencé á serenarme. San Dionisio estaba lleno de gentío. No había riesgo de que nos pescasen entre el montón. Sólo entonces pensé en nuestra pobre barraca. Cuando los prusianos hallasen á su camarada, estaban en el caso de ocurrírseles incendiarla por vengarse; y eso sin contar con que mi vecino Jacquot, el guardapesca, era el único francés en la comarca, y podía darle mucho que sentir ese soldado muerto cerca de él. En verdad que no estaba muy

bien que digamos eso de ponerse en salvo de esa manera.

A lo menos debía habérmelas pergeñado para hacerlo desaparecer... A medida que llegábamos hacia París, esta idea me mareaba más. Vamos, que me molestaba lo de dejar ese prusiano en mi cueva. Al llegar á las murallas, no puedo contenerme y le digo al chico:

— Anda por delante, que tengo que ver todavía á un parroquiano en San Dionisio.

En seguida le abrazo y me vuelvo atrás. Cierto es que el corazón me palpitaba un poquillo; pero igual da, me sentía á mis anchas con no llevar á mi lado el niño.

Cuando otra vez entré en Villanueva, comenzaba á ser de noche. Imaginad si abriría yo bien el ojo; iba andando como quien pisa huevos. Sin embargo, el país tenía un aspecto bastante tranquilo. Veíase la barraca siempre en su sitio, allá abajo, entre las brumas. Al borde del muelle, una larga empalizada negra: eran los prusianos que tocaban á *lista*. Buena ocasión para encontrar vacía la casa. Al deslizarme á lo largo de las cancelas, vi al tío Jacquot en el patio disponiéndose á extender sus esparaveles por el suelo. Decididamente, aún no se sabía nada... Entro en casa. Bajo, palpo á tientas. El prusiano continuaba oculto

por las virutas; también había dos grandes ratas en vías de despojarle de su casco, y me dió un terrible sobresalto al sentir removerse la carrillera. Por un momento sospeché que el muerto iba á aparecérseme... ¡pero, no!... Su cabeza estaba pesada y fría. Me acurruqué en un rincón y esperé; mi propósito era arrojarlo al Sena cuando los otros se acostasen...

No sé si sería por la vecindad del muerto, pero aquella noche me pareció triste de veras la retreta de los prusianos. Unos trompetazos, que sonaban de tres en tres: ¡Ta, ra, ra! Una verdadera música ratonera. Lo que es nuestros cangrejos de infantería no querrían acostarse con aquella tocata.

Durante cinco minutos oí arrastrar sables, dar aldabonazos en las puertas; después entraron unos soldados en el patio y se pusieron á llamar:

—¡Hofmann! ¡Hofmann!

El pobre Hofmann estaba quieto bajo sus virutas, bien tranquilo... ¡Yo soy quien envejecía por instantes!... A cada momento me esperaba verlos entrar en el sótano. Había yo recogido el sable del muerto y allí me estaba quietecito, diciéndome para mis adentros: «¡Como este cura salga de aquí con bien, menu-do cirio que le pondrá al San Juan Bautista de Belleville!»

Luego de esto, cuando se cansaron de llamar á Hofmann, mis inquietos alojados decidiéronse á entrar. Oí sus borceguíes resonar en la escalera, y al cabo de un rato toda la barraca rechinaba como un reloj de aldea. Sólo esperaba yo esto para salir.

La chalupa estaba desierta y todas las casas á oscuras. La cosa iba viento en popa. Me bajo á escape. Saco á mi Hofmann de debajo del banco, le pongo derecho y me lo cargo á cuestras, como un ganapán de mandadero... ¡Cuidado que pesaba el ladrón!... Además, el miedo y la tripa vacía desde por la mañana... Creí que no iba á tener fuerzas para llegar. Después, cátrate que en medio del muelle me parece que alguien anda detrás de mí. Me vuelvo. Nadie... Era que salía la luna... Y me digo: «Cuidadito, á escape... los centinelas van á tirar».

Para colmo de diversión, el Sena iba bajo. Si le hubiese echado allí desde la orilla se hubiese quedado como dentro de un barreño... Entro en el río y me adelanto... Siempre con poca agua... No podía más; tenía las articulaciones entumecidas... Finalmente, cuando me parece estar bastante lejos, suelto mi dominguillo... ¡Anda, demonio! ¡Pues no se me atranca en fango? Y no hay medio de hacerle moverse de allí. Empujón por aquí, empu-

jón por allá... ¡que si quieres! Por fortuna, llega una bocanada de viento del Este. El Sena se levanta, y siento que al fin se desenfanga con suavidad el macabeo. ¡Buen viaje! Trago un buche de agua y me vuelvo á subir á escape á la chalupa.

Cuando volví á pasar por el puente de Villanueva, veíase una cosa oscura en medio del Sena. De lejos parecía una barquilla. Era mi prusiano, que bajaba por la parte de Argenteuil, siguiendo el curso de las aguas.

ALFONSO DAUDET.

LOS VENIDEROS

(LA VIE DE LOIN)

(DE SULLY PRUDHOMME.)

Desde el seno recóndito que encierra
 El porvenir, los pueblos no nacidos
 Oyen nuestros clamores y gemidos,
 Crujir las armas y bramar la guerra.
 Pero no como estrépito que aterra
 Llega el confuso estruendo á sus oídos,
 Mas cual rumor de fiesta, y de sus nidos
 Quieren salir y visitar la tierra.
 ¿Sombra no habrá que hasta ese limbo vuele
 Y el origen terrífico revele
 Del eco que á sus puertos manso rueda?
 Embrión que ni llora ni se ríe,
 No el turno de vivir demente ansíe;
 ¡Disfrute en paz del sueño que aun le queda!

MIGUEL A. CARO.

MARTÍN ALONSO PINZÓN

(CONCLUSIÓN)

PARTE TERCERA

I

Repetidas veces han deplorado cuantos dedican sus vigilias á investigaciones históricas, la incuria, el descuido con que frecuentemente abandonan los escritores contemporáneos de los sucesos, noticias y detalles que más tarde son necesarios para formar juicio completo de los mismos. No se da importancia y se deja de consignar aquello que por muy sabido parece de escasa significación, y sin embargo, la posteridad tiene sus exigencias, y la historia necesita para formar la síntesis de los adelantos de una época, ó la apreciación del carácter de un personaje histórico, conocer pormenores de la vida íntima, que después del transcurso de largos años no hay medio alguno de procurar.

El suceso de la muerte de *Martín Alonso Pinzón* no fué mirado con la atención que por muchas razones merecía. Los historiadores contemporáneos, con la vista fija en la corte de los Reyes y en la sensación profunda que produjo en todos los pueblos la llegada del Almirante y de los que le acompañaron, con los objetos que revelaban la existencia de tierras desconocidas, de hombres y productos extraños y nunca vistos, no se cuidaron de recoger los datos referentes á los últimos momentos de aquel español ilustre que hoy buscamos con tanto interés.

De esto no puede culparse verdaderamente á ninguno de los contemporáneos, porque hay acontecimientos cuya magnitud asombra,

cuya novedad absorbe por entero la atención, que por lo extraordinarios sorprenden, y embargando el ánimo, no dejan lugar á otros pensamientos. El primer viaje de *Cristóbal Colón* fué uno de esos grandes sucesos; y así vemos que desde el instante en que se esparce por Europa la noticia cierta del descubrimiento de las Indias occidentales parece quedan en suspenso todas las otras manifestaciones de la actividad social, y todas las naciones se ocupan con avidez en investigar el hecho extraordinario, en conocer la verdad y adivinar sus consecuencias; y todos sus esfuerzos convergen al afán de descubrir, que por eso la época se denomina con exactitud de los descubrimientos, porque ese fué el hecho culminante que la caracteriza.

Pero á pesar de estas consideraciones, produce hoy sensación dolorosa el leer en la *Historia de las Indias*, de Fr. Bartolomé de las Casas, escritor que fué amigo de todos los descubridores y que con tanto interés se ocupa de sus empresas, tratándose de un marino de la importancia de *Martín Alonso Pinzón*, después de referir su llegada al puerto de Palos, que solamente escriba: «y porque en breves días »murió, no me ocurrió más que dél »pudiera de cir».

Cierto que la prematura y des-

graciada muerte del valeroso capitán de la *Pinta* le hizo desaparecer de la escena de aquel importantísimo período en el momento mismo en que empezaba á desarrollarse, y fué también causa de que no le conociera ni tratara ninguno de los historiadores primitivos del descubrimiento. Por estas razones carecemos de muchos datos interesantes, aunque por fortuna pueden suplirse las noticias que faltan con otras tomadas de origen auténtico que procuraremos reunir.

Con el deseo de reparar la injusticia que envuelven las palabras de Fr. Bartolomé de las Casas, que dejamos citadas, y llenar el vacío que en su historia se nota, tratándose de un español que tanta parte tuvo en la empresa, cuyo recuerdo se despierta tan vivamente al encontrarnos en el año del cuarto centenario, vamos á dejar consignados los datos más importantes que sobre los últimos días de *Martín Alonso Pinzón* se encuentran diseminados en las declaraciones de los vecinos de Palos, presentados como testigos en distintas informaciones para las *Probanzas* del pleito entre la corona y los sucesores del primer Almirante, que tantas veces hemos citado, como fuente á que se puede acudir para llenar la falta de los historiadores.

II

Desde Bayona del Miño se dirigió *Pinzón* á Palos á esperar la contestación de los Reyes Católicos á la carta que desde allí les había enviado á Barcelona, como era muy natural, para que tuvieran noticia del éxito de la expedición en el caso probable para él de que *Colón* hubiera perecido con su carabela.— «Bien es de creer, como dice el »P. Las Casas, que padeció los terribles golpes y tormentas que el »Almirante padecido había, y que »escaparse como él fué prodigiosa »dicha...» Pero si bien salvó la carabela y escapó con la vida, su salud no resistió á tanto sufrimiento; la vencieron los continuos trabajos y privaciones, y por desgracia no volvió á recobrarla.

Y acudiendo á las declaraciones de los testigos, volvemos á recordar la más importante, sin duda alguna, entre las muchas que se recibieron á instancia del fiscal del Rey, y por su interrogatorio; circunstancia primera que le presta indudable autoridad. Es la del piloto Hernán Pérez Mateos, cuyas condiciones dejamos advertidas antes de ahora. Contaba más de cuarenta años cuando se hizo el viaje de descubri-

miento; era primo de *Martín Alonso Pinzón*, y fué piloto de uno de los buques en el segundo viaje, por lo que tenía exacto conocimiento de cuanto había sucedido.

Por las noticias que de *Pinzón* ofrece, es digna de notarse la respuesta que dió el anciano y honrado piloto á la pregunta 22 del interrogatorio del Fiscal; contestación que nos extraña no haya copiado el Sr. Fernández Duro, en su notable informe titulado *Colón y Pinzón*, siendo de tanta importancia, y conteniéndose en ella un dato fidedigno del fallecimiento del capitán de la *Pinta*.

Pregunta XXII.—«Iten, si saben, que hecho el primer descubrimiento, los dichos *Cristobal Colon* y *Martin Alonso Pinzon* se volvieron á estos reinos de Castilla á dar cuenta á los Reyes Católicos del dicho descubrimiento, y aun el dicho *Colon* reñia con el dicho *Pinzon*, porque queria descubrir á sus Altezas la verdad, y se vinieron derechos á la dicha villa de Palos, á casa del dicho *Martin Alonso Pinzon*, do estuvieron el dicho *Colon* y el dicho *Pinzon*, hasta que, estando para venir á dar cuenta á sus Altezas, adolesció el dicho *Pinzon* del mal de que falleció, y que asi es verdad, público ó común y general opinión.»

Contestando Hernán Pérez Mateos, dijo: «Que no sabe dello más
 »de que, vuelto el dicho *Martin*
 »*Alonso* á los reinos de Castilla, no
 »se juntaba con el dicho *D. Cristobal*
 »*Colon*, porque supo este testigo
 »que le habia miedo el dicho *Martin*
 »*Alonso*, non sabe por qué causa;
 »mas de que oyó decir que si el di-
 »cho *D. Cristobal Colon* pudiera
 »prender al dicho *Martin Alonso* lo
 »prendiera, y lo llevara preso con-
 »sigo á la corte, é que dende á po-
 »cos dias quel dicho *Martin Alonso*
 »llegó á la villa de Palos, no en-
 »trando dentro se fué á una here-
 »dad suya, que está en término de
 »Moguer, é allí adolesció, e estando
 »doliente lo trajeron ciertos debdos
 »suyos á un monesterio de francis-
 »cos, que se dice la Rábida, en tér-
 »mino de Palos, adonde el dicho
 »*Martin Alonso* falleció desta pre-
 »sente vida, lo que vido este testigo
 »estando en aquella sazón en aquella
 »tierra, e lo demás que no lo sabe.»

La verdad resplandece en toda la declaración del octogenario piloto—dice con mucha razón el Sr. Fernández Duro;—por eso copiamos esa pregunta y su respuesta sin comentarios. En sus palabras vemos desmentidas todas las afirmaciones del Fiscal, y presentado el estado de ánimo de *Martin Alonso* desde que regresó de Bayona de Galicia á Palos, en un todo conforme á lo

que escribió el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que en este punto recogió buenos informes. En ella tenemos también noticia muy importante.

Volviendo á nuestro intento, este testigo, que fué á ver en aquella sazón á su primo *Martin Alonso Pinzón*, dice ya lo que no fijaron Oviedo ni Las Casas. Enfermó en la casa de campo que tenía cerca de Moguer, donde se había retirado; se lo llevaron al monasterio de la Rábida, y allí falleció.

Francisco Medel, que declaró en Sevilla, á 15 de Diciembre de 1535, confirma lo dicho por Hernán Pérez Mateos, pues contestando á la pregunta 14, dijo: «Que al tiempo
 »que vinieron de hacer el descubri-
 »miento, *el Martin Alonso llegó*
 »*malo*, y lo llevaron de su casa al
 »monasterio de la Rábida, y este
 »testigo le fué á visitar...» Y después, en la contestación á la pregunta 21, dijo: «Que oyó decir á las
 »personas que fueron en dicha ar-
 »mada; que por haber sido *Martin*
 »*Alonso* el primero que descubrió la
 »isla Española, se le había puesto
 »su nombre á un *rio de Martin*
 »*Alonso*, y que allí éste habia
 »muerto un lagarto é lo trajo sala-
 »do, y el pellejo dél está en el mo-
 »nasterio de la Rábida, *donde el*
 »*dicho Martin está enterrado, y este*
 »*testigo lo habia visto.*»

A más de lo manifestado por estos testigos de mayor importancia, por las circunstancias que expresan, y contestando á la misma pregunta 22, ya copiada, dijeron: *Alonso Gallego*, que «vió que Martín Alonso falleció desde á pocos días que vino.» *Gil Romero*, «que desde ciertos días, el dicho Martín Alonso falleció, y este testigo lo vió enterrar.» Y *Juan de Quexo*, «que luego que llegaron desde á quince ó veinte días, murió el Martín Alonso en esta villa.»

Con estas indicaciones, que todas proceden de origen seguro, pues son de testigos de vista, vecinos de Palos, ancianos, amigos ó parientes de *Martín Alonso Pinzón*, y que presenciaron su enfermedad y enterramiento, puede llenarse en alguna parte la laguna que dejaron los escritores del tiempo.

A consecuencia de los grandes sufrimientos, continuos trabajos, falta de sosiego y de alimentos, y tantas penalidades reunidas, debió llegar la tripulación de la carabela *Pinta* muy quebrantada, rendida, cuando pudo dar fondo en la embocadura del Miño. Más quebrantado que todos los demás debemos suponer á *Pinzón*, que en su calidad de jefe, y por su carácter enérgico y activo, pasaría largas horas expuesto al viento y á la lluvia. No es de extrañar, sino muy probable, que

su naturaleza, aunque vigorosa, se rindiera á la fatiga.

Y al padecimiento físico se unía también el abatimiento moral. *Pinzón* sabía muy bien el repeto que se debe á la autoridad del jefe, más todavía por la persona que se encuentra también revestida de atribuciones de confianza, y ejerce cargo en que debe dar ejemplo de respeto; y cuando meditara sosegadamente en la soledad de su camarote el uso que había hecho de su influencia sobre las tripulaciones, su conciencia honrada le presentaría con vivos colores los males que por un deseo inmoderado de riquezas, ó de gloria, había acarreado á los descubridores, sus compañeros y amigos, y miraría su falta revestida de caracteres mucho más graves de los que en realidad tenía. *Pinzón* era hombre de altas cualidades morales, según testimonio de todos sus contemporáneos, y en el limpio espejo de su conducta veía la mancha ocasionada por un momento de obcecación, por un raptó de envidia, y la juzgaba indisculpable.

Temía más aún, y era que el Almirante no olvidara, en medio de su triunfo, aquella ligera falta, y pudiera él verse infamado por ella, y hasta preso quizá, aunque fuera momentáneamente, como expresó el piloto Pérez Mateos, que era deudo suyo.

A la postración de sus fuerzas físicas se unía el abatimiento moral; la preocupación constante de su ánimo aumentaba la gravedad de sus padecimientos. Pero si grande y noble es *Martín Alonso Pinzón* al entrar decidido en la empresa del descubrimiento; si esforzado le admiramos al decir en medio de los mares á *Cristóbal Colón* que despreciara las murmuraciones de sus marineros, y ahorcando algunos, si fuere preciso, continuase adelante, no es menos digno de admiración cuando, reconociendo una falta, y al ver anclada en el puerto de Palos la carabela *Niña* con la enseña del Almirante, sale ocultamente de su buque, abandona la *Pinta* y va á recogerse á una quinta separada para pensar en su situación. Aquella angustia manifiesta su rectitud y le purifica. Su vida es en todo la de un héroe, la de un hombre digno de la más alta estimación; un hecho censurable, un momento desgraciado, no son bastantes á oscurecer su fama ni aun á menoscabar su gloria. Pero su conciencia se sublevaba ante el recuerdo del acto de insubordinación á que le había arrasado una pasión irresistible é indigna; su rectitud le presentaba con negros colores y aumentaba exageradamente las proporciones de aquel momento de extravío en que la ambición se sobrepuso

al deber, haciéndole que lo olvidase.

III

De las declaraciones de los testigos parece deducirse, poniéndolas en relación unas con otras, que *Pinzón* se sintió enfermo en aquella heredad que poseía en término de la villa de Moguer, á la que se retiró en el punto mismo de su llegada, según manifiestan el piloto Hernán Pérez Mateos y el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo.

Debió venir desde allí á su casa de Palos, buscando mayor comodidad y más abundantes recursos para su enfermedad; y agravándose por días, fué trasladado al monasterio de la Rábida, tal vez por devoción á aquella antigua imagen, ó por alguna otra causa que no conocemos. En el convento le visitaron sus marineros más adictos, Francisco Medel, Juan de Quexo y otros; y en aquel lugar consagrado á la religión, habitado por monjes Franciscanos, y donde tanto se había trabajado por el descubrimiento de las Indias occidentales y tantas simpatías encontraban sus recuerdos, exhaló su último suspiro uno de los primeros descubridores, el valeroso compañero de *Cristóbal Colón*, sien-

do sepultado en la iglesia del Monasterio (1).

Con verdadero interés hemos procurado en diferentes ocasiones buscar alguna indicación del lugar en que recibiera sepultura el ilustre marino. No la hemos encontrado en parte alguna. El pavimento de la iglesia ha sido removido en varias ocasiones, las bóvedas han estado abiertas durante mucho tiempo, según las noticias que pudimos adquirir con harto trabajo, y los huesos que se sacaron de todas ellas se llevaron confundidos á una fosa común debajo del coro.

Pero aún sospechamos que esas noticias no se refieren al tiempo de

(1) En un artículo titulado *Los Pinzones*, firmado por D. Adolfo de Castro, que apareció en el número 7 de la revista *El Centenario*, se dice lo que sigue: «Dícese que Martín Alonso Pinzón no salió de su retiro (una quinta cercana) hasta que el Almirante tomó la vía de Sevilla, donde recibió las órdenes de los Reyes para trasladarse á Barcelona: después, agravada su dolencia, pasó al monasterio de la Rábida, donde fué inmediato su tránsito á mejor vida; como si aquel sagrado retiro admitiese á moribundos, y á moribundos con riqueza y familia, incongruencia que no pudo observar en su ofuscación el inventor de este hecho, pero que no debe quedar velado á los ojos de la perspicacia histórica ni al más mediano criterio».

No hemos querido refutar en el texto tan singular perspicacia histórica, porque ni el argumento en que se basa es tal argumento, sino puerilidad, ni *el hecho* ha tenido *inventor*, pues resulta, como han podido ver los lectores de las declaraciones de muchos testigos presenciales, que desconocía el autor del artículo.

que nos ocupamos. En todo eso se trata de enterramientos más recientes; probablemente de los restos de los monjes de un siglo ó poco más á esta parte, sin haberse conservado memoria de traslaciones más antiguas, ni de las sepulturas que pudieran existir en la iglesia pertenecientes á los siglos xv y xvi. Ante las gradas del altar mayor hay una bóveda antigua, que debía ser la más señalada; hoy la cubre una losa con el epitafio de Diego Prieto, el que era alcalde de Palos en los días de *Colón*; pero á nuestro parecer esa losa ha sido trasladada allí desde otro lugar, cuando se hizo la obra que costearon los señores infantes duques de Montpensier en 1856. Cubriría anteriormente otra láuda aquella bóveda preferente, y en ella sospechamos que debió haberse colocado el cadáver de *Martín Alonso Pinzón...*, pero la bóveda está ahora completamente vacía.

Ni aun siquiera se conserva la piel de aquella horrible cuanto inofensiva iguana ó *lagarto* que trajo *salada Martín Alonso Pinzón*, según atestigua Francisco Medel (1),

(1) En el *Diario de navegación*, con fecha lunes 21 de Octubre de 1492, refiere el Almirante la muerte de la iguana que él mató; y en el martes siguiente, dice: «en la dicha laguna *Martin Alonso Pinzon*, capitán de la *Pinta* mató otra tal sierpe como la otra de ayer, de siete palmos».—Véase también el

y que muchos años después de la exclaustación de los frailes Franciscanos en 1836, se encontraba todavía colgada á la entrada de la iglesia, como vivo recuerdo de aquel viaje.

Como faltan indicaciones contemporáneas, y además del largo espacio de cuatro siglos que han pasado desde la muerte de *Martín Alonso* el Monasterio ha experimentado tantas alteraciones, casi perdemos la esperanza de que puedan encontrarse los restos del ilustre capitán de la *Pinta*, para darles sepultura digna que recordase á la posteridad sus grandes servicios. Otro monumento á su nombre puede suplir la falta de aquél.

IV

Fueron hijos de *Martín Alonso Pinzón* y de su esposa *María Alvarez*, *Arias Pérez Pinzón*, *Juan* y *Diego Martín*, con una hermana enferma de gota coral, y otros dos cuyos nombres no constan. Acerca de ellos, y como únicos datos conocidos, dice el docto franciscano *Fr. José Coll* en su citado libro

libro titulado *Colón y la Rábida*, por el reverendo P. Fr. José Coll, Franciscano, segunda edición, pág. 312.

Colón y la Rábida: «Para terminar, diremos, que por lo que anteriormente hemos visto que atestigua *Medel* respecto á que *Pinzón* tuvo dos hijos y una hija, no se ha de entender que no hubiese tenido más prole; pues consta que aquéllos fueron cinco, si no seis, una hembra y los demás varones. Padecía aquélla el mal de epilepsia, y después de la muerte de su padre estuvo por algún tiempo al cuidado de su hermano mayor *Arias Pérez Pinzón*; mas como su enfermedad era sumamente molesta, este último solicitó de los Reyes que se dividiera la carga entre toda la familia, resultando en consecuencia que por la Real provisión de 5 de Diciembre del año 1500, la cual ha publicado *Navarrete*, se mandó que la referida enferma estuviese alternativamente al cuidado de cada uno de sus hermanos, como así parece haberse religiosamente ejecutado.»

De escasa importancia aquella provisión en cuanto á su precepto, conserva algún interés en su principio, por la noticia oficial, digámoslo así, que contiene de la familia de *Pinzón*. Dice así:

«Don Fernando y doña Isabel (1):
»A vos el Corregidor é Alcaldes
»é otras justicias cualesquier de la

(1) Archivo de Simancas. — Estado. — Navarrete. *Colección de viajes*, etc., tomo III, documento núm. 8.º

» villa de Palos, salud é gracia: Se-
 » pades, que Arias Pinzon fijo de
 » Martin Alonso Pinzon, vecino
 » desa villa, nos fizo relacion por su
 » peticion, diciendo que puede auer
 » ocho años, poco mas ó menos, quel
 » dicho su padre falleció desta pre-
 » sente vida, y que dejó por sus hi-
 » jos, legítimos herederos, á él é á
 » otros cuatro, entre los cuales fué
 » una hermana enferma de gota co-
 » ral, é que ellos ficieron particion é
 » division de los bienes e herencia
 » del dicho su padre, é fué cada uno
 » entregado en la parte que le perte-
 » nescia, é que asimismo á la dicha
 » su hermana le fué dada su parte
 » igual; é diz que puede aver cinco
 » años, poco más ó menos, quel tie-
 » ne en su poder á la dicha su her-
 » mana é á sus bienes, la que á cabsa
 » de la dicha su enfermedad, diz que
 » le da mucha pena é trabajo...», etc.

V

Mucho más importante y digna de ser conocida de todos, al menos en su parte esencial, es otra Real provisión, expedida por los reyes D. Carlos y doña Juana, su madre, con fecha 23 de Setiembre de 1519, concediendo el uso de armas á los descendientes de muchos de los

descubridores, y entre ellos á los nietos de *Martin Alonso Pinzón*; porque ya se ha citado varias veces á diferentes objetos, y el tener presente su texto, nos parece el medio más fácil y sencillo de poner término á interpretaciones arbitrarias.

«El resplandor con que brilla en España primero, y en todo el mundo antiguo después—decía el tantas veces citado colombista D. Cesáreo Fernández Duro (1)—el portador de las nuevas indianas, oscurace los orígenes de la luz, siguen al descuido impremeditado, injusticia irritante, olvido antipatriótico y calumnia atroz... El emperador Carlos V principió su obra de rehabilitación, mandando que los descendientes de los Pinzones, por que de ellos haya perpetua memoria, puedan usar en sus casas y reposteros, por armas conocidas, tres carabelas al natural en la mar,» etc.....

«Algo más tarde—dice el mismo escritor en otro libro (2)—otorgó el emperador Carlos V á los Pinzones un escudo de armas... Algo tarde, digo, porque con el blasón

(1) *Colón y Pinzón*.—Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo X, pág. 237.

(2) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, pág. 128.

»no salieron de la miseria á que la
 »liberalidad del mayor los había
 »conducido.»

La Real provisión á que se alude
 está concebida en estos términos:

«*Don Carlos*, por la gracia de
 »Dios, Rey de Romanos, Empera-
 »dor semper Augusto; *Doña Jua-*
 »*na*, su madre, é el mismo Don
 »Cárlos por la misma gracia Reyes
 »de Castilla, de Leon, etc.—Por
 »cuanto por parte de vos Juan Ro-
 »driguez Mafra, nuestro piloto, é
 »Ginés Murio, nuestro capellan, é
 »Diego Martin Pinzon, é Alvaro
 »Alfonso Nortes, é Juan Pinzon é
 »Alonso Gonzalez, vecinos y natu-
 »rales de la villa de Palos, nos fué
 »fecha relacion que Martin Alonso
 »Pinzon é Vicente Yañez Pinzon, é
 »Andrés Gonzalez Pinzon, é Diego
 »de Lepe, é Miguel Alonso, capi-
 »tanés, vuestros abuelos é padres y
 »tíos é hermanos, en cierto viaje,
 »jornada é armada que los Reyes Ca-
 »tólicos de gloriosa memoria, nues-
 »tros abuelos, que hayan santa glo-
 »ria, mandaron inviar á cierto des-
 »cubrimiento de que diz que fué por
 »capitan general el Almirante Don
 »Cristoval Colon en descubrimien-
 »to de la isla Española y en otras
 »islas; y *despues* en otro cier-
 »to descubrimiento que fué á la
 »costa de las perlas, en cierto asien-
 »to que con ellos y algunos de vos-
 »otros fué tasado por el muy reve-

»rendo P. in Christo Don Juan
 »Rodriguez de Fonseca, Arzobispo
 »de Rosano, obispo de Burgos, del
 »nuestro Consejo, por mandado de
 »los dichos Católicos Reyes, en
 »que se ofrecieron de armar tres
 »navíos á su costa para ir á cierto
 »descubrimiento á la tierra firme,
 »é para los armar vendieron é des-
 »pendieron sus haciendas con las
 »quales diz que descubrieron seis-
 »cientas leguas de tierra firme, é
 »hallaron el gran río y el Brasil, y
 »rescataron con ciertos indios en la
 »dicha tierra firme oro y perlas; y
 »somos ciertos y certificados que
 »*en todas estas conquistas fallescie-*
 »*ron y fueron muertos en nuestro*
 »*servicio los dichos tres capitanes*
 »*de vuestro linaje*, y otros mu-
 »chos parientes, algunos de ellos
 »de flecha con yerbas que los in-
 »dios caribes de la dicha tierra les
 »tiraban, é otros en seguimiento
 »de los dichos viajes...; por ende,
 »Nos acatando los dichos servicios,
 »é *porque de los dichos vuestros*
 »*parientes y de vosotros haya per-*
 »*petua memoria, y vosotros y vues-*
 »*tros descendientes seais más hon-*
 »*rados*; por la presente nos hace-
 »mos merced y queremos que po-
 »dais tener y traer por vuestras
 »armas conocidas tres carabelas al
 »natural en la mar, é de cada una
 »dellas salga una mano mostrando
 »la primera tierra que así hallaron

»é descubrieron, en un modo atal
»como éste:

(Aquí estaba el dibujo del escudo.)

»y como tales las podais y puedan
»traer en vuestros reposteros y ca
»sas, etc.»

No necesita extensos comentarios esta Provisión, porque su contexto es bien claro, desde el punto mismo en que comienza manifestando, á suplicación de quienes se daba, los viajes de exploración y descubierta á que se refería, y los navegantes á los que se hacía la gracia y concesión de armas, para que los dichos vuestros parientes *é de vosotros haya perpetua memoria*. No se mencionan, pues, únicamente los descendientes de *Martín Alonso*. Aunque se hace referencia al primer viaje del Almirante cuando se hizo el descubrimiento del Nuevo Mundo, los servicios que principalmente se trataba de recompensar eran los prestados *después en otro cierto descubrimiento que fué á las costas de las perlas en cierto asiento que con ellos é algunos de vosotros fue tasado por el Muy Rdo. Padre in Christo D. Joan Rodriguez de Fonseca, Arzobispo de Rosano... en que se ofrecieron de armar tres navios á su costa*, y hallaron el gran río y el Brasil; es decir, que se galaronaba á los que habían ido en las expediciones de Alonso de Ojeda,

de Vicente Yañez Pinzón y de Diego de Lepe, á los que se nombra señaladamente y con mención especial.

Se vé también desde luego que las tres carabelas que figuran en el escudo de armas concedido, con una mano que saliendo de cada una de ellas mostrara la primera tierra que así hallaron y descubrieron, no eran las del primer viaje en que fué *Colón* el jefe, sino las que armaron los otros dichos navegantes, para lo cual *vendieron é dispendieron sus haciendas*, y con las que descubrieron seiscientas leguas de tierra firme, el gran río y el Brasil.

Muchos de aquellos marinos habían perecido en los viajes, algunos *muertos con flecha de hierba*, sin señalar cuáles fueron. Posible es que se aluda á Vicente Yañez Pinzón, cuya muerte se ignora donde aconteció, y á Alonso de Ojeda y Diego de Lepe, á menos que se recuerde el trágico fin de Juan de la Cosa, que murió heroicamente, en 1509, herido de flechas con hierba. Es lo cierto que se concede igual escudo de armas á Juan Rodriguez Mafra, al capellán Ginés Murio, á Diego y Juan Pinzón, y á Alvaro Alfonso de Nortes y á Alonso González, descendientes de los marinos que habían perecido en aquellos viajes.

VI

Del extracto que llevamos hecho, se desprende con sobrada claridad que no en todos los extremos se puede obtener resultado igualmente satisfactorio, porque varían las condiciones según los intereses que se agitaban. Ofrece verdadera dificultad la investigación de los acontecimientos de la vida de *Martín Alonso Pinzón*, anteriores al momento histórico en que *Cristóbal Colón* se presentó en la iglesia de San Jorge de la villa de Palos, acompañado de Fr. Juan Pérez y del escribano Francisco Fernández, para leer las capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos en Granada, y las órdenes expedidas para su cumplimiento, que tantas dificultades presentaron para su ejecución.

Donde en mayor número se encuentran referidos por incidencia aquellos hechos, según se ha podido observar, es en las declaraciones de los testigos que fueron examinados en las diferentes *Probanzas* que se practicaron en el pleito, tantas veces referido, que se siguió entre el fiscal del Rey y los Almirantes D. Diego y D. Luis Colón, desde el año 1508 al 1536, en dis-

tintos puntos de España y en la isla de Santo Domingo. Pero en las declaraciones de esos testigos hay parcialidad evidente en la mayor parte de los hechos que refieren, y falsedad notoria en algunos, por causas muy fáciles de conocer á su simple lectura; aunque eliminando la parte que tales caracteres ostenta en ellas, queda otra muy apreciable y con la que se puede formar historia.

Todos convienen en que *Martín Alonso Pinzón* y sus hermanos, se dedicaron desde sus primeros años al ejercicio del mar, siendo dueños de ciertos buques, y haciendo comercio en ellos por su cuenta, y que aquel hermano mayor estaba adornado de singulares prendas personales de arrojo é intrepidez, así como de gran pericia náutica adquirida en larga experiencia y en constantes viajes, por lo que gozaba gran consideración y crédito en todo el país circunvecino.

De su carácter y condiciones se forma conocimiento exacto por lo que manifiestan sus amigos y parientes, así como del verdadero aprecio en que todos le tuvieron, muy á las claras demostrado por los muchos testigos que dicen se decidieron á embarcarse para el viaje de descubrimiento porque vieron que en él iba *Pinzón* y sus hermanos. En cuanto á otros hechos de

los que refieren, es necesario proceder con verdadera cautela antes de aceptarlos y someterlos á detenido examen; que bien fácilmente se ve en muchos de ellos el intento de contribuir á los fines que el fiscal se proponía, dando por cierto lo que era notoriamente falso; y á veces basta la atenta lectura de lo que declaran para darles el lugar que merecen.

Pero como resultado de todas ellas, y resumen de cuanto más extensamente queda expuesto, la figura de *Martín Alonso Pinzón* se dibuja claramente con líneas y carácter bastante salientes para justificar el interés que despierta; destaca al lado mismo de la del primer Almirante, y brilla con luz propia, sin tener necesidad de que se le presten falsas galas ni colores exagerados.

Su influencia fué grandísima en la empresa; sus servicios en alto grado importantes. Sin el concurso de los hermanos *Pinzón*, tal vez no se hubiera podido realizar el viaje, ó de haberse emprendido lo hubiera sido en condiciones tales, que no hubiera producido resultado. *Martín Alonso* y sus hermanos fueron el complemento necesario é indispensable de la obra. *Colón* había tenido el pensamiento... Sin la concurrencia providencial de *Pinzón*, es casi seguro que no hubiera pa-
año del terreno de las teorías, más

ó menos atrevidas y grandiosas, sin llegar jamás á la práctica. Esta es la más exacta apreciación que encontramos puede hacerse del papel que los expertos marinos de Palos representaron en aquel gran acontecimiento, de su influencia en el primer viaje á las Indias occidentales.

A *Cristóbal Colón* toda la gloria del pensamiento, de la concepción extraordinaria, su estudio, su demostración; para él los inmarcesibles laureles merecidos por la constancia para llegar al objeto, por la fe con que sostuvo sus convicciones á través de las mayores contrariedades, de todo género de oposiciones y desprecios. A su lado debe figurar *Martín Alonso Pinzón* y sus hermanos, desde el momento en que tropiezan con las mayores dificultades para la ejecución del proyecto. Y no nos cansamos de repetirlo; sin su concurso, sin su prestigio y su valor tal vez hubieran quedado reducidas á letra muerta las capitulaciones concertadas en la vega de Granada entre los Reyes Católicos y el navegante genovés, ó hubiera tenido el viaje un funesto desenlace.

Pero después de tan explícito reconocimiento del inmenso servicio prestado por los *Pinzones* en aquellos momentos supremos, puede y debe en la historia hacerse impar-

cialmente el juicio de *Martín Alonso Pinzón*, presentándole de cuerpo entero, si así puede decirse, con todas sus grandes cualidades y sus pequeños defectos; que en nada oscurecerán éstos el verdadero mérito de aquéllas.

VII

No se rebajará el prestigio del gran marino español porque se examine su vida bajo todos aspectos, porque se conozcan perfectamente todas sus acciones; no perderá por ello su nombre el esclarecido lugar que de derecho le corresponde; y esta conclusión nos parece resulta bien patente del estudio que acabamos de hacer. En aquel gran momento de la historia todos tuvieron decisiva influencia, y gloria hay para todos, igualmente merecida. Si *Cristóbal Colón* fué la cabeza, *Martín Alonso Pinzón* fué el brazo; al primero corresponde la iniciativa, al segundo parte principalísima en la ejecución.

Nuestro juicio está consignado hace mucho tiempo, y cuanto de entonces hasta ahora se ha escrito no ha hecho más que confirmar la justicia de la apreciación. No encontramos razón para variar. «La actividad inteligente de *Pinzón*,

»su energía proverbial, su pericia,
 »la influencia de que gozaba, el prestigio de su nombre en las comarcas, señaladamente entre los hombres de mar, fueron gran parte á que desaparecieran todos los inconvenientes que rodearon en el principio la realización del viaje.

.....
 »*Cristóbal Colón, doña Isabel la Católica y Martín Alonso Pinzón* son los astros de primera magnitud en aquella época de los descubrimientos; todos los demás se agitan á su alrededor como estrellas menores, que solamente lucen á intervalos cuando se ocultan los grandes luminares de la ciencia, de la fe y del entusiasmo.

»*Colón* concibió el atrevido proyecto; lo maduró con el estudio, lo adelantó con la experiencia; sin la fe de la reina de Castilla, sin el entusiasmo y abnegación del marino experimentado de Palos, nunca hubiera realizado aquél su portentoso descubrimiento, nunca hubiera comprendido el peligroso viaje hacia lo desconocido. ¡Lástima que nuestro compatriota desapareciera tan pronto de aquella gloriosa escena, donde tan principal papel representaba! ¿Cuántos hubieran sido sus triunfos y cuál sería hoy su renombre si el cielo le hubiera concedido más largos años de vida?»

Juzgamos hoy, como entonces, que no puede hacerse más cumplido elogio de *Martín Alonso Pinzón*.

Colóquese en buen hora su nombre con los de sus hermanos y compañeros en muy alto pedestal, que hartos merecimientos tienen para ello; pero no se ponga en olvido,

como dice un escritor contemporáneo, que sin *Colón* no hubiera habido *Pinzones*, ni Marchenas, ni Quintanillas, ni Cosa, ni aun una Isabel I que hubiera emprendido tan altos hechos. Al genio de *Colón* se debe la fama, la eterna aureola que sobre todos brilla como descubridores de un Nuevo Mundo.

LA LEYENDA COLOMBINA

I

Historia antigua.—Leyenda moderna

Casi todos los hombres célebres y la mayor parte de los sucesos extraordinarios tienen su leyenda en la imaginación de los pueblos. Fórmase ésta de pequeñas circunstancias, de minuciosos detalles, de accidentes que la historia no consigna y la tradición oral ó escrita recoge; que reuniéndose y creciendo llegan á ser complemento indispensable de las vidas de los santos y de los héroes; luz difusa, á través de la cual, como por medio de una niebla mágica, alcanza á ver la inteligencia popular los acontecimientos de la historia, que no pueden llegar á su conocimiento por la lectura de las crónicas ni de las escrituras, y los aprende como mitos, como tipos embellecidos á veces, á veces iluminados, y oscurecidos también en otras, con fábulas más ó menos cer-

canas á la verdad, pero siempre en carácter, contribuyendo de continuo á la pintura perfecta de la época, del suceso ó del personaje. De las tradiciones se forma la leyenda, que es vestidura pintoresca con que la imaginación reviste á sus héroes para completar sus caracteres, los acontecimientos para describirlos más gráficamente.

Esta es verdad sabida de todos, así como todos saben que la leyenda comienza donde la historia concluye; siempre, cuando ya ha pasado largo tiempo del suceso á que se refiere, cuando la crónica se ha escrito y la tradición trae al recuerdo lo que aquélla no aprovecha ni permite en su narración severa, profunda, concienzuda y justificada.

Por eso causa tanta extrañeza como admiración el ver que hoy se intenta llamar *Leyenda Colombina*

á los sucesos de la vida del descubridor del Nuevo Mundo, que consignaron en sus libros y en sus cartas los historiadores de aquel gran acontecimiento, los escritores que conocieron y trataron á cuantos personajes habían intervenido en los hechos que refieren y aun habían tomado parte en muchos de ellos. Los actos de la existencia de *Cristóbal Colón* que relata su hijo D. Fernando, los que escribieron Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mártir de Anglería, el obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de las Casas, el cronista Antonio de Herrera y otros muchos que dejaron escrito lo que ante sus ojos pasaba, en cartas y Memorias que á veces no se destinaban á ver la luz pública, no pueden ser llamados leyenda, sino historia verídica y fiel; la única historia que puede satisfacer á la posteridad y servir de base á los estudios del hombre de ciencia; que una de las condiciones, la principal de todas, las que dan valor al testimonio del cronista ante la crítica científica, es haber presenciado los sucesos, ser contemporáneo de ellos, haber conocido á los que los llevaron á cabo.

D. Fernando Colón era hijo del inmortal navegante, y heredó su genio; le acompañó muchos años en España y corrió á su lado todos los azares del cuarto y último via-

je, sin separarse de él hasta que exhaló el postrer aliento. Fray Bartolomé de las Casas conoció y trató á *Cristóbal Colón*, á sus hijos y hermanos, y á gran parte de los marineros, pilotos y soldados que tomaron parte en sus expediciones; y poseyó además los papeles, mapas y cartas originales de toda su familia. Pedro Mártir de Anglería, maestro del Príncipe, estaba al lado de los Reyes cuando *Colón* hablaba con ellos en la Vega de Granada, antes de firmarse los conciertos. En Barcelona se encontraba Gonzalo Fernández de Oviedo, paje del mismo príncipe D. Juan, cuando los Reyes Católicos *le recibieron en público* á la vuelta del primer viaje... ¿Pueden llamarse *leyenda* los hechos que estos testigos presenciaron y escribieron en sus obras? Amigo de *Cristóbal Colón* era el obispo de Chiapa, más nadie ha dudado hasta hoy de la sinceridad de su carácter, más bien inclinado á acriminar que á favorecer á los descubridores, ni de su veracidad como historiador. No era afecto al Almirante Gonzalo Fernández de Oviedo, ni creía justas sus pretensiones; pero su dicho es por eso más digno de crédito. Lo que tales historiadores consignaron son verdades para cuantos estudian sin prevención el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Sin embargo, un doctísimo escri-

tor pone en duda muchos de los sucesos referidos por esos cronistas contemporáneos, y los califica de imaginarios (1). «La leyenda—dice» —es á la historia como el retoque» á la fotografía. Borrando pecas,» suavizando líneas, corrigiendo en» el claro-oscuro descuidos de la na-» turaleza y deterioros del tiempo,» la mano ejercitada metamorfosea» sobre el papel en faz hermosa ó» noble cualquier vulgar figura, con» no más embarazo que pone, tro-» cando por el pincel la pluma, en» boca de un pastor discursos cicero-» nianos... En tal caso se encuentra» la imagen del primer almirante» de las Indias.»

¡Válganos el cielo! ¡Si justamente con el retrato moral y con los sucesos de la vida de *Cristóbal Colón* sucede todo lo contrario! Dejaron fotografiada su figura, tanto en lo físico como en lo moral, los cronistas que le conocieron; y los modernos pensadores; los críticos de nuestros días son los que pretenden retocarla al cabo de cuatrocientos años, borrando las más hermosas de sus líneas características, introduciendo la duda en hechos importantísimos. Y al mismo tiempo se deleitan en *corregir en el cla-*

ro-oscuro descuidos de la naturaleza y deterioros del tiempo, borrando las pecas (¡pero qué pecas!) que sacaron en las fotografías de Oviedo y de Fr. Bartolomé de Las Casas un Fonseca y un Ovando, Jimeno de Briviesca y Bobadilla.

En vida de los hombres ilustres, mientras dura su peregrinación entre nosotros y pueden contemplarse sus acciones, se escriben, como decíamos, las crónicas de los grandes hechos en que toman parte; la leyenda nace tiempos adelante, cuando sus imágenes se van confundiendo, *cuando la distancia les presta el tinte majestuoso y vago de la lejanía*. Lo que de antiguo conservamos es la historia de *Cristóbal Colón*; la que hoy se nos quiere forjar es la leyenda, muy alejada, por cierto, de la verdad. Se aspira con el lujo de las frases á invertir los términos.

Y la demostración es harto fácil. Tomaremos al acaso algunos sucesos de esos que los imparciales escritores de nuestros días ponen en tela de juicio para fundamento de sus opiniones.

II

El recibimiento en Barcelona.

Después de examinar las manifestaciones de los contemporáneos

(1) *Amigos y enemigos de Colón*, conferencia leída en el Ateneo de Madrid por Don Cesáreo Fernández Duro en 14 de Enero de 1892.

del Almirante relativas á la entrada del mismo en Barcelona al regreso de su primer viaje, y recibimiento que le hicieron los Reyes Católicos, y de aducir los reparos y escrúpulos que se ofrecen sobre ellos á algunos críticos modernos, y especialmente de M. Aarón Goodrich, dice el tantas veces citado colombista D. Cesáreo Fernández Duro (1).

«Con estos datos, visto que ni el »*Dietario* municipal, ni otros que »existen en Barcelona lo consig- »nan, es de creer que los Concelle- »res no sacaron á la calle para re- »cibir á *Colón* las gramallas ni las »banderas; *que no se le hizo demos- »ción pública*, y que hasta tanto »que los Reyes no escucharon la »relación del descubrimiento no le »dispensaron las honras prematu- »ramente adjudicadas *por los escri- »tores de ahora.*»

Lo que no se encuentra de modo alguno es la razón para querer desmentir un hecho que viene consignado en la *historia de antes*, y los escritores *de ahora* ponen en duda, queriendo borrar con el silencio de un cronista lo que otros muchos aseguran paladinamente.

Los documentos existentes no apoyan la creencia de la entrada solemne de Colón en Barcelona, dice el Sr. Fernández Duro. Veámoslo.

(1) *Nebulosa de Colón*, Madrid, 1890; página 77.

En la *Historia de las Indias* de Fr. Bartolomé de las Casas, que copia el escritor citado, asienta el autor que los Reyes Católicos, sabida la llegada de *Colón*, «mandá- »ronle hacer solemne recibimiento »para lo cual salió toda la gente y »toda la ciudad que no cabían por »las calles, admirados de que aque- »lla veneranda persona fuera la que »había descubierto otro mundo».

Esto no se inventa. Cierto que el P. Las Casas, estudiante á la sazón en Sevilla, no se encontraba entonces en Barcelona cuando llegó á la ciudad *Cristóbal Colón*; pero á los dos meses del suceso le volvió á ver en la primera de aquellas ciudades, y escuchó las relaciones hechas por todos los que le acompañaron y estuvieron en el recibimiento, pues estuvo constantemente entre ellos al lado de su padre, en tanto que éste hacía los preparativos para embarcarse en la segunda expedición. No es, pues, sospechoso ni recusable el testimonio del celebrado historiador, y menos en punto tan secundario, donde ningún interés pudo moverle.

Digno de igual consideración y crédito es Gonzalo Fernández de Oviedo, que presenció el suceso, y aunque no se extiende en descripciones, tal vez por la índole de la *Historia general y natural* que escribía, dice lo bastante para ver

confirmado el relato del P. Las Casas. «Llegó *Colón* á Barcelona—»escribe—é llegó á *la Corte*, en lo »qual *yo hablo como testigo de vis-»ta...* Fué muy graciosa é benigna-»mente recibido del Rey é de la »Reina, é despues que ovo dada »muy larga é particular relacion de »todo lo que en su viaje é descubri-»miento habia pasado, le fizieron »muchas mercedes é le comenzaron »á tratar como hombre generoso é »de Estado.»

La noticia del descubrimiento y muchos pormenores del viaje eran conocidos por los Reyes Católicos desde más de un mes antes de la llegada del Almirante á Barcelona, por la carta que éste les dirigiera desde Lisboa en el día mismo de su arribada á la embocadura del Tajo (4 de Marzo de 1493), y por las que debieron llegar de Palos, y más aún desde Sevilla al regresar el correo que allá mandaron los Reyes. Preparados, pues, debían estar para el recibimiento, y ciertamente estaba todo dispuesto, como dice Las Casas, para darle el carácter y solemnidad que merecía.

Más explícito aún que los anteriores, el cronista Antonio de Herrera, que escribió su *Historia* por orden del Rey, con vista de cuantos documentos se guardaban entonces en los archivos públicos, consignó pormenores y detalles que no

es posible sostener, ni aun sospechar, que fueran invención, ni ajenos á la verdad del suceso; y mucho menos cuando concuerdan en lo esencial con lo dicho por otros historiadores, cuyas obras no pudo conocer Herrera.

«Llegado el Almirante á Barcelona—dice (1)—mediado el mes de »Abril, mandósele hacer un solemne recibimiento, al que salió la »Corte y la ciudad con tanta gente »que no cabian por las calles... Y »para más honrar al Almirante, »mandaron los Reyes *poner en público su estrado y solio Real* adonde estaban sentados, y con ellos el »príncipe D. Juan.»

¿Puede todo esto ser falso? No hay un dato histórico siquiera que contradiga la relación hecha por Fr. Bartolomé de las Casas, aprendida de las personas mismas que acompañaban al Almirante y de testigos presenciales de la entrada, y por Antonio de Herrera, con vista de los documentos oficiales. Alegar, para quitar fuerza á estas crónicas, el silencio del cura de los Palacios, que escribió su historia en una aldea cerca de Sevilla, y no trató á *Colón* hasta cuatro años después, cuando regresaba del segundo viaje,

(1) *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme*, etc.—Madrid, Juan Flamenco, 1601.—Década I, lib. II, cap. 3.º

no es argumento serio ni que pueda convencer; pues ni esa omisión, ni la de que en algún otro historiador y en los *Dietarios* que se conservan en la ciudad de los Condes no se encuentre mención del suceso, son razones para acusar de falsedad á lo escrito, ni el silencio de unos ha sido nunca argumento para borrar lo que otros consignaron, ni menos para que se ponga en duda la veracidad de autores que son la base de la historia del descubrimiento, y de las vidas de los que en él intervinieron, como sucede con Las Casas, Oviedo y Herrera.

Que se hizo á Cristóbal Colón demostración pública á su llegada á Barcelona, es un hecho consignado terminantemente por los contemporáneos; y no pudiendo dejar de admitirlo como verdadero, tampoco puede rechazarse la descripción del acto que por los mismos se hace.

Pero queremos robustecer el argumento. Además de los citados, hay otro libro coetáneo que asienta como cosa corriente y sabida el hecho de la *recepción pública*; y aunque luego haremos de él más detenida cita á otro propósito mucho más importante, no podemos dejar de recordarlo ahora con el objeto indicado, como dato para confirmar lo escrito por el P. Las Casas y por el cronista Herrera.

La edición que tenemos á la vista

del curioso libro titulado *Paesi nuovamente ritrovati*, fué estampada en Milán por J. A. Szingenler en el año 1512 (1), aunque existen varias ediciones anteriores desde la primera de 1507 de Vicenza, y en ese libro cuya importancia han reconocido muchos americanistas y especialmente el célebre Alejandro Humboldt (2), la relación de los primeros viajes de *Colón* no aparece copiada, como en otros, de las cartas mismas del navegante, sino más bien de las relaciones ó notas de algunos de sus compañeros; porque es circunstancia muy digna de atención que la obra se escribió cuando el Almirante se encontraba en Granada á la vuelta de su tercer viaje, y por persona que también estaba en la corte.

En el capítulo LXXXIV empieza la relación del descubrimiento, y cómo el rey de España armó tres naves para Colombo; y en el XCI,

(1) Biblioteca Provincial y Universitaria de Sevilla, 83, 75.

(2) «El verdadero compilador de esta curiosa é importante recopilación de Vicenza, no es, como ha venido creyéndose mucho tiempo, ni Montalbodo Fracanzano, de Vicenza, ni Francasio de Montalbodo, es decir, natural de Mont-Albodo, en la Marca de Ancona y profesor de buenas letras en Vicenza, sino, según la ingeniosa observación del conde Baldelli, Alejandro Zorzi, hábil cosmógrafo y dibujante de mapas en Venecia.» (*Examen critique de la géographie et l'histoire du Nouveau Continent*, tomo IV, pág. 80.)

al consignar cómo *Colombo* fue llamado *Almirante*, dice: «*Recibieron ellos á Colombo con agradabilísimo semblante, y le hicieron grandísimos honores y que se sentase públicamente delante de ellos, que es en su corte de los mayores honores; y quisieron que fuese llamado Almirante del mar Océano (1).*»

Juzgamos que contra este testimonio, unido al del P. Las Casas y á los de Oviedo y Herrera, no es posible hacer valer el silencio de algunos otros; ni puede aventurarse en buena lógica contra la afirmación clara, terminante, detallada de autores intachables, el testimonio negativo para concluir *que no se hizo demostración pública en Barcelona á la llegada del Almirante.*

III

Noticias anteriores del Nuevo Mundo y primer viaje de «Cristóbal Colón».

Continúan en su tarea de formar á su placer *La Leyenda colombina*,

(1) He aquí el texto original:

«Il Re é la Regina che altro non desiano che
 »augmentar la religione christiana et redurre
 »molte simplici natione al divin culto, facil-
 »mente commossi non solo da Colombo ma
 »etiamdio da piu de ducento spagnoli che
 »erano stati con el Colombo; ricevetero esso
 »Colombo con gratissima faza, et li fecero
 »grandissimi honori, et sentar pubblicamente
 »davanti loro, etc.»

prescindiendo ó anulando los datos históricos, esos pensadores que han tomado á su cargo preparar debidamente los ánimos para la celebración del cuarto centenario, y ocupándose de las noticias y antecedentes que pudiera tener *Cristóbal Colón* para fijar su convicción tan profundamente, hay un distinguido escritor, marino tan ilustre cuanto modesto, que llega al punto de asegurar que el navegante genovés hizo su primer viaje al Nuevo Mundo precisa y justamente en el año 1477, quince años antes del que emprendió con la flotilla facilitada por los reyes de España.

Es curioso observar de qué manera se ha ido formando la bola de nieve en este punto. Podemos seguir el progreso de la *leyenda*, y su desarrollo nos servirá de norma para formar juicio exacto de conceptos análogos.

Porque ya aquí no se trata de robustecer con nuevos argumentos ni con datos desconocidos aquel antiguo procedimiento de los envidiosos, á quienes juzgó el gran marino de una vez para siempre cuando escribió á los Reyes Católicos: «Siete años estuve en su Real Corte, que á cuantos se fabló desta empresa todos á una dijeron *que era burla*; agora fasta los sastres suplican por descubrir.» En siete años y más, todos le apellidaron

loco, visionario; en siete años á ninguno se le ocurrió decir que tuviera noticia de tierras al Occidente; mas, creían que se perdería en el mar *tenébroso* y desconocido, y no volvería á pisar el suelo de España. Pero en el punto en que Colón hizo el descubrimiento no había ignorante que no se hubiera atrevido á hacer lo mismo, y entonces dijeron que era cosa muy sabida. Entonces nacieron y corrieron entre el vulgo de los entendidos muchas fábulas y anécdotas inverosímiles, y entre ellas la del imaginario piloto vizcaíno, andaluz ó portugués, á quien la tempestad había arrojado casualmente á la misma isla que luego se llamó Española, y que vino también por acaso, sin saber el camino, á caer de nuevo en las costas de España y á morir en brazos de *Cristóbal Colón*, haciéndole *único* depositario de su secreto.

Pero el docto marino D. Patrio Ferrazón no se ocupa de tales patrañas. En su concepto, el mismo *Colón* fué quien descubrió, no las islas, sino el continente occidental que hoy llamamos América, y guardó el secreto durante quince años, á pesar de sus muchos trabajos y de su miseria á veces, hasta que pudo engañar á un monarca poderoso y obtener grandes recompensas por ir á *descubrir* lo que ya sabía ciertamente que existía. El

centenario, por tanto, no debe celebrarse en 1892, sino que debió serlo en 1877, fecha verdadera del primer viaje de *Colón* á aquellas regiones.

Y repito que es digno de estudio el desarrollo de esta fábula. Toma aquí por punto de partida unas palabras que el genovés ilustre dejó escritas en un trabajo dedicado á demostrar que las cinco zonas son habitables: «Yo navegué el año cuatrocientos y setenta y siete en el mes de Febrero, ultra Tile isla cien leguas... y al tiempo que yo á ella fuí no estaba congelado el mar, aunque había grandísimas mareas...» Que hizo el viaje no puede dudarse, ni tampoco el objeto que fué comprobar sus cálculos y aumentar las observaciones; y en esto solamente han visto los más graves historiadores una prueba del trabajo que precedió á la convicción del navegante. Pero descubiertos en un monasterio de la isla de Flatey los manuscritos que contenían la narración de los viajes de los islandeses á las tierras que denominaron Vinland y Markland en los últimos años del siglo x y primeros del xi, y hechos del dominio público por la Sociedad de anticuarios del Norte (1), no faltó quien hiciera observar

(1) *Antigritates americanæ, sive scriptores septentrionales rerum ante-columbianarum in America.* — Edidit Societas Regia antiquariorum septentrionalium. — Hafniæ. — Typis officinæ scultzianæ, 1837.

que *Colón*, en su viaje á Islandia, pudo tener conocimiento de aquellos códices, ó, á lo menos, alguna noticia de las expediciones de Torphin, de Eric el Rojo y de Bjorn, que le confirmaran en sus opiniones.

Y de esta sospecha, más ó menos fundada, nos lanzamos ya al terreno de la fantasía, y el Sr. D. Patricio Ferrazón crea un sistema, y lo presenta como hecho histórico, reformando en un punto la historia del descubrimiento. En 1888, escribía el docto marino, que «si la Sociedad de anticuarios del Norte antes, y algunas norte-americanas ahora, hubieran dicho *que en el año 1477 se hizo por Colón el verdadero viaje de descubierta, llegando á América y costeándola de Norte á Sur hasta la extremidad meridional de la Florida*, tal vez la congetura pareciera más racional y probable...» Pero ya en 1892, la bola de nieve ha tomado colosales proporciones; lo que entonces, en 1888 era hipotético, es ahora hecho probable y aun probado. El haber partido *Cristóbal Colón* de la Gomera, que está en el mismo paralelo que la Florida; el apuntar constantemente las proas de las carabelas á la extremidad meridional de la misma Península, ó sea al cabo de Sable..., *son circunstancias que hacen creer que en un viaje anterior llegara á Terranova ó á Nue-*

va Escocia... y explorando las costas al Sur, naturalmente, llegara hasta dicho cabo Sable... La excursión, aunque de muchos miles de leguas, fué cosa sencilla según parece, y no tuvo contratiempo ni accidentes desgraciados. Lo que sigue es más sencillo todavía.—*En el viaje del año 92, INDUDABLEMENTE no se proponía (Colón) otra cosa que reconocer la Florida, ya marcada en su carta.*

Pero llegamos al final: «Los hombres blancos que los indios dijeron al P. Las Casas que habían visitado la isla de Haití antes del año 92, no fueron otros, á mi juicio, que *Colón* y sus compañeros; el piloto Sánchez y los marineros que una tradición, tenida por falsa, supone que murieron en casa de *Colón* revelándole la existencia de América, yo entiendo que fueron los mismos compañeros de su primer viaje...» (1).

¿Podrá dudarse de que se quiere escribir la *leyenda*?

IV

Colón y Bobadilla.

Terminaremos con otro punto que no por ser igualmente extraño deja de tener gran importancia.

(1) Carta del Sr. D. Patricio Ferrazón, fecha 31 de Marzo de 1892.—Publicada en el periódico de Madrid *El Imparcial*.

«COLÓN Y BOBADILLA.—Rompiendo lanzas á favor del segundo, y clavándose hasta el cuento al primero, dió anoche una notable conferencia en la cátedra del Ateneo el distinguido publicista y erudito señor D. Luis Vidart.»

En estos términos daba cuenta del suceso un acreditado periódico de Madrid. Y lo llamamos suceso, porque lo es, y no pequeño, en el terreno histórico, romper de repente con el criterio adoptado durante siglos, en vista y con presencia de crónicas y documentos, y querer á vuelta de esfuerzos de ingenio cambiar el orden de los factores, trocar las posiciones de un héroe y de un malvado, y arrojar á San Bartolomé á los piés de Satanás.

D. Luis Vidart es un escritor bien conocido en toda España, que ha ejercitado su pluma en diferentes géneros y siempre con acierto; es un filósofo de muchísimo talento y profundo pensador; pero también es poeta de imaginación ardiente, y se deja llevar á veces por ella al afán de ostentar originalidad. En su buen juicio deben haber dejado honda huella las frases de algunos de sus amigos, muy benévolas, como es justo, para el orador, pero muy severas en muchos conceptos para las opiniones que sustenta.

No es nuestro intento trazar la biografía del comendador Bobadi-

lla, ni desentrañar sus merecimientos y las virtudes que pudieran adornarle. Algunas tendría, ya puede suponerse, cuando los Reyes Católicos se fijaron en su persona para que fuera á la isla Española. El P. Fr. Bartolomé de las Casas, que censura su conducta en las Indias y execra el hecho á que debe su funesto renombre, nada dice de sus antecedentes, limitándose á escribir: «Eligieron á un comendador de la orden de Calatrava, que se llamó Francisco de Bobadilla, y diéronle provisiones y nombre de Pesquisidor...» No parece que debería ser persona muy notable lá que así se anunciaba; mas, repetiremos que esto á nada conduce. Era Bobadilla un hombre de buen concepto y por eso le eligieron los Reyes... Pero ¿para qué lo comisionaron? Aunque los documentos se conservan íntegros y señalan bien claramente el orden y límite de las atribuciones que se le concedieron, el mismo Comendador lo dijo á los que á su llegada á Santo Domingo salieron en cañas á informarse... El P. Las Casas ha conservado sus palabras: «Llegaron, pues, en su canoa los tres (1), y preguntando quién

(1) Eran un Cristóbal Rodríguez, intérprete, Juan Arraez y Nicolás de Gaeta, á los que envió á las carabelas, que estaban á una legua de tierra, el hermano del Almirante para que supiesen si venía su sobrino D. Diego, hijo mayor de Cristóbal Colón.

»venía en las carabelas y si venía
 »D. Diego, *asomóse el comendador*
 »*Bobadilla*, que venía en la carabela
 »*Gorda*, y dijo: Que él venía envia-
 »do por los Reyes por *Pesquisidor*
 »*sobre los que andaban alzados en*
 »*esta isla...*» (1). Y como estas pa-
 labras están perfectamente de acuer-
 do con las que contiene la Real cé-
 dula de 21 de Marzo de 1499, que
 fué la primera que se le expidió (2),
 parece que no dudaba el Comenda-
 dor del objeto de su encargo.

No parezca ociosa esta observa-
 ción. Quizá hasta aquel momento
 no había pensado Bobadilla más
 que en cumplir las órdenes de los
 soberanos sin extralimitarse. Pero
 allí es donde debemos dirigir nues-
 tros esfuerzos para conocer la ver-
 dad de los sucesos, y la causa de los
 tropellos é iniquidades que aquel
 cometiera.

Todo lo que discutiéramos sobre
 los hechos anteriores de la vida del
 Comendador, que además son del
 todo oscuros y desconocidos, sería
 perder tiempo. En el momento de
 empezar á hacer uso de sus atribu-
 ciones, es cuando entra en el domi-
 nio de la historia. Y ya el doctísimo
 D. Martín Fernández Navarrete,
 en la *Introducción* de su obra, dice

(1) *Historia de las Indias*, lib. I, capítu-
 lo CLXXVIII.

(2) Navarrete: *Colección de los viajes y des-
 cubrimientos*, etc., tomo II, Doc. número
 CLXXVII.

muy intencionadamente (1): «Que
 »los Reyes tuvieron justos motivos
 »para enviar un juez *Pesquisidor* á
 »la isla Española, y que eligieron
 »para ello á un caballero, antiguo
 »criado de la casa real, *que hasta*
 »*entonces merecia distinguido con-*
 »*cepto.*» Bien se comprende lo que
 tales palabras significan; separando
 el concienzudo historiador, con ex-
 quisito tacto, los tiempos, para juz-
 gar los hechos. *Hasta entonces* ha-
 bía tenido buen concepto el comen-
 dador Bobadilla... de allí en
 adelante fué al contrario: no corres-
 pondió á lo que de él se esperaba, y
 los primeros actos de su gobierno
 dieron motivo para que se le priva-
 se de él.

¿Y cuál fué la causa de tal cam-
 bio en la conducta del aquel funcio-
 nario? ¿Qué móvil poderoso pudo
 llevarle á proceder contra el Almi-
 rante de una manera tan inicua y
 extraña? A estas interrogaciones
 no había podido darse hasta hoy
 respuesta satisfactoria, y con ellas
 se justificaba, ó se intentaba justi-
 ficar, por inducción, la conducta
 de Bobadilla.

Mas por fortuna, también puede
 responderse cumplidamente, y pro-
 bar con el dicho de un autor con-
 temporáneo la causa del cambio en
 la conducta del Comendador y el

(1) Navarrete: *Loc. cit.*—Introd., pági-
 na 105, 2.^a edición.

origen de aquellos desmanes. Nos valemos nuevamente de aquel curiosísimo libro titulado *Paesi nuovamente ritrovati*, que antes citábamos; libro que fué de los primeros que se escribieron sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuya primera edición es de Vicenza, año 1507, ó por lo menos esta es la más antigua que vemos citada (1). Se tiene por indudable que en la parte relativa á los viajes de *Colón* es repetición del rarísimo *Libretto* de Albertino Vercellesse, publicado en 1504, que nunca hemos logrado ver, y que á su vez incluyó lo esencial de la primera Década de Pedro Mártir de Anglería, antes de que su autor la diera á la estampa, aumentándola con algunos datos recogidos por Angelo Trivigiano, secretario del embajador de Venecia, Dominico Pizani, que conoció y trató con cierta intimidad á *Cristóbal Colón* en Granada, á la vuelta de su tercer viaje, y con otros informes particulares.

Las noticias, por tanto, que en ese libro se contienen y que no se encuentran en ningún otro, son muy apreciables, porque Trivigiano tenía amistad con el Almirante y relaciones en la corte de los Reyes, donde oyó á los compañeros de *Colón* y conoció á sus enemigos.

(1) *Bibliotheca Americana Vetustissima*.—New York, 1866, núm. 48.

El libro IV está dedicado á las navegaciones del rey de España, desde que concedió á *Colón* los tres barcos que le pedía. Y el cap. CVII trata: «*De como el Almirante fue enviado en cadenas con su hermano á España.*»

Es tan notable, bajo muchos aspectos, que no nos permitimos ni aun la libertad de traducirlo, dejándolo en la misma sencillez con que está escrito en la lengua original, es decir, en italiano, con mucha parte de dialecto veneciano.

In questo mezo li serenissimi Re recevetero le lettere de lo admirante et de li adversarii soi, et vedendo que per queste discensione de tanta copia de oro ne trazeva pocha utilità, mandarono un suo governatore que avese ad inquire e quelli che fusseno in errore li castigasse; o ver mandasse in Spagna che li castigarebbe: et zonto questo governatore al isola Spagnola, per sobornita: et fraudulentia de quelli scelerati Spagnoli: et per grande invidia che hareva al admirante é suo fratello, li quali in ferri furono mandati a la volta de Spagna: et zonti che forono á Cades li Serenissimi Re intendendo li mandano á liberare: et feceli andare á corte voluntariamente: dove etiam al presente zorno se ritrovano.

Buscábamos una causa al arbitrario proceder de Bobadilla, y dos á

cual más graves, y mezquinas ambas, consigna ese libro. Al llegar el Comendador á Santo Domingo entraron en su buque, antes que las quejas contra *Colón*, los montones de oro que aquellos *malvados* habían recogido. *Sobornaron* al juez; y como éste, además, tenía *gran envidia* al Almirante y á su hermano, no se necesita más explicación para lo que sucedió después. *Per sobornita et fraudulentia di quelli scelerati spagnuoli* vinieron presos á España el Almirante y sus hermanos.

No hemos de repetir lo que ya está dicho muchas veces sobre la conducta de Bobadilla, para quien es poco el epíteto de *infame*. Si sus defensores quieren recordar el juicio de algunos autores, nos limitaremos á presentar el más antiguo y el más reciente, para que se vea con claridad que no ha variado el criterio en el trascurso de cuatro siglos.

Ausente de la ciudad *Cristóbal Colón*, desembarcó el Comendador y se aposentó en su casa, se apoderó de sus bienes, joyas y libros, usando de todo como si fuera de su propiedad. Cuando á pocos días llegó el Almirante á Santo Domingo «vale á ver, y el recibimiento» que le hizo fué mandalle poner» unos grillos y metelle en la fortaleza, *donde ni él lo vido ni le habló mas, ni consintió que hombre*

» *jamás le hablase.*» Esta fué la fórmula de juicio, y la libertad de defensa que se concedió al Almirante de los Reyes. «Cosa pareció esta» *absurdisima*—exclama Fr. Bartolomé de las Casas—*descomedida y detestable, juntamente miseranda y miserable...*»

Rodolfo Cronau, en su libro titulado *América*, habla de la carta de Colón á doña Juana de la Torre, y dice: «Cuando esta carta llegó á su destino, y los Reyes tuvieron conocimiento de lo ocurrido, *quedáronse altamente sorprendidos.*» Reconociendo que se habían extralimitado en las medidas tomadas contra el Almirante, apresuráronse á demostrar al mundo que la prisión y el aherrojamiento de éste *se habían hecho contra sus órdenes y deseos.*» Ya antes había dicho presentando antecedentes: «Francisco Bobadilla, que era el elegido, estaba considerado por algunos de sus contemporáneos como *hombre de pasiones violentas, ambicioso y rencoroso*, y por lo tanto poco á propósito para una misión tan delicada é importante.»

Las consecuencias de tal maldad fueron las que debían esperarse. En el punto de conocer los Reyes el abuso cometido, quedó acordada la deposición del tristemente célebre Comendador. Encargóse á su sucesor Fr. Nicolás de Ovando que re-

parase las injusticias cometidas con el Almirante; se revocaron las disposiciones perjudiciales y abusivas que solamente con el deseo de allegar oro había dado Bobadilla... y la divina Providencia se encargó de lo demás.

No juzgo, ni pretendo que para todos los que la consideren, tenga el mismo carácter y tanta significación como tiene para nosotros la horrible catástrofe que hundió en el mar instantáneamente al comendador Bobadilla con todo su oro, y al rebelde Francisco Roldán con muchos de los que en sus crueldades le habían seguido, y con todas las riquezas tan mal adquiridas y que habían sido causa y medio de lograr el descrédito del Almirante *sobornando* al juez pesquisidor. Muchos son los que aprecian como visible escarmiento aquel desastre, pues para unirlo con la inicua humillación que á *Colón* se impusiera, dió la coincidencia de que perecieran todos por no haber dado oídos al consejo de su víctima. Después de una agonía incalculable, de una angustia cruel, las enfurecidas olas sepultaron para siempre á los rebeldes y al Comendador. A hechos de esta naturaleza, como dice Fernán Caballero, los creyentes les llaman milagros, los descreídos casualidades.

Bien pudo D. Fernando Colón,

que tan lastimado se encontraba por las injurias causadas á su padre, escribir que si hubieran llegado á España, con el oro hubieran evitado el castigo, pues por mucho que hubiera sido éste, nunca llegara, por lo tremendo y lo ejemplar, al que sufrieron sus maldades.

La memoria de Bobadilla no tiene defensa.

V

Y se han levantado mil voces, en tonos diferentes, para retraer de su mal camino á los innovadores.

El poeta D. José Lamarque, en un arranque de indignación, escribe:

Tal en umbrosa arboleda
 Cuando en Mayo reina Flora,
 Entre el alegre concierto
 De lasavecillas todas,
 Se oye el zumbido del tábano
 Como discordante nota.
 Mas ¿ante el coro del mundo
 Sus disonancias qué importan?
 Así el can ladra á la luna
 Cuando por Oriente asoma,
 Mientras ella, entre luceros,
 Se alza al zenit triunfadora (1).

Y Manuel del Palacio ha podido decir con tanta gracia como agudeza:

¡Pobre Colón! Su laurel
 Autores buenos y malos
 Riegan con vinagre y hiel;
 Salió del puerto de Palos...
 Pero vuelve á entrar en él.

(1) *Cristóbal Colón: Poema*, por José Lamarque de Novoa, Sevilla.—E. Barco, 1892. Tirada de 400 ejemplares que no se venden. Está dedicado á la *Sociedad Colombina Onubense*.

Llorábamos tiempo atrás
 Su prisión y su mancilla;
 ¡Qué tontos fuimos, Colás!
 Si lo ahorcara Bobadilla
 No hiciera nada de más.

Pero al llegar á este punto nos asalta un escrúpulo, nace en nuestra mente una duda... quizá hemos dado demasiada importancia y sacado de su verdadero terreno esta manifestación extraña. Tal vez Luis Vidart, que piensa y sabe, no ha querido más que hacer un alarde de ingenio, demostrar que con talento y elocuencia, con travesura y agudeza se pueden dar visos de razón á cualquier paradoja, y que no hay asunto malo cuando se sazona con las galas del ingenio; pero en todo caso no será perdido el trabajo que hemos empleado, pues algunos han podido dejarse engañar tomando por moneda de buena ley las virtudes del Comendador y los defectos del Almirante.

Nace esta sospecha de ver el giro que ha tomado el docto conferenciante del Ateneo. En galana oración expuso su pensamiento en aquella cátedra; llevóla después al periodismo político, pero por conclusión lo ha presentado en el semanario titulado *Blanco y Negro*, y hasta con caricaturas, en las que el comendador Bobadilla se bate con Peña y Goñi, y doña Beatriz Enríquez se desmaya en brazos de Cesáreo Fernández Duro.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 ATENEO BARCELONÉS

APÉNDICE

Declaración del piloto Hernán Pérez Mateos.

Hemos citado tantas veces en el texto las respuestas dadas por este testigo á las preguntas del interrogatorio del Fiscal, y es de tanta importancia su declaración, que nos hemos resuelto á darla íntegra en este lugar, seguros de que los aficionados á los estudios colombinos han de agradecer y aprovechar el trabajo.

Es, sin duda alguna, la más importante entre las muchísimas que se recibieron á instancia de ambas partes en aquel pleito que duro tantos años. Las condiciones especiales del testigo le colocan desde luego en el primer término, porque á más de ser primo de Martín Alonso Pinzón y haber mandado un buque en la segunda expedición, como ya notamos á su tiempo, presenció casi todos los hechos que refiere, ó los oyó á las mismas personas interesadas, y da tales razones y tan justas causas á sus asertos, que desde luego merece preferente lugar.

Sus manifestaciones son verdadera historia; y tal concepto ha merecido al célebre y docto colombis-

ta, á quien también hemos citado con repetición, que dice en su notable informe leído ante la Real Academia de la Historia, bajo el título de *Colón y Pinzón*: «Repetidas veces he recomendado al lector la verdad que resplandece en la declaración del octogenario piloto Hernán Pérez Mateos, retirado en la isla de Santo Domingo cuando fué llamado á examen.»

Con la prudencia propia de su carácter, con la calma y seguridad que traen consigo los años, rechaza suavemente todas las falacias que iban envueltas en las preguntas articuladas por el fiscal del Rey; refiere los sucesos con naturalidad, sin tratar de alterarlos por favorecer á ninguno de los litigantes, aunque era deudo cercano de los *Pinzones*, y desde que se leen sus primeras respuestas adquiere el lector la seguridad de que el testigo dice la verdad, y no pasa más allá de lo que sabe.

Además, esta declaración está comprobada en muchos de los puntos que abraza por las de otros testigos, y á la vez sirve de poderoso comprobante á las narraciones que hicieron en sus respectivas historias Fr. Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo, que por ella se ve tuvieron informes fidedignos para lo que escribieron.

Para nosotros, en el caso pre-

sente, la declaración de Hernán Pérez Mateos, tiene el mérito inapreciable de contener detalles ciertos de la vida de *Martín Alonso Pinzón*, que son interesantísimos y en vano buscaríamos en otra parte.

Se ha copiado exactamente de la información original que se guarda en el Archivo general de Indias de Sevilla, y cotejado por el ilustrado jefe de aquel importantísimo centro el Sr. D. Carlos Jiménez Placer, cuya firma autoriza la copia.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA

(Patronato.—Est. 1.—Caj. 1.—Leg.^o 5/12.)
(Pieza 14.)

DECLARACIÓN DEL PILOTO HERNÁN PÉREZ MATEOS.

«*Testigo*.—El dicho hernan peres mateos, vecino desta cibdad de santo domingo, testigo presentado en la dicha Razon por el dicho bachiller johan carrillo e fiscal susodicho, el qual, aviendo jurado en forma de derecho e syendo preguntado por el tenor de las preguntas del dicho ynterrogatorio, dixo e depuso lo syguiente:

»A la primera pregunta dixo que conosçe e conosçio a los en ella contenidos a don cristoval colon almi-

rante que fue puede aver quarenta años antes mas que menos e a martin alonso pinçon dende que nasció que a mas de sesenta años.

»Preguntado por las preguntas generales de la ley dixo que es de hedad de más de ochenta años e quel dicho martin alonso pinçon fue primo deste testigo e que vença este pleyto quien tuviere justicia.

»A la segunda pregunta por mi el dicho escrivano le fueron mostradas e leydas la provision e privilegio de que el dicho fiscal hiço presentacion contenidos en las preguntas como en ellas se contiene.

»A la tercera pregunta dixo que le paresçe a este testigo que se deve de guardar e mantener la palabra Real de los rreyes e que en lo demás contenido en la pregunta de que si es perjuizio o no lo conçedido a don cristoval colon o a sus herederos e subçesores por los rreyes católicos de gloriosa memoria este testigo no lo sabe declarar ni bien decir porque es cosa muy ardua e de mucho tomo para su juicio e que en españa ay muchos letrados de quien se puede saber lo contenido en esta pregunta.

»A la quarta pregunta dixo que dise lo que dicho ha en la pregunta antes desta en que se afirma, y que de los dapnos e ynconvinientes contenidos en esta pregunta este testigo al presente no tiene notiçia sy

son en dapno de la corona Real o de los vezinos y abitantes en estas partes porque hasta agora no á visto subçeder ninguno dellos e lo que adelante fuere el Rey como señor general lo puede proveer como en cossa suya, y esto le paresçe e no sabe dezir otra cosa en esta Razon.

»A la quinta pregunta dixo que dize lo que dicho tiene en las preguntas antes desta en que se afirma e que le paresçe que sabida la verdad por personas doctas y de conçencia lo que estos tales dixesen, su magestad lo devía mandar proveer siendo en pro de su corona Real e de sus subditos vasallos, asy de los Reynos de españa como destas partes, no quitando á nadie lo suyo y esto dize en quanto a lo que toca en esta pregunta y en las demas que tiene declaradas.

»A la sexta pregunta dixo que dize lo que dicho a en las preguntas antes desta en que se afirma e que le paresçe a este testigo que es muy bien y santa cosa ser Regidos e gobernados por un rrey e señor y no por muchos señores y çerca desto se puede haçer lo que convenga á la corona rreal y esto dize en quanto s' alcança e no sabe mas desta pregunta.

»A la septima pregunta dixo que le paresçe que sería bien que estas partes fuesen gobernadas por la corona Real como al presente lo son,

e que lo demas que dize la pregunta es cosa que toca á personas de mas saber e letras que este testigo tyene, los quales podrán dezir su parescer cerca dello, y esto le paresce en Razon de lo contenido en esta pregunta.

»A la octava pregunta dixo que no sabe ni a oydo decir lo contenido en la pregunta hasta el día de oy.

»A la novena pregunta dixo que sabe quel dicho martin alonso pinçon era onbre de la mar conviene á saber marinero experto e sabio en el arte de navegar esto en las mares que solía aver dende napoles á ytalia e a Roma e a España e a otras partes que se corrían e navegavan agora çinquenta años, pero que no le cognosçio ni supo dél que tuviese conosçimiento en aquella sazón del mar oceano ni destas partes de tyerra firme e que es verdad que dicho martin alonso pinçon tenía hermanos y parientes y amigos personas de bien e sabios en las navegaciones quel dicho martin alonso sabía e que le conosçió tener en aquel tiempo un barco con que navegaba dende castilla a Roma e a portugal e a las yslas de canaria e que no le conosçió otra mas posibilidad de navios aunque a la verdad tenía Razonable hazienda e que lo demas contenido en la pregunta este testigo no lo sabe.

»A la dezena pregunta dixo que

se Refiere á lo capitulado con su magestad e que lo demas que no lo sabe ni tal a oydo hasta agora aunquel dicho martin alonso pinçon hera su primo deste testigo.

»A las onze preguntas dixo que no sabe della mas de que quando vino don cristoval colon con la merçed de la negoçiaçion para el descubrimiento destas partes tomo consygo al dicho martin alonso pinçon e a dos hermanos suyos llamados vicente yanes e francisco martin pinçon, los quales el dicho don cristoval colon traxo consygo por personas principales para la navegacion en tres navios nombrados la pinta, en la qual venia el dicho martin alonso pinçon por capitán, y el dicho francisco martin, su hermano, por maestre, y el otro navio se nombrava la niña, en el qual venia por capitán el dicho vicente yañes, y el otro navio se nombrava maria galante, en el qual venia el dicho don cristoval colon, e que los dichos navios el dicho don cristoval colon los fletó para venir á estas partes, e que esto es lo que sabe desta pregunta e no sabe otra cosa della e questo que dicho tiene este testigo lo bido e se hallo presente a todo ello.

»A la dozena pregunta dixo que dize lo que dicho a en la pregunta antes desta en que se afirma e lo demas este testigo no lo sabe.

»A la treze preguntas dixo que dize lo que dicho a en las onze preguntas en que se afirma.

»A las catorce preguntas dixo que no la sabe mas de aver oydo dezir a los dichos martin alonso pinçon e sus hermanos que vinyendo á estas partes la gente que venia en los navios, aviendo navegado muchos dias e no descubriendo tierra los que venian con el dicho don cristoval colon se querian amotinar y alçar contra el diziendo que yvan perdidos, y entonçes el dicho don cristoval colon avia dicho al dicho martin alonso pinçon lo que pasava con aquella gente, y que le parecia que devian de hazer y quel dicho martin alonso le avia Respondido señor ahorque vuestra merçed media dozena dellos o echelos á la mar y si no se atreve yo e mis hermanos barloaremos sobrellos y lo haremos que armada que salio con mandado de tan altos prinçipes no avia de bolver atras syn buenas nuevas y que con esto todos se animaron y el dicho don cristoval colon avia dicho martin alonso con estos hidalgos ayamonos bien y andemos otros ocho dias, y si en estos no hallaremos tierra daremos otra horden en lo que devemos hazer, y desta manera navegaron otros syete dias, y sobre noche vieron fuego en una tierra que se dezia las prinçesas y agora se llama los lucayos

yesto es lo que le han dicho á este testigo y lo que le contaron los dichos martin alonso y sus hermanos.

»A las quinze preguntas dixo que dize lo que dicho a en las preguntas antes desta en que se afirma e lo demas que lo non sabe.

»A la diez e seys preguntas dixo que no la sabe ni tal a oydo dezir hasta agora.

»A la diez y siete preguntas dixo que no la sabe ni tal a oydo dezir hasta agora.

»A la diez e ocho preguntas dixo que no la sabe ni tal a oydo dezir.

»A las diez e nueve preguntas dixo que a oydo dezir á muchas personas espeçialmente á los dichos martin alonso e sus hermanos quel dicho don cristoval colon avia hallado en esta ysla española muestra de oro y resgates e que con lo que avian podido aver se avian buuelto a españa a hazer Relaçion de lo que les avia subçedido a los Reyes catholicos que estan en gloria e que al tiempo quel dicho martin alonso lleugo á vayona este testigo lo topo y le habló como a debdo y el dicho martin alonso le hizo Relaçion de todo lo que avia pasado y le dixo quel dicho don cristoval colon y el avian salido destas partes el dicho don cristoval colon de do dizen agora puerto Real y el dicho martyn alonso de puerto de gracia e que se avian juntado en la mar e con tor-

menta se avian apartado y el dicho don cristoval colon avia ydo a lysbona y el avia llegado alli que es el dicho puerto de vayona e que esto sabe desta pregunta e no otra cosa.

»A las veynte preguntas dixo que dize lo que dicho a en las preguntas antes desta en que se afirma e lo demas que lo non sabe.

»A las veynte e una preguntas dixo que no la sabe e que es verdad que este testigo a oydo dezir que pusieron nombre a un Rio que esta en esta ysla en la vanda del norte el Rio de martin alonso porque el diz que el dicho martin alonso avia llegado e entrado en el dicho Rio en el qual este testigo a estado muchas vezes e lo demas que no lo sabe.

»A las veynte e dos preguntas dixo que no sabe della mas de que buelto el dicho martin alonso a los Reynos de castilla no se juntava con el dicho don cristoval colon porque supo este testigo que le abia miedo el dicho martin alonso non sabe por que cabsa mas de que oyó decir que sy el dicho don cristoval colon pudiera prender al dicho martin alonso lo prendiera y lo llevara preso consygo á la corte e que desde á pocos dias quel dicho martin alonso llegó á la villa de palos no entrando dentro se fue a una heredad suya que está en término de

moguer e allí adolescio e estando doliente lo traxeron çiertos debdos suyos á un monasterio de franciscos que se dize la Ravida en término de palos a donde el dicho martin alonso fallescio desta presente vida lo qual vido este testigo estando en aquella sazón en aquella tierra e lo demas que no lo sabe.

»A las veynte e tres preguntas dixo la sabe como en ella se contiene preguntado como la sabe dixo que porque este testigo a visto lo en ella contenido y es debdo del dicho juan martin pinçon hijo del dicho martin alonso e que lo vido nascer e criar en su casa como su fijo lejítimo lo qual es muy público e notorio en la dicha villa de palos y en otras partes donde tienen dellos notiçia e conosçimiento.

»A las veynte e quatro preguntas dixo que lo que sabe desta pregunta es que este testigo bino con el dicho don cristoval colon por su piloto el segundo viaje que hizo á estas partes y en el dicho segundo viaje el dicho don cristoval colon con su yndustria descubrió las ys-las en las preguntas contenidas y este testigo las ayudo á descubrir como su piloto y esto sabe destas preguntas y es la verdad y lo demas que no lo sabe.

»A las veinte e çinco preguntas dixo que no la sabe e que dicho don cristoval colon descubrió las par-

tes en la pregunta contenidas yendo este testigo por su piloto.

» A las veynte e seys preguntas dixo que dize lo que dicho a en la pregunta antes desta e que quando el dicho don cristoval colon descubrió las partes e yslas contenidas en la pregunta dende a çierto tiempo vinieron por allí otras personas que venían con cargos de los Reyes católicos é no sabe otra cosa.

» A las veynte e siete preguntas dixo que no la sabe mas de que cree que dicho don cristoval colon y despues don diego colon su hijo e don luis colon su nieto, almirante que agora es an llevado aquella parte de que su magestad y los Re-

yes catolicos le hizieron merced, y assi lo a oydo dezir publicamente y que se Remite a los libros de su magestad.

» A las veynte é ocho preguntas dixo que dize lo que dicho a en que se afirma e que deste caso esto es lo que sabe y la verdad para el juramento que hizo e no firmo porque dixo que no sabia escrevir e dixo que por que antes de agora tiene dicho su dicho en Razon de lo contenido en las preguntas deste ynterrogatorio que se Remite a lo que asy tiene dicho en todo ello e lo demas no lo sabe.

Es copia literal del documento á que se refiere, existente en este Archivo.—C. Jiménez Placer.

JOSÉ M. ASENSIO.

LAS MISERIAS DE UN DIOS EN EL SIGLO XIX

Enrique Heine, según su correspondencia.

I

Allá por el año 20 fué cuando Enrique Heine se reconoció dios por la gracia de Hegel, y por cierto con inmensa compañía. Hubo por entonces en Alemania una verdadera promoción en masa de candidatos á la divinidad.

¿En rigor no sería más conveniente quedarse reducido á la categoría de simple mortal, si el ascenso á la categoría divina no nos ha de eximir de algunas de esas miserias que el pobre dios terrestre arrostra al través de sus sueños olímpicos? Esta pregunta me he hecho yo leyendo la correspondencia de Enrique Heine, pregunta que dejo á mis lectores el cuidado de responder por mí.

Recuerdo todavía, como si fuese ayer, la sensación que experimenté hace ya bastante tiempo, cuando tu-

ve conocimiento con este extraordinario espíritu, el más francés entre sus compatriotas, cualidad que nuestra fatuidad nacional ha traducido de este modo: «el más *espiritual* de los escritores alemanes».

Fué aquello una impresión de asombro, un deslumbramiento mezclado de cierta especie de vaga inquietud como la que se experimenta en presencia de un enigma. En las cartas públicas acerca de Francia, de Alemania, de Lutecia, me presentaron por primera vez esa frase centelleante, esa firma aguda, esa ironía que á cada paso recuerda á Voltaire por la facilidad, la ligereza, la gracia picante y salada (la de una abispa ática ó parisiense), á todo lo cual hay que añadir cierto humorismo, algo de fantástico y hasta no sé qué acento de tristeza en la cual

parece fundirse la burla del excéptico. Puede decirse que se me reveló un Voltaire humorista, triste algunas veces hasta el lirismo. Esta doble y contradictoria impresión fué aumentando á medida que entraba en mayor intimidad con el poeta, á causa de la lectura del *libro de los cantos* ó de los *Reisebildes*, en que brillan en plena luz sus caprichos y sus violencias, sus más desesperadas burlas, sus más altas intuiciones, todas las pasiones de su vida y sus inspiraciones confundidas y mezcladas. Comencé á comprender el problema que ofrece esta extraña figura, en la que se han reunido los más opuestos elementos para comunicar á una misma fisonomía trazas contradictorias: un poeta ingerto en un excéptico; el espíritu más aguzado, el más desnudo de ilusiones, el más desengañado de sí mismo y de los otros y en ocasiones el más escéptico se mezclan y entrelaza con tal poder de lirismo, que en ciertos momentos de alto vuelo y de mucho remontarse llega hasta las más altas cimas, álzase sobre Schiller, iguala á Goethe; y por debajo de todas estas contradicciones, una sinceridad de carácter que los encadena en una especie de unidad y funde todas estas disonancias en una viva armonía que el arte *antes de él* jamás pudo conseguir, obra reser-

vada á la naturaleza, artista supremo.

Tales contradicciones, y aun el enigma que con ellos va aparejado, ofrecen á nuestra imaginación irresistible atractivo. Los nombres de Byron y de Alfredo de Musset vienen á la memoria cuando se considera con alguna atención la fisonomía de Enrique Heine. Y aunque es cierto que las diferencias que los separan saltan á la vista, existe en estos tres poetas no sé qué aire de familia, qué misterioso parentesco que los une al través de las más diversas situaciones, á pesar de la oposición radical de costumbres, de hábitos, de clima moral, bajo cuya influencia ha vivido cada uno de ellos. Tienen los tres el singular privilegio de atraer al espíritu inquietándole. Ningún otro poeta de nuestro siglo ha poseído el don de excitar con más vivas simpatías curiosidad más apasionada. Habrá podido haber mayores espíritus, pero jamás han existido en el mismo grado los elegidos de las imaginaciones.

Esto tiene explicación. Los genios tranquilos y ordenados en la belleza plástica de su arte, los grandes espíritus, tales como Goethe, en la placidez de su vigorosa salud intelectual y de su equilibrio moral, se imponen á nuestra admiración desde altura demasiado elevada. Su

vida parece una obra de arte que ellos mismos gobiernan y crean, sometida, como sus otras obras, á las leyes de lo bello, y cuya razón estética regula todo su armonioso desarrollo. Se nos revelan como semidioses extraños y superiores á las vacilaciones de la naturaleza humana. Tal manera de apreciarlos es á menudo una ilusión de perspectiva; pero es universal y rechaza curiosidades de imaginación que se dirigen más voluntariamente hacia todo aquello que está menos cerca de la perfección estética, hacia lo más irregular pero más humano. Esas curiosidades parece como que se precipitan hacia esos talentos inquietos formados por el excepticismo, por aspiraciones vagas, por sufrimientos demasiado reales, superiores á la humanidad desde ciertos puntos de vista, pero profundamente humanos por el capricho, por la contradicción, por sus angustias, de los cuales parece sentirse el eco al través de su pasión turbada y turbadora. ¿Se quiere saber el secreto de esas almas, el misterio de sus orígenes? ¿Se quiere investigar hasta en sus últimos pliegues esos corazones, de los cuales parte la nota descarnada que retiembla hasta entre los raptos de su risa?

Con viva curiosidad abrieron todos los lectores de los *Reisebilder*, los libros póstumos que han aparecido en la edición francesa de las obras de Heine. En rigor, todos estos volúmenes son nuevos en Francia. Tres de ellos contienen una correspondencia inédita que comprende desde el año 1820 hasta el de 1855; los otros dos tienen títulos de pura fantasía: *De todo un poco* y *De Inglaterra*, presentando ante nuestros ojos trozos humorísticos y fragmentos de crítica literaria, esparcidos en multitud de periódicos alemanes, olvidados ó muertos largo tiempo ha. *La Correspondencia* ha sido traducida con sumo cuidado; el prefacio y las notas delatan en el incógnito muy bien guardado del traductor, una experiencia, una seguridad de informaciones literarias al mismo tiempo que un sentimiento tan elevado de las cosas del espíritu, que hacen lamentar que esta edición de las obras completas del poeta, no vaya acompañada de un estudio que una mano tan hábil hubiese podido hacer de una manera definitiva. Hubiese sido una estatua digna del monumento.

Para abrir con verdadera ansiedad esta correspondencia, basta con haber quitado en alguno de sus poemas el acre placer que se desprende de la ironía lírica de Heine. Después de esto no puede sentirse

indiferencia hacia el poeta. Muchas personas tendrán acaso dificultad en sobreponerse á la sensación extraña que al lector hacen experimentar estas cartas demasiado reales, ó para hablar en el lenguaje moderno, demasiado realistas. La primera impresión es triste. Se siente el lector desencantado cuando ve las preocupaciones habituales del poeta, aquellas que se expresan en su correspondencia diaria con una naturalidad casi dolorosa. Apenas si son preocupaciones de idea; aunque se presentan de tiempo en tiempo, desaparecen generalmente bajo el tumulto de intereses divinos pero muy positivos; inquietudes de dinero, dificultad de vivir, contrariedades de la lucha, heridas de una vanidad desesperada. Es el cuadro de la conciencia de un poeta, irritada por la vida que nos sorprende en toda su triste desnudez. ¡Feliz el poeta que se describe con complacencia para que lo contemple la posteridad y que se muestra á nosotros en el retrato que le acomoda ofrecernos! En este caso, el alejamiento no perjudica al efecto. La perspectiva bien elegida idealiza las cosas. Goethe la ha sentido á maravilla y nos la hace sentir finamente, titulando sus poesías *Poesía y verdad*. Verdad sin duda; pero mostrada á distancia desde el punto de vista que él mismo ha fijado con el

prestigio del arte que él elige y del cual dispone. Es la verdad de su vida pero no la exacta y desnuda realidad. Hay allí una especie de nube que se descubrirá fácilmente si se coteja el fragmento espléndido y encantador de Enrique Heine titulado *Confesión de un poeta*, y que es un capítulo de su vida ligeramente idealizado, con esa correspondencia demasiado sincera privada del rayo que da color á las cosas y haciendo la realidad más tierna y más transfigurada.

Tal y como es esta correspondencia tiene gran valor á nuestros ojos. Ella esclarece la vida y el corazón del poeta hasta en sus más ondas profundidades, y si todo lo que se descubre no es lo que se deseaba ver, tiene para el lector al menos la ventaja, algunas veces bastante triste, de no ser engañado y de sentir que no pudo serlo. Desgraciadamente, la correspondencia publicada comienza demasiado tarde y acaba demasiado tarde también. Empieza en 1820 cuando tenía el poeta veintiún años, y acaba en 1855, muy poco tiempo antes de su muerte. Pero los últimos años están llenos de detalles relativos á sus negocios literarios, pedidos de artículos, gracias dadas por ellos y también de asuntos de dinero. En cambio hay muy pocas cartas de esas verdaderamente íntimas y psicológicas en

las cuales se revela el hombre verdadero.

De los veinte primeros años de su vida, sólo podríamos tener conocimiento por las Memorias escritas también por el poeta y de las cuales el manuscrito está en poder de su familia (1). Si estas Memorias se publicasen alguna vez se podrán saber entonces con exactitud los orígenes, los impulsos primitivos de esa naturaleza original, las raíces más secretas y más delicadas de las pasiones que más tarde debían hacer explosión, agitando exteriormente la vida del poeta, llenándola de fracasos y cubriéndola de polvo y de ruinas. En tanto que ese manuscrito llega á ser conocido, se puede, con ayuda de su correspondencia, adivinar ó presentar muchas cosas acerca de las primeras experiencias de esa vida agitada por conmovedores azares, sin dirección fija y sin otro contrapeso moral que el alma móvil y la exaltada sensibilidad de un poeta.

De todos modos, si se prescinde de las encantadas horas y de los divinos placeres del arte, que son siempre magníficas compensaciones en el hombre menos afortunado, pocas existencias hay tan desgraciadas como la suya, dispu-

(1) En el próximo número de LA ESPAÑA MODERNA verán la luz estas Memorias.

tada penosamente á los prejuicios de familia y de raza, mal gobernada, errante durante largo tiempo al través de Alemania, fijada últimamente en París, en donde la enfermedad le esperaba y apenas si le dió, antes de herirle mortalmente, el reposo de unos cuantos años tranquilos. *La Correspondencia* nos le presenta en la universidad de Gotinga componiendo sus tragedias románticas *Almanzor* y *Rotchiff*, asistiendo con poco cuidado al curso de derecho, medio en lucha con su familia que le había destinado al comercio y que veía con disgusto que hubiera emprendido otra carrera. Desde allí se le ve, á continuación, según lo muestran sus cartas, en los diferentes lugares á donde le llevan la movilidad de sus esperanzas ó el capricho de sus cóleras: tan pronto en Berlín como en Lussemburgo, en la humilde casa de su padre, ó en Hamburgo donde residía una parte de su familia, y particularmente su tío Salomón Heine, famoso banquero, tan á menudo maldecido y tantas veces celebrado en *La Correspondencia*, según sus envíos de dinero ó sus negativas á enviarlo. Algunas temporadas en los baños de mar en una isleta del Norte, en Heligoland; más tarde una tentativa de aclimatación en la capital de la Alemania católica, en Munich; excursiones luego á Italia

y á Londres, mostrándose siempre el humor inquieto del poeta, la dificultad que sentía de permanecer en todas partes hasta el día en que la violencia de sus enfadosas polémicas con el conde de Platem le hizo, no sólo difícil, sino imposible la estancia en la patria alemana. Desde entonces vivió en París, donde permaneció durante los veinticinco últimos años de su vida, salvo algunos meses que empleó en un viaje á Alemania en el año de 1843. Emprendió este viaje en un acceso de nostalgia, *un mal incurable*, decía, *que se le había metido en el corazón*. Pero otro mal aún más incurable era el que atormentaba su alma: el odio literario. El le inspiró, con ocasión de este viaje, aquella, sátira la más violenta que compuso, *El cuento de una noche de invierno*, la cual acabó de concitar contra él el espíritu público de Alemania y de cerrar toda esperanza de vuelta á su país natal.

A partir de esta genialidad no volvió á salir de Francia. Mas ya se había apoderado de él aquella enfermedad que no debía concederle descanso, y contra la cual sólo el poeta pudo socorrer al hombre. Todavía brotaron brillantes estrofas en medio de intolerables sufrimientos. En la butaca en que le clavaba el dolor, rodeado de unos pocos amigos, visitado por algunos com-

patriotas, siempre desconfiando de la implacable ironía del poeta, su imaginación tan pronto se exaltaba hasta una especie de impiedad titánica, de la cual salían gritos de protesta y de odio, como se agitaba á impulso de inspiraciones más altas, de una originalidad suprema, creando en torno suyo un mundo imaginario, un maravilloso país de leyendas en que evocaba los tipos de los héroes ó de los dioses desaparecidos; durante las evocaciones de su arte cesaba de sufrir. Así iba poniéndose lentamente en medio de la admiración más bien que de la simpatía pública. Esta admiración suma pasó en Francia de un sentimiento bastante particular, contenida en límites estrechos, fuera de los cuales Enrique Heine era casi un desconocido en su patria adoptiva. Nunca fué popular, ni aun en París, donde solamente los literatos, los *dilettanti* del *sprit* y de la poesía leían con avidez cada nueva obra que se escapaba de la agonía del poeta. ¡Qué de esfuerzos le fueron necesarios para aclimatar su gloria en Francia! Había adoptado muchas de nuestras ideas y de nuestros gustos; había adoptado nuestra lengua, que manejaba con verdadera superioridad mezclada de encanto; y sin embargo, resultaba extranjero entre los franceses. Los sufragios fervientes y discretos de algu-

nas amistades escogidas que fueron fieles á su memoria, como le fueron en vida; los elogios interesantes de algunos críticos, no podían compensar el rumor de la gloria tan dulce en los oídos de los poetas. Enrique Heine no se engañaba; de esto sin duda nacieron sus fracasos terribles y sus espléndidas invectivas contra algunos de nuestros más populares escritores. Cuando murió, en 1856, apenas si la muerte de uno de los más grandes poetas del siglo produjo sensación en los salones y en los círculos literarios; no fué siquiera un incidente en la vida de los bulevares parisienses, en donde el poeta había sentido tan finamente y muchas veces expresó en rasgos vivísimos el encanto mal sano y el desvanecimiento embriagador. El ataúd donde eran llevados al cementerio de Montmartre los restos mortales de aquel hombre privilegiado, pasó por en medio de una multitud indiferente. ¡Injusto olvido pero terrible expiación de una vanidad exagerada y de un prodigioso talento, despenado, comprometido, impulsado por mezquinas pasiones!

En el largo período que abraza *La Correspondencia*, en las conversaciones cotidianas del poeta con sus amigos y editores y aun al través de los negocios, se descubren dos ó tres rasgos de su carácter que

nos ayudan á comprender algunas agitaciones del poeta y de las direcciones, sin esto inexplicables, que dió á su talento. Parece que Heine adivinó el uso que se podía hacer algún día de sus confesiones y que había tenido buen cuidado de ponerse en guardia contra las averiguaciones é interpretaciones de la crítica. «Una cosa me heriría dolorosamente,—escribía á su amigo Immerman en 1823;— que se quisiese explicar el espíritu de mis poesías por la historia del autor. Me he sentido mortalmente ofendido al leer ayer una carta en que alguno de mis conocidos, por medio de anécdotas recogidas aquí y allá, quería reconstruir toda mi naturaleza poética y dejaba caer sus odiosas expresiones: *Impresiones de la vida, posición política, religión, etc.* Aunque sea fácil sacar de la historia de un poeta el comentario de sus obras, de probar que, en efecto, á menudo la posición política, la religión, los odios privados, los prejuicios y circunstancias de toda especie han influido en sus poesías, son todas ellas cosas de que debe hacerse mención, sobre todo en lo que el escritor vive. En cierto modo se desflora su poesía, se le arranca su velo misterioso, demostrando la realidad de todas esas influencias, y si esta exégesis refinada es falsa, se desfigura esa misma poesía.» La crítica no

puede detenerse ante esta protesta. Cuando tiene en sus manos alguna de las causas que han contribuido á dar á un poeta su carácter particular y su acento personal, no puede, por un escrúpulo exagerado, privarse de las explicaciones precisas que aquella le reporta. Después de todo, quizá ganará algo Enrique Heine con semejantes investigaciones de la crítica. Explicar sus arrebatos, esas violencias, esas fugas desafinadas, es excusarlas en cierto modo. Es por lo menos, en algunas graves ocasiones, presentar las circunstancias atenuantes. Alguna de sus sátiras, empapadas de odio y respirando venganza, sería imposible de comprender, si no se recordasen ciertas circunstancias de la vida del poeta, de aquellas crisis que agitaban su débil máquina y durante las que la enfermedad nerviosa ocupaba el punto de la inspiración.

En casi todas sus cartas aparece el sufrimiento físico, y á menudo con una gran intensidad. Trataba algunas veces de sonreír, pero ¡cuán tristes sus sonrisas! «He sufrido mucho en este detestable invierno *ultra*, en que todo hombre honrado y liberal ha estado enfermo; me siento, sin embargo, mejor, aun después de haber sido atormentado durante un mes por las sanguijuelas, las cantáridas, los farmacéuticos y los amigos compasivos. He escupido

mucha sangre, y como sé por la historia de la literatura, lo que esto significa para los versificadores, he estado muy inquieto, y en medio de mis angustias me he prohibido severamente todo sentimiento poético, y aún más todavía, todo trabajo relacionado con la poesía. He concluido para la poesía cuando aquello sucede, mas espero, sin embargo, vivir largo tiempo en prosa.» (Carta de 27 de Febrero de 1830, á M. de Varnhagen.) En el año 1823, cuando apenas contaba veinticuatro escribía: «Si Dios me da salud, de lo demás yo me encargo.» grito que recuerda el de Ajax. «*Dáanos, Júpiter, la luz y combate contra nosotros.*»

La luz, es decir, la salud, jamás fué concedida al poeta; cada una de sus cartas nos hace asistir á un progreso de su enfermedad, que poco á poco fué apoderándose de sus nervios y á ciertas horas le hacía padecer horriblemente. ¡Qué de lamentos parecen sonar en estas cartas y resuenan en nuestros oídos! Aquel estado morbosos crónico y á la vez agudo, no podía ser soportado más que por un héroe ó por un santo. ¿Podemos, pues, asombrarnos de que tantos sufrimientos agriasen el humor de un hombre que nada de héroe ni de santo tenía? Valiéndonos de una imagen, diremos que todas las furias juntas se

agitaban en aquel pobre cerebro enloquecido por el dolor.

Otra de las cosas que amargaban cruelmente su vida, era aquella que los griegos representaban bajo la forma de una diosa tristísima: *Penia*, la pobreza. A este espíritu movable, arrebatado siempre por la pasión del momento, que se gozaba en desatender sus relaciones, nada le salía bien. Intentó acometer varias carreras, pero sin energía ni constancia. Todo lo intentó: el derecho, el foro, la redacción de algunos periódicos alemanes. Sus ensayos no fueron más que juegos. El trabajo regular, seguido, toda disciplina de vida ó de idea, le eran insopórtables. Una especie de fiebre intermitente le alejaba algunas veces durante años enteros del apoyo que sin esfuerzo hubiera encontrado en una familia opulenta. En los intervalos se dedicaba á los expedientes, y su *destreza literaria*, según él la llama, ocupa tanto lugar en sus cartas como la destreza física. Su correspondencia está llena de esa triste necesidad de dinero, una de las más prosaicas, y bajo la cual la inspiración suele languidecer y sucumbir. Llenas están sus cartas de querellas con los editores, de proposiciones aceptadas ó rehusadas, discusiones fatigosas de interés, himnos de inmoderado entusiasmo en honor de Julio

Campe cuando el librero de Hamburgo le permite girar contra él una letra de cambio, injurias y furros del género cómico más acentuado cuando es protestada dicha letra ó cuando surge alguna dificultad para la publicación de un libro del que el poeta espera con impaciencia la remuneración. «¡La vida no tiene espera!—responde el pobre autor—me hace falta mi dinero.»

Tal era aquella existencia combatida por los sufrimientos y las privaciones, perturbada por los ataques nerviosos, que al cabo habían de extinguirla, en lucha con la continua preocupación de las cuestiones naturales y con las desconfianzas y con todas las suposiciones que este género de preocupación inspira. «Mi seguridad personal, mi porvenir están comprometidos; por todas partes me cortan los víveres.» Su imaginación no se daba un punto de reposo: todo lo que le acontecía eran manejos secretos, intrigas, cábalas de todas especies. Creíase el objeto de perseguidores encarnizados. Llega, por último, á un estado violento que la enfermedad sostiene y agrava. El mal moral se redobla con el mal físico y mutuamente se comunican cada vez nuevas fuerzas.

Estas, sin embargo, no son más que causas exteriores, accidentales

las más, como la pobreza, las otras profundas; que más bien se refieren materiales, como la enfermedad. al alma que al temperamento del poeta. En estas es en las que debemos penetrar. Hay algunas que *La Correspondencia* nos revela más interiores, más

ENRIQUE HEINE.

(Se continuará.)

ROLA

POEMA DE A. DE MUSSET

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEUM BARCELONÉS

I

¿Recordáis con pesar el tiempo hermoso
en que alegres andaban por el mundo
los dioses del Olimpo fabuloso?
¿En que Venus salió del mar profundo
y sonrosada con pudores bellos
las perlas de su madre destilaba,
á la vez que los campos fecundaba
al exprimir sus húmedos cabellos?
¿En que las verdes náyades lascivas,
meciéndose en las plantas de los lagos,
lograban con sus risas fugitivas
que los faunos buscasen sus halagos
saliendo de las selvas primitivas?
¿En que las claras fuentes, de improviso,
temblaban con los besos de Narciso?
¿En que Hércules, ciñendo
su roja piel de león ensangrentada,
iba de Norte á Sur, en lucha osada,
la divina justicia repartiendo?
¿En que los viejos sátiros burlones
por las ramas vecinas
trepaban de las fértiles encinas
y del pastor silbaban las canciones?
¿En que todo en la tierra

era divino, hasta el dolor humano?
¿En que se daba un culto soberano
á lo que hoy muere en implacable guerra?
¿En que mostraba el mundo en su apogeo
cuatro mil dioses, sin haber tenido
ni siquiera un ateo,
y hubiese el orbe sido
feliz, sin el dolor de Prometeo
hermano de Satán, y como él, reo,
al báratro caído?
¿Y más tarde, cuando una
transformación completa
dispuso la fortuna
en el cielo y el hombre y el planeta,
y vió el mundo su cuna
convertida en osario,
y la furiosa tempestad del Norte
cayó de Roma en la podrida corte,
sirviendo á su cadáver de sudario?

¿Recordáis con pesar la edad aquella
en que de un siglo bárbaro y medroso
brotó un siglo radioso
que fecundó la inspiración más bella?
¿En que rompió cual Lázaro viviente
el caduco universo
la losa de su tumba con su frente?
¿En que antiguas leyendas
con las alas auríferas del verso
nos transportaban por divinas sendas?
¿En que las artes de soberbia hechura
vestían de igual modo
el manto virginal de la fe pura?
¿En que Jesús lo reanimaba todo
con extender la mano? ¿En que el palacio
de rey y del presbítero la ermita,
ostentando á la par la cruz bendita,
desde el monte elevábanse al espacio?
¿En que las imponentes catedrales
de Estrasburgo y París, Colonia y Roma,

majestuosas rivales,
hincadas de rodillas
y envueltas del incienso en el aroma
bajo su espeso manto de granito,
al ver un nuevo siglo en sus dinteles
en el órgano inmenso de los fieles
levantaban su hosanna al infinito?
¿En que viéronse tantas maravillas
como la historia ha escrito?
¿En que sus brazos de marfil labrado
el crucifijo inmóvil extendía
sobre el altar sagrado?
¿En que la vida juvenil corría
mientras la muerte descansaba á un lado?

¡Oh, Cristo! Yo no soy de los que llegan
con inquietud al templo solitario
y á la oración se entregan:
no soy de los que van á tu Calvario
y entre golpes de pecho repetidos
posan sus labios en tus piés heridos.
Yo en el pórtico estoy, mientras devota
reza tu grey bajo la extensa nave
y al son del canto místico que flota,
inclina con pavor su frente grave,
como la miés que el vendaval azota.
Cristo, no creo en tu palabra santa:
vine muy tarde á un mundo muy gastado:
este siglo sin fe mueve su planta
detrás de un siglo que apuró el hastío
y hoy el cielo han dejado
los cometas flamígeros vacíos.
Ahora en las sombras el error pasea
los vanos mundos que el delirio crea:
la antigua edad destruye sus cimientos
y echa al eterno foso
de tus ángeles rotos los fragmentos;
los clavos de tu Gólgota afrentoso
sostenerte no pueden;
de tu sepulcro bajo el peso ceden

las capas de la tierra; está el encanto
de tu gloria perdido
y de la Cruz caído
yace en el polvo tu cadáver santo.

Pues bien, dejad que intente
besar el polvo el más indiferente
que en este siglo de impiedad vió el día,
y que riegue, ¡oh Jesús!, la tierra fría
que vive de tu muerte
y que lejos de ti se moriría.
Mas, ¡oh Dios!, ¿hay alguno, por ventura,
que á reanimarla acierte?
Si antes la fecundó tu sangre pura,
¿quién, ¡oh Señor!, te imitará de lejos?
¿Quién otra nueva juventud procura
á los que ayer nacidos somos viejos?

Viejos como la fecha en que naciste.
Hoy, para todos, la esperanza ha muerto,
y por segunda vez el mundo triste
vé que en su ancho sarcófago subsiste
el cadáver de Lázaro, aún más yerto.
¿Dónde está el Salvador que abra las tumbas?
¿Dónde San Pablo, cuyo idioma ignoto
Roma escuchó como divino oráculo,
asida al filo de su manto roto?
¿Dónde existe el Cenáculo?
¿Dónde las Catacumbas?
¿Qué frente baña con su luz serena
la aureola que antes irradió á su paso?
¿Qué piés la Magdalena
unge con los perfumes de su vaso?
¿Qué lengua celestial llega á escucharse?
¿Quién de nosotros con su aliento escaso
en Dios puede cambiarse?
La tierra vieja, degradada, inmunda,
mueve inquieta la frente y se exaspera
con el dolor de aquella moribunda
que al ver á Juan llegar á la ribera

y su palabra percibir distinta,
le agitó el goce indefinible y hondo
de la mujer en cinta,
y un nuevo mundo palpité en su fondo.
Llegó otra vez su turno
á los días de Claudio y de Tiberio;
como al fin del imperio,
todo sucumbe de vejez ahora
y se bebe Saturno
la sangre de los hijos que devora.
Y la humana esperanza,
esa madre que á tantos ha nutrido,
con el seno exprimido,
viéndose estéril, su reposo alcanza.

II

De todos los perdidos con que cuenta
la capital del mundo,
en la que más la corrupción se ostenta
y el vicio es más antiguo y más fecundo,
es decir, en París, el más perdido
era Jacobo Rola. En las tabernas,
donde estaba metido
entre la luz de pálidas linternas,
ningún otro granuja tanto apego
mostró, puestos los codos
sobre una mesa de consumo ó fuego.
Nunca ocupóse de su vida, y todos
sus actos las pasiones gobernaban,
dejándolas correr á su albedrío,
como el pastor contempla en el sosiego
pasar el agua del sonante río.
Libres y placenteras,
como á un mesón, para comer, llegaban
á su cuerpo esas pálidas viajeras;
ó bien se presentaban

para asaltar una pared ó un lecho;
ó en las densas tinieblas se buscaban
para rasgarse el pecho,
como ciervos ó bravos gladiadores;
ó bien para cantar y embelesarse,
cual pájaros que vienen á juntarse
si la tormenta brama,
bastando á sus prolíficos amores
la punta de la rama
de algún arbusto al entreabrir sus flores.

Su padre fué un hidalgo majadero
que por costosa senda lo condujo,
como á un rico heredero,
y en fomentar su pretencioso lujo
derrochó la mitad de su dinero.
Así es, que apenas tuvo diez y nueve
años, en una noche deliciosa,
dueño de sus acciones, se halló en breve
sin capital ni profesión honrosa.
Ningún oficio le era soportable;
un ganapán ó asalariado mozo
le causaba una risa inexplicable,
y aunque vió su fortuna consumida,
con invariable gozo
siguió haciendo de un príncipe la vida.

Cuéntase que una tarde se halló Alcides
cansado de sus lides
y sentóse en la unión de dos caminos;
llegó el Placer tendiéndole la mano,
pero vió á la Virtud y marchó ufano
detrás de sus encantos peregrinos.
Hoy miramos en frente
el bien y el mal con aire indiferente;
y no es que dude el siglo fatigado,
es que del tiempo la voraz corriente
nada, entre ambos senderos, ha dejado.

A los veinte años, lleno de energías,

siguió el hijo los mismos derroteros
del autor de sus días;
y así como se ve en las cercanías
de una gran capital los mataderos,
panteones y murallas,
apenas alguien entra
en sociedad, encuentra
sus cloacas; las vírgenes esconden
sus gracias puras tras espesas vallas;
ocúltase el pudor con artificio,
y besándose, al sol, se corresponden
la obscenidad y el vicio.
¡Ay! ¡los hombres no admiten en su seno
mas que al infame que templó en el cieno
la hoja brillante de la férrea espada
que para combatir el odio ajeno
por Dios le fué entregada!

Era Jacobo audaz, noble, soberbio;
mostraba repugnancia á la costumbre
que convierte la vida en un proverbio,
y ya sintiese gozo ó pesadumbre
nunca por ella se rigió en sus actos,
y el valor y el orgullo sin rivales
mantuvieron sus ídolos intactos.
Cogió tres bolsas de oro, con las cuales
vivió tres años, sin pensar en leyes,
y ningún hombre que en la tierra anduvo
mayor desprecio tuvo
á los pueblos lo mismo que á los reyes.
En el gran carnaval de la existencia
gritando y sin disfraz aparecía
y como el áureo manto de Alcibiades,
con real magnificencia
su orgullo se extendía
del palacio al arroyo, en las ciudades.
Nadie ignoraba el plazo de tres años
que á su vida fijó, ni que agotaba
su patrimonio. El mundo contemplaba
sonriendo sus propósitos extraños

y él iba publicando de igual modo
que moriría al consumirlo todo.
De generoso corazón, sencillo
como la infancia, á la piedad sensible
y á la esperanza abierto, con el brillo
de su existencia no creyó posible
su ruina ver, é impropia de su talla
ciñóse una armadura que podría
sin peligro cercano
servir un solo día de batalla,
que fué breve cual noche de verano.

Cuando cruza el desierto la salvaje
yegua y tres días anhelante pasa,
sólo espera beber el agua escasa
que eche la tempestad entre el ramaje
de las secas palmeras,
que bajo un sol de plomo derretido
y envueltas en el aire enardecido
pliegan sus empolvadas cabelleras.
Busca de su cisterna los raudales
ya secos por el sol y oye los sonos
con que roncan los leones
tendidos en los agrios peñascales:
su débil paso afloja;
sepulta la nariz ensangrentada
en la arena, que bebé alborotada
aquella sangre sin color que arroja,
y échase al fin; después los ojos cierra,
y el pálido desierto
extiende, apenas ve que su hija ha muerto,
el manto polvoroso en que la entierra.
No sospechó al mirar las caravanas
bajo los verdes plátanos cruzando,
que dócil caminando
tras las camellas que de andar no cesan,
obtendría en Bagdad hierbas lozadas,
cuadras frescas, arneses relucientes
y pozos cuyo fondo no atraviesan
ni los rayos del sol resplandecientes.

Si á todos hizo Dios con igual barro,
no hay duda alguna que con otra clase
de arcilla y disponiendo la secase
un rojo sol bizarro,
formó á ese ser, que al desplegar al cielo
de goiondrina ó de águila el plumaje,
ni el cuello dobla, ni refrena el vuelo,
siendo su único anhelo
la libertad salvaje.

III

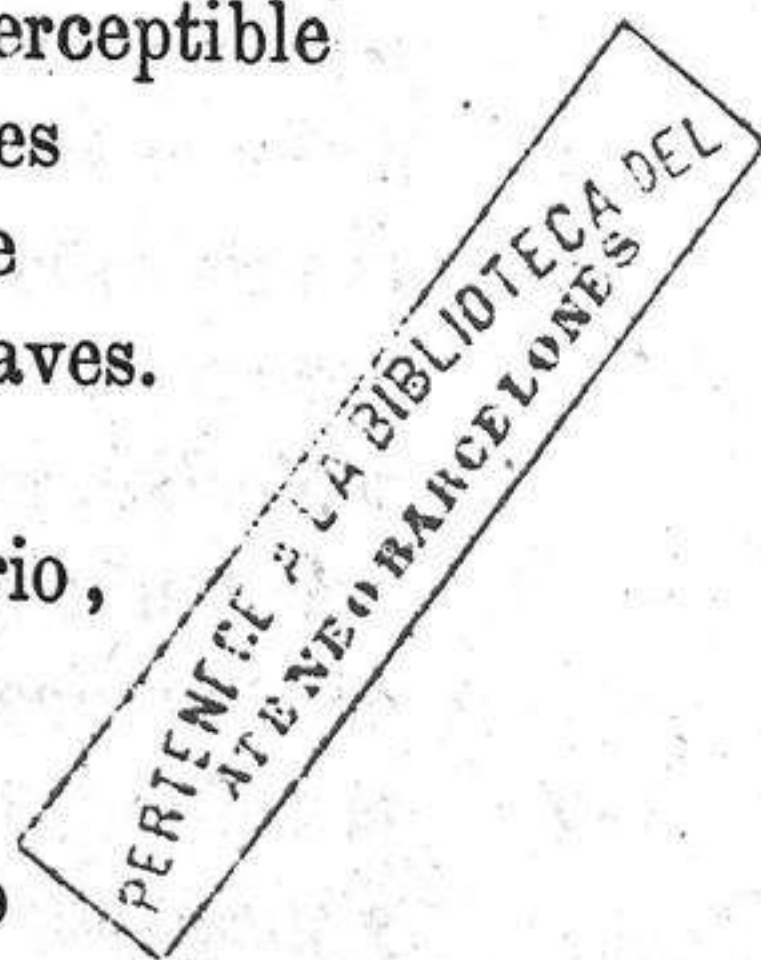
¿Es una estatua de alabastro ó nieve
lo que ilumina con su rayo leve
esa lámpara de oro suspendida,
bañándola en los trémulos reflejos
de la azul colgadura descorrida?
No: la nieve y el mármol están lejos
de tener su blancura:
es una niña, una beldad dormida.
Por su entreabierta boca, dulce y lento
se desliza un suspiro
más tenue que el aliento
de las algas del mar cuando murmura
el céfiro nocturno en vago giro
y plegando sus alas con los besos
de las amantes flores que le aguardan,
en sus labios con mudos embelesos
bebe las perlas que en su cáliz guardan.

Es una niña que en su blando lecho
reposa entre tupidos pabellones:
los quince abriles de su edad no han hecho
desarrollarse aún sus perfecciones;
el querubín que la protege duda
si es su hermana ó su amante;

su cabellera espléndida y flotante
cubre su tez desnuda,
pudiendo entre sus dedos distinguirse
la cruz de su collar, y adivinarse
que se puso á rezar para dormirse
y que lo hará también al despertarse.

Vedla: ¡cuán dulce y cándida es su frente!
Como la leche pura
disuelta en clara fuente,
Dios extendió el pudor en su hermosura;
y mientras duerme en desnudez graciosa,
sobre su corazón la mano posa.
¿No es cierto que aún más bella
aparece en la noche silenciosa,
vibrando en torno de ella
la tenue luz con inefable encanto,
cual si el ángel nocturno se acercase
y trémulo agitase
sobre su seno mórbido su manto?

Nunca ¡oh virgen! el paso imperceptible
del sacerdote en las sagradas naves
produjo una emoción tan indecible
como el rumor de tus suspiros suaves.
Ved la alcoba que habita,
el azahar que incienso el mobiliario,
esos libros, aquel devocionario,
esa rama bendita
que puesta sobre antiguo crucifijo
llorando se marchita.
¿Quién no piensa, de fijo,
ver la rueca que usaba Margarita
en ese edén angelical? ¿No copia
lo que hay más puro, el sueño de la infancia?
¿No es un escudo la hermosura propia?
¿Y el amor que una virgen nos inspira
no es un éxtasis santo y misterioso
como el amor al cielo,
y si alguien llega á traspasar su estancia,



en el aire que aspira
no oye agitarse el vuelo
del serafín glorioso
que la custodia con ardiente celo?

¿Quién es esa mujer, niña adorada,
que vela en torno tuyo y sin sosiego
dirige la mirada
hacia el reloj ó el fuego?
¿Qué espera en la alta noche? Si es tu madre,
¿á quién va á abrir la puerta,
no haciéndolo á tu padre,
que ha tiempo duerme en sepultura yerta?
¿Para quién se previene
la mesa con botellas abundantes
y platos humeantes
que ella sirve en persona?
¿A qué encender las lámparas? ¿quién viene?
A ti, niña gentil, que al acostarte
ciñe tus sienes púdica corona,
no vendrá ningún hombre á visitarte.
No: tus sueños son puros como el día
y no tienen malicia para hablarte
de amores todavía.
Mas á aquella mujer miro que extiende,
para enjugarlo, al fuego, un sobretodo
cubierto de agua y lodo,
el cual, por su tamaño, se comprende
que es el tuyo, María; saturados
tus cabellos están por el rocío;
tus manos y tu rostro amoratados
por el viento y el frío...
¿A dónde en noche tan lluviosa y cruda
condujeron tus pasos delicados?
¡Ah, no es tu madre esa mujer, sin duda!

¡Escuchad! Con alegre desenfreno
empujan varias jóvenes la puerta:
otras, desnudo el seno,
los rizos sueltos y la marcha incierta

vienen por los estrechos corredores,
cogiéndose á los muros fatigadas;
y lejos se descubre, á los fulgores
de una luz que atraviesa,
los restos de un festín y derramadas
las copas de licor sobre la mesa;
luego cierran con locas risotadas
y el estrépito cesa.

¿Será alguna visión lo que presencio
ó un sueño que el delirio me ha inspirado?
Todo, cerca de ti, duerme en silencio
y es madre tuya la que está á tu lado.
Y en el perfume de tus lindas flores,
en los frescos olores
que esparce de tu pelo la madeja
y de tu casta frente en los rubores,
tu corazón su sangre correr deja.

Oid. Alguien parece
que llama y con sus pasos estremece
la acera de la calle oscura y sola.
Abren: una luz débil se aproxima
y dos bultos se ven. ¿Eres tú, Rola?
¿Qué buscas? ¿qué propósito te anima?

¡Oh, Fausto! ¿no ibas á dejar el mundo
lleno de desencanto,
aquella noche de pesar profundo
en que el réprobo arcángel, cual ligera
sombra, en su rojo manto
te arrebató por la anchurosa esfera?
¿No dirigiste el último conjuro
antes de que las místicas canciones
te estremecieran en tu albergue oscuro,
y al lanzar tus postreras maldiciones
no hirió tu frente el descarnado muro?
Si; tu lívida boca se empañaba
con el veneno impuro;
la muerte que en tus libros acechaba

al través de sus márgenes, queriendo
acabar con tu angustia y tu fastidio,
por la inmensa espiral fué descendiendo
en cuyo fondo estaba tu suicidio:
y viejo ya para poder abrirse
tu corazón, cual roca endurecida
por el frío sutil llegó á partirse.
Sonó la hora fatal en tu existencia,
gran ateo de barba encanecida,
estaba seco el árbol de tu ciencia
y el ángel funeral, cumplido el plazo,
vió que tu venta á Satanás firmaste
con la gota de sangre que sacaste
de tu escuálido brazo.

¿Qué hermoso mar, qué bóveda callada,
que planteles altivos
de aloes ó de olivos,
qué montaña de nieve coronada,
sintió al lanzar la aurora el primer rayo
una brisa tan pura y saturada
con el rocío plácido de Mayo,
como aquel soplo que pasar sentiste
por tu cabeza cana,
cuando pronto á morir, te arrepentiste,
y al velo de una virgen te cogiste
á los quince años de su edad galana?
¡Quince años, oh Romeo!
La edad de tu Julieta,
la edad de vuestro amante devaneo,
cuando la brisa inquieta
al tiempo que se oía
el canto de la alondra placentero,
en la escala de seda recogía
los besos mil de vuestro adiós postrero.
¡Quince años! Edad santa
en que la verde planta
de la vida se eleva
en el oasis, que el desierto encanta,
y dulcísimos frutos de oro lleva,

y consigue á su agrado
fecundar el ambiente,
como hacen las palmeras del Oriente,
moviendo su abanico perfumado.
La edad en que su Padre Omnipotente
dió á la mujer tan misterioso influjo,
tanta inocencia y tales perfecciones,
que con sello eternal la reprodujo
en sus áureas angélicas legiones.

¿Por qué, niña indolente, Eva hechicera,
de blonda cabellera,
la flor secaste del edén divino?
Perderlo todo con engaños era
tu implacable destino.
Un dios sublime del mortal hiciste,
á quien adoras con ferviente anhelo,
y aunque pudieras trasportarte al cielo
de él bajarías con el alma triste,
pues sabiendo que siempre has de inspirarle
amor al hombre, á tus caricias hecho,
quieres en su destierro acompañarle,
á fin de consolarle
y morir de placer sobre su pecho.

Rola se puso á contemplar sombrío
á la hermosa Marión que reposaba
en su lecho apacible,
é hizo sus huesos rechinar de frío
una idea satánica y horrible.
Muy cara le costaba
una joven tan bella;
el último doblón que le quedaba
sirvió para pagar la noche aquella.
Sabían su proyecto los amigos,
y, al penetrar, les estrechó la mano,
jurándoles que allí, sin que tuviese
importunos testigos,
se mataría en cuanto el sol saliese.
Tres años de su hermosa primavera,

en que fué un calavera
que amó la orgía y el placer liviano,
se iban á disipar cual sueño vano
ó como el canto de ave pasajera.
Y esa noche fatal, última y breve
en que rezar procura el moribundo
cuando su yerto lábio apenas mueve,
y en que al verse el culpado
próximo á los umbrales de otro mundo,
es por Dios perdonado;
¡Rola, que iba á emprender su eterno viaje,
de una indigna mujer lo pasó al lado,
siendo cristiano y de mortal linaje!
Y esa niña infeliz y sin conciencia,
débil talló en la aurora de su vida,
aguardaba del joven la presencia
junto á su abierto féretro, dormida.

¡Qué horrendo caos! ¡Prostituir la infancia!
Al traspasar su estancia,
¿no sería mejor sobre ese lecho
donde reposa inerme,
coger una segur y abrirle el pecho,
ó retorcerle el cuello mientras duerme?
¿No sería mejor en su semblante
poner sujeta con un férreo guante
una máscara horrible de cal viva,
que no enturbiar el agua fugitiva
del arroyo que copia en sus cristales
los astros y las flores, removiendo
todo el légamo horrendo
que se oculta en los antros infernales?

¡Qué bella es todavía!
¡Qué tesoro de encantos guarda ileso!
¡Qué dulce primer beso
el amor reservado le tenía!
¡Qué hermosos frutos, al caer sus flores,
esa angélica niña hubiera dado!

y esa lámpara casta ¡qué fulgores
tan nítidos hubiese derramado!

¡Ah pobreza, pobreza!
¡Tú eres la cortesana,
y á tu impulso reclina su cabeza
en ese lecho una infantil belleza
digna de verse en el altar de Diana!
Observadla: ha rezado al acostarse.
Sí; ¡ha rezado! ¡Gran Dios! Y tú, sin duda
eres el que la obliga á arrodillarse,
á orar al cielo y á pedir tu ayuda;
tú el que silbando con el vago viento
una noche de insomnio y sufrimiento
le dijiste á través de las paredes
á su madre:—«Tu niña es un portento
y es una virgen que venderla puedes.»—
tú lavaste su cuerpo antes de echarlo
del vicio á la palestra,
como se lava un muerto al enterrarlo;
y tú mismo esta noche en que ha venido
á la luz del relámpago siniestra,
en su manto, ocultándote, has corrido!
Lo que ella hubiera sido
no faltándole el pan, ¿quién lo adivina?
Su frente no es de abyecta pecadora
y nada vil germina
con los destellos de tan fresca aurora..
¡Mísera joven! á sus cortos años
no abrieron sus sentidos los engaños.
María y no Marión, tiene por nombre,
profanó la indigencia su hermosura
y no el amor ni el oro que da el hombre.
Y allí, bajo la indigna colgadura
con que la infame alcoba se engalana,
sobre su lecho vergozoso entrega,
cuando su madre llega,
el oro vil que por la noche gana.

Tenedle compasión, damas del mundo,

que disfrutáis en plácido abandono,
mostrando horror profundo
á lo que no es alegre y de buen tono.
Compadeceos de su oficio inmundo,
¡oh madres! que con celo vigilante
la llave echáis á vuestras hijas puras,
mientras, con mengua del esposo, á oscuras,
escondéis bajo el tálamo al amante.
Vosotras disfrutáis de unos amores
poéticos, seductores;
os veda figurar en ese enjambre
de públicas mujeres vuestra fama,
y no sabéis jamás cómo provoca
el espectro del hambre
cuando sale cantando de la cama,
y al acercar con delirante exceso
sus labios amarillos á otra boca
por un poco de pan entrega un beso.

¿Será ¡oh siglo! verdad que cuanto ofreces
también se vió otras veces?
¡Oh torrente veloz! ¡qué horribles muertos
al mar conduces lívidos y yertos,
en tanto que la tierra mientras mira
pasar generaciones
alrededor del sol, caduca gira,
sin que avive su paso por los cielos
y se acerque de Dios á las mansiones
á fin de hacerle comprender sus duelos!

Ya que es así y tan poco se disfruta,
—Rola pensó—levántate de prisa
con el seno desnudo, ¡oh prostituta!
Brilla el vino con límpido reflejo,
y la nocturna brisa
mueve las gasas de tu claro espejo.
Yo he pagado esta noche deliciosa:
el regocijo que mi pecho llena
excede á la tristeza misteriosa
que de Jesús se apoderó en la Cena.

¡Ven y viva el amor, cuyos excesos
la embriaguez acompaña!
¡Que tus ardientes besos
huelan al vino que produce España!
¡Que cuando invada el vértigo la orgía,
en los brazos estemos
del ángel del placer y la alegría!
¡Ven: el himno cantemos
de Baco y del Amor! ¡Ven y brindemos
por la vida, la muerte y la ventura!
¡A olvidar y á beber en dulce coro!
¡Viva la libertad! ¡Cántese al oro,
á la noche, á la vid y á la hermosura!

IV

¿Duermes, Voltaire, con apacible sueño
y por tu rostro descarnado vaga
tu sonrisa fatal? Si era pequeño
para leerte el siglo en que vivías,
no dudo que el actual te satisfaga:
tus hombres han nacido en nuestros días.
El gigante edificio socavado
en tenaz lucha por tu mano fuerte
cayó sobre nosotros desplomado.
¡Oh, qué ansiedad la Muerte
debió sentir por ver sus esponsales
contigo, á los ochenta
años de requebrarla, y qué contenta
la tendrán sus amores infernales!
¿No te ha ocurrido abandonar el lecho
nupcial, donde cubiertos de gusanos
os abrazáis en el sepulcro estrecho
é introducir con los espectros vanos
tu esqueleto amarillo
por las naves de un templo ó de un castillo?
¿Qué te repiten con extraño acento
esas inmensas bóvedas vacías,

esos muros y altares desolados
que para siempre el soplo de tu aliento
dejó desamparados?
¿Qué te dicen las cruces y el Mesías?
¡Ay! ¿acaso su sangre descuajada,
al descolgarlo, acude,
cuando en el árbol, como flor tronchada,
tu sombra por la noche lo sacude?
¿Conoces que está llena
tu misión con un éxito fecundo,
y como Dios, al terminar el mundo,
encuentras todo bien y tu obra buena?
Pues al festín que empieza he de invitarle.
Marcha, que un lugar tienes en la cena,
como el Comendador, donde sentarte.

¿Oyes las dulces quejas confundidas
de dos niños que cambian sus abrazos?

Al estrecharse sus desnudos brazos
parecen sólo un cuerpo con dos vidas.
Anhelantes sollozos y suspiros
trémulos brotan de su labio ardiente,
y el ángel del placer, con vagos giros,
desmáyase fugaz sobre su frente.
Deben allí, para escuchar el coro
de esos jóvenes bellos,
tender los cielos una gasa de oro...
mas ¡ah! que ni hoy ni nunca amaron ellos.

¿Cómo tienen entonces ni una idea
de ese lenguaje, cuyo dulce encanto
sólo el placer, al desbordarse en llanto,
conoce y balbucea?
Mujer, fuente sutil y extraordinaria
de júbilo y suplicio,
altar donde acompaña al sacrificio
la blasfemia á la vez que la plegaria,
¡ven y dime en qué espacios ideales
se encuentran los orígenes extraños

de esas frases sin nombre, aunque inmortales,
que el delirio provoca,
y aun después de pasar cinco mil años
suspenden los amantes de su boca!

¡Qué de impiedades! El amor les falta
y dos ángeles son, dos corazones
tan puros, que á las célicas legiones
el gozo les exalta
por enseñar á Dios sus perfecciones.
No hay amor, aunque hay lágrimas bastantes:
la noche gime, el aura se estremece
y el mundo, que extasiado palidece,
bebe la dicha en olas incesantes.
El festín sólo ofrece
copas volcadas, platos humeantes,
locos besos sin fin, y ¡oh cielos! uno
que sufre y la luz odia
del sol naciente. No hay amor alguno;
sólo se ve su espectro y su parodia.

Vosotros, que con santas efusiones
aprendisteis á amar, claustros callados,
celdas angostas, negros panteones,
en cuyos atrios, bóvedas y losas
nadie imprimió sus labios abrasados
sin desmayarse, abrid vuestras piadosas
entrañas misteriosas
á esa pareja que gozar ansía
sobre un lecho en que sólo se debía
dormitar ó morir. Dadles suplicios;
herid su corazón con vuestros muros
y señalad sus carnes con los duros
clavos de los cilicios;
inundadles la frente
con las sagradas aguas bautismales,
y después de saber cuán lentamente
vuestras flacas rodillas han gastado
las piedras sepulcrales,
tal vez comprendan lo que habéis amado.

Sí, cenobitas; un amor muy hondo
bebisteis á raudales,
vaciando de los cálices el fondo.
La faz del Salvador se deslizaba
por los toscos sayales,
después que un dulce sueño os transportaba;
y cuando ya de día preludiaba
el órgano sus cantos religiosos,
en las altas ventanas de colores
la buscabais aún; ¡qué venturosos
vivisteis con tan célicos amores!

Ya lo ves, Aruet. Ese hombre, lleno
de juventud, que cubre de una hermosa
con inflamados ósculos el seno,
mañana dormirá bajo una losa.
No te inspire el abismo en que se lanza
envidia ni recelo:
te leyó, y no le queda ni un consuelo,
ni un rayo de esperanza.
Si mañana es el negro escepticismo
una ciencia, de Rola han de ocuparse,
y bien puedes llevártelo ahora mismo
sin que llegue tu tumba á profanarse.

¿Calcula tu razón que si en el pecho
guardase una creencia
ó un hilo frágil que le hubiesen hecho
asirse á la existencia,
deshonrara su muerte en ese lecho?
¡Su muerte! Ya imagínese apacible
ó cual rápido viaje que conduce
á la mansión más trágica y horrible,
le es igual; ningún miedo le produce.
Despertará á la joven desposada
y la verá subir desde la tierra
para entregar á Dios en su morada
la llave de oro que su pecho cierra.

Esa es tu obra, Voltaire: ese es el hombre

que tú educaste en la impiedad y el dolo:
¡así se muere, sin que á nadie asombre,
en este siglo desde ayer tan solo!
Cuando al hundirse el porvenir romano,
Bruto, con pena, dijo:
«¡Virtud, eres no más que un nombre vano!»
su labio no maldijo.
Antes perdió en violenta sacudida
su gloria, su ciudad, sus ilusiones,
su libertad querida,
su Porcia y Casio, y vióse moribundo,
sin sangre y sin legiones,
no inspirándole fe nada del mundo.
Mas al sentarse y devorar sus duelos
sobre una piedra en que invocó á la muerte,
miró fijo á los cielos.
Y todo cuanto amaba
encontró en sus etéreas soledades;
no perdió la esperanza, y conservaba
su acero y sus deidades.

Y á nosotros, deicidas, ¿qué nos resta?
¿Qué ventajas se han visto,
demoledores de índole funesta,
cuando en el ara disecáis á Cristo?
¿Cuál es el germen pródigo y moderno
que arrojáis en su tumba consagrada
al lanzar la paloma ensangrentada
que cae girando en el abismo eterno?
Pretende vuestro genio incomparable
hacer un hombre, como más le agrada,
y fabricar un mundo; y, en efecto,
el mundo que habéis hecho es admirable,
el hombre un ser perfecto.
Los montes se han rasado,
se han abierto en los llanos las umbrías,
el árbol de la vida se ha podado,
no hay un tropiezo en vuestras férreas vías,
todo es grande y hermoso, pero falta
aire que respirar todos los días.

Pronunciáis en voz alta
frases sublimes, que hacia el más remoto
confín llevan los vientos corrompidos,
y las cuales cien ídolos han roto,
mas los pájaros huyen sorprendidos.
La hipocresía concluyó, y se juega
con sus ministros, más también concluye
la sólida virtud y á Dios se niega.
Ya el noble la limpieza no proclama
de su sangre, mas va y se prostituye
en los tugurios de execrable fama.
Puede esparcir, sin traba, el pensamiento
en el libro y la escena sus tesoros,
explayándose libre como el viento,
mas el pueblo querrá fiestas y toros.
El que es pobre y soberbio, ó rico y triste,
y con nada su anhelo satisfizo,
si no es un loco que el sayal se viste
de la cartuja, en el suicidio insiste,
y muere ahogado como Escuses hizo.

V

Cuando la clara luz de la mañana
inundó los tejados,
salió Rola un momento á la ventana.
Ya los carros pesados
comenzaban su tránsito ruidoso
y él bajó la cabeza silencioso.
Flotantes nubes de encendida grana
desgarraban sus flecos, como el día
en que al llamar Jesús en la agonía
á su Padre, los ángeles del cielo,
cruzando por la bóveda sombría,
mudos rasgaron el purpúreo velo.

En la calle contigua
unos músicos pobres y ambulantes

iban cantando una romanza antigua.
¡De qué modo esos aires que aprendimos
en la dulce niñez, más vivos que antes,
llegan al corazón cuando sufrimos!
¡Qué cambio nos producen en la mente
sus notas repentinas,
haciéndonos bajar la altiva frente!
¿Son los suspiros que en el aire dejas,
espíritu infeliz de las ruinas?
Ángel de los recuerdos, ¿son tus quejas?
¡Cómo volaban frescas y gentiles
cual pájaros que cruzan el espacio
sobre el áureo palacio
de los breves amores infantiles!
¡Y cuál abren de nuevo una por una
las flores del pasado,
dejándonos el cuerpo sepultado
después que nos mecieron en la cuna!

Para ver á María,
Rola volvióse con amargo ceño,
notando la quietud con que dormía.
Así el rigor de la implacable suerte
esquivaban los dos: ella en el sueño
y él, después, en la muerte.

Como en otoño, cuando el sol despierta
parece que las nieves de las cumbres
inflaman con su luz su masa yerta,
y la argentina espalda descubierta
de la trémula noche se enrojece
con púdicos vislumbres
al recibir el beso que le ofrece:
así tiembla la cándida doncella,
cuando en las noches del ardiente estío
en sus venas la sangre se atropella;
y así el deseo que, al pasar, sorprende
con su rápido vuelo su albedrío,
en sus mejillas el pudor enciende.
¡Oh, regio sol! La tierra es tu querida

á quien coloca junto á ti, dormida,
tu hermana; y sólo quiere tu grandeza
la juventud eterna de la vida
para inundarla de eternal belleza.

Decidme, ¡oh golondrinas
que cruzáis el espacio peregrinas!
por qué voy á morir. Me causa duelo
y terror el suicidio,
y vuestras alas rápidas envidio
para elevarme en el azul del cielo.
Decidme, tierra y cielo, ¿por qué raya
la aurora? ¿Qué le importa el nuevo día
á un mundo que decrepito desmaya?
Decidme, verde musgo, mar sombría,
si de la luz la mágica influencia
os causa indiferencia,
¿de qué nace ese anhelo
que agita el corazón con más violencia
y dobla las rodillas hacia el suelo?
¿Quién te dió el sol, ¡oh, tierra! por esposo?
¿Qué cantan esos pájaros? ¿Qué llora
ese fugaz rocío?
¿Para qué presentarme el delicioso
cuadro de tus amores? Si huyo impío,
¿qué pretendéis ahora
de mí, que pronto sucumbir ansío?

Y ¿por qué hablaba Rola
de amor? ¿Por qué una frase tan horrible
en ese instante batallaba sola
en su cerebro audaz? ¿Qué extraño acorde
ó qué voz invisible
la murmuraba de su tumba al borde?
A ese desenfrenado libertino
que tuvo en las tabernas su guarida
y haciendo alarde de valor mezquino
despreciaba el amor, como la vida;
á quien tomó esa frase en cualquier boca
por una injuria, y como luce y toca

el viejo militar sus cicatrices
mostraba ufana un corazón de roca
donde ninguna flor echó raíces;
á quien no tuvo nunca hogar ni amada
y vivió en libertad, sin rumbo cierto,
viéndose por el viento despojada
su juventud gastada,
como la hoja que cae de un árbol muerto;
hoy que su vaso apura,
y por la última vez que se divierte,
busca un lecho de muerte
donde resuene la blasfemia impura;
hoy que todo acabósele en el mundo
y la sombría eternidad aguarda
la última chispa que en sus labios arda,
¿quién osa hablar de amor á un moribundo?

Cuando al águila mira remontarse
el tierno hijuelo que se asoma al nido,
¿quién le asegura que podrá elevarse
de la tierra y lanzarse
al espacio sin límite extendido?
¿Quién le habla, lo enardece y solicita?
Sus garras y sus alas no han servido;
mas pronto lo consigue,
porque sabe que es águila; se agita,
pasa el viento y lo sigue.
Hay almas en el mundo de vil traza,
como hay perros, serpientes y chacales
que mueren en el fango de su raza,
lleno el vientre de gérmenes fatales.
La creación necesita
sus hijos asquerosos y protervos
para abonar sus tumbas incesantes,
descubrir sus diamantes
y alimentar sus cuervos.
Mas al formar sus nobles criaturas,
ella que lo ve todo y lo conoce,
sabe hacerlas tan puras
que el mundo no las manche con su roce.

Es una especie rara
que en grueso molde de metal conforma
y en arrojar al cieno no repara,
pues sabe que á su estatua de Carrara
jamás la lluvia destruirá la forma.
El vulgar libertino se parece
al que la madre universal cincela
en durísimo pórfido. Adormece
tres años sus proyectos más sencillos,
y no bien se desvela,
la vil serpiente que su pecho hiela
asómase, ensanchando sus anillos.

Negros dominicanos,
¡cuánto tiempo pasó de iras ahogadas
y errores inhumanos
desde que encadenadas
vuestras colonias á la dura tierra
las pudieron dejar emancipadas
la libertad, la cólera y la guerra!
Así, en tumulto fiero,
tus ideas ¡oh Rola! se levantan;
así tus fuertes hierros se quebrantan
y admiras placentero
antorchas de fantástica apariencia
que alumbran tu sendero.
Pisa, pues, esos mudos
restos de tu existencia,
clava en tus piés desnudos
de las rotas botellas los pedazos,
y con el brindis último que eleves
en tu último festín, saciarte debes
y ahogar la nada en tus rendidos brazos.
¡La nada! ¿No ves tú con qué tristeza
su ancha sombra se extiende,
velando la grandeza
del sol que se defiende?
La sombra vence. ¡Fúnebre contraste!
Se extinguió el sol. La eternidad empieza;
mas tú nunca amarás, porque no amaste.

Rola volvió en seguida
la ventana á entornar, pálido y grave,
y tronchó el tallo de una dalia erguida.
— ¡Ay! — murmuró la flor. — Yo amo y espiro,
besada por el céfiro süave
que va á llevarme al emprender su giro.
Cuando caiga marchita de la altura
habré dejado el polvo y la impureza
que empañan mi frescura;
él mis pétalos de oro besó lleno
de pasión, y ya puede tu fiereza
lanzarme al aire ó desgarrar mi seno.

¡Yo amo! es la voz de la creación entera
que anuncia el viento en su fugaz lenguaje
y reproduce el ave pasajera;
es el suspiro triste y moribundo
que exhalará la tierra cuando baje
al abismo caótico y profundo.
Vosotras, matutinas
estrellas, murmuráis en el espacio
sus sílabas funestas y divinas.
La que hizo Dios más débil, al instante
busca en el éter del azul palacio
al espléndido sol, su eterno amante:
y por la noche, al recorrer la esfera,
otra le ama y se pone en movimiento,
trazando así los mundos su carrera
en torno del celeste firmamento.

Jacobo contemplaba de María
dormida aún las bellas perfecciones.
No sé lo que veía
de extraño y conocido en sus facciones,
mas él temblaba como no solía.
¿No era su hermana aquella prostituta?
Aquella alcoba lóbrega y ruinosa,
no era la mejor fosa
para enterrar su vida disoluta?
¿Y no miraba en ella

la misma aciaga suerte,
la misma horrible y dolorosa huella
que iba á borrar en brazos de la muerte?

— ¡Sí! — pensó el triste Rola. —
Junto á esa infame y dulce criatura
va la Resignación despacio y sola.
Son hermanas su pena y mi amargura:
ved la estatua yacente
que encontrar en mi tumba desearía,
durmiendo dulcemente,
cuando baje á su bóveda vacía.
¡Oh, no despiertes mientras yo te admiro!
Tu vida es ruin, pero tu casto sueño
tan sólo Dios lo rige.
Por besarlo en tus párpados suspiro;
á él, pobre niña, con febril empeño
mi adiós únicamente se dirige;
á él que nunca ha manchado
el velo de su cándida inocencia;
á él que no puedo amar ni lo he comprado;
á él que arrulló tu alegre adolescencia;
á él que en sus raptos de mayor vehemencia
tan sólo de tu ser ha conservado
tu beldad casta cual divina esencia.

¿No flota allí, gran Dios, la forma pura
de un ángel hechicero
detrás de esa plegada colgadura?
Si el amor, ese cisne pasajero,
tan sólo necesita
para alegrar su canto lastimero
lo más tenue y ligero
que en derredor de la beldad palpita;
si es cierto que recibe mil traiciones,
y sabiéndolo, á fin de no curarse,
sólo se forja en todas ocasiones
que ve á su amada, aquellas ilusiones
con que debe su pena alimentarse,
¿qué busco, pues? La vida y la hermosura

muestra aquel lecho en toda su frescura.
¡Oh, amor! ¡Puedes venir sin que te advierta
esa niña que apenas te presume,
y mientras luce sobre el tallo abierta,
sal de esa flor desventurada y yerta,
si eres sólo un perfume!

Con lenta suavidad, junto á María,
embebecido en sus azules ojos
y aspirando su aliento de ambrosía,
se acostó Rola, y su mirada incierta,
ya se alzaba con tímidos antojos,
ya inclinábase muerta.
Entonces, levantando
sus párpados la niña y suspirando,
le dijo:—Un sueño fúnebre he tenido.
Oyeme: En este lecho me encontraba
y desperté. La alcoba semejaba
un cementerio henchido
de tumbas y de huesos: conducían
un ataúd por medio de la nieve
tres hombres y en la tierra lo ponían
para rezarle una plegaria breve.
Se levantó la tapa y te vi dentro:
inundaba la sangre tu semblante,
y saliendo al instante
para venir al lecho en que me encuentro,
cogiéndome la mano me dijiste:
—¡Infeliz! Si mi vida se derrumba,
¿por qué mi sitio, ¡oh, mísera! escogiste?
Miré entonces y estaba en una tumba.

—¿Es cierto?—exclamó Rola. — Amiga mía,
tu sueño es verdadero, aunque no es grato,
y una imagen verás de ese relato
sin que duermas mañana ni otro día:
esta noche me mato.

Sonriendo le escuchó, puesta al espejo
con vago coquetismo,
mas vió de Rola el pálido entrecejo

y quedóse más pálida que él mismo.
 — ¿Qué tienes hoy?— á preguntarle acierta.
 — ¿Qué tengo, dices?— contestóle:— ¿Ignoras
 que desde ayer mi ruina es cosa cierta?
 Vine á decirte adiós antes que acaben
 de mi existencia las escasas horas,
 pues me debo matar: todos lo saben.
 — ¿Jugaste acaso?— No: mas al presente
 me hallo arruinado. — Y repitió María
 la frase que le oía
 mirando al suelo inmóvil y doliente.
 ¿Arruinado? ¿Arruinado?— ¿No te quedan
 madre, amigos, parientes, ni persona
 que en este mundo protegerte puedan?
 ¿Por qué anhelas morir?— Y juguetona
 á la orilla del lecho reclinada,
 fijó en él su dulcísima mirada.
 Le quiso preguntar alguna cosa
 y desistió: con lánguido embeleso
 echó en la suya su cabeza hermosa
 y al fin le pidió un beso.
 — Yo quisiera —añadió— comunicarte
 una idea, con tal que no te enoje:
 ningún dinero tengo para darte
 y el que gano mi madre me lo coge.
 Mas, escucha: á vender estoy dispuesta
 mi collar de oro y á entregarte luego
 lo que me den para llevarlo al juego.—
 Una sonrisa de él fué su respuesta.

El líquido bebió de un pomo oscuro:
 inclinóse con fúnebre tristeza
 sobre aquel cuerpo de gentil belleza
 y estampó en su collar un beso puro.
 Cuando ella alzó su lánguida cabeza
 un cadáver sus ojos encontraron:
 en aquel beso amante
 partió el alma de Rola, y un instante
 decirse puede que los dos amaron.

G. BELMONTE MÜLLER.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

IV

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS DEL

Conclusión de las Conferencias del Ateneo.—Resumen.—Leyenda nueva.—Monumento en Nueva York.—Justicia á los Pinzones.—La naturaleza de Colón según documentos.—Contradícenla las declaraciones del interesado.—Causas probables de la divergencia.—Correspondencia de la isla Guanahaní.—Libros.—Los exhumados.—El clero en el centenario.—La honestidad de Colón y la caridad del P. Las Casas.—Historia salvaje.—Mapas.—Una dama *sans façon*.—Fallo de la Academia Española declarando desierto el Concurso poético que abrió.—Barruntos de aluvión de versos.—Un francés descubridor de los caminos de América y Asia.—Otro concurso cerrado sin éxito: el de la historia del descubrimiento.—Himno á Colón.—Fiesta notable.—Bote al agua de la nave *Santa María*.—Lo que significa.—Remedos en otras partes.—Procesión cívica en Madrid, proyectada.

Se ha cerrado la serie de Conferencias del Ateneo de Madrid, bien entendida preparación del centenario, siendo cincuenta y cinco el término sumatorio. Algunas de las que el plan comprendía han quedado sin realización por causas diversas; sin embargo, corresponde el conjunto á la idea que las concibió, y cuando concluya la impresión, que va adelantando, constituirá una de las obras útiles dedicadas á la buena memoria de los españoles en el más grande de los sucesos históricos.

Sello á las disertaciones puso el Sr. D. Antonio Sánchez Moguel, su iniciador, resumiendo brillantemente las opiniones de los conferenciantes en el discurso que ha titulado *El descubrimiento de América en la leyenda y en la historia*, y queriendo que las suyas se conozcan, eligió predilectamente el asunto que llamó *Leyenda de Pinzón*, para castigar conceptos con que no está conforme. No son estos los que se refieren á los conocimientos náuticos del insigne capitán de Palos, ni los que enaltecen las cualidades

morales de su grandiosa figura, ni los que aseverando la contribución de su caudal con un tercio del importe del armamento, ó sea con la mitad de lo que suministró el crédito de los Reyes, le presentan como socio más bien que subordinado del capitán de SS. AA.; lo que el señor Sánchez Moguel ha discutido y contradicho, ha sido la intervención y decisiva influencia que en el armamento de la expedición tuvo Martín Alonso, precisamente lo que los historiadores sin discrepancia reconocen. Demostró el corrector de la leyenda que las carabelas no pertenecían á los Pinzones, gala innecesaria no habiendo quien en el Ateneo haya dicho otra cosa, y con la premisa dedujo que en Palos no ocurrió nada de particular. Allí llegaron las cédulas de los Reyes y se cumplieron al punto sin dificultad; halló Cristóbal Colón cuantos hombres necesitaba y lo mismo que en Palos los hallara sin más que pedirlos en cualquiera puerto del reino de Sevilla, tanto por abundar los marineros cursados, como por estar de tiempo atrás hechos á tener genoveses por almirantes.

Por lo visto, para el Sr. Sánchez Moguel no hay diferencia entre los Bocanegra, los Pezani, los Usodemari, Almirantes por derecho propio que mandaban bajeles y hombres de Génova, y con ellos

se ponían al servicio de quien bien los pagaba, y «el extranjero de la capa raída que anduvo padeciendo mucha necesidad y pobreza»; que vivió de limosna en el convento de la Rábida á vista de todos, y que repentinamente, por un papel firmado de los Reyes, iba á regir navés y náutas españoles. Nada significa tampoco que los Reyes escribieran: «diz que es necesario dar seguro a las personas que con él fueren, porque de otra manera no querian ir con él al dicho viaje.»

Dió con estas especies el orador novedad, interés y amenidad, justamente premiadas con el aplauso del auditorio; mas paréceme que al censurar por legendario lo que tiene fundamento histórico, fabricó, á su vez, una leyenda que podría llamarse *sevillana*.

Que no es general su estimación de los sucesos y de las personas, parece indicar el acuerdo de los españoles é hispano-americanos residentes en los Estados Unidos de América, donde se estudian con gran atención los antecedentes del descubrimiento de las Indias, según en las reseñas anteriores he apuntado. En la última expresé cómo el Ayuntamiento de Nueva York había decidido auxiliar con 50.000 pesos el propósito de un monumento digno del centenario; pues bien, los referidos españoles han ultima-

do el proyecto discurriendo fuente grandiosa, de cuyo vaso emerge un casquete de la esfera terráquea y en el agrupadas tres figuras: Martín Alonso Pinzón, señalando con el brazo extendido la tierra que aparece entre la bruma del horizonte; Vicente, recogiendo la vista con la mano y buscando dudoso la certeza del anhelo; Colón en medio de los dos hermanos, elevando al cielo ojos y corazón, seguro de estar cumplida su esperanza. El pensamiento levantado; la composición felicísima; elogiarán al monumento neoyorkino el arte, la razón, la justicia, el estudio, la reflexión. Es obra del entendimiento convencido; es obra española.

Demos al patriotismo otra satisfacción confirmando la noticia anticipada en la reseña última, de haberse resuelto aquí el problema de naturaleza del navegante italiano.

Nadie ha podido creer que, contando D. Fernando Colón cerca de veinte años de edad cuando ocurrió el fallecimiento de su padre D. Cristóbal, habiendo examinado los papeles que á éste pertenecían con propósito de historiar su vida y teniendo comunicación por largo espacio de tiempo con don Bartolomé y D. Diego, hermanos del Almirante y tíos suyos, no supiera de modo cierto el lugar en que nació persona tan allegada. Al-

guna razón, algún interés tuvo, no ya sólo para omitir la noticia, esencial en escrito biográfico, sino para desorientar á los indagadores que por otros conductos la buscaran, diciendo *quiso Dios que la patria y origen del grande hombre fueran desconocidos*, dada la autenticidad de las palabras cual en la *Historia*, traducida por Ulloa, parecen.

Como rechazara indignado las afirmaciones de Giustiniani, conformes con las de los coetáneos Gallo y Foglieta en señalar la humilde extracción de los Colombos de Génova; como procurara desvanecer las referencias hechas á varios lugares de la ribera, Saona, entre ellos, de presumir es que por sentimiento vanidoso heredado y de las preocupaciones de la época nacido, fué el móvil de su pensamiento encaminar la curiosidad dudosa hacia los linajes ilustres del mismo apelativo que en otras regiones de Italia radicaban.

Si advirtió ó no que sus palabras contradecían á las que deliberadamente dictó el héroe de la historia, su progenitor D. Cristóbal, Almirante y virrey de las Indias, en la escritura de institución de mayorazgo, sería aventurado decidir: acaso imaginó que este documento no había de salir nunca del archivo de la familia; tal vez le ocurriera que la divergencia aumentaría la

confusión, y no erró en tal caso, porque muchas son las interpretaciones, las polémicas, las hipótesis originadas de la declaración, *siendo yo nacido en Génova... vine á servir aquí en Castilla...* De Génova, noble ciudad y poderosa por la mar... *de ella salí y en ella nació.*

Los de la antigua *Janua* se han servido del testimonio, que no reconoce superior, hasta el punto de pensar el Sr. Peragallo que *dimostrare che l'ammiraglio nacque in Genova sarebbe oggimai un opera piu inutile di chi provasse che due e due fanno quattro.* Sin embargo, no ha convencido al señor HARRISSE, en razón á que no existen otros documentos que acrediten la presencia en Génova de DOMENICO COLOMBO, padre de D. CRISTÓBAL, antes del año 1451. El escrupuloso crítico americano ha compulsado muchos datos, por los que juzga que no deben tomarse al pié de la letra las palabras del Descubridor de las Indias, el cual, así como de propia autoridad se adjudicó escudo de armas, pudiera muy bien haber cedido á la tentación de designar por patria á la noble ciudad, más bien que á una aldea.

«¡Cristóbal Colón convicto embustero!» — contesta á la observación el citado Sr. Peragallo... (1).

(1) *Cristoforo Colombo e la sua famiglia.* Lisboa, 1885.

Por lo menos, no se han recibido por concluyentes sus verdades; de otro modo no hubiera quien le supone inglés ó griego, ni en Italia disputaran su cuna tres veces más pueblos que en Grecia, la del poeta por excelencia. Genova, Saona, Finale, Cogoleto, Oneglia, Cosseria, Albissola, Bogliasco, Chiavari, Terrarosa, Nervi, Quinto, Cuccaro, Piacenza, Pradello, Modena, Milán, Calvi, Palestrella (que son diez y nueve), han alegado en el pleito con pruebas más ó menos aceptables, con algún fundamento siempre, y hoy mismo, llegada la ocasión del centenario, no se da por fallada la causa, habiendo ganado terreno la opinión de que, si es Génova reconocidamente patria adoptiva del mareante, vino al mundo en Pradello, valle de Nure, provincia de Piacenza, municipio de Bettola, que erige en este instante monumento alusivo encomendado al escultor Astorri.

Así las cosas, el Sr. D. FRANCISCO R. DE UHAGÓN, ministro del Tribunal y Consejo de las Ordenes militares, profeso en la de Calatrava, ha encontrado en el archivo de las mismas una pieza de importancia bastante para encauzar las corrientes divididas: el expediente original que para tomar hábito de Santiago D. Diego de Colón y Toledo, hijo de otro D. Diego, segundo

almirante de las Indias, y nieto de D. Cristóbal el primero, se formó en Madrid el año 1535.

El Sr. de Uhagón, bibliófilo de gusto depurado, lo ha impreso en opúsculo elegante (1) transcribiendo plana por plana el texto, después de comprobar la copia el oficial del Cuerpo de Archiveros Navarro Santín, no porque de ayuda ajena necesitara, porque lleve el trasunto la garantía pericial que es bueno dar á documentos antiguos.

Declaran bajo juramento tres testigos: Diego Méndez, vecino de la ciudad de Santo Domingo en la isla Española, que conoció á D. Cristóbal Colon, ginoves, de cuarenta e cinco años a esta parte, *e que era natural de la Saona, ques una villa cerca de Genova*. Pedro de Arana, vecino de Córdoba, deudo de Beatriz Enríquez, que conoció á Don Cristóbal Colón, ya difunto, *e oyó decir que era ginovés, pero que no sabe dondes natural*. El licenciado Domingo Barreda, vecino de la ciudad de México, que conoció á D. Cristóbal Colon *e siempre oyó decir que era de la senioria de Genova de la cibdad de Saona e á todos los ginoveses queste testigo conversó, que fueron muchos, oido que todos le te-*

nian por natural genoves. Pareciendo al Tribunal suficientemente aclarado el punto, mandó hacer asiento en el *Indice de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago*, con inserción de la genealogía en que se puso el abuelo paterno *Cristóbal Colón natural de Saona, cerca de Génova*.

Si no se conociera más que el primer atestado, bastara al convencimiento moral de la naturaleza de D. Cristóbal, por ser Diego Méndez testigo de mayor excepción. Dedicó la existencia al servicio del Almirante; fué su criado de íntima confianza, como entonces se decía; su secretario, que diríamos hoy; el que (á mi juicio) castigó, pulió ó escribió las cartas que en buen castellano aparecen firmadas Xpo Ferens, singularmente la fechada en Jamaica á 7 de Julio de 1503 que él mismo trajo á España, habiendo hecho la travesía hasta la Española en la canoa de indios que milagrosamente llegó. En vida y muerte cuidó de los intereses de su jefe con celo, con fidelidad, con abnegación incomparables y mal pagadas por cierto. Calló, no obstante, hasta la última hora, en que siendo ya inútil el silencio, dictó al notario en testamento: «Los muy ilustres señores el almirante D. Cristóbal Colón, de gloriosa memoria, y su hijo, el almirante D. Diego Colón, y su nieto

(1) Titúlase *La patria de Colón, según los documentos de las Ordenes militares*. Madrid, tipog. de F. Fe, 1892; 8.º, 69 págs.

el almirante D. Luis, a quien Dios dé largos días de vida, y por ellos la virreyna mi Señora, como su tuitriz y curadora, me son en cargo de muchos y grandes servicios que yo les hice en que consumí y gasté lo mejor de mi vida hasta acaballa en su servicio.»

Diego Méndez, honrado caballero y buen cristiano, no era capaz de decir bajo juramento una cosa por otra: declaró ser D. Cristóbal natural de Saona, pues por cierto lo tuvo y motivos tenía para saberlo.

Siendo así, se pensará, queda Cristóbal Colón convencido de inexacto.

Conteste el Sr. Peragallo.

La circunstancia que en otras ocasiones he notado de no haber entre tantas islas, montes, ríos, cabos y tierras descubiertas por el egregio navegante, más que una sola á que diera nombre alusivo á la patria, y ser esta llamada *Saona*, ofrecía por sí sola un indicio vehementemente, harto más que los reunidos por Pollero, Vercellino, Ponta, Belloro, Varaldo y Salinerio, abogados de la ciudad do nació también el Papa Julio II; indicio que añadir á los importantes papeles de familia no ha mucho encontrados en los archivos de protocolos por el marqués Straglieno.

Habrán, pues, de estimarse el hallazgo del Sr. de Uhagon y su

obra divulgadora, entre los más felices resultados de investigación del centenario, por darlo definitivo, resolviendo documentalmente uno de los problemas históricos más enredados.

Resuelto, asimismo, parece el de la correspondencia de la isla Guanahaní ó San Salvador primeramente vista por Rodrigo de Triana en la recalada de las carabelas al Nuevo Mundo, con la nombrada ahora Watling en el grupo de las Lucayas. A esta equivalencia que viene tiempo ha señalándose por marineros españoles, de Inglaterra y los Estados Unidos de América, y que fué el primero en señalar nuestro historiador D. Juan Bautista Muñoz, se inclinan las opiniones del capitán de navío de primera clase D. Patricio Montojo y del geógrafo D. Otto Neussel, expuestas primero en las conferencias que respectivamente dieron en el Ateneo y en la Sociedad geográfica, publicadas ahora (1), acompañando al

(1) Ateneo de Madrid. «Las primeras tierras descubiertas por Colón». Conferencia de D. Patricio Montojo, leída el 30 de Noviembre de 1891. Madrid, sucesores de Rivadeneira, 1892, 8.º, 37 págs.

«Los cuatro viajes de Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo según los manuscritos de Fr. Bartolomé de las Casas, trazados y publicados por Otto Neussel, geógrafo», etc. Conferencia en la Sociedad geográfica de Madrid el 8 de Marzo de 1892. Fortanet, 8.º, 21 págs. y carta.

opúsculo del segundo carta en colores con trazado de las derrotas del Almirante en sus cuatro viajes.

Las noticias que asombraron al mundo viejo, escritas en latín por Pedro Mártir de Anglería, á raíz del suceso, saludan al centenario vertidas al castellano después de cuatro siglos, por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de la Iglesia de Madrid. Corrieron de mano en mano en su tiempo, buscadas con afán por los eruditos, leídas en la cámara del Papa León X, que estimulaba al autor á redactarlas. Empezada la publicación en 1511 y seguida en 1530, al poco tiempo circulaban traducidas en las lenguas europeas, exceptuando la de los descubridores. Aquí, porque la del Lacio estuviera cultivada, ó más bien por contar con otros medios de información que aminoraban su interés, se conservaron en texto original, llegando á ser rarísimas. Ha prestado, por tanto, á las letras señalado servicio el Sr. Torres Asensio, acometiendo la empresa nada fácil de vulgarizar las obras del Abad de Jamaica, que los más de los lectores recibirán por cosa nueva, saboreando la impresión que causarían en su día, diciendo: «Ha vuelto de los antipodas cierto Cristóbal Colón, de la Liguria..., trayendo muestras de muchas cosas preciosas, pero prin-

cialmente de oro, que crían naturalmente aquellas regiones.»

El traductor ha separado lo que tiene relación con los descubrimientos, del *Opus Epistolarum*, tesoro histórico de cuanto se hacía y se pensaba en la corte de los reyes de Castilla y de Aragón en aquella época de su preponderancia, trasladando á seguida íntegra, del libro *De Orbe novo*, la primera década, la que abraza los tres primeros viajes de Colón, con lo que, precediendo noticias de la vida de Pedro Mártir, ha compuesto el primer volumen de su tarea (1), que continuará.

Es de notar el concurso valioso que presta el clero español á las enseñanzas del centenario: el nombre del Sr. Torres Asensio queda ya unido en este concepto al de los Rvdos. PP. Cappa, Fita, Coll, Mir, Jardiel, de Lorenzo, sin ser el último á estas fechas, que otro libro reciente titulado, *Estudios críticos acerca de un período de la vida de Colón* (2), muestra en la portada el

(1) *Fuentes históricas sobre Colón y América Pedro Martir Anglería, del Real Consejo de Indias, Contino de los Reyes Católicos y primer historiador del descubrimiento del Nuevo Mundo.* Libros rarísimos que sacó del olvido traduciéndolos y dándolos á luz en 1892 el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de Madrid. Madrid, 1892, imp. de la S. E. de San Francisco de Sales. 8.º, LVI, 392 págs.

(2) Madrid, imp. de la Sociedad Editorial de San Francisco de Sales; 1892, 8.º mayor XIX, 304 págs.

de D. Alejandro de la Terre y Velez, canónigo lectoral también de la Catedral de Salamanca y autor de anteriores trabajos en pró de la Atenas castella (1). El presente responde al mismo pensamiento; prueba la ligereza de aquellos que han ridiculizado á los doctores y á los catedráticos de la Universidad, que nada tuvo que ver con los planes ni propuestas del marino ligur, estimando que Roselly de Lorgues, contado en el número, tanto ha mirado al cielo al escribir la que llama *Historia de Colón*, que, lo mismo que el rey de Castilla D. Alonso el Sabio, no ha visto en el suelo donde ponía los piés; pensamiento feliz y exacto más de lo que al Sr. Torre y Velez parece, porque sólo lo aplica á la estimación de su ciudad y de las corporaciones científicas, y juzga en cambio, que el Conde francés ha ventilado el punto histórico relativo al enlace de Colón con Beatriz Enríquez.

Mejor sería que el autor, que hace caso omiso de los estudios últimamente publicados en España, no hubiera tocado la cuestión espionosa, ajena por completo al objeto de sus disertaciones. Al sentar que el Almirante contrajo matrimonio

(1) *Colón en Salamanca ó el huésped de San Esteban. Juicio crítico sobre la presentación de Colón á la Junta ó Consejo de la Universidad de Salamanca y sobre el informe dado por ésta á los planes del sabio marino.* Memoria de la Sociedad Colombina Onubense. Huelva, 1886.

rato y verdadero, aunque clandestino, con la dama cordobesa, agregando que con tan sencillo sistema *queda refutada la injuriosa hipótesis del amancebamiento*, contradice un fallo de la crítica filosófica que difícilmente sufre esta apelación, teniendo entre los jueces á los Padres Cappa y Coll. Y no es este único flaco de la obra: en la estimación de las personalidades de Fr. Juan Pérez y de Fr. Antonio de Marchena como guardián de la Rábida el primero; como ministro en el santo sacrificio de la Misa en Indias el otro, suponiéndole compañero de Colón en el segundo viaje, se aparta caprichosamente también de lo que se tiene por averiguado.

Descanse un momento la memoria de D. Cristóbal por cambio de autor y de materia, advirtiéndole que si de exhumación tiene algo la labor indicada del Sr. Torres Asensio, á operación cesárea se aproxima la llevada á cabo por D. Marcos Jiménez de la Espada, sacando á luz de la *non nata Apologética historia* de Fr. Bartolomé de las Casas, la parte noticiosa *De las antiguas gentes del Perú* (1). Precisa conocer los manuscritos del apóstol de los indios, su letra pésima, sus tachones, en-

(1) *Colección de libros españoles raros ó curiosos.* Tomo vigésimo primero. Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1892, 8.º, LIX-290 págs.

miendas y arrepentimientos, para formar idea del trabajo que se ha impuesto el escudriñador, sin el lucimiento que mereciera y sin otro provecho que el de aumentar el caudal de materiales para la historia de aquellas gentes ignoradas; porque resulta que las noticias son de segunda mano, no habiendo estado jamás en el Perú el buen fraile; afirmación con que se corrijen las hipótesis de sus biógrafos; descubrimiento propio de la sagacidad del Sr. Jiménez de la Espada al seguir los pasos del autor de la *Apologética historia* cuando ejercitaba su ardentísimo celo con intermitencias oportunistas, pues que «su humanidad no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco.»

Nos ha procurado á la vez el incansable perulero, conocimiento de otra obra de más interés, inédita como la anterior en la biblioteca de la Academia de la Historia, que contiene datos valiosísimos y muchos de ellos nuevos ó poco conocidos para la *Historia salvaje* de una de las regiones más importantes de la América del Sur, y que muchas relaciones y semejanzas ofrece con la proto-historia de los pueblos más blancos y más nobles de Europa. Titúlase *Noticias auténticas del famoso río Marañón* (1). El autor

(1) *Y misión apostólica de la Compañía de Jesús de la provincia de Quito en los dilatados*

del manuscrito original parece fué el P. Pablo Maroni, según las investigaciones del padrino que lo bautiza, engalanándolo con adiciones, una la reproducción bien hecha del curioso mapa de *El gran río Marañón ó Amazonas*, del padre Samuel Fritz, misionero de la misma Compañía, año 1707.

Análogo servicio se debe á don José Gómez Imaz, comandante del vapor *Vulcano* y jefe de la comisión hidrográfica de la Península, salvo que el trasunto bajo su dirección y por sus subordinados hecho en Palma de Mallorca, es de carta de marear original y única; la de Gabriel de Valseca, trazada en 1438, adquirida por Americo Vespucci á peso de oro, conservada en la biblioteca del señor conde de Montenegro, con pena del deterioro que refirió lastimado D. Joaquín María Bover en su *Memoria biográfica de mallorquines ilustres*, por ser causante una dama que se preciaba de artista (Jorge Sand) y que por gracia lo celebró en escrito.

Ha sido miniada la carta fielmente en *facsimile*, y puesta en marco tallado correspondiente á su mérito, para lucir en la Exposición retrospectiva.

bosques de dicho río. Escribíalas por los años de 1738 un misionero de la misma Compañía, y las publica ahora por primera vez Marcos Jiménez de la Espada, con notas y apéndices. Madrid, Fortanet, 1892, 4.º, 676 páginas.

Todavía entre las reapariciones debe comprenderse un fragmento de las *Saudades da Terra*, obra inédita del Dr. Gaspar Fructuoso, que ha impreso en la isla de San Miguel de las Azores el bibliófilo D. Ernesto do Canto (1), mas con ella hay que cerrar el paréntesis de respiro concedido al almirante de las Indias, y verlo como *Un homen de nação Italiana, Genoes, avisado e pratico na arte de navegação. Vin-do de sua terra a Ilha da Madeira se casou n'ella vivendo ali de fazer cartas de mariar. Veio aportar una nao biscainha, havendo com tormentas descoberto parte das terras que agora chamamos Novo Mundo...*

Gracias á la Real Academia Española, el descubridor genovés ha tenido reparo contra los que más suelen agraviarle, si bien con intención óptima; contra aquellos enemigos de la gramática más que suyos, que rimán al vapor. Es noticia de dominio público que el jurado calificador de las obras poéticas en loor del gran marinero llamadas á concurso, no ha encontrado entre sesenta y seis ninguna que merezca premio ni significación honorífica. Respiro también y no más que res-

(1) *Centenario da descoberta da America por Christovam Colombo. Do descobrimento das Antilhas, que agora se chamam Indias occidentaes. Ponta Delgada, S. Miguel, 1892, fol. 12 pá-ginas.*

piro, pues no han de querer que se malogre el medio ciento largo de composiciones los autores; saldrán de las prensas, como aluvión, de aquí á Octubre, enseñándonos cosas no sabidas.

Pido mil perdones á los anónimos poetas; creo que es la grandeza del asunto y no su aptitud, causante de no haber logrado ninguno el grado de excelencia que el programa requería y el tribunal ha buscado, reconociendo mucho bueno en los manuscritos. De todos modos, acreditado dejan el aliento para empresas arduas.

Con ser más llano narrar en prosa los sucesos, no con excelencia saben tampoco hacerlo sino muy contados, ni exclusivo es de los verificadores dar alas á la imaginación en asuntos en que conviene enjaularla. Ejemplo ofrece M. P. Gaffarel, catedrático y escritor laboriosísimo, en la nueva obra dedicada al centenario (1). El primer volumen, ceñido á los precursores de Colón, compilando monografías que anteriormente había estudiado, es de gran erudición y enseñanza; el segundo, entrando de lleno en la vida y viajes del marino ligur, no está tan á cubierto de las observa-

(1) *Histoire de la découverte de l'Amérique depuis les origines jusqu'à la mort de Christophe Colomb. Paris, 1892; dos tomos en 8.º con láminas.*

ciones de la crítica, singularmente en aquellos capítulos en que el autor da crédito á las engañosas relaciones de Americo Vespucci, descaminado sin duda por los comentarios con que lo ensalzó el escritor brasileño Varnhagen. Admite el señor Gaffarel que el florentino hizo en 1497 viaje con Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, y que reconociendo el continente por toda la costa de Honduras, siguiendo por el Yucatán y seno mejicano hasta el canal de Bahama, fué verdadero descubridor de la tierra firme, antes de Colón; de Tampico, antes que Garay; de la Florida, antes que Ponce de León; de Cuba, antes de Ocampo; de las Bermudas, antes que Bermúdez. Si así fuera, la gloria de los descubrimientos pertenecería al jefe de la expedición, nunca á un pasajero con carácter de agente comercial, que fué el de Americo en un principio; pero semejante viaje no se hizo: el de Vicente Yáñez es dos años posterior; no se extendió por la costa de Honduras más que hasta el comienzo de Yucatán; y como hombre honrado que era, declaró haber sido el Almirante el primero que vió la tierra firme en Paria.

El Sr. Gaffarel, más encariñado todavía con la conseja de Cousin, la repite porque siempre conste, ó á lo menos se diga, que un francés,

acompañándole Pinzón, descubrió de una vez el Brasil y el cabo de Buena Esperanza, precediendo á Colón y á Gama.

¿Habría, como en esta historia, pasión ó deficiencia en las que han optado al premio excepcional ofrecido por la junta directiva del centenario á un estudio en prosa, razonado cuadro donde se estime en lo justo la grandeza del acontecimiento que va á celebrarse? Es probable. Se susurra que el jurado académico al que se encomendó el examen de escritos en español, francés, inglés y alemán concurrentes, no ha sido en resultados más venturoso que el de la Academia Española, y ha acordado veredicto declarando desierto el certamen.

Las condiciones severas del programa han debido influir en el fallo. Se abrió el concurso para solemnizar la gran fiesta *con un monumento literario que dure y la recuerde*. Se advirtió que *lo elevado y vasto del argumento exigen que el libro sea una esmerada obra de arte...* Se pretendía que el aliciente honroso y remunerador de la convocatoria estimulara en un año lo que espontáneamente no han producido cuatrocientos... Franklin dijo sentenciosamente: *Il y a quelque chose de plus grand que la mer elle-même, c'est le génie qu'elle a développé chez ceux qui ont tenté ses vagues*; pero

esa quisicosa, que no ha inspirado todavía un poema, un drama, no más guía la pluma de un historiador en páginas que la humanidad ponga sobre la cabeza, siquiera haya dictado muchas relativamente bellas.

Parece que el tribunal académico, una vez cumplida con pena su misión, recomienda á la benevolencia de la comisión del centenario como dignas de significación honrosa, sin llegar á la de los premios no adjudicados, dos de las obras, escritas respectivamente en francés y en castellano.

En Huelva ha obtenido el profesor de la Escuela Nacional de Música, D. Fermín Ruiz Escobés, el premio ofrecido en concurso al mejor himno dedicado á Colón. Sea enhorabuena.

Tanto espacio ocupan en esta reseña los sucesos de carácter literario y artístico, sin estar agotados, que han de sufrirlo otros de menor importancia, quedando sin mención; pero uno la requiere, aunque los límites excedan de su ordinario espacio. La nao *Santa María*, fiel reproducción del vehículo del almirante de las Indias, flota ya en el arsenal de la Carraca, brindando á la curiosidad de nuestro siglo muestra tangible del arte retrospectivo.

La bahía de Cádiz ofreció el domingo 26 de Junio animación poco común con el movimiento de vapo-

res que conducían invitados á la fiesta. Las puertas del arsenal se habían abierto al público; la música de la infantería de Marina atraía hacia la grada en que las banderas, pavese y asientos, marcaban el lugar de la ceremonia. A las dos de la tarde, después de las sublimes ceremonias con que la Iglesia pide al Todopoderoso protección para el vaso nuevo, presente el capitán general del departamento con su Estado Mayor, alegrando á la concurrencia señoras de cuenta, á una voz del ingeniero director, dió la prensa hidráulica impulso á la masa que, lenta al principio, rápida después, en obediencia á las leyes mecánicas, se deslizó por el plano inclinado, cayendo majestuosa en el líquido cuya superficie por un momento abrió con su peso, produciendo oleaje anormal, á la vez que con cabeceo gallardo parecía responder á las aclamaciones entusiastas espontáneamente arrancadas á los espectadores.

Comparada con el crucero *Princesa de Asturias* que á la inmediatez se construye, la *Santa María* es una navecilla de pigmeos, y al mismo tiempo un testimonio de audacia de gigantes. ¡Qué diferencias en capacidad, en solidez, en fuerza, en comodidad, con las fábricas colosales del arte naval de nuestros días! ¡Qué resultados tan distintos se

alcanzaron, no obstante, con tan imperfectos medios, y qué reflexiones sugiere el paralelo de los hombres que unos y otros utilizaron y utilizan!

Muchos varones temían que por olvido natural de las añejas prácticas ocurriera fracaso en el lanzamiento de la *Santa María* ó bien que resultara embarcación peligrosa, incapaz de salir á la mar; más de una dama aseguraba, en cambio, que saldría *perfecta* por tenerla ellas, españolas, puesta bajo el amparo y perpetuo socorro de la señora cuyo nombre lleva; los primeros han sentido con satisfacción disipado el recelo.

La *Santa María*, construida en sesenta y tres días, contados desde que tuvo sanción la ley de su existencia y se sentó la quilla, ha resultado con la línea exacta de flotación, ó lo que es lo mismo, con el peso y desplazamiento en el fluido que estaban calculados al trazar los planos, general y de detalle, resultado altamente honroso para el ingeniero D. Leopoldo Puente, y para los maestros y operarios que han ejecutado sus órdenes. Ahora se arbolará rápidamente procediendo al armamento, y cabe asegurar que podrá dar la vela en el puerto de Palos el 3 de Agosto próximo, como cuatro siglos ha lo hizo su homónima.

Tienen puesta la vista en ella los marinos de todas partes, porque es

el de la restauración, alarde arqueológico no vulgar. Al mismo tiempo que aquí, se han hecho estudios teóricos en los Estados Unidos de América y en Italia. En Génova está encargado de construir modelos el capitán D'Albertis, que al efecto escribe una obra titulada *Arte nautica ai tempi di Colombo*; en Portugal se forman, por orden del Gobierno, otros modelos de las naos de Vasco de Gama, y habrá de ser por tanto la nuestra objeto de análisis y crítica ilustrada. La comisión que la dirige, habiendo apurado los recursos de investigación y ateniéndose en lo esencial, casco, arboladura, velamen, anclas, cables, ense-res, artillería, armas portátiles, instrumentos, banderas, á los comprobantes, confía que respondan los resultados á sus trabajos y sobre todo á sus deseos de aceptación pública.

Han aparecido programas de nuevos concursos literarios y artísticos en Badajoz, Gerona, Zaragoza y Valencia, y los de fiestas populares en Huelva y la Habana. También el Ayuntamiento de Madrid las anuncia, proponiéndose organizar procesión cívica en que se represente con el mayor lujo y propiedad, la rendición de Granada, la salida de Colón de Palos, los Reyes Católicos y su corte, el regreso de Colón...

Allá lo veredes, dijo Agrajes.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

TENERE A LA BIBLIOTECA DE
FERNÁNDEZ DURO

IMPRESIONES LITERARIAS

Paréntesis literarios.—*La Débacle*.—*Agridulces*, por A. de Valbuena.—Versos.

A cada es de nuestras costumbres modernas la paralización casi completa de toda actividad durante los meses de verano; pero donde esta paralización llega á más alto grado es en lo referente á la vida literaria. En este punto el estío es un verdadero paréntesis, no interrumpido por la publicación de ningún libro. En los escaparates de las librerías no se ve, si se exceptúa la última colección de artículos de Luis Taboada, tan amenos y regocijados como todos los suyos, y de *La pelota y los pelotaris*, libro de actualidad escrito por Peña y Goñi, ni una sola obra española con el consabido cartelito de *Obra nueva*. Dijérase que en los meses estivales, el ingenio, invadido de invencible pereza, duerme

pesado sueño que nadie es capaz de interrumpir.

En cambio en el mes último, un libro francés, *La Débacle*, ha fijado la atención y despertado la curiosidad de millones de lectores. Pocos libros han tenido la resonancia que éste, recién salido de la biblioteca Charpentier. Más de 60.000 personas habían pedido ejemplares, y apenas el último pliego estuvo impreso, y el libro, húmedo todavía, brotó de la fecunda máquina, llovieron de todos los pueblos de Europa y América pedidos en demanda de la obra de Zola. A los pocos días de «aquel alumbramiento», millares de lectores saboreaban las páginas sombrías de la tragedia del último Imperio francés, cuyo desenlace ha trazado con pincel inimi-

table el autor de *L'assommoir*. *La Débacle*, penúltima jornada de la larga epopeya de los *Rougon Macquart*, puede considerarse como el acontecimiento artístico de más importancia durante los diez últimos años. Y esta importancia no depende tan sólo del valor artístico del libro, sino de la influencia que éste, más aun que los anteriores del mismo autor ha de ejercer en la marcha de la literatura.

No es mi ánimo hacer aquí el análisis de la última obra de Zola. Sugestionado aún por su lectura, asombrado por la vertiginosa pintura de la catástrofe descrita por el gran novelista ó por el gran historiador, que ambos nombres corresponden al autor de *La Débacle*, sólo tengo en el momento presente palabras de admiración para ese cuadro sombrío en que Francia, degenerada y epiléptica como los individuos de la raza de los Rougon, es aplastada bajo el pié formidable del gigante germano.

Hay en el libro de Zola algo de la severidad de Tácito, de la poética delicadeza de Lamartine y de la épica grandeza de Homero. En el gran lienzo del tremendo suceso historiado por el autor, aparecen sin género alguno de atenuación los dos pueblos rivales: el uno, el pueblo de Nana y de Cupeau, enfermizo, corrompido, herido en la medula, mal

gobernado y decadente; y el otro, el pueblo alemán, fuerte y vigoroso, conservando aún el valor de Arminio y la austeridad primitiva de las selvas germánicas. Los dos pueblos luchan, y la victoria es de los más sanos y de los más fuertes: ley eterna de la selección que se cumple siempre con la justiciera fatalidad de la naturaleza, lo mismo en las luchas feroces de las bestias habitadoras de los bosques que en la conflagración de los imperios civilizados.

Zola, fiel observador de su fórmula artística, ajusta su relato á las leyes más estrictas de la verdad histórica. Su obra seméjase á un espejo de purísimas alindas en los que la imagen se refleja con tal fidelidad, que el observador llega á creer que el cristal no existe. El patriotismo del gran escritor no se traduce en injurias contra los prusianos, ni en disculpas para los franceses, ni en el falseamiento de los hechos, cosa á que son tan propensos los historiadores de la nación vecina. El patriotismo de Zola manifiéstase en la piedad inmensa y en el tono elegíaco de sus narraciones incomparables.

Cuando las dos masas enormes de hombres chocan unas contra otras, como impelidas por viento de tempestad, el libro adquiere la grandeza de la epopeya; Zola se

acerca á Homero. Los combatientes no se arrojan la lanza como los héroes de la Iliada, ni los dioses intervienen en la lucha. Los modernos combatientes se despedazan á cañonazos; pero el horror del combate y el furor de la pelea no son inferiores junto á las fortificaciones de Sedán que bajo los muros de la ciudad de Príamo. Los cien episodios de la lucha se desarrollan ante la vista del lector, no sólo en lo que tienen de glorioso y de grande, sino en lo que ofrecen de repugnante y lastimoso. El autor nos muestra el conjunto y nos hace apreciar los detalles: sus ojos tienen lágrimas de piedad para todas aquellas desventuras, para las mujeres que huyen desoladas por los campos, para los lugares incendiados, para la juventud sacrificada, para los montones de muertos, para las mismas bestias, víctimas del loco furor de los hombres.

Episodios hay como el de la muerte de Weis, que puede competir con el de las puertas scayas, y escenas tan tiernas como la del encuentro del cadáver del artillero Honoré, escena que no es menos humana y conmovedora que la de Príamo á los piés de Aquiles reclamando el cadáver de Héctor.

En medio de la matanza de Sedán, iluminada por el incendio y entre el fragor de los cañones y el

silbar de la metralla, se destaca melancólica la figura del emperador Napoleón, *monarca también de tristes destinos*, arrastrado por la fatalidad, obedeciendo automáticamente su mandato terrible vástago moribundo de una raza próxima á extinguirse, símbolo triste del Imperio francés, seguido de sus cien guardias como un rey de teatro, de sus comparsas, cubierto el rostro de afeites para disimular los estragos de repugnante enfermedad, acompañado de su ridículo tren real y arrastrando por en medio de toda la desolación del campo de batalla el propio y ajeno vilipendio, más desgraciado que cualquiera de aquellos anónimos combatientes despedazados y barridos por los cañones prusianos.

Ni una palabra de rencor, ni un sarcasmo tiene el novelista francés para aquel desgraciado con corona. Limitase á referir los hechos, dejando al lector que deduzca las consecuencias, y el alma de aquél siéntese profundamente emocionada al contemplar aquella majestad caída, caminando moribunda entre la befa y la cólera de su ejército deshecho hacia el real del Emperador germano, llevando en su espíritu desolación mayor que la sentida por el desventurado hijo de Layo, ciego y dolorido bajo el látigo implacable de la fatalidad.

En rigor, la acción novelesca se desvanece ante la grandeza colosal del hecho histórico. Los personajes ideados por el novelista se anulan en presencia de la ley misteriosa que mueve aquella muchedumbre humana, grande como enjambre de hormigas, pero como ellas insignificante y anónima. El mismo autor se siente arrastrado por la fuerza del asunto, y en vez de ser los personajes los que tejen la acción, redúcense á ser los instrumentos ó medios de que aquel se vale para hacernos asistir á todos los incidentes de la catástrofe.

La impresión que deja el libro—y creo que este mismo sentimiento han de experimentarlo hasta los mismos franceses—no es de venganza ni de odio; es de honda tristeza y de profundo abatimiento. Lo que hay de odioso en toda la trágica narración es la guerra, es la mísera condición humana arrastrada hasta la locura feroz de los combates y hasta el vértigo del exterminio, á causa de su condición efímera y de su propia debilidad.

Sin que, como más arriba dejo dicho, haya sido mi ánimo hacer el análisis de *La Debacle*, y sí sólo rendir aquí justo tributo de admiración al incomparable talento de su autor, he de hacer constar que, en mi entender, ninguno, entre todos sus libros, hay que despierte interés mayor

ni que contenga tampoco más grande valor histórico. *La Débacle* es, en una palabra, la cúpula hermosa y admirable que sirve de coronamiento al edificio literario de los Rougón. De este conjunto de libros puede decirse lo que Villemin dijo de las novelas de Walter Scot: «Son más verdaderas que la misma historia.»

*
* *
*

Agrios y no *Agridulces* debieran titularse los artículos políticos y literarios que, coleccionados en *una primera toma*, acaba de publicar D. Antonio Valbuena. En casi todos ellos dominan el carácter satírico y la cáustica mordacidad, que son como la marca de fábrica del infatigable impugnador de la Academia.

En este libro, como en todos los del Sr. Valbuena, descuellan la pureza de la dicción y lo castizo de la frase; cualidades adquiridas no sólo en el estudio de la Gramática, sino en la frecuente lectura de nuestros buenos escritores del siglo xvi, de los cuales tiene también el autor de *Agridulces*, aquel aire de familia, aquel desenfado que tan bien parecen á los lectores españoles.

En cuanto á sus apreciaciones y á sus juicios, no merece el Sr. Valbuena tantos elogios. Apasionado sistemático y excesivamente mordaz, es no pocas veces injusto en sus censuras y violento hasta lo indecible en sus ataques.

De todos modos, su último libro, compuesto de artículos en su mayoría publicados ya en periódicos ó revistas, es de lo poco que se lee en España, escrito en buen castellano, y lo que vale más aún, pensado también en español.

*
* *

A pesar de lo prosaico de los tiempos presentes, hay todavía quien escribe versos deleitándose en contarlos, en frases rimadas, las cuitas de su corazón ó las ilusiones de su fantasía. Á estos escritores les cuadra que ni de molde lo que Cervantes decía de los traductores: «En otras cosas mucho peores puede ocuparse el ingenio.» Pero es lo cierto que en esto de escribir versos no cabe lo mediano; poesía quiere decir, en último extremo, belleza, y el que no se sienta con fuerza para producir obras hermosas es mejor que deje á un lado el arpa, ó, por decirlo más

poéticamente, que cuelgue la lira de los llorosos sauces como los cautivos junto al río de Babilonia.

En estos últimos días han llegado á mis manos tres libros de versos, titulado uno *Afanes eternos*, otro *El Contagio*, y otro, finalmente, *¿Quién compra carne?* De estas tres obritas (todas ellas tienen el mérito de la brevedad) la mejor es la primera. Su autor, D. José Durbán y Orozco, tiene cualidades de poeta, y entre las poesías que forman la colección encuéntrase alguna de verdadero mérito como la titulada *Idilio de una bujía*.

En *El Contagio* abundan los rípros más que los pensamientos propiamente poéticos. Alguna vez se encuentran descripciones aceptables; pero, en general, el Sr. Humarán, autor de *El Contagio*, no debe tener la pretensión de impedir con su última obra que se realicen los propósitos escritos en esta octavilla con que el autor da comienzo á su poemita.

«Unos cuantos caballeros
que se apodan modernistas,
creyendo que se asomaban
al balcón del porvenir,
se reunieron ufanos,
y en dos ó tres entrevistas
probaron que estaba el verso
llamado pronto á morir.»

Créalo el Sr. Humarán: con versos como los copiados, se da la ra-

zón á esos caballeros que se apodan modernistas.

¿Quién compra carne? Su autor, D. Rafael de Mesa, escribe lo siguiente á guisa de prólogo de su poema naturalista.

«Doy comienzo á mi relato con el mismo descaro que si se lo estuviera refiriendo á un amigo, senta-

do ante la mesa de un café, después de haber bebido tres ó cuatro copas de cognac.»

El Sr. Mesa cumple á la letra lo prometido. Lo que hay es que las conversaciones descaradas que entablan los amigos después de haberse bebido unas cuantas copas de cognac, no deben ser referidas á los lectores.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>El Sitio de Sebastopol (conclusión), por el Conde León Tolstoy</i>	5
<i>El Rey Apept, por Víctor Cherbuliez</i>	31
<i>A Virgilio (soneto), por M. A. Caro</i>	100
<i>Madame Jossu, por Teodoro de Banville</i>	101
<i>El Prusiano de Belisario, por Alfonso Daudet</i>	107
<i>Los Venideros (soneto), por M. A. Caro</i>	111
<i>Martín Alonso Pinzón (conclusión).—La Leyenda colombina, por José María Asensio</i>	112
<i>Las miserias de un dios en el siglo XIX, por E. Caro</i>	148
<i>Rola (poema), por Guillermo Belmonte Müller</i>	158
<i>Reseña crítica del centenario, por Cesáreo Fernández Duro</i>	189
<i>Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas</i>	200
